Nicolás Buckley

Del sacrificio a la derrota

Historia del conflicto vasco a través de las emociones de los militantes de ETA

Prólogo de **Eduardo González Calleja**

SIGLO XXI ESPAÑA



Siglo XXI / Serie Historia

Nicolás Buckley

Del sacrificio a la derrota

Historia del conflicto vasco a través de las emociones de los militantes de ETA

Prólogo: Eduardo González Calleja

«Nos partimos la cara… pero al final nos la acabaron rompiendo.» «Yo he nacido aquí, creo en un proyecto.» «Me pegaron doce tiros. A mi compañero, diecinueve. Yo, al menos, conseguí sobrevivir.» A través del testimonio de antiguos combatientes de la *Izquierda Abertzale* es posible rastrear los orígenes ideológicos de ETA en su reivindicación de una Euskadi independiente y, sobre todo, en la defensa de los intereses de clase y en la lucha contra la dictadura de Franco en el País Vasco, llegando a ser un agente emancipador para la España reprimida. Cincuenta años después, viviendo en democracia y habiendo asesinado a más de 800 personas, ETA ya no representa lo mismo para los españoles, que celebraron en 2011 el alto el fuego de la organización terrorista como uno de los mayores triunfos de la democracia.
Buscando un relato que descubre ángulos desde los que nunca se ha mirado, Nicolás Buckley da voz a quienes hicieron uso de la violencia como medio para alcanzar la autodeterminación de *Euskal Herria.* Al ceder la palabra a antiguos militantes de ETA, *Del sacrifico a la derrota* trasciende la reconstrucción del relato del conflicto armado y político ahondando en la historia reciente de España y Euskadi.

«Un libro muy original con una visión controvertida sobre el papel de ETA en la historia vasca.» PAUL PRESTON

«Buckley nos empuja a superar este “trauma” historiográfico. Nos habla de la violencia perpetrada por ETA y por el Estado en los mismos términos de distanciamiento.» EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

«Hilando al mismo tiempo historia, memoria y autorreflexión, este libro es una gran aportación a la literatura existente sobre el conflicto vasco.» CARRIE HAMILTON

Nicolás Buckley, licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid y Master of Arts in Dispute and Conflict Resolution por The School of Oriental

and African Studies, es doctor en Filosofía de la Historia por la Royal Holloway de la University of London. Durante el proceso doctoral, fue investigador en el Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies (London School of Economics and Political Science). Además de haber publicado varios artículos académicos, ha escrito en medios españoles como El Confidencial o Contexto (Público). Actualmente es investigador en el Centro de Estudios sobre Democracias y Dictaduras (Universidad Autónoma de Barcelona), así como docente en la Universidad Metropolitana de Ecuador.

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Nicolás Buckley, 2020

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2020

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1992-1

PRÓLOGO

Habitualmente, los científicos sociales han abordado el terrorismo desde dos perspectivas psicológicas contrapuestas: la del activista fanático y enajenado, que emplea una violencia desmesurada y aberrante para prolongar un conflicto sin límites ni normas en su desarrollo, o la del actor puramente racional, que administra la violencia según un juicioso cálculo de costes y beneficios que busca maximizar su impacto sobre la población. Sin embargo, como señala el autor de este libro, además de tener sus propias estrategias de lucha, estos combatientes viven su día a día como cualquier otro ser humano, sintiendo una serie de emociones que, algunas veces, les llevan a vivir situaciones no previstas ni deseadas. Estos sentimientos primarios, como el orgullo, el odio o el miedo –entre muchos otros– nos deberían decir algo más sobre estas personas, más allá de su pretendida locura permanente o transitoria, o de sus cálculos y estrategias para alcanzar determinados objetivos políticos.

La historia de las emociones tiene ya una larga tradición, procedente de diversas tendencias historiográficas. A lo largo de la década de los sesenta del pasado siglo, la historia social comenzó a preocuparse por las memorias individuales y colectivas desde el horizonte de la antropología histórica y la historia oral, que entreveían la memoria como una fuente de primer orden y un atractivo objeto de investigación. Comenzaron a aparecer entonces historias de vida, autobiografías o microhistorias, en el marco de una nueva valoración de la subjetividad. Es desde esa perspectiva donde, a mi juicio, se debe contemplar el grueso de la aportación de Nicolás Buckley al casi inagotable tema de la violencia en el País Vasco.

Desde la década de los setenta, la tercera generación de la *École de los Annales* fue diversificando sus temas de estudio bajo la denominación común de *Nouvelle Histoire,* y sometida al influjo creciente del estructuralismo de origen lingüístico, trasvasado a la etnología por Claude Lévi-Strauss[1]. El recurso a las estructuras

antropológico-culturales se hizo evidente en nuevas temáticas como la historia de las mentalidades (abordada entre otros por Philippe Ariès, Michel Vovelle, Gorges Duby, Jacques Le Goff o Maurice Agulhon) y sus derivaciones de historia de la memoria, las costumbres, los sentimientos, las pasiones o las emociones, en estas últimas con un lugar especial para el miedo.

Una tercera corriente historiográfica que ha mostrado interés en incorporar las emociones a su corpus temático es la nueva historia política impulsada desde finales de la década de los ochenta por René Rémond y sus discípulos situados en sedes académicas como el Institut d'Études Politiques, la Universidad de Paris X-Nanterre o el Institut d'Histoire du Temps Présent. Gracias a la renovación metodológica patrocinada por esta tendencia, la tradicional historia *événementielle* comenzó a ser reemplazada por un análisis más complejo del proceso político, donde se valoraban los aspectos sociales (por ejemplo, las sociabilidades formales o informales), culturales (subculturas y tradiciones políticas), antropológicos (símbolos, rituales, emociones…) o ideológicos (conceptos); todo ello desde una voluntad totalizante comparable a las síntesis historiográficas elaboradas una década atrás desde la perspectiva de la *Nouvelle Histoire*[2].

Es cierto que buena parte de la historiografía y de los trabajos periodísticos sobre *Euskadi ta Askatasuna*([Libertad para el pueblo vasco] ETA) se ha centrado en el tema de la violencia concebida como amenaza para la seguridad pública o para el orden político, pero desde finales de los ochenta hubo intentos de aproximación antropológica, realizados por Joseba Zulaika (el impacto de la violencia en una pequeña comunidad rural), Begoña Aretxaga y William A. Douglass (los rituales funerarios y el culto a la muerte en el movimiento *abertzale*) o Carrie Hamilton (el papel de las mujeres en ETA). Justo es decir que esta línea de trabajo no ha tenido una continuidad que le hubiera permitido profundizar en su potencial explicativo, al igual que ha sucedido con las aproximaciones socioculturales, que con todo han abordado cuestiones relevantes como el nacimiento y el desarrollo de los movimientos sociales o la construcción de imaginarios nacionales en disputa[3].

Siguiendo esta última tendencia interpretativa, Buckley aspira a comprender las subjetividades de los militantes de ETA por medio de una serie de entrevistas en las que no se da prioridad a la búsqueda de los motivos para su socialización en la violencia, como han hecho otros autores[4], sino a las razones de su integración en la comunidad nacionalista *abertzale* en contraste permanente con el imaginario social de la moderna nación española. Para ello, Buckley reconstruye siete historias de vida retratadas de forma sucesiva en las etapas clave del devenir de la organización armada: su ascenso durante la transición a la democracia de la segunda mitad de los setenta, la aparición de los GAL en los ochenta, y el declive de la lucha armada a nivel europeo (marcada por la aparición de contramovimientos pacifistas[5]) en los noventa, además de los últimos cuatro testimonios centrados en una experiencia carcelaria marcada por la dispersión y la enajenación de su condición de presos políticos.

El presente libro trata de desentrañar las emociones que experimentaron algunos militantes de ETA a lo largo de un dilatado periodo de tiempo que abarca desde el tardofranquismo hasta el cese definitivo de la violencia en 2011, un recorrido histórico en el que el autor considera el periodo neoliberal (crisis petrolera de 1973 a la gran recesión de 2008) como el terreno idóneo para analizar la composición de las emociones de los militantes de ETA dentro de la historia del conflicto vasco. La tradición política aranista de rechazo visceral de la identidad española y de glorificación de una pretendida «edad de oro» de los vascos es parte constitutiva de las historias de vida de los militantes que participan en esta investigación.

El nacimiento de ETA y su evolución ideológica durante la década de los sesenta supusieron un cambio radical en el desarrollo histórico del nacionalismo vasco como actor social y como identidad política, ya que el movimiento *abertzale* en sus diversas manifestaciones logró un apoyo considerable de las clases medias y de los trabajadores oprimidos por la dictadura, erigiendo una «comunidad moral» de las clases explotadas que se fundamentó en un nacionalismo más inclusivo que el aranismo étnico tradicional. Si,

durante la primera mitad del siglo XX, el PNV había basado su nacionalismo en la sangre y la religión, ETA hizo de la defensa de la lengua y del activismo político sus principales referentes identitarios. Buckley argumenta que ETA logró canalizar con éxito la desafección de un parte de la sociedad vasca hacia el régimen neoliberal español nacido de la transición a la democracia, y ello le ayuda a explicar la pervivencia de la protesta, crecientemente violenta, hasta más allá del final de la dictadura franquista. Sin embargo, la organización terrorista tendió a interpretar el conflicto desde una perspectiva preferentemente patriótica (presentándose como movimiento armado de liberación nacional) y no social, lo que limitó el alcance y la viabilidad de su causa. El éxito en convertirse en la vanguardia (junto al Partido Comunista de España [PCE]) de la lucha contra la dictadura en los años sesenta, hizo que ETA aspirase a tomar el relevo al PNV como referente principal del nacionalismo euskaldún, pero su fracaso en crear un «frente de masas» estable y mayoritario explica su reclusión en una comunidad radical vasca cada vez más autorreferencial.

En su proyecto de observación participante (en la terminología acuñada por Clifford Geertz), Buckley asume el reto de disociar el componente político-ideológico de la experiencia más íntima y personal. En realidad, cuestiona la existencia de una objetividad absoluta entre el narrador y el entrevistador, pero la necesaria empatía que debe establecerse para que la entrevista ofrezca resultados relevantes no le impide mantener una actitud crítica respecto de los relatos canónicos elaborados desde el oficialismo (sea español o vasco) o la disidencia *abertzale.*

Las historias de vida, producto de las entrevistas realizadas por Buckley, muestran algunos rasgos comunes, como el desencanto experimentado con el proceso de transición española hacia la democracia, que no condujo a una liberación nacional y social, tal como planteaba el proyecto *abertzale* de un «Euskadi independiente y socialista», o al menos a la implantación de un régimen democrático que amparase el derecho de autodeterminación. La intensa decepción vivida permitió que la *Izquierda abertzale* se convirtiese en la antagonista más radical de la identidad nacional

española forjada al final de la dictadura, especialmente por el empleo de la violencia como un último pero necesario recurso para plasmar en la práctica su proyecto nacional alternativo.

Por otro lado, la alargada sombra que aún proyecta el franquismo, cuyos excesos represivos posibilitaron la construcción y pervivencia de una narrativa antifascista surgida en la Guerra Civil, anclada por largo tiempo en el arquetipo idealizado del *gudari* como modelo a imitar permitió, hasta el final de la dictadura, que vascos, catalanes y el resto de españoles antifranquistas compartieran un «enemigo común». Sin embargo, la ruptura de la identidad antifranquista compartida por los vascos y el resto de la comunidad antifascista española se hizo evidente en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco. Este nostálgico «culto al héroe» convive con sentimientos de amenaza y autoprotección que están muy presentes en todos los militantes entrevistados. Las torturas policiales y el terrorismo de Estado, junto con la transformación del militante etarra en delincuente común y su deshumanización en los medios de comunicación de ámbito estatal, generan una narrativa de respuesta autocomplaciente, en la que su erección en luchadores (y mártires) por la libertad del pueblo vasco dificulta la emergencia de cualquier subjetividad personal y emocional sobre la violencia y el daño causado.

El trauma carcelario está en el origen del último de los relatos que analiza el presente libro. La comunidad de presos es posiblemente el último bastión emocional donde los restos de ETA aún tienen una base social importante en la actualidad. En esto se parece a todas las causas temporalmente derrotadas –o irremisiblemente perdidas– de la historia.

Nicolás Buckley no oculta que su crítica a los relatos más o menos oficiales sobre el conflicto vasco (que analiza desde la perspectiva de la insurgencia antes que de la del terrorismo) se efectúa desde una posición en donde el neoliberalismo como sistema económico dificulta que las comunidades (nacionales, religiosas o cualquier otra índole) puedan seguir su propio proceso emancipatorio. Su trabajo ofrece una útil visión alternativa de alguno de los aspectos clave del relato de la «inmaculada transición», que en la última década ha

sido cuestionado a través de la crítica más o menos global al «Régimen del 78». A buen seguro, algunos de sus planteamientos desatarán polémica en un momento en que las emociones aún están a flor de piel, como lo muestran los debates en torno a la posibilidad de establecer algún tipo de justicia transicional que restituya a *todas* las víctimas de la violencia, o al control del relato dominante sobre la violencia política vasca de la segunda mitad del siglo XX. Creo que no podremos superar nuestro particular «trauma» historiográfico hasta que no hablemos de la violencia perpetrada por ETA y por el Estado en los mismos términos de distanciamiento –que no quiere decir equidistancia– que el estudio del pistolerismo sufrido hace un siglo o de la insurgencia carlista desplegada hace casi dos centurias. Buckley contribuye a restituirnos una parte de esa historia, en la certeza de que, como dice uno de los activistas entrevistados, «como no contemos nosotros nuestra historia, la van a contar otros».

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

[1] Véase H. Coutau-Begarie, *Le phénomène «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens,* París, Economica, 1983.

[2] P. Balmand, «Le renouveau de l'histoire politique», en G. Bourdé y H. Martin, *Les écoles historiques,*París, Éditions du Seuil, 1989, p. 370.

[3] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People: Basques, Protests and Politics,* Reno y Las Vegas, University of Nevada Press, 1991; y D. Muro, *Ethnicity and Violence; The Case of Radical Basque Nationalism,* Nueva York, Routledge, 2008.

[4] Por ejemplo, M. Alcedo Moneo, *Militar en ETA. Historias de vida y muerte,* San Sebastián, Haramburu, 1996; y F. Reinares Nestares, *Patriotas de la muerte: Por qué han militado en ETA y cuándo abandonan,*Madrid, Taurus, 2011.

[5] Véase I. Moreno Bibiloni, *Gestos frente al miedo. Manifestaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2013),* Madrid, Tecnos, 2019.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras dos personas a las que quiero agradecer este libro son mis tíos Patrick e Ilona. Ellos me acogieron en su casa en Londres cuando empezaba la investigación, y gracias a ellos logré terminar mi tesis doctoral que es el origen de este libro. Claire Monarí fue una de las personas que me acompañó en los comienzos de la investigación y me ayudó a creer que podía realizar un doctorado en la Universidad de Londres. Helen Graham, mi directora de tesis, confió en mí en momentos en los que casi nadie lo hubiera hecho. Me gustaría agradecer a Susana, Usoa, María y Vanesa por terminar conmigo muchas tardes, después de pasar largas horas en la biblioteca, en el King George.

Después de mi estancia en Londres estuve un periodo de dos años yendo a la Biblioteca Nacional de España (BNE) donde mi padre, Ramón, fue frecuentemente mi compañero de mesa. Durante ese periodo los dos escribíamos sobre historias de vida y ambos tratábamos de vivir las nuestras intensamente. Fue en la BNE donde conocí a Kathryn Renton, que vivió conmigo los años más difíciles de mi tesis doctoral. Ella me enseñó que no se puede trabajar en el mundo de las ideas sin tratar de ser buena persona. Durante mi estancia en Madrid, Jorge Marco me dejó entrar en sus clases y fui testigo de que se puede ser historiador y a la vez tener un buen sentido del humor. Mis hermanas, Patricia y Violeta, me animaron durante los momentos emocionalmente más sensibles y me frenaron los pies cuando mi ego estaba demasiado alto. En Collado Mediano, un pequeño pueblo situado en la sierra de Madrid donde he vivido la mayor parte de mi vida, mis amigos Paco, Alber, Borjita y Oussama nunca dejaron de recordarme cuáles eran mis orígenes. De ese mismo pueblo es mi madre, Paloma, la persona a la que más quiero en este mundo. Y no quiero olvidarme de mis camaradas, Meju, Augusto, Pablo, Chiwi, Juan y Carola quienes, en el barrio madrileño de Lavapiés, tuvieron conmigo tantas charlas sobre capitalismo y revolución.

Durante mis años en Madrid tuve la oportunidad, gracias a la Universidad de Londres, de hacer dos viajes al País Vasco para realizar el trabajo de campo. Enrique, un primo mío muy orgulloso de ser español, me dejó hospedarme en su casa del pueblo vasco de Alsasua[1] donde la *Izquierda Abertzale* era política y socialmente hegemónica. Gracias a él y a su esposa Yesenia, tuve la oportunidad de visitar diariamente el Convento de los Benedictinos en Lazcano, donde el padre Aguirre y su asistente Miren me permitieron sumergirme en las fuentes primarias de ETA. En Lazcano conocí a Anitz y *Peiro,* ambos con condenas de varios años en prisión por colaborar con ETA, y ambos acabaron siendo protagonistas de este libro. Desde Lazcano, di el salto a Plencia y Bilbao, donde Jaime y Manu me abrieron las puertas de su casa sin apenas conocerme. En Bilbao, Carmen me introdujo a Fernando Etxegarai, antiguo militante de ETA y también protagonista de este libro. Gracias a Fernando, conocí a *Kitxu,* Sertucha, Píriz y Amantes, todos ellos importantes dentro de mi investigación. Durante el tiempo que no hacía entrevistas, Asier y Javi me dejaron ser parte de su *cuadrilla,* a pesar de mi mala costumbre de provocar constantemente y sacar temas conflictivos durante las conversaciones.

Desde España, con el apoyo moral de Juanra y Yolanda, llegué a Ecuador donde la Universidad Metropolitana me dio la oportunidad de empezar una vida en América Latina. Gracias a Fran, Carola, Aitor, Juan, Ame, Alan, Joel, Juampi, Clarisa y a todas las personas que durante este tiempo me han acompañado en un lugar tan lejos de casa. Allí, con Melanie Alemán, comprendí que una vida más allá de la tesis doctoral, la historia y la academia, realmente era posible.

No menos importante que los lugares en los que he estado durante estos años es la gente que ha ayudado a un español como yo, a escribir una tesis doctoral en inglés. Gracias a Garry, Nicolai, Carl, Scarlett, Helena, Ethan, Thom, Alix, Lindsay, Julia, Natalia, Kristie, Melinda y seguramente me dejo en el tintero a un montón de gente que tendría que formar parte de esta lista y que se me ha olvidado mencionar.

Finalmente, este libro está especialmente dedicado a todas las personas que, de una manera u otra, han vivido el conflicto vasco.

[1] Debido a que la tesis doctoral fue elaborada en inglés para la Universidad de Londres, me vi en la obligación de usar el nombre en castellano de pueblos y ciudades.

I. INTRODUCCIÓN

> «Muchas publicaciones sobre ETA buscan deliberadamente "explicar" el fenómeno del nacionalismo vasco radical y el uso de la violencia política con el objetivo de encontrar una "solución" al conflicto.»
>
> C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism. 1959-1982*

EL FINAL DEL CONFLICTO ARMADO VASCO

El nacimiento del grupo vasco insurgente ETA en 1959 coincidió con el inicio del segundo periodo de industrialización que modernizó la sociedad española en la década de los sesenta. Pocos años después, a mediados de los sesenta, ETA solo concebía la independencia de Euskadi a través de la lucha de los trabajadores, visión que no era exclusiva de la organización. En 1968, cuando ETA asesinó a su primera víctima, Melitón Manzanas, jefe de la brigada político-social de la provincia vasca de Guipúzcoa (y antiguo colaborador de la Gestapo), muchos vascos empatizaron con la necesidad de usar la lucha armada contra el régimen de Franco. En 1973, cuando ETA asesinó al almirante Carrero Blanco, quien por entonces había sido nombrado presidente del gobierno por Franco, esa simpatía que ya había alcanzado a gran parte de la comunidad nacionalista vasca se extendió a la mayor parte de los españoles que se oponían a la dictadura. Sin embargo, en 2011, cuando ETA declaró el alto el fuego, la organización se encontraba muy aislada dentro de la sociedad vasca. En este sentido, mi intención con este libro es entender el conflicto vasco no como un enfrentamiento aislado entre ETA y las fuerzas de seguridad, sino como parte de la historia contemporánea de España.

¿Cómo cambió la historiografía sobre ETA –el principal y más controvertido actor político del conflicto vasco, debido a su naturaleza insurgente contra el Estado– después de su definitivo

alto el fuego? El final del conflicto armado debería haber favorecido la proliferación de estudios sobre la organización y su historia con una mirada más amplia que aquellos de décadas anteriores que se focalizaron principalmente en temas de seguridad debido a la amenaza que ETA suponía para la ciudadanía[1]. Paradójicamente, en la mayor parte de las veces, este no ha sido el caso. Aunque los estudios en seguridad han trasladado el foco de ETA al terrorismo islámico, los nuevos análisis sobre la organización no han optado por una perspectiva diferente a la de la dialéctica clásica de los estudios de terrorismo que consiste en tratar el tema desde un binomio basado en la interacción entre un grupo terrorista y un Estado democrático.

Siguiendo esta línea de análisis, Luis Miguel Sordo, en su reciente trabajo sobre las negociaciones entre ETA y los diferentes gobiernos españoles, analiza la de ETA como una historia de amenazas, extorsiones, secuestros y asesinatos. En sus conclusiones, Sordo asegura que las estrategias implementadas por los diferentes gobiernos españoles fueron exitosas ya que ETA nunca logró su objetivo, la independencia del País Vasco[2]. Sordo, de hecho, parece empeñado en demostrar algo que ya se ha repetido antes: que la historia de ETA se puede resumir como la de una organización en decadencia que, al final de su existencia, ni siquiera recibió el apoyo de su base social, la «comunidad radical vasca» o *Izquierda Abertzale*[3].

¿Es posible analizar el recorrido histórico de ETA, desde sus comienzos hasta el algo el fuego definitivo, sin intentar retratarla simplemente a través de sus acciones armadas y, por ende, haciendo un «ajuste de cuentas» histórico? Antropólogos vascos como Joseba Zulaika y Begoña Aretxaga han analizado el conflicto desde las raíces culturales vascas. Por ejemplo, ellos entendieron cómo la lengua más antigua de Europa, el *Euskera,* y las raíces matriarcales de la cultura vasca son elementos clave para sumergirse en las raíces del conflicto[4]. Para estos antropólogos, el conflicto moderno vasco no puede ser comprendido sin analizar el sustrato cultural, ya que este provee la materia prima de la cual diversos imaginarios populares nacionalistas se han nutrido a lo

largo de estos años. Sin embargo, hay un elemento clave que está ausente en la literatura sobre el conflicto vasco que tampoco estos antropólogos incluyen en su trabajo: un análisis de ETA desde la vida cotidiana de los españoles. Mi contribución personal es analizar este imaginario nacional español desde mis propias percepciones como ciudadano que vivió la cotidianidad del conflicto vasco a través de diferentes mecanismos culturales (televisión, prensa, charlas con amigos, etcétera).

Parece que, en este terreno de las emociones, hay un gran desequilibrio en la literatura escrita sobre el conflicto vasco que podemos dividir en dos corrientes. Por un lado, tenemos los estudios sobre terrorismo (desde una mirada securitaria) elaborados por expertos en esta materia (la mayoría de ellos periodistas) y que tratan de ofrecer un análisis técnico de ETA; por otro, los análisis más locales y antropológicos que no conectan a ETA con la vida de los españoles. Un ejemplo es cómo se centran en temas logísticos de sus acciones armadas (por ejemplo, qué tipo de armas usan los militantes de ETA o cuántos miembros forman una célula). Florencio Domínguez Iribarren, un periodista español muy reconocido por sus libros sobre ETA, concluye en uno de sus análisis que «el odio hacia la policía constituye un denominador común del nacionalismo vasco étnico en la etapa de posguerra»[5]. Sin embargo, ¿no es el odio hacia la policía un denominador común entre cualquier persona u organización que luche contra el *statu quo*? De hecho, un concepto como «el odio hacia la policía» resulta insuficiente para explicar la base social de ETA. Solo un análisis holístico de la realidad que interprete esta base social desde las muchas formas en que la *Izquierda Abertzale* ha vivido su cotidianidad durante estas últimas décadas será capaz de decirnos algo. Por un lado, parece que existe un excesivo desequilibrio entre los análisis más locales (la mayoría de ellos llevados a cabo por antropólogos) y los análisis más generalistas que carecen de la especificidad necesaria para llegar a conclusiones concretas[6]. Por otro lado, como asegura González Calleja en la introducción de ete libro, a los análisis más locales y antropológicos les ha faltado una continuidad en el tiempo,

es decir, que historiadores de diferentes partes de España prosigan usando la misma metodología pero desde diferentes perspectivas.

Si la influencia de ETA sobre los españoles es tan grande que la identidad moderna española no se puede entender sin considerar la existencia de esta organización armada, ¿por qué los estudios sobre ETA están siempre asociados con el nacionalismo vasco y no con la historia reciente de España?[7]. Tim Edensor apunta que desde los estudios culturales poco se ha trabajado para intentar explicar cómo se construye la nación a través de la vida de sus habitantes[8]. Este autor usa la teoría marxista con el objetivo de analizar la vida cotidiana de las personas y así retratar una serie de prácticas que reproducen, responden o reafirman el capitalismo[9]. En otras palabras, desde un análisis materialista de la realidad se puede llegar a entender cómo las personas toman sus propias decisiones. Siguiendo este enfoque, me propongo analizar la historia de ETA y del conflicto moderno vasco tratando de entender «el imaginario nacional español» desde las historias de vida de los militantes de ETA. La cronología que abarca este libro es amplia debido a tres elementos: el primero es la larga trayectoria histórica de ETA; el segundo son los cambios producidos dentro de la estructura de poder del Estado español, es decir, los diferentes cambios de gobierno que se han producido desde la muerte de Franco; y el tercer elemento es cómo los españoles experimentaron dichos cambios. El espacio de tiempo se extiende desde la década de los sesenta y el surgimiento de España como país industrial, hasta la crisis de 2008, conocida como la gran recesión, y la consiguiente entrada del neoliberalismo en crisis como sistema económico y social.

La principal línea de investigación de este libro y su *raison d'etre* es analizar tanto el individuo como la sociedad entendiendo las vidas de los militantes de ETA como parte de una larga historia como es la del conflicto vasco. A través de las historias de vida de estos militantes y de su interacción con mis propias narrativas (como español) del conflicto vasco, mi trabajo va a tratar de adentrarse en las subjetividades que se han ido creando a lo largo de este conflicto. La historiografía de ETA, aparte de centrarse en los

orígenes del nacionalismo vasco y en los grandes hitos de la organización (como el Juicio de Burgos o el asesinato de Carrero Blanco), no ha dado mucha importancia a las subjetividades de estos militantes. Sin embargo, tratar de poner el foco en estas subjetividades puede servir para entender a ETA no solo como una organización, sino como el producto de individuos en el que cada uno de ellos tiene la potencialidad de representar una línea concreta de investigación. Uno de los objetivos de este libro es retratar las emociones de los militantes de ETA en su propio contexto histórico, y así tener la oportunidad de entender la historia de la organización desde una perspectiva mucho más amplia que la que ofrecen los estudios convencionales. En este sentido, la presente historia del conflicto vasco está representada a través de las vidas de los militantes de ETA que formaron parte de esta investigación.

El libro se compone de este capítulo introductorio, cinco capítulos, una conclusión y un epílogo. En el capítulo II se revisa la historiografía sobre el conflicto vasco centrándose, en primer lugar, en el consenso entre historiadores que reconoce la Guerra Civil española como el evento histórico que consolida la base social del nacionalismo vasco, así como el preludio de las grandes tensiones entre las potencias europeas que desembocó en la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, el contexto del final de la Guerra Civil nos permitirá también analizar la confluencia historiográfica que contempla en el nacionalismo vasco un abanderado del antifranquismo para el resto de españoles durante toda la posguerra. Además se abre el debate sobre cómo la sociedad española ha asimilado la derrota de los republicanos en 1939, sus consecuencias y el legado cultural del franquismo heredado en la democracia española nacida en el último cuarto del siglo XX.

Si en el capítulo II se cubre la historiografía sobre ETA desde la década de los treinta hasta la de los setenta, el III se centra en la experiencia de la *Izquierda Abertzale* en los sesenta y los setenta. En este segundo capítulo se explora el final del consenso historiográfico con el surgimiento de ETA como una vanguardia armada de la lucha antifranquista[10]. Las dificultades de interpretar el nuevo nacionalismo vasco que nace con ETA estriban, en parte,

en que la mayoría de los historiadores no han analizado a esta organización como un movimiento social y se han centrado excesivamente en el daño que provocaron sus acciones terroristas. La *Izquierda Abertzale,* como comunidad radical vasca que apuntaló a ETA, nació al calor del movimiento obrero durante el proceso de industrialización de la década de los sesenta. Desde este movimiento obrero, se presenta la historia de vida de Fernando Etxegarai con el objetivo de dilucidar cómo una emoción en particular, el desencanto, puede retratar las contradicciones de una sociedad española que, en ese momento, estaba dejando atrás una dictadura y evolucionando hacia una democracia. Esta historia de vida es también útil para explorar las deficiencias en la historiografía del conflicto vasco que parece incapaz de abrir nuevas líneas de investigación en cuanto al papel desempeñado por la *Izquierda Abertzale* durante la transición española[11].

En el capítulo IV se analizan los Grupos Antiterroristas de Liberación nacional (GAL) y sus acciones contra activistas vascos, a través de la historia de vida del militante de ETA Josu Amantes Arnaíz. Desde el periodismo existe una amplia bibliografía acerca de los procesos judiciales en los que oficiales de alto rango del gobierno español fueron declarados culpables de colaborar con una organización terrorista como los GAL[12]. Estos análisis explican las conexiones entre los GAL y el Estado español. Este cuarto capítulo usa las herramientas de la antropología para analizar el sufrimiento físico y psicológico del militante Josu Amantes[13]. Mi objetivo es retratar su historia a través de las movilizaciones masivas que impulsó la *Izquierda Abterzale* como movimiento social durante la década de los ochenta.

En el capítulo V se explora cómo la *Izquierda Abertzale* empieza a menguar como movimiento social durante la década de los noventa debido tanto a factores internacionales, como la desaparición de la Unión Soviética y su propaganda revolucionaria, como a factores locales, como el surgimiento de los primeros movimientos sociales vascos que piden a ETA el final de la violencia. En este capítulo se presenta la historia de vida del militante de ETA Gorka García Sertucha y su intento de asesinar al rey Juan Carlos I. La historia de

Sertucha nos permite adentrarnos con cierta profundidad en el tema de la lucha armada, un aspecto de ETA que genera mucha controversia en los análisis sobre la organización. En este capítulo se analiza la España de la década de los noventa, un país que ya es parte del mercado común europeo. A su vez también se hace un análisis del «Régimen del 78» que nació de la transición española desarrollando unas clases medias con un alto nivel de consumo. En este contexto, el intento de Sertucha de asesinar al rey, nombrado en su día sucesor por el dictador Franco, simboliza el último intento (fallido) de ETA de movilizar a las masas nacionalistas vascas alrededor de su lucha armada.

En el capítulo VI se analiza la parte de la *Izquierda Abertzale* que ha permanecido tradicionalmente más unida a ETA y ha simbolizado su último bastión social durante el siglo XXI: los presos políticos vascos. Las experiencias en prisión narradas por cuatro militantes de ETA hacen plausible para el lector la existencia de una «guerra» entre el Estado español y los presos políticos vascos[14]. Durante el conflicto vasco, la prisión supuso una máquina de guerra usada por el Estado español para extirpar la conciencia política de los prisioneros vascos y «desdibujarlos» en criminales comunes. En este último capítulo se recorre el siglo XXI y se explora el conflicto vasco desde la historia de vida de una militante de ETA que participó en esta investigación. Empezando en 2000, y llegando hasta la declaración del alto el fuego de ETA en 2011, la historia de esta activista resalta cómo, durante este periodo, la *Izquierda Abertzale* empezó a quedar aislada y se volvió cada vez más resistente al cambio. El hecho de que esta militante sea mujer puede explicar también sus dudas iniciales a participar en esta investigación. En otras palabras, la humildad (una virtud asociada histórica y culturalmente más a las mujeres que a los hombres) transmitida por esta militantes de ETA durante la entrevista es radicalmente diferente a la desplegada por los hombres que han colaborado en esta investigación. A través del análisis de las experiencias en prisión, particularmente las experiencias de tortura, se puede llegar a entender el imaginario colectivo que estos presos políticos vascos tienen del conflicto. Dicho de otra forma, para estos

presos políticos, el mero hecho de sobrevivir a la «experiencia de guerra» que vivieron en la cárcel, que en muchos casos se prolongó a más de dos décadas, les ha llevado a vivir el conflicto desde una única dimensión, la de la guerra abierta contra el Estado español.

El resto de esta introducción se divide en tres epígrafes. En el primero se teoriza sobre los controvertidos conceptos de nación y nacionalismo. Durante el siglo XX se discutió sobre qué es una nación y sobre cómo se forman los nacionalismos. En el siglo XXI, los estudios más recientes sobre nacionalismo se han enfocado en cómo los individuos integran un sentimiento nacional en ellos mismos. En este sentido, esta primera parte de la introducción retrata a las personas que culturalmente han fomentado y apoyado económicamente al nacionalismo vasco. Después de entender el nacionalismo desde la gente que lo inició –esto es, no solo desde aquellos que se adhieren al movimiento social, sino sobre todo desde los individuos–, en el segundo epígrafe se ofrece un análisis de la violencia política desde la perspectiva de la «biopolítica». Los estudios de violencia política han tenido tradicionalmente una visión «estato-céntrica»; sin embargo, en el siglo XXI, esta tendencia ha sido desplazada hacía los análisis sobre individuos y el concepto de «biopolítica» desarrollado por Michel Foucault en la década de los sesenta[15]. Ciertamente, el enfoque «estato-céntrico» no puede explicar por sí solo la violencia política que se desarrolló en Europa desde la Primera Guerra Mundial hasta el surgimiento de los grupos terroristas europeos durante los sesenta y setenta[16]. En el tercer y último epígrafe se explica la metodología de investigación usada en este libro basado en la historia oral.

LAS TEORÍAS SOBRE NACIONALISMOS Y LAS PERSONAS QUE ESTÁN DETRÁS DEL MOVIMIENTO NACIONALISTA VASCO

¿Cuál es la relación entre ETA y el nacionalismo vasco? Ernest Gellner traza una relación entre la existencia de los nacionalismos y la llegada de la modernidad[17]. La sociedad industrial hará de los valores del crecimiento y del progreso sus principales estándares.

Para Gellner, el nacionalismo es un principio político que surgió de la división del trabajo y que se basa en cómo el Estado reclama para sí el monopolio de la educación con la intención de preservar un determinado orden social. En resumen, Gellner niega que el nacionalismo tenga que ver con la psicología de las personas o con la naturaleza humana[18]. En la misma línea de pensamiento, John Breuilly recalca que el nacionalismo se basa en el poder y que este se ejerce con la idea de controlar el Estado[19]. Dado que el nacionalismo tiene que ver con «pensar alto» y suele tener una profunda carga de abstracción, Breuilly define este fenómeno como «la política de los intelectuales»[20]. Vemos entonces cómo estos dos pensadores reducen el concepto de nacionalismo a la esfera política y a la lucha por el poder.

La línea de investigación que conecta el surgimiento del nacionalismo con la llegada de la modernidad es útil para explicar las raíces del nacionalismo vasco de posguerra y las personas que estuvieron detrás de él. El grupo rebelde nacionalista ETA nació en 1959, absorbiendo una tradición nacionalista vasca formulada al final del siglo XIX por el intelectual que moldeó la identidad vasca moderna, Sabino Arana (1856-1903). Teniendo en cuenta que en aquella época no existían otros teóricos de su estatura intelectual en el terrerno de la teoría política, los preceptos de Arana se convirtieron en los textos fundadores del nacionalismo vasco. Acercándonos a la teoría del nacionalismo formulada por Gellner, entre los académicos hay cierto acuerdo en señalar a la descomposición del Imperio español y al consiguiente comienzo del proceso de industrialización en los territorios vascos como las condiciones necesarias para que Arana formulase su doctrina[21]. Sin embargo, esta doctrina se basaba en las ideas raciales de Arana sobre los trabajadores del resto de España que emigraban para trabajar en las fábricas vascas y en la glorificación de la era antigua conocida como «la edad de oro de los vascos». Más de un siglo después de que las teorías de Arana fueran formuladas, estas siguen creando controversia dentro de los círculos académicos[22]. El hecho de que ETA incluyó en sus siglas una palabra que Arana

literalmente inventó, *Euskadi,* prueba la presencia que su teoría sigue teniendo dentro de la comunidad nacionalista vasca.

La tradición política de Arana (rechazo de la identidad española y glorificación de la edad de oro de los vascos) es parte de las historias de vida de los narradores que participan en esta investigación. De una manera (la tradición política de sus padres) o de otra (su asunción de la identidad vasca como única y separada de la española), percibí la tradición aranista en el estilo en que estos narradores contaban sus historias de vida durante nuestras entrevistas. Es precisamente esta tradición étnica aranista sobre qué significa «ser vasco» lo que más me separa de estos narradores. ¿Sobre qué condiciones materiales el discurso de Sabino Arana ha conseguido mantener el poder y la relevancia en las sucesivas generaciones de vascos que han existido durante todo este tiempo? Es de hecho Arana quien moldeó la cosmovisión de la identidad vasca y quien nos lo puso (a mí y a una posible audiencia no vasca) más difícil a la hora de tratar de empatizar con el sentimiento histórico de pertenencia de los vascos como una realidad separada del resto de los españoles.

Desde este terreno subjetivo de las emociones, para Hugh Seton-Watson la existencia de los nacionalismos es anterior a la formulación semántica del término durante la edad moderna[23]. Este autor, negando el carácter científico del concepto de nación, concluye que existe cuando «un significante número de personas de una comunidad se consideran a sí mismas una nación o se comportan como si fueran una nación»[24]. En esta línea de análisis, Anthony D. Smith comparte con Seton-Watson el hecho de que la política y las relaciones de poder no son suficientes para entender el fenómeno de nación o los nacionalismos. Para Smith la nación es también un fenómeno cultural, donde los sentimientos, el simbolismo o la lengua de una comunidad desempeñan un papel principal[25]. La nación sería entonces un concepto multidimensional, cargado de subjetividad, que, según Benedict Anderson, traspasa las fronteras ideológicas ya que las dos grandes ideologías de nuestro tiempo, liberalismo y socialismo, jamás lidiaron con la idea de la inmortalidad. Si las naciones se reflejan en

sus propios mitos, Anderson concreta que «las comunidades han de ser distinguidas no por su autenticidad o artificialidad, sino por la manera en que ellas mismas son imaginadas»[26]. Esta nueva herramienta antropológica para analizar los nacionalismos, la imaginación, abre la oportunidad de centrarnos en el fenómeno de la nación a través de dos vías. La primera es que para entender la nación hay que ir a las relaciones comunitarias que se dan entre las personas que componen dicha nación. La segunda nos muestra cómo la imaginación nos ayuda a entender los miedos y las fantasías a través de los cuales dicha nación ha sido imaginada.

Mi investigación se basa en parte en este concepto de comunidades imaginadas de Anderson. Sin embargo también trata de explicar el fenómeno del nacionalismo a través del análisis formulado por Hobsbawm. Este autor parte del concepto de nacionalismos creado por Gellner señalando la nación política como unidad primaria. Sin embargo, Hobsbawm le da una aproximación multidimensional al concepto de nación y, en sus términos, sería un error tratar de analizarlo exclusivamente desde la política, la economía o la cultura[27]. ¿Por qué es multidimensional? Porque Hobsbawm entiende que las raíces del significado de nación se encuentran en lo político, pero no simplemente en un sentido teórico de poder, sino en el «pueblo» como comunidad política, surgido al calor de la independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa[28]. Continuando con Gellner, Hobsbwam une la existencia de la nación a la modernidad, constatando cómo la memoria popular empieza a ser plasmada a través del Estado y la educación pública. Del mismo modo, medios como la imprenta hacen llegar a las masas el periódico, expandiendo dicha memoria popular. Hobsbawm concluye que a través de estos mecanismos las clases trabajadoras empezaron a identificarse con la nación, y así fue cómo la nación y el Estado convergieron. En este sentido, imaginario, simbolismo y tradiciones serían los elementos en los que una elite intelectual construiría la nación moderna[29]. Según Hobsbawm, ¿cuál es el elemento final con el que se termina de constituir la nación moderna? La aparición de las clases medias, y su

concepción del «nacionalismo laico», cohesionando la comunidad dentro del Estado a través de esta «nueva religión».

Mucho tiempo después de su muerte en 1903, la poderosa estructura teórica de Arana continúa siendo representada en la lucha vasca y su éxito (en términos del movimiento político que se desarrolló en las siguientes décadas) puede ser explicado por la voluntad de una pequeña población, rodeada de grandes Estados, que trata de sobrevivir. Esta fue, parafraseando a Hobsbawm, la religión secular desde donde el nacionalismo vasco se fue moldeando durante décadas. En este sentido, el movimiento nacionalista vasco que se desarrolló a la par que la modernización de España se apoya en la teoría de Hobsbawm por la cual los nacionalismos nacen al calor de los procesos de industrialización[30].

Sin embargo, este movimiento nacionalista vasco surgido como un producto del proceso de modernización del Estado español no se puede explicar sin factores premodernos como la importancia de la religión. De acuerdo con la historiografía sobre el nacionalismo vasco, la iglesia católica y la religión por la cual Arana identificó a los vascos como «los elegidos» empezó a perder su hegemonía social en España durante el proceso de urbanización e industrialización[31]. En el País Vasco y en otras regiones de Europa, los campesinos que empezaron a trabajar en las fábricas, comenzaron a formar parte del Estado moderno y, como resultado, se empezó a moldear el concepto de «cultura popular» a través del modo en que el mundo urbano fue absorbiendo al rural[32]. Sin embargo, desde el núcleo mitológico de los vascos, esta apertura provocó un cataclismo. Las almas de los vascos y su lengua, el *euskera,* pertenecían al mundo rural, mientras que el mundo hispanizado y urbano eran símbolos de la administración y del mundo práctico de los negocios[33]. La oligarquía financiera vasca conectó económicamente con sus homólogos en Madrid, y los emigrantes del sur de España que llegaron a trabajar a las nuevas fábricas vascas temían a las clases medias y bajas vascas, que no se beneficiaron de ese proceso de modernización. De acuerdo con la historia social vasca, los tenderos, los trabajadores de las tiendas,

los trabajadores de oficina y otras profesiones liberales fueron atraídos por las ideas nacionalistas de los *euskalerriakos,* un movimiento vasco liderado por el industrial Ramón de la Sota (1857-1936), quien, llegando a un acuerdo con Arana, llegó a ser el mayor patrocinador del Partido Nacionalistas Vasco (PNV).

Como podemos observar, la complejidad a la hora de analizar el nacionalismo vasco no se basa en presupuestos teóricos, sino en intentar retratar a la gente detrás del movimiento. Los comienzos del nacionalismo vasco como movimiento social y político están conectados con las estrategias que tomó un grupo de intelectuales para iniciar el movimiento. En este sentido, el nacionalismo vasco no difiere del nacionalismo español ni de cualquier otro nacionalismo. A parte de las estrategias, tratamos de entender el nacionalismo a partir de la adhesión de las masas a un determinado proyecto político nacional. Los vascos que se empezaron a ver atraídos por las ideas del PNV no pueden ser simplemente considerados como gente que se vio inmersa en un proceso «adoctrinamiento». Este análisis no explicaría suficientemente el nacionalismo vasco constituido como movimiento de masas tras la exitosa estrategia del PNV de adoptar los principios políticos democristianos durante la década de los treinta. Seton-Watson, que ha dudado de si el nacionalismo puede ser considerado simplemente como una ideología, define a la nación como la voluntad de una comunidad de adoptar el principio moderno de soberanía popular y califica el resto de estructuras ideológicas nacionalistas como mera «retórica»[34]. Sin embargo, mi investigación sobre el nacionalismo vasco no se centra simplemente en una comunidad que ha decidido «convertirse en algo». En mi análisis, la estrategia política del PNV solo puede explicar parcialmente la formación del movimiento nacionalista vasco. La razón por la que los campesinos y las clases medias urbanas se adhirieron al proyecto nacionalista durante la primera mitad del siglo XX no puede ser entendida simplemente como un proceso de «lavado de cerebro». Por el contrario, ellos entendieron este proyecto nacional como algo positivo para mejorar sus condiciones de vida. De hecho, solo explorando su vida cotidiana

podemos llegar a entender la formación de la primera comunidad nacionalista vasca.

¿Qué implicaciones tuvo la formación de la comunidad nacionalista vasca (compuesta por clases medias urbanas y campesinos) en la futura *Izquierda Abertzale* (nacida durante el proceso de industrialización que tuvo lugar en los sesenta y consolidada en los setenta durante una convulsa transición) y, por lo tanto, para los narradores que participan en esta investigación? Mi análisis revela cómo esta pequeña comunidad nacional vasca siempre ha sentido la necesidad histórica de protegerse. La *Izquierda Abertzale* tomó este rol durante la década de los setenta, recogiendo el legado que inició el PNV a principios del siglo XX. El sentido de pertenecer a ciertas tradiciones en un mundo en el que el neoliberalismo había empezado durante los setenta a «desintegrar» las relaciones humanas en meras relaciones mercantiles es otro ejemplo de esta continuidad. Desafortunadamente, esta conexión normalmente se ha omitido en la historiografía del conflicto vasco. En este sentido, la importancia de permitir a los militantes de ETA que reflejen sus raíces culturales desde este sentimiento de autoprotección proyectado en sus testimonios es algo primordial en mi trabajo.

Expresándolo de forma más explícita, la lucha de ETA por la independencia del País Vasco se basó en un constante desafío contra el «estado actual de las cosas» en forma de sistema económico neoliberal europeo establecido durante el último cuarto del siglo XX.

A pesar de que el nacionalismo tiene, en la sociedad de hoy, connotaciones negativas (suele estar considerado por las clases liberales como chovinista y opuesto a la multiculturalidad), no es mi intención dotar a este concepto de una connotación negativa o positiva. Lauren Berlant hace una crítica del sentimentalismo nacional y lo sitúa como una creación de las elites nacionales para construir hegemonía y perpetuarse en el poder[35]. Berlant enfatiza que el sentimentalismo nacional tiene sus raíces en un «dolor subalterno masivo» que funciona como núcleo de la colectividad nacional[36]. Cuando las clases privilegiadas sienten como propio el

dolor de las clases subalternas, entonces es cuando se empezarían a dar los cambios estructurales en una determinada nación. Mi trabajo sobre ETA explica precisamente cómo la organización pudo (sobre todo en los setenta y los ochenta) canalizar la desafección de una parte de la sociedad vasca con la idea de luchar contra el régimen neoliberal español nacido de la transición a la democracia. Berlant teoriza cómo en una hipotética ausencia completa de dolor social, las naciones no existirían, y el concepto abstracto de nación sería innecesario. La manera en que ETA conectó el dolor social con la nación vasca es un buen ejemplo de cómo esta organización, a pesar de haber recogido las luchas por los derechos de los trabajadores en su ideario, tuvo, en el nacionalismo vasco, su principal razón de existir. En estos términos, que Berlant considere como algo negativo el hecho de que ciertas emociones puedan estar asociadas a un determinado imaginario nacional es irrelevante para mi investigación. ¿Qué nos interesa de la teoría de Berlant? Lo que considero relevante de la teoría de Berlant, y se puede incorporar a las historias de vida de los militantes de ETA, es cómo las «intimidades transpersonales» que están presentes en una comunidad nacional han de ser disfrazadas con el objetivo de mantener el dominio de la clase dirigente. En este sentido, el hecho de que los militantes de ETA hayan interpretado el conflicto vasco desde una sola dimensión beneficia a las elites del Estado español comprometidas con derrotar la «amenaza del terrorismo», negando cualquier solución política al conflicto vasco. Por esta razón, mi crítica al concepto de nación creado por Berlant entraña una crítica a las actuales sociedades liberales. En este contexto, ¿cómo podemos llegar a entender la violencia producida por un movimiento nacionalista vasco como ETA? Tratar de entender estas «intimidades transpersonales» es precisamente el principal objetivo de mi investigación.

LA POSGUERRA EN EUROPA. AMBIGÜEDAD SOBRE EL CONCEPTO DE VIOLENCIA POLÍTICA

El régimen de Franco (1939-1975) proyectó la idea de una nación española en que las intimidades transpersonales fueran establecidas a través de relaciones mercantiles. La historiadora Helen Graham argumenta que, aunque el régimen franquista continuó oprimiendo de forma violenta a la disidencia durante las décadas que transcurrieron después de la Segunda Guerra Mundial, también asumió que la violencia no podía ser el único medio para ejercer la represión en el nuevo sistema internacional[37]. El nuevo método de control implicaba copiar el estilo de las democracias liberales modernas que habían sobrevivido a la amenaza del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial y que adoptaron la cultura del «consumo de masas», con orígenes en Estados Unidos, como parte de su nueva identidad. La consolidación de las sociedades europeas de bienestar en los sesenta a través de esta cultura del consumo de masas, hizo que intelectuales como Jean-Paul Sartre o Frantz Fanon abrazaron el marxismo y su lucha contra el imperialismo de Estados Unidos, con sus consecuencias más directas en Cuba y Vietnam. En la historiografía europea, los sesenta abrieron un periodo de rebelión y violencia después de casi veinte años de relativa paz social transcurridos después del final de la Segunda Guerra Mundial[38]. Sin embargo, para algunos historiadores, el nacimiento de grupos armados en España, como ETA en 1959, no fue solo debido al movimiento radical anticapitalista europeo, sino que también obedecía a las particularidades de la sociedad española como resultado del intenso proceso de industrialización impulsado por Franco[39].

¿Fue ETA una herencia de los nuevos movimientos sociales europeos nacidos en la década de los sesenta con el objetivo de luchar contra el orden social impuesto por el imperialismo de Estados Unidos (por ejemplo, los movimientos anticolonización) o nació simplemente siendo una versión radical del movimiento nacionalista vasco? En la historiografía sobre ETA, los trabajos con una perspectiva más progresista se basaron en la primera opción[40]. En el lado opuesto, los trabajos con supuestos más conservadores eligieron la segunda[41]. Un aspecto clave de mi investigación es dilucidar cómo la formación ideológica de ETA fue

en paralelo con la evolución de la clase trabajadora vasca durante los sesenta. Sin embargo, en los noventa, después de décadas de lucha armada, esta organización empezó a encontrarse aislada dentro de la sociedad vasca y, ya en el siglo XXI, terminó por representar un mero elemento radical del nacionalismo vasco, dando la razón a las tesis más conservadoras. Sin embargo, las historias de vida que forman parte de esta investigación revelan que la naturaleza de ETA no puede ser entendida simplemente como el producto de un contexto internacional. A través de las subjetividades que emergen de las historias de vida de los militantes de ETA, mi investigación subraya los riesgos de hacer generalizaciones acerca de la naturaleza de esta organización basándose solamente en los sistemas de poder que han operado durante su historia (por ejemplo, la llegada de la democracia en España o el colapso de la Unión Soviética). En este sentido, las diferentes microculturas de las que han formado parte cada uno de los militantes de ETA, como por ejemplo las fuertes movilizaciones de las clases trabajadoras en los sesenta y los setenta o el periodo «apático» en cuanto la decadencia de la cultura obrera durante los noventa, solo pueden ser analizadas considerando en la misma escala de importancia las experiencias emocionales de estos militantes dentro de su contexto histórico y social.

En su análisis sobre los movimientos insurgentes europeos durante la década de los setenta, el historiador Tony Judt, desde su influente libro *Post-guerra,* asoció a ETA, a la Facción del Ejército rojo, al IRA, y a las Brigadas Rojas, con cómo estos grupos trataron de usar el terror para expulsar a los gobiernos opresores del poder[42]. El historiador Dan Stone intentó entender la violencia que practicaron estos grupos desde un contexto de posguerra más amplio. Stone aseguró que la violencia que practicaron estos grupos fue una consecuencia de «la eliminación del pensamiento crítico en un periodo de posguerra en el que las antiguas elites presionaron con todo su esfuerzo para volver a tener poder a expensas de marginalizar a aquellos movimientos antifascistas de base»[43].

Estas dos interpretaciones históricas nos facilitan una estructura para entender el fenómeno del terrorismo desde la perspectiva de la

historia social. En otras palabras, estos autores han tratado de retratar las percepciones de los europeos que vivieron esos tumultuosos años de violencia política desde el impacto social que produjo este tipo de violencia. Sin embargo, los protagonistas de estos actos violentos, los militantes de estas organizaciones, no actuaron solamente desde un sentimiento abrumador que les empujaba a cambiar radicalmente la sociedad en la que vivían. Mario Moretti, el líder de las Brigadas Rojas y máximo dirigente encargado de asesinar al político italiano Aldo Moro, explica cómo eligió la lucha armada con el simple propósito de ir más allá de una estrategia de uso de la violencia defensiva impulsada por los partidos comunistas tradicionales. En este sentido, el concepto ofensivo de lucha armada promulgado por Moretti estaba reducido a una simple premisa: además de la lucha de los trabajadores en las fábricas tratando de golpear el capital (en su connotación marxista), era necesario «algo más». Las Brigadas Rojas, que nacieron al calor de los movimientos sociales que apoyaban a los trabajadores en las líneas de ensamblaje de las fábricas de Pirelli o Alfa en Milán, no estaban conectadas éticamente con la sociedad italiana como un bloque homogéneo como Judt sugiere en su argumento. Asimismo, al contrario de la tesis de Dan Stone, estos activistas no trataban simplemente de confrontar con las antiguas elites que emergían de un consenso de posguerra. Más bien, su lucha estaba conectada con la vida cotidiana de los trabajadores. La longevidad de las Brigadas Rojas revela cómo entendieron que su «improvisación» estaba relacionada con el «estar en contacto» (en un sentido dinámico) con la sociedad italiana. Ciertamente, las subjetividades de los militantes de las Brigadas Rojas o las de los militantes de ETA no pueden ser analizadas sin entender la «espontaneidad» de sus vidas cotidianas.

Esta espontaneidad (casi nunca considerada como parte de la estructura analítica de los historiadores sobre Europa) es clave para entender la violencia practicada por ETA antes y durante la transición española. Por ejemplo, la mayor parte de la historiografía sugiere que el asesinato del presidente y heredero de Franco, Carrero Blanco, fue una acción premeditada y llevada a cabo para

cambiar las estructuras de poder del régimen franquista. Sin embargo, lo más probable es que esta acción fuera llevada a cabo por ETA como un simple acto de venganza por el asesinato, por parte de las fuerzas de seguridad franquistas, de varios de sus militantes[44]. Volviendo al argumento de «ejercer el poder por otros métodos» antes mencionado, la transición española fue en parte exitosa por la continuidad que tuvo el imaginario basado en una sociedad de clases medias con capacidad de consumo, estructurada y planeada por el *establishment* franquista.

Las movilizaciones masivas que tuvieron lugar en las calles durante los años después del asesinato de Carrero Blanco por parte de ETA fueron ignoradas por la narrativa oficial de la transición. Ciertamente, es importante subrayar los altos niveles de violencia política durante los años de la transición (1975-1982), con más de 700 muertos en España, solo por detrás de Italia en cuanto a los países europeos con más muertos por causas de violencia política[45]. Sin embargo, la historiografía española sobre la transición no ha buscado explicar las motivaciones de esas personas o grupos que llevaron a cabo esas acciones violentas, principalmente grupos paramilitares cercanos al Estado, militantes de ETA u otros grupos que participaron en aquellas «batallas». Por consiguiente, la narrativa adoptada por las elites franquistas y consensuada con los principales partidos políticos de izquierda fue la fundación de una nueva nación basada en la «reconciliación». Solo recientemente, después de varias décadas de consenso académico sobre la consolidación del «Régimen del 78», algunos historiadores han empezado a analizar los tumultuosos años de la transición a través de la movilización social acaecida en las calles[46].

Mi investigación sobre ETA ha tratado de hacerse desde la comunidad, revelando una continua confrontación entre dos proyectos nacionales. Por un lado, el proyecto nacional de la *Izquierda Abertzale,*basado en una hipotética sociedad igualitaria, emancipada de los grandes capitales económicos y de los Estados francés y español. Por otro, una identidad española moldeada por sus elites en la que la transición española llevada a cabo en los

setenta dio como resultado la formación de una hipotética moderna nación española de clases medias en la que, mirando siempre a Europa, los conflictos entre el trabajo y el capital se resolverían de forma pacífica. La violencia física y psicológica que experimentaron las víctimas de ETA y la violencia que muchos militantes de ETA padecieron a través de las fuerzas de seguridad del Estado son la expresión histórica de este choque de identidades nacionales.

> A mí no me preocupa saber que alguien no pagará por mi sufrimiento. ¿Me entiendes? No necesito que nadie me pida perdón, ni siquiera la persona que me puso la bolsa de plástico en la cabeza y me puso los electrodos. Imagínate que el viene y me dice: «Lo siento por haberte hecho sufrir, Fernando». Para mí esos perdones no tienen valor. Eso del perdón se lo dejo a los curas […]. Yo puedo perdonar a una u otra persona. Yo recuerdo cuando dispararon a mi mejor amigo: le metieron cuatro balas en un restaurante de Madrid. Lo que me molesta es que, a mis 62 años, el derecho de autodeterminación, que para mí es fundamental, el hecho de que mi país pueda llegar a ser libre, pueda decidir su futuro… todo eso nos haya sido negado[47].

Este testimonio de Fernando Etexgarai, militante de ETA y protagonista del capítulo III, nos muestra cómo la lucha nacionalista entre las identidades española y vasca está reflejada en este libro desde su aspecto más empírico, la violencia. Por consiguiente, la violencia que la *Izquierda Abertzale* experimentó en forma de tortura moldeó su identidad durante décadas, haciendo del Estado español su principal antagonista. Por ello, el acto de pedir perdón por tremendos actos de violencia, referido anteriormente por Etxegarai, ha sido un tema constante de debate dentro de la sociedad española desde que estalló la Guerra Civil en 1936.

¿Cómo pueden las subjetividades de los militantes de ETA «desafiar» el consenso de las historiografías sobre los grupos terroristas europeos activos durante el último cuarto del siglo XX mediante la incorporación de sus experiencias cotidianas? Los intensos momentos de lucha armada vividos por activistas de

grupos armados insurgentes deben ser analizadas desde el universo emocional de estos activistas. Tratando de analizar el proceso histórico a través del cual estas emociones fueron producidas, como vimos en el ejemplo del asesinato de Carrero Blanco, podemos entender de manera más amplia la historia de ETA. Es curioso que el único libro que ha tomado el enfoque de analizar la vida cotidiana de los militantes de ETA que asesinaron a Carrero Blanco es el de la activista de la *Izquierda Abertzale* Eva Forest[48]. Sin embargo, desde mi experiencia de investigación, una afinidad ideológica con ETA no tiene que ser prerrequisito necesario para explorar las emociones de sus militantes. Si los historiadores sociales han analizado las vidas de la gente corriente, también los científicos sociales que trabajan con temas de violencia política pueden hacer lo mismo: después de la Segunda Guerra Mundial se proyectó, tanto desde los gobiernos europeos como desde Estados Unidos, una imagen autoperceptiva en la que estas «democracias del mundo libre» eran vanguardias que el resto del globo tenía que imitar. Los científicos sociales tenemos la obligación de destapar estas narrativas, y el análisis de las diferentes formas de violencia terrorista que tuvieron lugar en estos países (ETA, IRA, Brigadas Rojas, etc.) nos da una gran oportunidad para ello. Si la Segunda Guerra Mundial provocó horrendas formas de violencia de masas y los países europeos empezaron a implementar el Estado de bienestar a partir de 1949, ¿cómo explicar las violencias que surgieron en los sesenta y los setenta a través de estos grupos insurgentes?

El hecho de que en Europa, durante las décadas después de la Segunda Guerra Mundial, no existiera una violencia de masas (excepto en el caso de los Balcanes), y el hecho de que ningún tipo de violencia insurgente lograra sus objetivos, explica las escasas ganas de intentar comprender este tipo de violencias por parte del mundo académico. Sin embargo, este libro trata de analizar cómo la violencia practicada por grupos insurgentes armados europeos durante más de dos décadas refleja las contradicciones de estas sociedades en términos del Estado de bienestar surgido después de la Segunda Guerra Mundial y las imágenes de la posguerra fría

neoliberal. La violencia política practicada después de Segunda Guerra Mundial tuvo siempre la sombra de la revolución. El historiador Arno Mayer asegura que «interpretar las revoluciones francesa y rusa, particularmente desde las masas que se sublevaron contra el orden establecido, de una manera no dialéctica, es correr el riesgo de catalogarlas simplemente como episodios trágicos de nuestra calamitosa historia, como simples tragedias inevitables de nuestras vidas»[49]. Este libro tratará de ofrecer un análisis dialéctico e histórico de la violencia practicada por ETA y por el Estado español. Solo en estos términos puede explicarse en su complejidad el largo desarrollo histórico de ETA.

METODOLOGÍA

La historiografía sobre el conflicto vasco ha tratado tradicionalmente de aproximarse a ETA como una excusa para explicar grandes eventos políticos en vez de tratar de explicar la textura de la organización y su militancia en toda su complejidad. Aquí traigo dos ejemplos que muestran diferentes caracterizaciones de ETA en cuanto al asesinato de Carrero Blanco. Un tipo de trabajos parece simpatizar con ETA y explica cómo la transición española fue en parte posible gracias a esta acción violenta llevada a cabo por la organización. En el segundo caso, el historiador no tiene simpatía por ETA, y explica cómo, tras el asesinato de Carrero Blanco, durante y después de la transición la organización empezó a utilizar la violencia no como una herramienta, sino como su «razón de ser»[50]. Estos dos ejemplos subrayan la influencia que una rama hegemónica de la ciencia política centrada en la construcción del Estado ha tenido sobre la historiografía de los grupos armados. En mi opinión, debido a esta influencia, la historiografía sobre el conflicto vasco (y otros conflictos políticos) carecen de la perspectiva holística necesaria para entender un fenómeno como la violencia política desde diferentes ángulos. Hay que distinguir algunas excepciones de politólogos, muchos de ellos desde el entorno anglosajón, como Ernesto Cyrus Ziraczadeh, James C. Scott, Bet Katnelson o Robert P. Clark que se han centrado más en

las dinámicas de poder que se dieron entre el Estado y los insurgentes.

Recogiendo esta última línea de investigación y entendiendo la política como un sistema de poder inherente al ser humano, mi investigación no trata de evitar la dimensión política del conflicto vasco. Al contrario, mi aproximación trata de analizar las conexiones entre las estructuras políticas en las que los militantes de ETA han desarrollado su ideología y «su mundo de los afectos» desde donde podemos entender sus subjetividades personales.

Para lograr este objetivo, lo primero es tratar de analizar la historia social del conflicto vasco. Desde esta aproximación podemos dejar a un lado las grandes figuras históricas y centrarnos en la vida cotidiana de todas aquellas personas que vivieron el conflicto armado vasco. Sin embargo, teniendo en cuenta que solo existen unos pocos estudios sobre la historia social del conflicto vasco, la de la *Izquierda Abertzale* y la de ETA siguen siendo historias por escribir[51]. Como he mencionado anteriormente, ETA, como fenómeno terrorista, ha sido analizado repetidamente desde una aproximación cronológica o, desde luego, ha sido tratada como una anomalía del pasado que hay que corregir moralmente en el presente. Eric Hobsbawm, bien conocido por sus estudios sobre historia social, afirma que «la destrucción del pasado, o por lo menos los mecanismos sociales que unen una experiencia contemporánea con generaciones anteriores, es una de las características más comunes del último cuarto del siglo XX»[52]. Si la Guerra Civil española provocó una explosión de memorias dentro de la población española, ETA continúa siendo parte de esa memoria colectiva de vascos y españoles que aún no ha muerto.

Como hemos señalado, algunos politólogos, alejándose de la mirada tergiversada de los «estudios sobre terrorismo», analizaron la llamada comunidad radical vasca o *Izquierda Abertzale* en su dimensión histórica. Robert. P. Clark enfatiza en cómo ETA apartó la etnicidad de la identidad nacional vasca, haciendo del discurso de clase (pueblo trabajador vasco) el principal vector de integración[53]. Sin embargo, el historiador John Sullivan señala cómo ETA se había pasado sus primeros tres años de existencia sin celebrar un solo

congreso, probando el hecho de que al menos en sus comienzos no hubo una clara frontera entre esta organización y la comunidad étnica vasca compuesta alrededor del PNV[54]. Cyrus Ernesto Zirakzadeh, siendo aún más crítico que sus dos colegas, argumenta que detrás de la no intención de la mayoría de los académicos de investigar sobre la comunidad radical vasca, se escondía una realidad vasca de lucha contra las desigualdades sociales[55]. Zirakzadeh, insistiendo en la necesidad de analizar la lucha de clases en el País Vasco para entender el conflicto político, concreta que los orígenes del movimiento obrero en esta región datan de mediados del siglo XIX[56]. Esta antigua y peculiar (si la comparamos con la más tardía implantación del movimiento obrero en el resto de España) tradición del movimiento obrero en el País Vasco sitúa a la comunidad radical vasca como el resultado de un largo proceso histórico.

Como acabamos de ver, la historia social hizo que los historiadores dejasen de fijarse exclusivamente en las figuras más carismáticas de la historia para centrarse en el ciudadano medio que forma la comunidad. Sin embargo, este análisis racional también se nos queda corto si lo que nos interesa es comprender al individuo en su complejidad. Como dijo el antropólogo Eric Wolf, «la antropología nos brinda la posibilidad de mirar al ser humano desde varias dimensiones»[57]. Sharryn Kasmir, estudiando los orígenes del proletariado vasco, no solo se centró en las condiciones materiales, sino que también centró su análisis en los procesos en los que este proletariado adquirió conciencia de serlo[58]. En el mismo camino, Roland Vazquez, en su estudio sobre la vida social y cultural del PNV, enfatizó que «la ideología no es exclusivamente una herramienta consciente y manipuladora con un sentido peyorativo. Una noción ampliada de la ideología está también circunscrita a procesos culturales con el objetivo de proveer significados políticos»[59]. En este sentido, desde la antropología tenemos la oportunidad de estudiar a ETA desde los deseos y miedos de los propios militantes.

Ciertamente, estos autores plantean la cuestión de la relación entre los individuos y la comunidad nacional vasca como núcleo de

su trabajo. Desde una mirada de la ciencia política que persigue legitimar el poder del Estado y que ha considerado a estos individuos como meras herramientas para extraer conclusiones más amplias. En contraste, los antropólogos, asumiendo que todas las explicaciones para entender el conflicto parecen ser atribuidas a la «ideología nacionalista vasca», preguntan: ¿qué podemos entender desde el universo mental de un activista del PNV o ETA en relación con su vida cotidiana? En este sentido, este libro analiza las historias de vida de los militantes de ETA haciendo hincapié en su cultura material (familia y clase social) y en su cosmovisión (cómo se ve un vasco a sí mismo en el siglo XXI), para tratar de entender mejor su «mundo de afectos» a través de la larga historia del conflicto armado.

Si las subjetividades de los militantes de ETA han sido el principal punto de referencia de mi investigación, esta no podía limitarse a usar solo fuentes secundarias de historia social y antropología así como fuentes primarias de revistas internas de ETA. La metodología de historia oral ha sido usada tradicionalmente por antropólogos, sociólogos y periodistas. Al usarlas, todos ellos «hacían historia», aunque sus trabajos no formasen formalmente parte de la disciplina histórica. La historia oral ha servido para que los testimonios de personas que no eran tradicionalmente protagonistas de la historia saliesen a la superficie. Asimismo, la interacción entre el narrador y el entrevistador permite que surjan nuevas narrativas, ya que el entrevistador no solo interpreta lo que el narrador dice, sino también lo que no dice durante la entrevista. Como expresa el historiador oral Paul Thompson, «la mayoría de las personas se guardan algunas memorias que, cuando salen a la superficie, revelan poderosos sentimientos»[60]. El psicoanálisis, en el sentido de desenterrar pensamientos que llevamos escondidos durante largo tiempo, se presenta como herramienta del historiador oral para poder desenterrar imaginarios sociales que llevan largo tiempo escondidos en el sumidero de la historia. Por lo tanto, el mundo de los afectos hace referencia a las emociones como una construcción sociocultural y no tanto como una experiencia individual. Los militantes de ETA fueron protagonistas de un conflicto violento de

larga duración en el que su identidad política como «rebeldes vascos» es difícil de separar de otros aspectos más personales de sus historias de vida (como su carácter o sus relaciones familiares). Una de las primeras cuestiones que tuve que hacerme al empezar el trabajo de investigación fue cómo combinar un análisis empírico basado en las emociones personales de los activistas de ETA con un análisis de su «mundo de las emociones» dentro de una estructura cultural.

Las entrevistas

Aunque mi principal objetivo ha sido analizar el recorrido histórico de ETA a través de las historias de vida de sus militantes, mi trabajo no podía basarse solamente en la «verdad» revelada por estos militantes. A través de la lectura que llevé a cabo sobre fuentes primarias como *Zuzen* o *Zutabe* (boletines internos de ETA, publicados curante las décadas de los setenta y los ochenta en los que la organización difunde sus postulados políticos) pude constatar cómo ETA se había quedado aislada progresivamente dentro de la sociedad vasca durante sus últimas dos décadas de existencia. ETA había disfrutado de su último pico de popularidad en 1989 durante las «negociaciones de Algeria» cuando el gobierno socialista de Felipe González empezó una serie de conversaciones con la organización[61]. En un *Zutabe* de 2004, ETA, lejos de abrir debates políticos dentro de la *Izquierda Abertzale* (como ya había hecho en boletines previos), limitó su discusión a la importancia de atacar infraestructuras turísticas con el objetivo de hacer daño al Estado español[62]. El hecho de que ETA, en sus últimos números, prácticamente se limitase a hablar de sus posibles acciones armadas, demuestra su falta de poder emocional a la hora de apelar al pueblo vasco. Sin embargo, como se ha comentado al principio del libro, el descenso de apoyo popular que ETA experimentó durante la década de los noventa y que culminó con su aislamiento social en el siglo XXI no se puede explicar solamente desde esta última etapa de su historia. ¿Cómo vivieron los militantes de ETA este desencantamiento emocional de los vascos hacia su

organización? Durante mi trabajo de campo en el País Vasco, mi principal objetivo fue entrevistar militantes que me ayudasen a profundizar en su proceso emocional acerca del final de ETA. Tratando con una variedad de fuentes primarias (*Zuzen, Zutabe, Punto y Hora* y *Jarrai*) y secundarias (historiografía del conflicto vasco) este libro trata de contextualizar las emociones de los militantes de ETA desde el periodo que comprende el «tardofranquismo» durante los sesenta hasta el cese definitivo de la violencias en 2011.

Durante mi trabajo de campo en el País Vasco, mi libro de referencia era el de la historiadora oral Carrie Hamilton y su tesis doctoral sobre las mujeres en ETA[63]. Para cuando Hamilton completó su tesis, ETA ya no sufría el terrorismo de los GAL. La organización también había sufrido graves contratiempos, como el arresto del líder de la organización Santi Arrosipide Sarasola (también conocido como *Santi Potros*) en 1987 y la consiguiente caída de la cúpula de la organización a manos de la policía española en la llamada Operación Bidart en 1992. Sin embargo, a pesar de todo esto, en 1988 la *Izquierda Abertzale* decidió dar un salto «hacia delante» siendo parte del Pacto de Estella con otras fuerzas nacionalistas como el PNV, con el objetivo encubierto de intentar que el Estado español reconociese el derecho de autodeterminación para los vascos. En resumen, la ETA que Hamilton había encontrado durante su investigación estaba ya acorralada por la policía y cada vez iba teniendo menos apoyo social como consecuencia, de entre otros factores, de los nuevos movimientos sociales pacifistas que iban emergiendo durante ese periodo en el País Vasco. Sin embargo, en los noventa, a pesar de las calamidades por las que ETA estaba pasando, lo que evidencia el Pacto de Estella es que esta organización no estaba dispuesta a dar un paso atrás.

Como hemos mencionado en el párrafo anterior, Hamilton estaba comenzando a vivir el «final de ETA», aunque ni ella ni los vascos que vivían en aquel periodo tuvieran opción de saberlo con certeza. Como contraste, las series de entrevistas que realicé en el País Vasco entre 2014 y 2015 tuvieron lugar tres años después del cese

definitivo de la violencia declarado por la organización en 2011, sabiendo que ese era el final de la organización y que, por ende, era el momento de empezar a mirar al pasado. Otro elemento que nos diferencia a Hamilton y a mí fue mi nacionalidad española. En este aspecto, mi identidad española me conectó con mi objeto de estudio de una manera diferente a la de Hamilton, permitiéndome experimentar una serie de narrativas nacionales desde una perspectiva diferente. Por ejemplo, durante mi estancia en Bilbao, mi experiencia de estar cara a cara con militantes de ETA me podía provocar emociones no previstas relacionadas con mi experiencia de vida en tanto que ciudadano español.

Hamilton se acercó a los estudios de género poniendo a ETA y a la *Izquierda Abertzale* como caso de estudio. Mi libro trata de entender el abanico de las potenciales narrativas que emergen desde las entrevistas con militantes de ETA, particularmente desde el largo recorrido de la organización en el conflicto vasco. Si consideramos que la transición española ha dado lugar a una nueva comunidad imaginada llamada «Régimen del 78», ¿qué desafíos suponen estas narrativas para dicho régimen? Ernest Renan expresó que la nación es un «plebiscito diario»[64]. Un ejemplo de esto es cuando las clases medias españolas, por primera vez, empezaron a cuestionar seriamente el «Régimen del 78», como consecuencia de que las elites de este régimen tuvieron problemas para gestionar la crisis económica internacional que empezó en 2008. En este sentido, ¿qué nos pueden decir estas «microhistorias» de vida de los militantes de ETA?

El «Régimen del 78» hace referencia a la Constitución española nacida de la transición (1975-1982). Este nuevo *establishment,* compuesto por las elites reformistas del franquismo y la oposición democrática, aceptó un nuevo sistema neoliberal económico que emergió con los Pactos de la Moncloa en 1977 y que se convirtió en hegemónico durante las siguientes décadas[65]. En este sentido, el «Régimen del 78» es un concepto usado por académicos para criticar la hegemonía cultural de este *establishment,* en el que el periódico *El País*está considerado como el gran referente cultural[66]. Teniendo en cuenta la cercanía

temporal hasta nuestros días, hasta ahora el «Régimen del 78» ha sido analizado sobre todo por politólogos. Sin embargo, con la crisis económica de 2008 conocida como la gran recesión, este régimen se empezó a poner en entredicho. Como resultado, la transición española empezó a ser un tema de debate político entre algunos españoles que empezaron a demandar más conocimiento sobre qué «había pasado» durante la transición; de hecho, fue a partir de la «gran recesión de 2008» cuando los historiadores empezaron a analizar la transición española y a ver en ella el «gran experimento» de las políticas neoliberales que acabarían por ser hegemónicos en los estudios sobre el «Régimen del 78»[67].

Teniendo en cuenta la falta de una historiografía sistemática sobre la transición española y, sobre todo, la falta de análisis sobre el comportamiento de diferentes comunidades presentes durante la transición (por ejemplo, los movimientos obreros o los grupos nacionalistas), mi investigación ha tratado de conectar el concepto de «Régimen del 78» con el imaginario de la *Izquierda Abertzale.* Usando como fuente la revista cultural vasca publicada durante la transición *Punto y Hora en Euskal Herria,* analicé en primer lugar cuáles fueron las representaciones de la transición española para *Izquierda Abertzale*[68]. El lector, a través de los análisis de estas representaciones, puede entender el «Régimen del 78» como una realidad empírica de las historias de vida de los militantes de ETA que han participado en esta investigación.

> En ese momento, yo fui uno de los convencidos de que si todas las fuerzas políticas del Estado español nos uníamos, podíamos cambiar el régimen y a la vez atender a las demandas de los vascos, o sea el derecho de autodeterminación. En 1975 y en 1976 luchamos por la democracia, por acabar con el régimen de Franco y pensamos que, a cambio, nos ayudarían a ejercer nuestro derecho a la autodeterminación[69].

El filósofo Paul Ricœur sostuvo que «la persona, entendido como carácter histórico, no es una entidad separada de sus experiencias»[70]. El desencanto emocional del antiguo militante de

ETA Fernando Etxegarai con la transición española y el régimen que se desarrolló con ese mito fundacional es un relato empírico de una generación de vascos que vivió dicha transición, aunque sus memorias no revelan «la verdad» de lo que ocurrió durante ese intenso periodo. Mi investigación nos ayuda a comprender que el concepto de «Régimen del 78» no solo representa una «protesta anti*establishment*», sino que además tiene sus raíces en una serie de memorias de activistas políticos como Etxegarai que consideran que este proceso no termina en 1982 con la llegada del PSOE al poder, sino que es, a día de hoy, un proceso inacabado.

La entrevista con Etxegarai transcurrió en su casa, un lugar donde él se sentía cómodo. De hecho, la mayoría de los narradores que participan en un estudio de historia oral prefieren conceder entrevistas en sus casas, que es donde se sienten mejor para poder conversar de temas no necesariamente fáciles de tratar. Mientras subíamos las escaleras hacia un ático en pleno casco viejo de Bilbao, Etxegarai me anticipó que él venía de una «buena familia vasca». Durante la entrevista, Etxegarai diluyó mi excitación de entrevistar por primera vez a alguien que había militado en ETA con una calma que me fue transmitiendo durante toda la entrevista. Lo que más aprendí de esa entrevista fue que donde Etxegarai se sentía más cómodo para hablar era en el terreno de la política, y muchas veces su vida personal quedaba relegada a un segundo plano. Como ya adelantó Hamilton, «en las entrevistas ellos intentan mostrar el lado político de sus vidas a expensas de sus relaciones personales, tratando de contextualizar cuidadosamente sus historias en una gran narrativa política, con el efecto de que a veces la entrevista tiene el tono de un discurso político»[71]. Sin embargo, lo que para Hamilton eran narrativas políticas que no estaban en directa confrontación con su identidad nacional, para mí esas historias de vida cuestionaban mi manera de percibir mi país y su historia. Por un lado, lo que mejor le podía venir a mi investigación era que Etxegarai me hablase de su vida personal, para que así yo pudiera entender su lado más emocional. Mis intentos de confrontar con sus narrativas políticas pudieron, en algún momento, dirigir la entrevista hacia una determinada dirección, algo que va contra los

principios básicos de la historia oral. El análisis histórico de la entrevista, que veremos en el capítulo III, fue una mezcla entre mi intención de rescatar las vivencias empíricas de Etxegarai y la posibilidad de generar, mediante sus vivencias de la transición española, un nuevo relato de la transición.

¿Qué nos dicen las diferentes contranarrativas de la transición acerca de la historiografía existente sobre el tema?[72]. De acuerdo con la narrativa oficial de la transición, durante este proceso, las heridas abiertas de los españoles empezaron a cicatrizar. Siguiendo esta línea de análisis, ETA ha representado históricamente el único obstáculo hacia la reconciliación nacional. Esta narrativa oficial se ha ido extendiendo culturalmente dentro de la sociedad española, y está relacionada con dos limitaciones: la primera es la incapacidad de los medios de comunicación españoles de criticar los orígenes franquistas de la actual monarquía española teniendo en cuenta que Juan Carlos I fue nombrado sucesor por el dictador Franco, además de considerar el hecho de que Carrero Blanco fue una persona muy cercana al monarca; la segunda limitación son las dificultades que han tenido diversas organizaciones de derechos humanos a la hora de obtener permiso por parte de las administraciones públicas para poder abrir fosas comunes en las que se encuentran muchos cadáveres de la represión franquista. Por otro lado, las víctimas de ETA han tenido durante las últimas décadas toda la atención mediática y, en este sentido, han sido (justamente) reconocidas por el sistema democrático español. Podemos afirmar que, desde un análisis de fuentes primarias de partidos políticos y sindicatos que han formado parte de la *Izquierda Abertzale,* un análisis de las emociones de los militantes de ETA tiene la potencialidad de promover una ruptura con el «Régimen del 78», el cual la gran mayoría de la literatura escrita sobre la transición ha contribuido a crear[73].

Si la historia se define por cómo los individuos y las sociedades cambian a lo largo del tiempo, ETA y sus violencias tienen un principio (la década de los sesenta), un final (2011, momento en el que decide abandonar las armas) y, por tanto, una historia. ¿Cómo se puede entender el conflicto vasco y su largo recorrido a través de

las emociones de unos militantes de ETA que viven y sienten de maneras diferentes las distintas etapas del régimen político español de 1978? Mi entrevista con Josu Amantes, antiguo militante de ETA y condenado como Etxegarai a más de veinte años de cárcel, representa la continuación de dicho régimen político, pasando de los setenta y el desencanto de Etxegarai con la transición, al dolor físico y directo que sufre Amantes con las acciones de los GAL en los ochenta. Al transcribir la entrevista de Amantes, me di cuenta de que contenía ese dolor para poder contar su historia. Como dice Thompson, «el argumento más poderoso para que una entrevista fluya de una manera libre no es tanto buscar información, sino como recoger una "narrativa de la entrevista", recoger un "contenido subjetivo" sobre cómo un hombre o una mujer mira hacia atrás su vida de una forma completa o de una forma parcial»[74]. Teniendo en cuenta que los dos eran militantes de ETA, las historias de vida de Etxegarai y Amantes son totalmente diferentes. En este sentido, sus subjetividades representan diferentes imaginarios colectivos del «Régimen del 78». El fenómeno de los GAL parece ser «una isla» dentro del «Régimen del 78» donde los militantes de ETA (retratados constantemente como meros criminales comunes por los medios españoles) no han sido directamente relacionados como víctimas de este grupo paramilitar.

Como español nacido en 1985, no hay duda de que mi historia de vida también ha sido condicionada por las representaciones culturales del «Régimen del 78» (con ETA representando su principal antagonista), y esto ha influido en la manera en la que he llevado a cabo las entrevistas, un proceso que maduró a la vez que mis experiencias de vida con los militantes de ETA. En este sentido, mi actitud con los militantes de ETA durante las entrevistas estuvo marcada por un profundo respeto. Por un lado, sentí el privilegio de tener acceso de primera mano a unas experiencias de vida tan intensas. Sin embargo, por otro, esta emoción de «sentirme privilegiado» me limitó a la hora de abordar ciertos temas durante las entrevistas, como la violencia ejercida por Etxegarai y Amantes a otras personas durante su militancia en ETA. Ellos fueron militantes durante las décadas de los setenta y los ochenta, en un tiempo

donde ETA aún disfrutaba de considerables niveles de apoyo social entre los vascos, en parte debido a los grupos paramilitares que aún existían. Durante los noventa, los vascos se empezaron a hartar de esa violencia de ETA y la organización empezó a perder apoyos. Mi entrevista con Gorka García Sertucha, que fue condenado por intentar asesinar al rey Juan Carlos I en 1993, tuvo lugar en un periodo en el cual mi experiencia como entrevistador me dio la confianza de poder preguntar abiertamente a un militante de ETA acerca de sus acciones armadas. Aunque Sertucha es en parte producto de dos generaciones previas de militantes de ETA (como la de Etxegarai y la de Amantes) que lucharon contra una cultura posfascista (en la forma de terrorismo de Estado) que aún estaba presente en la vida cotidiana de los españoles, un análisis estructural de este fenómeno no sería suficiente para entender el contexto cultural de la sociedad vasca en los noventa. Sertucha demostró durante la entrevista que su intención de asesinar al rey no le provocó contradicciones personales, como por ejemplo el conflicto moral de quitarle la vida a otro ser humano. La ETA de los noventa fue definida por la sociedad española, así como por los mismos militantes, de una manera en la que se aceptaba más el rol de perpetrador que el sufrimiento vivido por los militantes de ETA y otros miembros de la *Izquierda Abertzale* en forma de torturas por la policía española.

Aunque la literatura escrita sobre la ETA de los noventa se ha enfocado en el declive de su apoyo popular, exclusivamente desde este contexto no nos es posible explicar la historia de vida de Sertucha[75]. ¿Qué lleva a un militante de ETA a tratar de asesinar al rey español en un contexto europeo de finales del siglo XX? Como hemos visto en la sección de violencia política, los estudios sobre terrorismo no han tenido tradicionalmente una aproximación holística. Sin embargo, no hay duda de la intención política en intentar asesinar al rey y la importancia de intentar comprender este fenómeno desde varios ángulos. En este sentido, la historia de vida de Sertucha retrata las motivaciones políticas de un activista vasco en un contexto neoliberal en los noventa donde casi todas las esferas de la vida humana quedan sujetas a relaciones mercantiles.

Mi investigación revela que, al final del siglo XX, comunidades como la vasca, después de experimentar durante décadas la represión por parte de las fuerzas de seguridad, aún tienen individuos como Sertucha dispuestos a ejercer la lucha armada con fines políticos. En este sentido, mi investigación tiene el objetivo de analizar el proceso económico neoliberal que empezó con la crisis del petróleo en 1973, contribuyendo a precipitar la caída del régimen de Franco e iniciando un «no retorno» con el comienzo de la gran recesión en 2008 y sus efectos en la composición social de ETA y de la *Izquierda Abertzale.* Entendemos el neoliberalismo no solamente como un sistema que se reduce a las relaciones económicas entre individuos, sino que, para su implementación en la sociedad, necesita una serie de mecanismos culturales y políticos. Siguiendo esta línea, el «Régimen del 78» no solo no ha existido sin el neoliberalismo, sino que es una expresión cultural y política de él. Para entender mejor el «Régimen del 78» a través de las subjetividades de los militantes de ETA, mi investigación analiza la realidad material de españoles y vascos en los años finales de la transición a la democracia.

Acercándonos a la *Izquierda Abertzale* desde sus representaciones más icónicas, el último capítulo de este libro trata específicamente de abordar a los presos políticos vascos que representan simbólicamente los valores fundamentales para esta comunidad, como son el sacrificio o la lealtad. Fuentes primarias, como documentos de la asociación de presos vascos *Etxerat,* nos muestran cientos de testimonios de torturas de la policía sobre activistas vascos, y nos ayudan a entender que la *Izquierda Abertzale* tiene a la tortura como la principal fuente de dolor y que esta es, por lo tanto, la principal conexión emocional entre esta comunidad y el Estado español[76]. Los cuatro narradores nos ayudan a comprender desde su vida cotidiana en la cárcel su lucha contra el Estado. La comunidad de presos es posiblemente el último bastión tanto emocional como material donde ETA aún tiene una base social importante en el siglo XXI. El desafío como historiador oral que me encuentro en este último capítulo es cómo entender una realidad tan ajena a mi persona, como estudiante de clase media

que lleva una vida «estándar». Esta distancia entre mi persona y el testimonio del narrador representa simbólicamente la distancia entre la comunidad radical vasca, que en el siglo XXI sigue teniendo cientos de presos en las cárceles, y la realidad social en que viven el resto de los españoles.

Ciertamente, omitiendo las historias de vida de los militantes de ETA, la literatura sobre el conflicto vasco es un reflejo de esta distancia. De hecho solo podemos acercarnos a las historias de vida de los militantes de ETA en prisión desde la información que colectivos de presos nos facilitan. En mi opinión, la historiografía sobre ETA se ha enfocado demasiado en el corpus ideológico de ETA (simpatizando o en la mayoría de las veces criticándolo) y se ha olvidado de las subjetividades personales de sus militantes.

Entre estos cuatro narradores que nos hablan de su vida en la cárcel, se encuentra Anitz Eskisabel, la única mujer y la persona más joven de toda la investigación. Anitz representa la última generación de vascos dispuesta a comprometerse (o por lo menos a simpatizar) con la lucha armada. A la vez, su identidad como mujer nos ayuda a tener una aproximación de género a ETA. Durante la entrevista, Anitz se infravaloraba constantemente, y muchas veces hablaba de su papel en la lucha política de una manera secundaria. Esto contrasta si la comparamos con el resto de narradores (varones) que participaron en este estudio y que rechazaron aparecer anónimos, ya que querían que sus nombres acompañaran su historia. Anitz, por el contrario, fue la narradora que más me costó convencer para que participara en esta investigación. El hecho de que normalmente los narradores que aparecen en estudios de terrorismo permanecen anónimos, como en el caso del estudio de Carrie Hamilton sobre las mujeres en ETA, obedece al hecho de que la organización terrorista sigue activa en el momento de la investigación. Aunque ETA declaró el alto el fuego en 2011, durante los años en que realicé las entrevistas (2014 y 2015), esta organización, aunque desactivada, seguía existiendo y, como tal, seguía siendo una amenaza para el Estado. Sin embargo, en 2011 ETA dejó de representar (simbólicamente) el presente, y pasó a ser parte del pasado, al ser una organización armada que no practicaba

ya la violencia. Esta nueva realidad social facilitó que durante los años en los que realicé las entrevistas los narradores no tuvieran (tanto) miedo de futuras represalias por el hecho de participar en esta investigación. Las siete entrevistas y sus correspondientes identidades personales representan el recorrido histórico de ETA. En las siguientes páginas concretaremos cómo este recorrido se transforma en historia.

Haciendo historia

La proximidad entre el investigador y su objeto de estudio es uno de los aspectos más controvertidos dentro de los estudios sobre terrorismo. Como se ha mencionado previamente, estar demasiado cerca de un terrorista puede dar la sensación de simpatizar con su causa y, por lo tanto, generar la impresión de que el análisis final resulte no ser objetivo (algo parecido a sufrir síndrome de Estocolmo). De hecho, si consideramos los ya reconocidos trabajos de Eva Forest e Iker Casanova, y tenemos en cuenta que los dos son personas que simpatizan con la *Izquierda Abertzale,* esta teoría podría resultar ser cierta. Como hemos visto, Eva Forest entrevistó a los militantes de ETA que asesinaron a Carrero Blanco, e Iker Casanova escribió la biografía de uno de los líderes más carismáticos en la historia de la organización, *Argala.* Ambos autores son considerados activistas políticos de la *Izquierda Abertzale*[77]. El hecho de que su trabajo apele directamente a las emociones de los militantes de ETA es precisamente el núcleo (desde mi punto de vista) de la controversia. ¿Podemos analizar las vidas cotidianas de los militantes de ETA sin ser influenciados (en el sentido de tener que tomar una posición política) por sus narrativas políticas? El resultado de mi investigación revela un proceso de inmersión dentro de las narrativas de los militantes de ETA, contrastándolas con mi propia narrativa sobre el conflicto vasco. Por consiguiente, mi contribución a la historiografía del conflicto vasco es tratar de entenderlo desde la profundidad que nos da la historia social y tratar a su vez de explorar el universo emocional de siete militantes de ETA desde el nivel de la comunidad.

El mundo de ETA, como el de cualquier otro grupo insurgente armado, es un mundo cerrado y acostumbrado a la falta de comprensión desde el mundo exterior. Los testimonios de los militantes de ETA me habían proveído de mucho contenido para la investigación. Sin embargo, teniendo en cuenta el mundo cerrado de la *Izquierda Abertzale,* mi investigación debía basarse en otras fuentes primarias como los documentos internos de ETA *Zuzen* o *Zutabe,* para entender mejor la estructura de la organización y de las direrentes narrativas de la *Izquierda Abertzale*[78]. La ideología de ETA podía ser encontrada fácilmente en los discursos y sus símbolos. Sin embargo, en los *Zuzen* o los *Zutabe* esta ideología no nos mostraba simplemente qué pensaba ETA sobre determinados temas políticos. ETA y la *Izquierda Abertzale* aparecían en los *Zuzen* y los *Zutabe* mostrando cómo vivían el mundo y, a la vez, cómo el mundo les interpelaba. Mi motivación de investigar sobre estos documentos internos no consistía en extraer una información específica. En ellos pude constatar dos temas que aparecían una y otra vez en casi todos los números de *Zuzen* y *Zutabe.* El primer tema, que aparecía de una forma velada, era la violencia. En estos documentos ETA miraba al mundo como un terreno hostil, desde la ideología marxista (lucha de clases) y desde el nacionalismo vasco, entendiendo al Estado español como algo externo a los vascos. La violencia solo era causa y consecuencia del segundo concepto semántico que también aparecía, está vez de una forma explícita, de una forma constante, el «Régimen del 78». En el siglo XXI, este concepto se ha hecho popular entre académicos y forma parte de la vida política española gracias en parte al surgimiento en 2014 del partido político Podemos. Este hecho nos hacer ver que la lucha de ETA contra el Estado escondía algo más que la voluntad del derecho de autodeterminación para los vascos. Estaba también en disputa qué imaginario político representaba la nación española en el último cuarto del siglo XX.

Lo que esta investigación trata de unir, desde el principio hasta el final, es el viaje paralelo en el tiempo del «Régimen del 78» y ETA. No de modo casual, si la crisis económica que comienza en 2008

pone en crisis durante los siguientes años al «Régimen del 78» que nació de la transición, ETA declara el cese unilateral de la violencia en 2011, apenas tres años más tarde del inicio de la crisis económica. Tratando de explorar los paralelismos más adelante, mi investigación se adentra en las subjetividades de ETA y sus representaciones del «Régimen del 78». En mi primer viaje en 2014 al País Vasco para realizar el trabajo de campo, seis años después del comienzo de la crisis y tres años después del cese de la actividad armada de ETA, sentí entre la población vasca el deseo de explicarse a sí misma. Miembros de sindicatos o partidos políticos cercanos a la comunidad radical vasca me constataron que el trabajo que yo me disponía a hacer –entrevistar a gente que había formado parte de ETA– me hubiese sido mucho más difícil antes de la declaración del cese definitivo e la violencia por parte de ETA en 2011. Si la *Izquierda Abertzale* antes de 2011 vivió marginada (o automarginada) del resto de la sociedad vasca y española, a partir de ese año dicha comunidad, sin la tensión que provocaba la violencia de ETA, empezó a mirar hacia fuera. Yo percibí entonces que los militantes de ETA tenían una historia que contar. Como constata Paul Thompson, «la historia oral da la oportunidad a las personas de contar la historia con sus propias palabras. Y dándoles un pasado, también les ayuda a construir su propio futuro»[79]. Si las teorías de resolución de conflictos hablan de procesos de cicatrización de heridas y reconciliación, mi objetivo, con esta investigación, no es tan ambicioso. Siguiendo a Thompson, entendiendo la experiencia de los militantes de ETA desde sus propias palabras, los españoles podemos saber más de los protagonistas de un conflicto de larga duración como ha sido el caso del vasco.

¿Por qué las historias de vida de los militantes de ETA no se han incluido todavía en la historia del conflicto vasco? ¿Por qué ni siquiera los académicos más cercanos a la *Izquierda Abertzale* se han puesto con este trabajo de una manera sistemática? Aunque la historia oral y la violencia política son dos caras de la misma moneda (ya que hacen falta más investigaciones que traten el fenómeno de la violencia política desde las historias de vida de

militantes que han formado parte de organizaciones terroristas), por el momento, desde la academia no se ha profundizado en esta relación. De lo contrario, los académicos han «invocado al racionalismo» para entender el conflicto vasco desde una mirada teórica y abstracta. La historiadora oral Pipa Virdee asegura que «la historia oral ha dado la oportunidad de integrar a las mujeres en la historia académica, incluso contestando las narrativas oficiales de cómo en lo social, en lo económico y en lo político las mujeres han permanecido en un segundo plano»[80]. ¿Es arriesgado sustituir la palabra «mujeres» por la palabra «terroristas» o «insurgentes armados»? Según mi investigación, los militantes de ETA tienen diferentes formas de ver el mundo y de vivir en él. La historia del largo conflicto armado vasco nos muestra que las subjetividades de los militantes de ETA nos ayudan a entender cómo la «política radical» ha sobrevivido desde que el sistema neoliberal se convirtió en hegemónico como parte de la vida cotidiana de los españoles hasta la crisis de 2008. Como he mencionado previamente, analizar la «política radical» no puede estar basado solo en discursos ideológicos o en el uso de la violencia con objetivos políticos como la que ha practicado ETA. En este libro, el radicalismo de los militantes de ETA es retratado desde sus percepciones emocionales y psicológicas, desde su lucha contra el neoliberalismo y desde sus raíces culturales vascas.

Esta introducción tiene como objetivo contextualizar el conflicto vasco desde el nacionalismo, la violencia política y ETA. Mi trabajo también trata de explicar la importancia de usar la historia oral para poner caras, nombres y, aún más importante, experiencias de vida dentro del contexto de este conflicto. Esto nos da la posibilidad de entender, con una perspectiva analítica, el conflicto desde las percepciones personales de estos activistas en lugar de basarnos en teorías de científicos sociales que tratan constantemente de «buscar una solución al conflicto». El nacionalismo, con independencia de si es vasco o español, no fue construido solo a base de mitos. El nacionalismo que se proyecta sobre un imaginario necesita una base tangible o una realidad física donde sostenerse. Si la economía y las condiciones materiales de las personas son el

sustrato básico del nacionalismo, también la violencia, en su sentido más físico, es la realización de un proyecto nacionalista. En este sentido, las siete historias de vida retratadas en este libro experimentaron diferentes formas de violencia. ETA y la *Izquierda Abertzale* moldean su imaginario nacional vasco sacando a la luz la violencia que han sufrido. Por otro lado, en sus narrativas políticas la violencia que los militantes de ETA han perpetrado es normalmente omitida u ocultada, en un intento de no ofrecer una excusa al Estado español para actuar. Esta manera de hablar en sus testimonios es, en parte, por el miedo que sienten los militantes ante la posibilidad de que las entrevistas puedan tener futuras consecuencias legales. Sin embargo, hay también una narrativa dentro de ETA en la que se les describe como *freedom fighters* y que les hace negar el sufrimiento causado. En los próximos capítulos, las historias de vida de los siete protagonistas son explicadas desde diferentes sistemas de poder (diferentes gobiernos españoles) que ha tenido el conflicto vasco, desde el nacimiento de ETA en 1959 hasta el final de su actividad armada en 2011.

Biografías de los entrevistados

Durante la construcción de la muestra que iba a utilizar en mi investigación, intenté que el resultado facilitase la comprensión del largo conflicto armado vasco. El capítulo II es el único de todo el libro que no está basado en una historia de vida. Este capítulo analiza la dictadura de Franco y la herencia cultural del fascismo sobre la actual democracia española. Esta introducción nos sirve para presentar las historias de vida condensadas en los siguientes capítulos que logran capturar una gran variedad de experiencias en los testimonios de los militantes.

La primera historia de vida es la de Fernando Etxegarai, protagonista del capítulo III. Nacido en 1952, Etxegarai nos cuenta la historia de su desencanto con el resultado final de la transición española. Su testimonio, al igual que el del resto de militantes que forman parte de este libro, es el producto de sus memorias con el actual conflicto vasco, aún no resuelto. En 1967, con 15 años,

Etxegarai vio cómo su hermano y su primo (que formaban parte de un comando de ETA) eran detenidos por la policía franquista. Este episodio de la vida de Etxegarai evoca el alto precio que muchos vascos, en su lucha contra el fascismo, tuvieron que pagar durante la dictadura y las altas expectativas que tenían del inicio de la transición a la democracia. En otras palabras, durante la entrevista Etxegarai subraya el hecho de que los militantes de ETA que vivieron el periodo de la transición hacia la democracia terminaron este periodo sin obtener los beneficios esperados: el derecho de autodeterminación para el pueblo vasco.

La biografía de Etxegarai marca 1969 como el año en que empezó a estudiar derecho en Madrid, expandiendo su universo mental fuera de las fronteras del País Vasco. Durante este periodo conocido como «tardofranquismo» (1959-1975), una nueva clase trabajadora surgió en el País Vasco –así como en otras regiones de España como Cataluña– provocando, con sus movilizaciones, el final de la dictadura. En 1976, habiendo obtenido el título de abogado, Etxegarai fue testigo de la intensa huelga que tuvo lugar en la ciudad vasca de Vitoria, donde dos trabajadores murieron durante la manifestación contra el régimen. Etxegarai vivió la transición española (1975-1982) después de haber estado en contacto con estudiantes de derecho en Madrid y de haber participado en las intensas manifestaciones de Vitoria. En 1982, Etxegarai ya es parte de un comando de ETA. Este resumen de la biografía de este militante de ETA ayuda al lector a situar su historia de vida durante los turbulentos años de la transición, y así poder entender la desafección que sintió la *Izquierda Abertzale* con la democracia española que nacía por entonces.

Nacido en 1960, el militante de ETA Josu Amantes –que es ocho años menor que Etxegarai– fue un adolescente durante la transición hacia la democracia. En 1979 Amantes empezó a militar en ETA después de haberlo hecho en diversas organizaciones políticas de la *Izquierda Abertzale* que desempeñaron un papel predominante durante la transición. En 1983, a la edad de 23 años, Amantes emigró a Francia después de enterarse de que la policía le estaba buscando. Durante los próximos tres años, Amantes tuvo una vida

relativamente normal en Francia, teniendo en cuenta que el gobierno de Mitterrand concedió asilo a los refugiados políticos vascos hasta 1986. Si lo relevante de la historia de Etxegarai se contextualiza durante los años de la transición, la historia de Amantes empieza precisamente con las secuelas que deja dicha transición y el terrorismo practicado por los GAL apoyado secretamente por parte de las elites del Estado.

En 1984, el compañero de piso de Amantes –que también era militante de ETA– murió delante de él como consecuencia de un disparo de un francotirador de los GAL. Unos años después, Amantes experimentó, también en sus manos, la violencia de los GAL cuando un sicario le disparó en los baños de un bar. Estos dos episodios hicieron entender a Amantes la vulnerabilidad de su propia vida y del resto de los refugiados vascos que se encontraban en Francia. Como podemos ver, las vidas de Amantes y de Etxegarai no son representativas en términos cuantitativos. Por el contrario, el desencanto de Etxegarai y el dolor físico que experimentó Amantes representan la no resolución del conflicto vasco en la actual democracia española.

> Me llamo Gorka García Sertucha. Nací en Bilbao, en 1968. Soy de Algorta, Guecho, y tengo 47 años. He pasado veinte años en prisión[81].

Con estas palabras empieza la transcripción de la entrevista de la tercera historia de vida de este libro. Inmediatamente después de que Sertucha pronuncia estas palabras, yo le interrumpí pidiéndole que comenzase hablando de su infancia. Mi investigación, en la que la historia oral es una fuente de varias, revela –a través de diversas fuentes primarias más convencionales exploradas en archivos de organizaciones de paz como *Elkarri* o Gesto por la Paz– que la sociedad vasca ha transformado su percepción de la violencia desde que ETA empezó a ejercerla en la segunda mitad del siglo XX. Si las historias de Etxegarai y Amantes provienen de los setenta y los ochenta durante los cuales ETA disfrutaba de altos niveles de apoyo social entre los vascos, durante los noventa la organización

empezó a encontrarse aislada. ¿Cómo se puede entender la biografía de Sertucha desde esta evolución histórica?

En 1995, Sertucha fue encarcelado y acusado de intentar matar al rey de España, Juan Carlos I. Toda la vida de Sertucha será marcada por aquel año. ¿Por qué Sertucha (a diferencia del resto de narradores de esta tesis) estaba dispuesto a hablarme de un acto de violencia? Durante este periodo que pasó en una prisión del sur de España, Sertucha recuerda las palabras de un funcionario de prisiones: «Es una pena que fallaras en tu intento de matar al rey»[82]. Este episodio, a pesar de ser simplemente la opinión de un funcionario de prisiones, revela una paradoja. A finales del siglo XX, cuando las organizaciones de paz tenían una alta presencia en sus demandas en contra de la violencia de ETA, la dimensión histórica del rey Juan Carlos I traspasaba la dimensión de violencia política. En otras palabras, no solo los militantes de ETA, sino también ciudadanos españoles podrían justificar la violencia contra el rey.

La historia de Anitz Eskisabel nos lleva al siglo XXI. En el último capítulo, Anitz y otros tres militantes de ETA explican sus experiencias en prisión. Nacida en 1977, Anitz es detenida por la policía en 2005. Anitz estuvo dos años en prisión en espera de juicio, y abandonó la cárcel en 2007. Sentenciada a seis años de prisión después de un proceso de apelación, vuelve a entrar en prisión en 2010. Yo conocí a Anitz en 2014, cuando solo llevaba unos meses fuera de prisión. Debido a que, en ese tiempo, aún se estaba adaptando a la vida fuera de prisión, tuvo que pasar un año hasta que lograra entrevistarle durante mi segundo viaje al País Vasco. Siendo torturada por la policía en su primera detención, Anitz forma parte de la comunidad emocional de los prisioneros vascos. ¿Cómo se puede entender la historia de Anitz desde una perspectiva de género, teniendo en cuenta que ella es la única mujer que participó en esta investigación?

El día en que ETA oficialmente dejó de existir –el 3 de mayo de 2018–, la mayoría de los periódicos españoles la retrataron como una organización criminal que había estado activa durante más de sesenta años[83]. En contraste con la simplificación de los textos de la prensa que hablan de «organización criminal», cuando Anitz

abandona la prisión en 2014 es acogida con cariño por sus vecinos. En sus palabras: «Me sorprendió la cantidad de gente que vino a recibirme a la plaza del pueblo»[84]. En el siglo XXI, cuando ETA abandonó la lucha armada y despareció como organización, experimentando los niveles de popularidad más bajos de su historia, los prisioneros políticos vascos, como Anitz, seguían recibiendo calurosas bienvenidas cuando salían de prisión por parte de sus vecinos. Si la prensa española y la bibliografía sobre el conflicto vasco ha tratado de simplificar el apoyo a ETA, explicándolo como un «lavado de cerebro» sobre la población vasca, la vida de Anitz como mujer y como miembro de la *Izquierda Abertzale* nos cuenta una historia diferente[85]. Su actitud humilde durante la entrevista, repitiendo constantemente que su historia no era digna de ser contada, y a la vez mi propia experiencia mientras paseaba con Anitz por su pueblo y siendo testigo de cómo muncha gente se acercaba a saludarla, me constata la importancia de entender a ETA en este siglo XXI desde las microhistorias de sus militantes.

[1] Mucho se ha escrito sobre ETA desde una perspectiva securitaria. Uno de los libros más conocidos es: F. Domínguez Iribarren, *De la negociación a la tregua. ¿El final de ETA?,* Madrid, Taurus, 1998. Existen algunos trabajos en la misma línea argumentativa, pero que aportan una perspectiva más histórica.

[2] L. M. Sordo Estella, *Promesas y mentiras. Las negociaciones entre ETA y los gobiernos de España (1976-2006),* Madrid, Tecnos, 2017.

[3] Entiendo por «comunidad radical vasca» o *Izquierda Abertzale* (ambos sinónimos en este libro) aquellos partidos políticos, sindicatos y

diversos movimientos sociales que han sido ideológicamente cercanos a ETA durante el largo conflicto armado vasco.

[4] J. Zulaika, *Basque Violence. Metaphor and Sacrament,* Reno, University of Nevada Press, 1988; B. Aretxaga, *State of Terror,* Reno, University of Nevada Press, 2005.

[5] F. Domínguez Iribarren, *De la negociación a la tregua, op. cit.,* p. 11.

[6] Existe una vasta bibliografía de «conclusiones generalistas». La mayoría de los trabajos sobre el conflicto vasco que no incorporan una aproximación antropológica o histórica, desgraciadamente, caen en esta categoría. Los enfoques multidisciplinares, constantemente mencionados por los académicos en el siglo XXI, no han servido en mi opinión para combinar diversas disciplinas de las ciencias sociales y poder brindar análisis más amplios. De lo contrario, los análisis más «científicos» y positivistas, provenientes sobre todo de la ciencia política, han monopolizado la escena. Algunos ejemplos de libros con «análisis generalistas»: F. Domínguez Iribarren, *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998; y P. J. Francés, *Una solución al conflicto vasco,* Madrid, Ciudadano, 2000.

[7] La mayoría de las investigaciones sobre ETA se unen a las del nacionalismo vasco, asumiendo que ambos temas son inseparables. En otras palabras, no podemos entender a ETA sin tratar de explicarla en los orígenes del nacionalismo vasco. Sin embargo, ¿por qué algunos elementos que han sido importantes dentro del conflicto vasco, como el nacionalismo español, no son parte de los análisis sobre ETA?

[8] T. Edensor, *National Identity, Popular Culture and Everyday Life,* Oxford, Berg, 2002, p. 1.

[9] *Ibid.,* p. 20.

[10] Ejemplos de esta historiografía pueden ser trabajos como: J. A. Pérez-Pérez, «Foralidad y autonomía bajo el franquismo (1935-1975)», en L. Castells-Arteche y A. Valero Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008),* Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 317-285; D. Conversi, *The Basques, the Catalans and Spain,* Londres, Hurts and Company, 1997; A. Elorza, J. M.ª, Garmendia, G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA,* Madrid, Temas de hoy, 2000.

[11] La historiografía del conflicto vasco centrada en la transición española no ha prestado demasiada atención a la *Izquierda Abertzale.* Una excepción es: J. W. Foweraker, «The Role of Labor Organizations

in the Transition to Democracy in Spain», en R. P. Clark y M. H. Haltzel (eds.), *Spain in the 1980s. The Democratic Transition and a New International Role,* Cambridge (Mass), Ballinger Publishing Company, 1987, pp. 97-122. Desde la perspectiva de la *Izquierda Abertzale,* tenemos: F. Letamendia Belunze, *Historia del nacionalismo vasco y de ETA. Volumen II. Historia de la transición (1976-2002),* San Sebastián, R&B, 1994. Un trabajo reciente es el de D. Beorlegui, *Transición y Melancolía,* Madrid, Postmetrópolis, 2017.

[12] Uno de los análisis periodísticos más conocidos sobre los GAL es P. Woodworth, *Dirty War, Clean Hands; ETA, the GAL and Spanish Democracy,* Yale, Nota Bene, 2002. Desde una perspectiva «desde dentro» de los GAL, véase J. Amedo, *Cal viva. Un relato estremecedor. La verdad definitiva desde las entrañas de los GAL,* Madrid, La esfera de los libros, 2013.

[13] En el presente libro se usa la expresión «militante de ETA» en lugar de «exmilitante de ETA» de un modo intencionado. Hay que tener en cuenta que toda la investigación se desarrolló antes de que ETA dejara de existir en 2018. Por ende, nunca supe realmente si las personas que estaba entrevistando en aquel momento seguían formando parte de la

organización terrorista cuando se produjo la entrevista.

[14] Se utiliza el término «presos políticos vascos» simplemente para poder nombrar de una manera simplificada aquellos ciudadanos vascos que se encuentran en la cárcel debido al conflicto político. No es mi intención entrar en una «batalla ideológica» con el uso de este término.

[15] R. Adams, «Michel Foucault: Biopolitics and Power», *Critical Legal Thinking. Law and Political,* 10 de mayo de 2017, disponible en [http://criticallegalthinking.com/2017/05/10/michel-foucault-biopolitics-biopower] (último acceso el 6 de septiembre de 2018).

[16] En este libro se utilizará indistintamente el término de «grupo terrorista» y el término «grupo insurgente». Considero que ambos términos son válidos para describir a ETA. Sin embargo, los propios militantes de ETA no se definen como terroristas, y por lo tanto se usará más frecuente el término «grupo insurgente».

[17] E. Gellner, *Nations and Nationalism,* Oxford, Blackwell, 1983. Para contemplar la relevancia de Gellner en el análisis sobre nacionalismo, véase D. Conversi, «Homogenisation, Nationalism and War: should we still read Ernest Gellner?», *Nations and Nationalism* 13 (2007), pp. 371-394. Un debate más

reciente sobre el nacionalismo en M. Guibernau, *The Identity of Nations,* Cambridge, Polity Press, 2007.

[18] E. Gellner, *Nations and Nationalism, op. cit.*

[19] J. Breuilly, *Nationalism and the State,* 2.ª ed., Mánchester, Manchester University Press, 1993 (1.ª ed. de 1982).

[20] *Ibid.,* p. 49.

[21] El lector podrá encontrar este tipo de debates en R. P. Clark, *The Basque Insurgents: ETA, 1952-1980,*Madison, University of Wisconsin Press, 1984. Véanse también D. Conversi, «Modernism and Nationalism», *Journal of Political Ideologies* 17 (2012), pp. 13-34; y J. P. Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y Nacionalidad,*Madrid, Alianza, 1984.

[22] Véase, por ejemplo, A. Elorza, J. M.ª Garmendia, G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA, op. cit.* Véase también P. Woodworth, *The Basque Country. A Cultural History,* Oxford, Signal Books, 2007.

[23] H. Seton-Watson, *Nations and States. An Enquiry into the Origin of Nations and the Politics of Nationalism,* Boulder, Westview Press, 1977.

[24] *Ibid.,* p. 5.

[25] A. D. Smith, *National Identity,* Londres, Penguin, 1991.

[26] B. Anderson, *Imagined Communities,* Londres, Verso, 2006, p. 4.

[27] E. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality,* Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

[28] *Ibid.*

[29] E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition,* Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

[30] *Ibid.* Para una discusión más amplia sobre la modernidad y el nacionalismo, véase D. Conversi, «Modernism and Nationalism», *op. cit.*

[31] Para un contexto más detallado, consúltese A. Shubert, *A Social History of Modern Spain,* Londres, Unwin Hyman, 1990, p. 2.

[32] H. Graham, «Introduction. Culture and Modernity. The Case of Spain», en H. Graham y J. Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies: An Introduction: The Struggle for Modernity,* Nueva York, Oxford University Press, 1995, p. 6.

[33] Para un estudio antropológico de este tema, véase M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation,*Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 11.

[34] H. Seton-Watson, *Nations and States…, op. cit.,* p. 445.

[35] L. Berlant, *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

[36] *Ibid.,* p. 10.

[37] H. Graham, *The War and its Shadow: Spain's Civil War in Europe's Long Twentieth Century,* Brighton, Sussex Academic Press, 2012, p. 117. Con un argumento similar, C. P. Boyd, *Historia Patria. Politics, History and National Identity in Spain, 1875-1975,* Princeton, Princeton University Press, 1997.

[38] Véase P. Spierenburg, «Violence: Reflections About a Word», en S. Body-Gendrot y P. Spierenburg (eds.), *Violence in Europe. Historical and Contemporary Perspectives,* Berlín, Springer, 2008.

[39] Un ejemplo de esta historiografía es P. Spierenburg, «Violence: Reflections About a Word», en S. Body-Gendrot y P. Spierenburg (eds.), *Violence in Europe. Historical and Contemporary Perspectives,* Berlín, Springer, 2008.

[40] Dos ejemplos de este tipo de trabajo son J. Apalategui, *Los vascos. De la nación al estado,* Bayonne, Elkar, 1979; y L. Bruni, *ETA. Historia política de una lucha armada,* Tafalla, Txalaparta, 1993.

[41] Ejemplos de una historiografía sobre ETA más conservadora pueden ser L. Castells y A. Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea, op. cit.;* A. Elorza, J. M. Garmendia,

G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA, op. cit.*

[42] T. Judt, *Postwar. A History of Europe Since 1945,* Londres, Pimlico, 2007.

[43] D. Stone, *Goodbye to all that? The Story of Europe Since 1945,* Nueva York, Oxford University Press, 2014.

[44] E. Forest, *Operación Ogro. Cómo y porqué ejecutamos a Carrero Blanco,* Bilbao, Gara, 2013.

[45] Dato extraído de G. Gómez Bravo, *Puig Antic. La transición inacabada,* Madrid, Taurus, 2014, p. 34.

[46] Dos estudios recientes que parten de esta estructura: G. Gómez Bravo, *Puig Antic…, op. cit.,* y E. Rodríguez López, *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78,* Madrid, Traficantes de sueños, 2015. Desde una perspectiva anarquista/libertaria, véase F. Quintana, *Asalto a la fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista 1960-1990,* Barcelona, Alikornio, 2002.

[47] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[48] E. Forest, *Operación Ogro…, op. cit.*

[49] A. Mayer, *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions,* Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 17.

[50] Un trabajo que explica a ETA como organización que facilitó la apertura de la transición española es R. P. Clark, *The Basque Insurgents. ETA, 1952-1980,* Madison, University of Wisconsin Press, 1984. Por el contrario, un trabajo que explica a ETA como una organización que durante la transición se convirtió en una organización terrorista es A. Elorza, J. M.ª Garmendia, G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA, op. cit.*

[51] No abundan mucho los estudios sobre la historia social y cultural de ETA. De los estudios más relevantes que parten de esta metodología, véanse Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón. Cooperatives, Politics, and Working Class Life in a Basque Town,* Nueva York, University of New York Press, 1996; y para uno de corte más clásico de historia social, C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People, op. cit.*

[52] E. Hobsbawm, *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991,* Londres, Abacus, 1995, p. 3.

[53] R. P. Clark, *The Basque insurgents…, op. cit.,* p. 32.

[54] J. Sullivan, *ETA and Basque Nationalism. The fight for Euskadi,* Londres, Routledge, 1988, p. 37.

[55] C. E. Zirakzadeh, *A rebellious people…, op. cit.,* p. 17.

[56] *Ibid.,* p. 55.

[57] E. R. Wolf, *Pathways of Power. Building and Anthropology of the Modern World,* Los Ángeles, University of California Press, 2001, p. 2.

[58] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 91.

[59] R. Vazquez, *The PNV. The Social and Cultural Life of the Basque Nationalist Party,* New Brunswick, defensa de tesis doctoral, Rutgers University, 1998, p. 3.

[60] P. Thompson, *Voices from of the past. Oral History,* Oxford, Oxford University Press, 1988, p. 181.

[61] *Zutabe* 83, marzo de 1999.

[62] *Zutabe* 106, «El árbol de la negación y de la división no dará nuevos frutos», noviembre de 2004.

[63] C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism 1959-1982,* tesis doctoral, Royal Holloway, University of London, 1999.

[64] J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas,* México, La Guillotina, 2010; «un plébiscite de tous les jours», en E. Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?,* seminario impartido en la Sorbonne, 11 de marzo de 1882.

[65] Los Pactos de la Moncloa fueron firmados por el gobierno de Adolfo Suárez y diferentes organizaciones políticas y sindicatos con el objetivo

explícito de controlar la inflación. Sin embargo, el objetivo implícito de estos pactos fue el deseo del nuevo *establishment* nacido de la transición de transformar las fuerzas revolucionarias de izquierda en fuerzas moderadas que aceptasen el nuevo sistema económico. Más información a este respecto en J. W. Foweraker, «The Role of Labor Organizations in the Transition to Democracy in Spain», *op. cit.*

[66] El periódico *El País* fue fundado en 1976 como iniciativa de las elites franquistas reformistas para tratar de dar a España una imagen europea moderna. Durante las siguientes décadas *El País* se consolidó como un periódico ideológicamente de centro-izquierda y tuvo al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) como su principal exponente político. Para más información, consúltese G. Morán, *El cura y los mandarines. Historia no oficial del bosque de los letrados,* Madrid, Akal, 2015.

[67] Un reciente trabajo histórico sobre la transición que se centra en los comportamientos del PSOE y el PCE durante este periodo: J. Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político,* 2.ª ed., Madrid, Siglo XXI de España, 2015.

[68] *Punto y Hora de Euskal Herria,* «La droga en Euskadi. Entre la complicidad y la impunidad»,

Pamplona, junio de 1987.

[69] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[70] P. Ricœur, *Oneself as Another,* Londres, University of Chicago Press, 1992, p. 147.

[71] C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA…, op. cit.,* p. 8.

[72] El libro más conocido que afianza la narrativa oficial de la transición es R. Carr y J. P. Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy,* Londres, George Allen and Unwin, 1979.

[73] Algunos ejemplos de libros que han contribuido a crear esta narrativa oficial de la transición: J. Tusell, *La transición española a la democracia,* Madrid, Alba, 2006; V. Prego, *Así se hizo la transición,* Madrid, Plaza Janés, 1996; S. Carrillo, *Memoria de la transición,* Madrid, Grijalbo, 1983.

[74] P. Thompson, *Voices from of the past. Oral History…, op. cit.,* p. 227.

[75] Un ejemplo de esta literatura es E. González Calleja, *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo,* Barcelona, Crítica, 2012.

[76] Para más información sobre esta asociación, véase su sitio web en [http://www.etxerat.eus/index.php/es/].

[77] E. Forest, *Operación Ogro…, op. cit.* Véase también I. Casanova y P. Asensio, *Argala,* Nafarroa, Txalaparta, 1999.

[78] *Zutabe* tiene un carácter más «interno» y «exclusivo» que *Zuzen,* teniendo en cuenta que solo algunos activistas de la *Izquierda Abertzale* tenían acceso a él.

[79] P. Thompson, *Voices from of the past…, op. cit.,* p. 308.

[80] P. Virdee, «Remembering Partition: Women, Oral Histories and the Partition of 1947», *Oral History Society* 41, 2 (2013), pp. 49-62, 51.

[81] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015.

[82] *Ibid.*

[83] El periódico español más leído de España, *El País,* ideológicamente cercano al PSOE, lanzó esta portada: «ETA anuncia su final […]. Deja atrás una historia sangrienta de 854 muertos […], 79 secuestros, 12 de ellos muertos, 6.389 heridos», disponible en [https://politica.elpais.com/politica/2018/05/03/actualidad/1525336524_523980.html] (último acceso el 7 de septiembre de 2018). El diario español digital más leído, *El Confidencial,* sacó esta portada: «Los gobiernos vasco y navarro entierran a ETA y rechazan su acto final», disponible en

[https://www.elconfidencial.com/espana/2018-05-03/eta-barkos-urkullu-rechazan-escenificacionfinal_1558841/] (último acceso el 7 de septiembre de 2018). Estos dos ejemplos nos muestran cómo los periódicos españoles trataron a ETA exclusivamente como una organización terrorista, sin darle ningún tipo de contenido político ni histórico.

[84] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 3 de junio de 2015).

[85] Un reciente *best seller* cuyo argumento se basa en este supuesto «lavado de cerebro» es F. Aramburu, *Patria,* Barcelona, Tusquets, 2016.

II. EL NACIONALISMO VASCO DE MASAS. RAÍCES EN LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA FRANQUISTA

> «Nombrar y renombrar puede ofrecer una visión dentro de lo que llamamos historia, no estamos haciendo nada más que volver a contar algo que ya se ha dicho, especialmente la historia de los espíritus de los muertos como marca de la nación y del Estado.»
>
> M. Taussig, «The Magic of the State»

La revisión bibliográfica elaborada en el capítulo I explora cómo el nacionalismo y la violencia política son dos fenómenos que no pueden analizarse por separado en el contexto del siglo XX español. El presente capítulo desarrolla el fenómeno del fascismo dentro de este contexto. Es imposible disociar el fascismo del nacionalismo vasco y español, y de la violencia como causa de ambos. El debate sobre lo que es y lo que no es el «fascismo» ha generado una gran cantidad de divisiones entre los especialistas. Como afirma el historiador Ismael Saz, al final de la Guerra Civil española, pocos, incluso dentro de los sublevados, podían dudar del carácter fascista del nuevo régimen que nacía tras la derrota del gobierno republicano[1]. Sin embargo, al margen de los debates sobre la naturaleza del régimen franquista, parece que incluso una vez acabada la dictadura, algunos elementos culturales del fascismo español han sobrevivido durante el periodo democrático[2]. Este capítulo explica cómo se puede entender la influencia del fascismo en el conflicto vasco moderno.

El primer epígrafe analiza la «peculiaridad vasca» durante la Guerra Civil española. El PNV, buscando el voto transversal en la sociedad vasca, empieza a aglutinar una masa social durante la Segunda República situándose en un catolicismo moderado y representando una posición que huye de los extremismos en materia de política social. El hecho de que los vascos lograran el estatuto de autonomía en 1936, justo al principio de la guerra, hace

que el PNV represente, durante las siguientes décadas, el «partido-país» de los vascos en directa oposición a las fuerzas nacionalistas españolas lideradas por Franco. El final de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría hace que el PNV se quede sin estrategia política en su oposición a la dictadura. Hasta ese momento hay un consenso historiográfico sobre la explicación del nacimiento y la evolución del «nacionalismo vasco de masas».

La evolución de ETA durante las décadas de los sesenta y los setenta coincide con la transformación de España de ser un país agrario a uno industrial. Esta modernización económica, llevada a cabo de manera exitosa por ministros franquistas del Opus Dei, provoca también la caída del régimen franquista. Las demandas de la nueva clase obrera que va naciendo y la crisis de acumulación de capital que las oligarquías viven con la caída internacional de los precios del petróleo en 1973 provocan el principio del final de la dictadura. En este nuevo contexto nacional e internacional los militantes de ETA viven la cultura obrera desde los nuevos sindicatos que van emergiendo, la rebeldía de los llamados «curas rojos», o las asociaciones de vecinos que se crean para solucionar problemas concretos de los nuevos barrios obreros. Si durante la primera mitad del siglo XX el PNV había basado el nacionalismo vasco en la sangre y la religión, ETA hace de la lengua y el activismo político sus principales estandartes. Este cambio sin embargo ha sido acogido de diferentes maneras en la bibliografía escrita sobre el conflicto vasco. Lo más significativo es que la mayoría de los análisis sobre los dos eventos más importantes que vivió ETA en los setenta –el Juicio de Burgos en 1971 y el asesinato de Carrero Blanco en 1973– están desconectados de este contexto social (emergencia de la cultura obrera) que los militantes de ETA estaban viviendo durante aquellos años. Las siguientes páginas tratan de entender por qué entre los académicos hay un consenso sobre cómo nace el nacionalismo vasco de masas de la mano del PNV y, sin embargo, siguen existiendo dificultades a la hora de contextualizar la nueva cultura política vasca que se crea de la mano de ETA.

Por último, y asumiendo que al acabar la dictadura, en 1975, el fascismo siguió estando presente en determinadas expresiones de la cultura política española, nos adentramos en la vida cotidiana de los militantes de ETA. Los militantes *Peiro* y Etxegarai vivieron los años del «tardofranquismo» de maneras muy diferentes. Etxegarai tuvo la oportunidad de estudiar y moverse en los círculos sociales de las «clases liberales». *Peiro,* sin embargo, sufrió las privaciones de vivir en una familia de pocos recursos económicos y tuvo que empezar a ganar un salario desde muy joven. Las diferentes historias de vida de *Peiro* y Etxegarai nos ayudan a entender como su «lucha antifascista» empezó militando en sindicatos y se desarrolló, más adelante, formando parte de ETA.

Es por lo tanto, la herencia de la Guerra Civil española y la posterior industrialización del país en los sesenta lo que hace a los militantes de ETA vivir el conflicto vasco de una forma en particular. Como dice la historiadora Helen Graham, «la historia de la cultura española del siglo XX es –como así la Guerra Civil española lo hizo visible– la historia de una lucha entre diferentes maneras de interpretar el mundo, y diferentes maneras de interpretar la sociedad española en particular»[3]. En este capítulo tendremos en cuenta no solo la violencia física hacia sus oponentes, sino también las representaciones colectivas que surgieron al calor de dichos enfrentamientos y, por tanto, veremos cómo la herencia cultural del fascismo tiene muchas aristas. Durante el último cuarto del siglo XX y la primera década del siglo XXI, los militantes de ETA pasaron de ser protagonistas de la historia de España a ser meros espectadores. Este fenómeno se produjo en parte porque su manera de interpretar la España del siglo XXI no había sufrido cambios respecto al siglo anterior. En otras palabras, los militantes de ETA se vieron atrapados en un círculo vicioso de acción-represión-acción con el Estado español. Este proceso de absorción les impidió ser conscientes de que su organización se iba quedando anacrónica, les costó asumir el hecho de que seguían viviendo «en el siglo pasado».

LA RELIGIÓN Y EL INCONSCIENTE COLECTIVO

Como hemos visto en la introducción de este libro, la metodología de historias orales de vida nos permite conocer la parte emocional de los militantes de ETA. A este respecto, la Guerra Civil española y la dictadura se revelan como la raíz ideológica de prosecución de la lucha armada por parte de los militantes de ETA durante el periodo democrático. La Guerra Civil empezó en 1936 y acabó en 1939, y fue una contienda entre quienes apoyaban a los militares rebeldes liderados por el general Francisco Franco y los que se mantuvieron fieles al gobierno republicano que había sido democráticamente elegido en 1931. Sin embargo, la evolución de la historiografía sobre la Guerra Civil nos ha enseñado que, dentro de este gran conflicto entre leales y detractores al gobierno republicano, hubo otros muchos conflictos. Por ejemplo, los nacionalismos vasco y catalán son, en parte, productos de la Guerra Civil. Sin embargo, solo unos pocos estudios sobre la Guerra Civil han tratado este asunto, siendo Raymond Carr uno de los primeros *hispanistas* en trabajar este tema. Este autor identificaba la excepcionalidad vasca en su sentido más económico, explicando que durante el siglo XIX y principios del XX la alta burguesía vasca se había encargado de desarrollar el sector de la metalurgia y la industria recurriendo a la financiación de bancos ingleses. En cambio, Carr hablaba de la excepcionalidad catalana no tanto en un sentido económico, sino atendiendo a cómo las clases medias catalanas (pequeño burguesas) habían construido la identidad catalana (el catalanismo) a partir del desarrollo de su cultura local, es decir, poniendo el foco en la historia y la literatura catalana[4]. Siguiendo este hilo, ¿qué relación tiene la excepcionalidad de la lucha armada de ETA durante las últimas décadas con esta supuesta excepcionalidad vasca?

La proclamación de la Segunda República en 1931 por fuerzas progresistas y seculares permitió a los conservadores españoles movilizar a las masas a través de la religión por primera vez en la historia[5]. Este despliegue de poder es, en mi opinión, esencial para entender la complejidad de la literatura sobre el nacionalismo vasco desde ese periodo en adelante. En los territorios vascos,

durante los dos primeros años del gobierno liberal de Manuel Azaña, el PNV expandió su base social como el partido que volvió de la clandestinidad[6]. El historiador Juan Pablo Fusi y el politólogo Daniel Conversi están de acuerdo en que esta movilización de los conservadores españoles creó las circunstancias favorables para que los vascos pudieran recuperar su «pasado perdido»[7]. En otras palabras, al principio de la República, los vascos confiaban en su capacidad para construir un régimen político autónomo y poder recuperar sus derechos históricos perdidos durante las guerras carlistas del siglo XIX. Un 89,5 por 100 de los representantes políticos de los pueblos vascos votaron por establecer un estatuto vasco para todos sus territorios[8]. Esta iniciativa incluyó el territorio de Navarra, corazón de los vascos, quienes, en ausencia de un rey español, se vieron con la autoestima para reclamar sus derechos históricos. La vuelta a la edad de oro vasca se convirtió en el *leitmotiv* de su identidad nacional. Estas dinámicas generales de la política en la República de la década de los treinta moldearon al PNV en un discurso transversal. En otras palabras, solo leyendo la política española de una manera desideologizada, los vascos serían capaces de recuperar sus derechos históricos.

A pesar de que el nacionalismo vasco, construido a través del historicismo, trató de ocultar los diferentes intereses históricos de los grupos sociales que componían el País Vasco, los nacionalistas catalanes no necesitaron acudir a esta estrategia. El jurista y político español Jordi Solé Tura sostiene que la nostalgia por volver al pasado no la sintió la clase trabajadora vasca, compuesta sobre todo por inmigrantes, y que vio en la modernidad una vía para mejorar sus condiciones de vida[9]. Esta división entre los intereses progresistas de la clase trabajadora y la nueva representación política nacionalista difiere en gran medida del contexto catalán. En Cataluña, las fuerzas trabajadoras inmigrantes se enfrentaban a un doble reto: tratar de alcanzar autonomía política para la región y, a su vez, mejorar sus condiciones laborales luchando en contra de las prácticas oligárquicas ejercidas por las elites españolas. Ciertamente, en Cataluña se daban las condiciones para que las clases trabajadoras se acercasen al nacionalismo de una forma que

no existía en el País Vasco durante la década de los treinta. De acuerdo con los historiadores sobre el nacionalismo catalán Carme Molinero y Pere Ysàs, el Partido Socialista Unificado de Cataluña representó está conexión entre el proletariado y la identidad nacional catalana. Por el contrario, el movimiento nacionalista vasco aún no había logrado crear este imaginario. Ni la burguesía vasca, que había impulsado el proceso de industrialización a principios del siglo XX haciendo conexiones con inversionistas británicos y sin necesidad de ayuda por parte de las oligarquías españolas, ni la burguesía catalana, que había comerciado con países del mediterráneo durante los últimos dos siglos, vieron ninguna ventaja en tratar de mejorar las condiciones de vida de las clases populares como se habían propuesto las autoridades republicanas.

En este contexto, durante los años treinta, y sobre todo con la llegada de la República en 1931, el PNV empezó a movilizar a amplios sectores de la sociedad vasca. El nacionalismo vasco abarcaba un proyecto político basado en una nostalgia de los fueros perdidos, así como en la crítica a un Imperio español en decadencia que ya había perdido casi todas sus colonias. La caída de Alfonso XIII había provocado que los católicos vascos se sintieran identificados con un proyecto nacionalista católico como el del PNV. La nueva República española, liderada por Manuel Azaña, en un intento de superar la decadencia del antiguo Imperio, se proponía alcanzar la modernidad de la mano de los valores de la Revolución francesa, poniendo en cuestión la visión del Estado católico. Este escepticismo religioso no agradaba al PNV que, sin embargo, como bien señaló el historiador John Sullivan, abrazó la República a cambio de la promesa hecha por las autoridades republicanas de darle al pueblo vasco su primer estatuto de autonomía[10].

De hecho, como se ha discutido en la introducción, la construcción de las identidades nacionales no solo tiene que ver con ideologías políticas racionales (por ejemplo, el liberalismo o el socialismo), sino que también es parte del carácter emocional de los seres humanos. La religión llevó a las clases populares lo que no pudo la vida moderna.

De hecho, la religión fue el núcleo de la batalla emocional que tuvo lugar entre los españoles durante la década de los treinta. El historiador de la religión William A. Christian, en su análisis sobre las visiones religiosas que tuvieron lugar en el pueblo vasco de Ezquioga, constató que gente de diferentes estratos sociales fantaseaba sobre la posible existencia de algo lejos de su vida terrenal y el descubrimiento de nuevas realidades divinas[11]. Antes de 1960, historiadores y sociólogos no reconocían la importancia que tenían las emociones en la historia de España del siglo XX. El deseo de las masas españolas de conectar con realidades divinas, (donde, aparte de Ezquioga, otras visiones habían tenido lugar en diferentes pueblos españoles) ejemplifica la no existencia de un mito secular necesario para poder construir la nación española. El corresponsal británico Henry Buckley, testigo de eventos de este tipo durante la Guerra Civil española, refleja en sus escritos la falta de compromiso de los políticos liberales españoles a la hora de construir una narrativa coherente ante unas clases populares sedientas de iniciativas políticas en los treinta. Describiendo un discurso político del parlamentario Manuel Azaña en 1933, Buckley escribió: «[Azaña] habló a esos trabajadores y campesinos de relaciones internacionales, de reservas de oro, de complicaciones monetarias, y todo sin un tono que inspirase […]. Yo creo que él estaba aterrorizado por las masas, asustado de lo que podría hacer si conseguía adentrarse en sus pasiones»[12]. El trabajo de este periodista subraya, entre otros aspectos, la necesidad de analizar las emociones del ciudadano medio a la hora de entender la historia. La evolución del nacionalismo vasco durante estos años nos ayuda a entender cómo el PNV fue capaz (y no así el *establishment* republicano español) de conectar con las masas vascas apelando a una serie de esturcturas emocionales que moldearon (de manera exitosa) la identidad vasca durante la primera parte del siglo XX.

Las convulsiones políticas de la República española –desigualdades sociales, pérdida de hegemonía de la iglesia católica, potencias extranjeras que intervienen acorde con sus intereses– ya explicadas por los historiadores, llevaron al estallido de la Guerra

Civil en 1936. El gobierno republicano consiguió finalmente lograr el apoyo a su causa del PNV concediendo en ese mismo año el estatuto de autonomía a las provincias vascas de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa como un solo ente, el País Vasco. Navarra, corazón de la cultura vasca, ya que históricamente este reino está considerado como el primer experimento institucional de autonomía respecto a España por parte de la literatura nacionalista vasca, quedó fuera de dicho a estatuto debido a las reticencias de parte de la población navarra. Durante la Guerra Civil, los requetés, las milicias navarras de ideología carlista que se aliaron con el bando franquista, llevaron a cabo grandes matanzas en nombre de la religión católica y con la excusa de frenar la expansión del marxismo. La *Izquierda Abertzale,*que emergió durante la transición española en la década de los setenta, nunca aceptó esta ruptura entre Navarra y las instituciones políticas vascas. En este sentido, ETA simboliza durante el último cuarto del siglo XX y la primera década del XXI, la lucha de los vascos por recuperar Navarra, el «corazón» de la patria vasca.

Las pasiones fueron surgiendo a lo largo de la Segunda República. Estas pasiones confluyeron junto a las dudas de las masas españolas hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936[13]. A este respecto, existen pocos trabajos académicos que traten de entender el desarrollo del movimiento nacionalista vasco situando en el centro el inconsciente colectivo. Sin embargo, en uno de estos estudios, el historiador Antonio Elorza señala que, al final de la República, el PNV ya había incorporado a personas que conformarían ETA en el futuro. En 1934, las tendencias proletarias acabarían llegando al PNV cuando varios militantes jóvenes que habían viajado a Irlanda del Norte sugirieron la idea de conectar las luchas proletarias con las nacionales[14]. Sin embargo, estas ideas desaparecieron pronto de la estructura ideológica del PNV, liderado durante esos años por José Antonio Aguirre, un hombre que entendía la política solo desde un sentido práctico. Como antes hemos visto, a pesar de su aversión personal hacia los principios del marxismo, apoyó al izquierdista Frente Popular que estaba gobernando España durante el estallido de la Guerra Civil a cambio de lograr el estatuto de

autonomía, que fue promulgado desde las Cortes españolas en 1936. Este hecho pasa frecuentemente desapercibido desde la historiografía nacionalista vasca debido, en gran medida, a que no contribuye a romantizar la lucha de los vascos contra el fascismo español. Sin embargo, este intercambio de apoyos muestra precisamente lo importante que fue la aprobación del estatuto de autonomía para los vascos. Los nacionalistas vascos, en palabras del antropólogo Roland Vazquez, «representaron, como ninguna otra fuerza política, una comunidad»[15].

Juan Pablo Fusi encuentra en la ausencia de grandes latifundios en el País Vasco la explicación a la unidad de la comunidad nacionalista. En este sentido, en el País Vasco no había campesinos trabajando en condiciones de régimen feudal como ocurría en otras partes de España. Ni siquiera los movimientos revolucionarios que surgieron en el País Vasco pudieron quebrar la cohesión de esta comunidad nacionalista en 1936[16]. Además, la moderación de los partidos vascos con temas que tenían que ver con la religión, incluido el partido secular Acción Nacionalista Vasca [ANV][17]), y su tendencia a converger en torno a la aprobación del estatuto de autonomía, favoreció la cohesión de esta comunidad. Sin embargo, el nacionalismo vasco cambió por completo desde los pactos de Santoña en 1937, que simbolizaron la rendición de los vascos ante las fuerzas italianas aliadas de Franco. Aunque la Guerra Civil española terminó oficialmente en 1939, la comunidad nacionalista vasca marcó 1937 como su derrota emocional. De ahí en adelante, la nostalgia por la autonomía que había servido para unificar a los vascos en su lucha contra las fuerzas de Franco será sustituida por el símbolo del *gudari* y nuevas narrativas del nacionalismo vasco unidas al compromiso político. Aunque el PNV había negociado una rendición pacífica, el general Franco inmediatamente ordenó encarcelar a todos los vascos que habían sido leales a la República. De acuerdo a cifras del historiador Robert P. Clark, entre 100.000 y 150.000 vascos se marcharon al exilio en 1937[18]. Aunque las fuerzas republicanas españolas continuaron luchando con el objetivo de que Francia o Inglaterra pudieran forzar la paz, la rendición del PNV no disminuyó la heroica narrativa antifascista que

se construyó durante las siguientes décadas. El PNV se retrató a sí mismo como el partido/nación vasco que había derrotado moralmente al fascismo español[19]. A partir de ese momento y hasta la actualidad, el PNV y la comunidad nacionalista vasca han sido dos términos prácticamente indisociables.

La Guerra Civil española simbolizó el preludio de la Segunda Guerra Mundial. La influencia europea, a través de grandes teóricos que reflexionaban y escribían sobre el socialismo, el liberalismo o el fascismo, formó parte del imaginario popular de los españoles durante toda la Guerra Civil. Los 150.000 exiliados vascos antes mencionados pasaron a formar parte del léxico comparativo de «los judíos» durante la Segunda Guerra Mundial. Estas son las clarificadoras palabras del líder del alzamiento nacional, el general Emilio Mola: «Estos abominables separatistas no tienen patria. El nacionalismo vasco debe ser destruido, extirpado de sus raíces»[20]. Desde estas palabras en adelante, la literatura nos muestra que el nacionalismo vasco no debe integrarse en la historia de España, sino como algo ajeno[21]. La identidad de posguerra fascista que se extendió a lo largo de España no llegó a solidificarse en el País Vasco, excepto entre aquellos grandes industriales vascos que estaban satisfechos con los valores de orden y respeto que promovía el nuevo régimen franquista. Sin embargo, el territorio de Navarra no fue considerado vasco por una parte considerable de su población, ya que identificó los valores de la propiedad privada y el catolicismo como inherentes a los principios del general Franco. Estos navarros «pro españoles» consideraron de hecho que los navarros que habían apoyado el estatuto de autonomía habían vendido su alma a los «demonios bolcheviques».

Como hemos señalado, el triunfo moral de los vascos tuvo su traducción semántica en la figura del *gudari,* el soldado antifascista vasco que luchó contra Franco en la Guerra Civil española. Este arquetipo, prototipo ideal del luchador vasco, sirvió durante la segunda mitad del siglo XX así como el inicio del XXI, como representación mental de la superioridad moral de los vascos sobre unos españoles que nunca consiguieron romper con el legado de Franco[22]. Al comienzo del siglo XX, los sectores comerciales e

industriales vascos (la pequeña empresa, los dueños de tiendas y hombres de negocios) moderados en su discurso nacionalista formaron una alianza con el mundo rural vasco, que veía amenazada su existencia por la modernización española. A este respecto, como bien señaló la antropóloga Marianne Heiberg, contrariamente al resto de nacionalismos europeos, el nacionalismo político vasco precedió al nacionalismo cultural[23]. La figura del *gudari* y su posterior influencia simbólica en ETA viene, por lo tanto, de una tradición política en la que el PNV necesitaba seguir proyectando una alianza con esas clases medias vascas y cuyos hijos políticos serían los futuros militantes de ETA.

El hecho de que durante la Guerra Civil, y mientras el PNV estuvo en el poder, las provincias vascas fueron aquellas en las que se cometieron menos asesinatos extrajudiciales[24], nos muestra también cómo, en términos de políticas efectivas, el PNV, manteniendo el orden en los territorios vascos, perfiló una imagen de moderación política frente al «lado más pasional» (y por ende emocional) que puede representar la identidad española. La tragedia de Guernica, el pueblo vasco donde en 1937 se considera que se practicó por primera vez el ensayo de guerra total ejecutada con la aviación alemana sobre población civil, quedó plasmada en el famoso cuadro de Pablo Picasso que inmortalizaba el sufrimiento del pueblo vasco frente al fascismo. Es interesante observar que el gran valor del cuadro reside en el hecho de que Picasso ahondase en las subjetividades de los vascos retratando el dolor (a través de caras desfiguradas) de los habitantes de Guernica. El PNV, imagen de la moderación política, se valdría de ese dolor condensado en las caras de Picasso para llamar la atención de la comunidad internacional acerca de los horrores sobre los que el bando liderado por el general Franco había ganado la guerra.



Figura 1. Esta pintura de Pablo Picasso hace referencia al bombardeo sobre la población de Guernica por la Legión Cóndor alemana en 1937 en aras de apoyar al ejército rebelde liderado por Francisco Franco. En la España actual, el cuadro *Guernica* representa una denuncia contra la guerra para unos, mientras que para otros simboliza los horrores del fascismo. *Guernica,* considerado como uno de los cuadros que mejor expresa la historia sangrienta del siglo XX europeo, es también la prueba de cómo el arte desempeña un papel fundamental en la lucha de memorias colectivas.

Una vez terminada la Guerra Civil, y casi diez años más tarde, el gobierno vasco en el exilio de José Antonio Aguirre auguró un futuro prometedor en su lucha contra la dictadura cuando el gobierno estadounidense de Harry S. Truman decidió dejar a España fuera del Plan Marshall, augurando que Estados Unidos iba a liberar a los vascos de las garras del fascismo. Este convencimiento llegó hasta tal extremo que, al comienzo de la Guerra Fría, el gobierno de Aguirre llegó a hacer de espía para el FBI pasando informes sobre

supuestos comunistas españoles[25]. La posterior alianza estratégica de Franco con el gobierno de Dwight D. Eisenhower fue una de las causas de la progresiva pérdida de iniciativa por parte del PNV en la lucha contra el franquismo y el posterior surgimiento de ETA como relevo en esta lucha.

Considerando el gran cambio que sufrió el nacionalismo vasco, desde su nacimiento en la década de los treinta hasta el surgimiento de la *Izquierda Abertzale* en la de los sesenta, los cuarenta y los cincuenta han de ser vistos como un periodo de transición en el País Vasco. En estos años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la España franquista experimentó un importante aislamiento teniendo en cuenta que era una de las pocas dictaduras que aún existían en Europa occidental. Tras la Guerra Civil y con dicho aislamiento, las consecuencias económicas no tardaron en llegar: el desempleo alcanzó un 10 por 100 en la España de Franco durante la década de los cuarenta[26]. En el País Vasco, teniendo en cuenta la fragilidad de los empleos, las huelgas no eran muy frecuentes y, cuando se daban, eran fuertemente reprimidas por la policía[27]. En parte, debido a la represión que ejerció el régimen franquista sobre sindicatos como Solidaridad de los Trabajadores Vascos (ELA *[Eusko Langileen Alkartasuna]*), la mayoría de los países europeos rechazaron colaborar con España durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta.

Durante los cuarenta y los cincuenta, el PNV se enfrentó al desafío de conectar el mundo urbano (moderno) y el rural (tradicional) a través del proyecto nacionalista vasco. Durante la década de los cuarenta, un éxodo rural tuvo lugar en el País Vasco, donde campesinos vascos abandonaron sus formas de vida para ir a trabajar a las fábricas. El vasco *euskaldun* (persona que habla en *euskera*) comenzó a tener conflictos de identidad en una sociedad urbana donde la modernidad iba ligada al idioma español. A comienzos de los cincuenta, un destacado número de trabajadores del centro y del noroeste de España empezaron a llegar a trabajar a las fábricas del País Vasco. La nueva inmigración se estableció en centros como Mondragón, donde chocó culturalmente con trabajadores de tradición *euskaldun*[28]. En otras

palabras, emigrantes del País Vasco y de otras partes de España llegaron a trabajar a las nuevas fábricas y ambos se sintieron alienados; los trabajadores que venían del campo sintieron la imposición de una cultura urbana y española, mientras que los trabajadores no vascos chocaron con la cultura originaria de esas tierras. Aunque el PNV trató de hegemonizar sindicatos como ELA, durante la década de los sesenta, las fuerzas trabajadoras del País Vasco decidieron organizarse políticamente fuera de la órbita del PNV.

¿Cómo podemos comprender esta transición desde la perspectiva del campesino rural y del trabajador urbano? Este ejemplo nos sirve para entender que el periodo transitorio que abarca desde finales de la década de los cuarenta e inicios de la de los cincuenta hasta que emergiera, de la mano de ETA, la comunidad radical vasca en los sesenta puede ser resumido como el proceso de reproducción de la conciencia de clase del proletariado vasco. Este fenómeno fue en parte el producto de la crisis de legitimación que tuvo el PNV a la hora de asimilar la modernidad y las formas tradicionales de vida, crisis que fue aprovechada por el proletariado vasco para desafiar al régimen franquista conectando sus condiciones materiales con el espíritu rebelde de ETA.

Como hemos visto, durante los años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial, el régimen de Franco estaba económicamente aislado de los poderes occidentales, situación que benefició a las organizaciones trabajadoras, sobre todo en el País Vasco, donde la cultura proletaria ya había echado raíces desde la primera industrialización que tuvo lugar a finales del siglo XIX. Muestra de ello es que durante 1947 más de 10.000 trabajadores participaron en huelgas en el País Vasco[29]. Aunque es cierto que en 1940 no existía una clase trabajadora y nacionalista vasca que tuviera conciencia de serlo, la semilla ya había sido plantada cuando, en 1941, el gobierno franquista prohibió los «dialectos» vasco y catalán al ser considerados inferiores a la lengua española[30]. Después de la Guerra Civil, el régimen franquista metió en prisión a más de 400 curas vascos que habían simpatizado con la causa nacionalista, haciendo que la identidad antifascista se

extendiera también al clero vasco[31]. La prohibición de la lengua vasca, el encarcelamiento de curas vascos y el incremento del activismo obrero fueron todos símbolos del aumento de la lucha antifascista en el País Vasco.

Sin embargo, el PNV no supo canalizar políticamente este nuevo movimiento popular que estaba naciendo en el País Vasco. En 1953 el Estado Español y el Vaticano firmaban un concordato con el que Franco se aseguraba el apoyo moral del papa Pío XII. El PNV, como partido político católico veía cómo se iban agotando sus esperanzas de que el régimen de Franco quedase aislado de la comunidad internacional. En estos primeros años de la década de los cincuenta, nació *Ekin,* un grupo de jóvenes provenientes de las clases liberales vascas desencantados con esta pérdida de iniciativa política del PNV. Estos jóvenes empiezan a formar grupos de estudio sobre la historia del País Vasco y, más concretamente, se centran en conocer a aquellos autores católicos y nacionalistas que han sido referentes hasta entonces[32]. A pesar de la alianza entre el papa y Franco, como señaló el historiador Sebastian Balfour, el bloque antifranquista durante las décadas de los sesenta y los setenta va a estar formado por un pacto no escrito entre los sectores católicos progresistas y los comunistas[33]. La evolución de *Ekin* durante los cincuenta será un espejo de la crisis de hegemonía del PNV y de ese nuevo proletariado industrial vasco que va naciendo a la espera de un movimiento político que les represente.

Al comienzo de este capítulo vimos que el conflicto moderno vasco tiene sus raíces en la Guerra Civil española. Los militantes de ETA que participan en este estudio hablan en sus testimonios de una «sombra alargada» del régimen franquista que nació de la Guerra Civil y que sociológicamente sigue penetrando en la España del siglo XXI. Asimismo la historiografía de la Guerra Civil señala la excepcionalidad vasca poniendo el foco de atención en el partido hegemónico del nacionalismo vasco, el PNV. Este partido social cristiano, que en un intento de transversalidad política abrazó desde el antifascismo hasta la colaboración con los servicios secretos de Estados Unidos en plena Guerra Fría, quedó sin embargo en una posición cada vez más secundaria después de la Segunda Guerra

Mundial. En el siguiente epígrafe veremos cómo el nacimiento de ETA y su posterior evolución ideológica durante los sesenta supone un cambio radical con el nacionalismo vasco más tradicional representado por el PNV. Sin embargo, en la historiografía sobre el conflicto vasco este hecho pasa prácticamente desapercibido. Solo unos pocos estudios se han atrevido a analizar desde la historia social y cultural esta metamorfosis de la base social que el nacionalismo vasco vive con el surgimiento de ETA. El siguiente epígrafe habla de estos estudios, y explica por qué la academia ha decidido ignorar mayoritariamente esta fase histórica del nacionalismo vasco.

LA REINVENCIÓN

La mayor parte de la historiografía ha analizado a ETA desde el legado de su padre político, el PNV[34]. Esta perspectiva historiográfica comienza, generalmente, como se ha dicho, señalando que ETA incluyó en su nombre el término que Sabino Arana dio a los territorios vascos, *Euskadi* y se basa en el surgimiento de ETA como el producto de una estrategia fallida del PNV. Teniendo en cuenta que el PNV auguró que el régimen franquista iba a desaparecer mediante la presión internacional que ejercería Estados Unidos como vanguardia de los «países libres» (opuestos a los regímenes fascistas y comunistas), este régimen sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial en un contexto de Guerra Fría donde las potencias occidentales libraban su particular lucha contra el comunismo. De hecho, en la actual historiografía sobre ETA, el nacimiento de la organización se ha explicado desde el desacuerdo de los primeros *etarras* con la estrategia nacionalista del PNV y la consiguiente adopción por parte de ETA del discurso anticapitalista propio de los movimientos izquierdistas de las décadas de los sesenta y los setenta[35]. Aunque los primeros militantes de ETA pertenecían a las juventudes del PNV (EGI), la evolución de ETA durante la década de los sesenta se pareció más a la de las organizaciones izquierdistas antifranquistas del País Vasco y de otras regiones industrializadas de España. En otras

palabras, los cambios que tuvieron lugar dentro de la sociedad española con los «planes de estabilización» (industrialización del país) promovidos por Franco generaron una atmósfera que propició el surgimiento de una nueva clase trabajadora que empezó a tener conciencia de sí misma en cuanto a la posición que ocupaba en la economía. Resumiendo, esta clase trabajadora comenzó a organizarse. Tal como señala Sharryn Kasmir, «a mediados de los años sesenta, los trabajadores se propusieron la tarea de rehacerse como vascos y como proletariado, este proceso fue simultáneo al surgimiento de la *Izquierda Abertzale* como comunidad»[36].

Para analizar de una manera más completa la *Izquierda Abertzale,* tenemos que entender su realidad material. El filósofo Walter Benjamin escribió que «articular históricamente el pasado no significa conocerlo "tal y como verdaderamente fue". Significa apoderarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro»[37]. Este momento de peligro, o de conflicto, se puede situar a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, en un contexto español donde las organizaciones obreras vivían una intensa rebelión frente al régimen franquista. Como Zirakzadeh destaca, «dos terceras partes de la industria del hierro en España estaban localizadas en la costa vasca, como también una tercera parte de los astilleros»[38]. Además, en muchas iglesias vascas, que eran testigos de este surgimiento de la cultura obrera, los trabajadores podían encontrar ejemplares de libros de Karl Marx, prohibidos por el régimen franquista de aquella época. En el resto de España, antiguas organizaciones sindicales, como la UGT, se vieron desbordadas por la espontaneidad de estas rebeliones. Otras, como las Comisiones Obreras (CCOO), nacieron al calor de estas revueltas atendiendo a las demandas de trabajadores que pedían una confrontación más directa con el Estado[39].

> Nosotros éramos trabajadores. Ellos [se refiere al régimen franquista] no nos enseñaban nada. Y por lo tanto no estábamos preparados para hacer nada. No podíamos estudiar. Inmediatamente nos mandaban a trabajar […]. Durante ese periodo todo daba mucho miedo. Vivíamos en

> un *shock* constante. Había mucha represión. La *ikurriña* estaba prohibida y nos imponían la bandera española. Todo era como te lo estoy contando. Con 17 años yo ya estaba trabajando, y la mayoría de mis amigos empezaron a trabajar con 14 o 15 años[40].

Durante los siguientes años, como resultado de la progresiva organización de la clase trabajadora, ETA se dio cuenta de la trascendencia histórica que estaba teniendo esta segunda ola de industrialización sobre las regiones vascas y otras partes de España. Como podemos ver a través de las palabras de *Peiro,* uno de los protagonistas del capítulo VI, la identidad vasca fue forjada al calor de la opresión que los trabajadores vascos sufrían durante su día a día como familias de clase trabajadora con recursos económicos limitados. En su tercera asamblea de 1964, ETA se declara a sí misma como una organización socialista y empieza a tener claro que la única forma de proteger el *euskera* es a través de lograr un Estado vasco independiente[41]. A través de la reivindicación de la lengua, es decir, su identidad como vascos, y la eliminación de la pureza racial de su cultura política (adoptando por el contrario la ideología socialista), ETA empezó a desafiar la narrativa tradicional del nacionalismo vasco como algo excluyente de una parte de la población inmigrante. Desde el testimonio de *Peiro* entendemos el proceso de identificación como vascos que los trabajadores industriales recorrieron y cómo este solo puede comprenderse desde su realidad social.

Durante la década de los sesenta, ETA trató de integrar en su comunidad política a los inmigrantes que venían de diferentes partes de España. En el libro de Marianne Heiberg, *La creación de la nación vasca,* la autora conecta el nacionalismo vasco tradicional con la existencia de una comunidad moral[42]. De acuerdo con Heiberg, este patrón de «inclusión y exclusión» es definido por los vascos de acuerdo a criterios morales. El primer nacionalismo forjado por el PNV moldeó este criterio moral acorde con principios raciales y biológicos, mientras que la *Izquierda Abertzale* forja la comunidad moral vasca de acuerdo con principios marxistas como

la lucha de clases. Sin embargo, la antropóloga Sharryn Kasmir critica esta supuesta comunidad moral, argumentando que Heiberg olvida que ETA da un sentido multiétnico a la identidad vasca y, por lo tanto, da un nuevo significado al concepto de vasco[43]. En mi opinión, la crítica de Kasmir supone un cambio importante en los «estudios vascos» poniendo el foco en el surgimiento de la base social de ETA en los sesenta que afectó en la vida cotidiana de los vascos.

Sin embargo, esta transformación del discurso nacionalista vasco es ignorada o analizada de una manera superficial por gran parte de la bibliografía escrita sobre ETA y el conflicto vasco[44]. Heiberg justifica esta falta de atención por parte de los académicos aludiendo a que tanto el nacionalismo vasco del PNV como el de ETA estaban basados en la existencia de una «comunidad moral» antes mencionada. Heiberg subraya cómo en las décadas de los sesenta y los setenta la mayor parte de los militantes de ETA fue reclutada de seminarios que se impartían en distintas iglesias católicas del País Vasco[45]. Esta militancia de ETA estaba compuesta de dos estratos sociales diferentes. Por un lado, estaban los jóvenes de *Ekin,* con una clara vocación intelectual, y que provenían de familias adineradas del mundo de la industria, con poca tradición del *euskera,* y por lo tanto su lengua materna solía ser el castellano. La otra parte de la militancia de ETA procedía del PNV. Eran jóvenes de pequeños pueblos industriales, que solían hablar *euskera* y no tenían especial interés en debates intelectuales. De hecho, es interesante que, a pesar de que ETA contase con militantes de diversos estratos sociales, y que al final el socialismo se impusiese como la ideología dominante en la organización, antropólogos como Heiberg insisten en que el nacionalismo vasco solo se puede entender desde la existencia de una superioridad moral en referencia a sus vecinos españoles o franceses. Heiberg enfatiza la importancia de la identidad vasca de ETA así como del PNV, y se olvida de cómo la base social de ETA daba sentido a su día a día durante la década de los sesenta.

Dentro del concepto de «comunidad moral» propuesto por Heiberg, se encuentra, de una manera implícita, el concepto de

etnicidad. Como bien señaló el sociólogo Anthony D. Smith, «las comunidades religiosas están normalmente estrechamente relacionadas con las comunidades étnicas. Mientras que "el mundo religioso" trata de sobrepasar y eliminar las comunidades étnicas, la mayoría de los grupos religiosos coinciden en ser también grupos étnicos»[46]. El mismo autor nos aclara que un grupo étnico es un tipo de colectivo cultural. Esta identidad cultural colectiva no viene dada necesariamente por una serie de elementos uniformes que se transmiten mediante generaciones, sino por cómo dicha comunidad adquiere un sentido de continuidad a lo largo del tiempo a través de una serie de memorias compartidas[47]. Siguiendo a Smith, en contra del uso similar que los académicos suelen darle al de raza y al de etnia, estos serían conceptos muy diferentes. La «comunidad moral» de Heiberg, en el sentido étnico definido por Smith, nos hablaría de un pueblo vasco que lucha por su supervivencia, y este es principalmente el *leitmotiv* de su identidad política. Diego Muro, discípulo académico de Smith, llegaría a la conclusión en su tesis doctoral sobre ETA que esta organización armada se perpetuó en el uso de la violencia precisamente debido a sus raíces étnicas que, a su vez, estaban conectadas con el uso de la violencia[48]. Mi desacuerdo con autores como Heiberg y Smith es que no ponen demasiada atención en la influencia de la realidad material y, por ello, omiten las condiciones de reproducción de una comunidad nacionalista como la vasca que superficialmente puede parecer inmutable en su sentido étnico, pero que en cambio su realidad material cambia de forma intensa con el transcurrir de los años. En este sentido, mi análisis sobre ETA trata de rectificar este enfoque explicando las repercusiones que tienen las movilizaciones de la clase trabajadora vasca sobre la organización durante los sesenta.

Sin embargo, es importante destacar que los enfoques multidisciplinares que usan simultáneamente la historia, la cultura o la realidad material son útiles para explicar la evolución de la *Izquierda Abertzale* como comunidad política. Como señala Anthony D. Smith, «la tarea de una "*intelligentsia* étnica" es la de movilizar a una comunidad pasiva en la formación de una nación a través de la nueva cultura vernácula que se ha redescubierto»[49].

Es complicado calificar el sector franquista que estuvo a cargo de dirigir la transición hacia la democracia, los llamados aperturistas, como un bloque cerrado de *intelligentsia.* Sin embargo, no hay duda de que este bloque representó al nacionalismo étnico español en términos de sangre, catolicismo y reminiscencias del antiguo Imperio. Todos los miembros de este grupo tuvieron altos cargos durante el régimen franquista, y por lo tanto representan los valores fascistas que simbolizaron la rebelión contra el gobierno republicano en 1936. La movilización de una comunidad pasiva hacia una nación fue consolidada en España durante los sesenta, en un intento de complementar el concepto de ciudadano con el de consumidor, como ya se ha explicado desde distintos estudios culturales[50]. Sin embargo, hay un elemento que falta en este tipo de estudios –a lo mejor por el hecho de estar muy cercano en el tiempo a la transición española– y es un análisis sobre cómo la sociedad de consumo ayudó a establecer el nuevo régimen liberal de 1978 y cómo fue parte intrínseca de la nueva identidad española[51].

Ciertamente, el periodo en el que ETA nace y se desarrolla acumulando apoyo social, el tardofranquismo, nos pone en la necesidad de atender a su especificidad histórica. Cyrus Ernesto Zirakzadeh explica que ETA durante las décadas de los sesenta y los setenta se impregnaba de una cultura obrera que crecía al calor del «Plan de Estabilización» impulsado por el gobierno franquista para consolidar la industria en el País Vasco y Cataluña. En los barrios obreros se crearon asociaciones de vecinos para lidiar con la falta de infraestructuras debido a la falta de planificación de las autoridades franquistas. La espontaneidad de estas asociaciones y la transversalidad de sus propuestas a la hora de canalizar el descontento social contagiaron a varios militantes de ETA un espíritu optimista a la hora de organizar una insurgencia armada contra el Estado[52]. En los suburbios de las ciudades vascas de Bilbao y San Sebastián, la clase trabajadora, incluida la inmigrante, pronto será parte de lo que se llamará *Izquierda Abertzale.*

La inclusión de la nueva población inmigrante, proveniente de diversas áreas de España en la *Izquierda Abertzale* no ha recibido mucha atención debido al hecho de que muchos análisis consideran

el surgimiento de esta comunidad como una mera radicalización de las tesis nacionalistas del PNV. El sociólogo Luis C. Núñez Astrain, en su ya clásico estudio de las *Clases sociales en Euskadi,* nos habla de cómo en 1970, el País Vasco contaba con un 30 por 100 de población inmigrada. De esa población inmigrada, la gran mayoría estaba en el sector industrial, concretamente trabajando de peones, el puesto más bajo en este tipo de trabajo. Las condiciones de vida de estos inmigrantes eran, por lo general, peores que las de los vascos nativos[53]. Sin embargo, hay un desequilibrio entre la cronología convencional política y la de las experiencias de la clase trabajadora durante esta etapa de industrialización en las zonas del País Vasco. Para muchos historiadores, el comienzo de los setenta simplemente representaba el principio del final de la dictadura. En otras palabras, la mayoría de la literatura escrita sobre el conflicto vasco trata el comienzo de la década de los setenta desde los factores que hicieron posible la transición española y no trata de analizar el contexto histórico descrito anteriormente.

Tanto 1974 como 1970 fueron, en varias décadas, los años con mayor conflictividad laboral en el País Vasco en cuanto al número de huelgas y enfrentamientos entre las asociaciones obreras (clandestinas) y las fuerzas de seguridad del Estado[54]. Esas dos fechas, sin embargo, están marcadas como las más importantes en la historia de ETA en términos de expansión de su base social. En 1970 se celebró el Juicio de Burgos en el que dieciséis militantes de ETA fueron juzgados y condenados a muerte. Dichas sentencias finalmente fueron conmutadas por penas de cárcel gracias a la presión por parte de la comunidad internacional contra el régimen franquista. Esta primera victoria moral de ETA supuso también el reconocimiento a nivel internacional de la organización. ¿Es una casualidad que este triunfo moral de ETA en 1970 coincidiera con uno de los años de mayor conflictividad obrera? En el documental *El proceso de Burgos,* del director Imanol Uribe, se puede ver a uno de los condenados de ETA diciendo que su lucha política concernía a todos los obreros del Estado español[55]. Si analizamos de una manera subjetiva la actitud desafiante que los militantes de ETA tuvieron durante todo el juicio ante los jueces franquistas, es fácil

encontrar el vínculo entre este arrojo personal y un contexto social en el que las masas obreras estaban empezando a organizarse por primera vez desde el final de la Guerra Civil en 1939. Sin embargo, esta conexión no ha sido hecha por los científicos sociales que han analizado el Juicio de Burgos. Por el contrario, el análisis más convencional se ha centrado en señalar que la estrategia creada por ETA de «acción-represión-acción» (recordemos que los militantes de ETA fueron condenados a muerte por el asesinato del policía Melitón Manzanas) fue exitosa[56]. El hecho de que ETA incorporase un discurso obrerista durante el juicio nunca ha interesado a los analistas. ETA solo ha sido considerado históricamente como un actor irracional que siguió usando la violencia una vez muerto Franco. Estos análisis, en lugar de profundizar en la compleja genealogía de ETA y en la base social que le acompaña durante la transición española, son *presentistas* en el sentido de tratar de explicar ETA como un grupo que siempre fue destinado a practicar el terrorismo.

En este sentido, para muchos académicos, el hecho de que las elites españolas tuvieran éxito a la hora de transformar España en un país democrático hizo que ETA no tuviera razón de existir en este periodo posfranquista. El periodista Patxo Unzueta, quien entiende la violencia de ETA de la misma manera que Muro, sostiene que la identificación emocional que los vascos sintieron con los primeros asesinatos que cometió ETA (entre 1968 y 1975) representa el origen de una «perversa» confusión entre los fines y los medios de una parte de la sociedad vasca que persistió durante la siguiente década (ya en democracia)[57]. En ese sentido, Unzueta subraya las emociones que sintieron los vascos antes y después de la transición. Y aunque Unzueta tiene su propio criterio moral sobre qué emociones son mejores, un concepto clave de sus escritos es cómo, una vez que España empezó el proceso de transición en 1975, ETA dejó de ser una organización que se rigiera por principios racionales (por ejemplo, luchar contra la opresión de la dictadura) y empezó a actuar de manera «irracional» y, por ende, emocional.

Como nos sugiere la atmósfera que se respira en la figura 2, los periodistas que siguieron el Juicio de Burgos retratan el comienzo

de la década de los setenta, periodo de inflexión en el que los españoles dejaban mentalmente atrás la dictadura para adentrarse paulatinamente en el terreno de la democracia liberal. Este libro busca explorar este «terreno de las emociones» analizando la existencia de ETA durante el periodo democrático para así ofrecer nuevas perspectivas en temas que han sido largamente ignorados por los académicos. De hecho, la historiografía sobre ETA carece de un análisis en detalle no solo sobre las «emociones inesperadas» de los vascos que han apoyado a ETA después de 1975, sino, aún más importante, de los militantes de ETA que han continuado con la lucha armada.



Figura 2. El Juicio de Burgos tuvo lugar en 1970. En la fotografía se puede ver a los periodistas que asistieron al proceso, cómo debaten, toman notas o

ponen caras de preocupación, ilustrando una España que comenzaba una década en la que muchas cosas iban a cambiar después de más de treinta años de dictadura.

REPRESENTACIONES DEL FASCISMO EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS MILITANTES DE ETA

En el libro *Galicia, una nación sentimental,* Helena Miguélez-Carballeira, critica que el «mundo de las emocione» se haya usado de manera instrumental por las elites españolas con el objetivo de mantener una relación semicolonial histórica con la región de Galicia[58]. Recogiendo este concepto de Miguélez sobre las «naciones sentimentales», mi trabajo explora esta percepción en torno a las naciones imaginadas de Euskadi y España. En mi análisis, el concepto de «sentimental» no implica la subyugación de una nación sobre otra, sino que exploro los sentimientos nacionales de los individuos que integran dicha comunidad. Siguiendo la narrativa oficial en la que ETA representa la principal amenaza a los valores de libertad que promulga la Constitución de 1978, mi investigación va un paso más allá. ETA es un elemento esencial de los imaginarios colectivos que se desarrollaron como consecuencia de la transición española. La configuración del «españolismo» del PSOE y del Partido Popular (PP) y del nacionalismo vasco hegemónico del PNV estuvo moldeado por un proceso de modernización europea en la que ETA se convirtió en el «elemento malvado» por excelencia. Las historias de vida de los militantes de ETA que configuran este libro representan las historias censuradas por las narrativas de ambos imaginarios. Como señala el historiador oral Paul Thompson, «toda fuente histórica que viene del humano es subjetiva, pero solo la fuente oral puede desafiar esta subjetividad. Con la esperanza de sacar a flote la verdad, debemos escarbar en la oscuridad y tratar de deshacer las capas de la memoria»[59]. Teniendo en cuenta la longevidad de ETA desde su nacimiento en 1959 hasta el cese definitivo de la violencia en 2011, las historias de

vida de estos militantes, en particular aquellas que fueron testigos de la transición hacia la democracia, ilustran el «pasado sin resolver» en referencia a las heridas abiertas de la Guerra Civil y la dictadura. Miguélez-Carballeira asegura que Galicia siempre ha sido retratada como sentimental, inactiva y humilde[60]. Mi objetivo es retratar, a través de las entrevistas realizadas a militantes con un «largo activismo a sus espaldas», los sentimientos que han moldeado las identidades modernas española y vasca.

Para los historiadores que estaban activos en 1975, cuando Franco ya había muerto y la transición ya había empezado, el simple hecho de investigar lo que había ocurrido durante la Guerra Civil y los años de la dictadura, implicaba un activismo político de respuesta a la versión oficial que el régimen franquista había hecho de su pasado reciente[61]. La historiadora Carolyn P. Boyd nos habla de la necesidad de interpretar, a través de la historia cultural, las subjetividades de los hombres y mujeres que vivieron la Guerra Civil y la dictadura. De este modo, podremos analizar la distancia que separa a aquellos españoles de los que viven en el siglo XXI. Boyd traza las últimas décadas del siglo XX español, hasta llegar al XXI, como una guerra cultural librada por las distintas administraciones que van tomando el poder en España. En los años de la transición, el llamado pacto de silencio entre las elites conservadoras y las clases liberales asumió la Guerra Civil como un conflicto fratricida provocado por el surgimiento de extremismos políticos.

Sin embargo, en las décadas de los ochenta y los noventa empezó a haber una demanda literaria dentro de la sociedad española acerca del pasado reciente de la Guerra Civil y la dictadura. Si con el presidente socialista Felipe González se abrieron algunos archivos históricos para que los historiadores pudiesen investigar, a finales de los noventa la administración conservadora de José María Aznar acusaba al PSOE de querer tergiversar la historia con fines políticos. Finalmente, la nueva victoria del PSOE con Rodríguez Zapatero en 2004 abrió la «caja de pandora» al promover desde las instituciones la memoria histórica. Sin embargo, precisamente el afloramiento de una gran cantidad de memorias personales y

colectivas, y las diferentes narrativas que estas crearon, hizo difícil que la sociedad española alcanzara algún tipo de consenso sobre su intenso siglo XX. ¿Qué consecuencias ha tenido sobre el conflicto vasco esta dificultad de llegar a un consenso sobre que pasó durante la Guerra Civil y la dictadura?

La percepción y las emociones no pertenecen al mundo racional. El enfoque de este libro se basa, como hemos visto, en la historia oral, y por lo tanto nos salimos de la clásica estructura que emplean los científicos sociales: del contenido de las entrevistas no he extraído necesariamente estructuras racionales de argumentación sino que, en muchos casos, me he limitado a contar las historias de vida de estos militantes como ellos las vivieron. Hablando de una manera más general, la historia oral no ha sido, todavía, muy empleada por los historiadores y, por ende, una historia de ETA a través de la historia oral, todavía no existe. Aunque los antropólogos vascos sí han usado testimonios de vida de militantes de ETA, su enfoque, centrado en analizar determinadas expresiones locales, no nos ha permitido leer «toda» la historia del conflicto[62]. Como hemos mencionado previamente, Carrie Hamilton fue la pionera en usar la historia oral y analizar las historias de vida de las mujeres en ETA desde una perspectiva de género. Hamilton asegura que los testimonios de mujeres que han sufrido violencia (por ejemplo, largos periodos en prisión, tortura…) tienen un «estatus especial porque nos pueden dar acceso directo a la verdad y nos ayudan a disputar los datos oficiales»[63]. Desde este enfoque, mi retrato de los imaginarios nacionales vasco y español comienza con las intensas vidas de los militantes de ETA teniendo en cuenta que ellos han interiorizado la violencia desde su cotidianidad.

Esta violencia tiene sus raíces, como antes se ha dicho, en el intenso siglo XX. El historiador Julián Casanova analiza la «oscura segunda mitad del siglo XX» con la amenaza de los fascismos en toda Europa, y cómo, sin embargo, la supervivencia de Franco a la Segunda Guerra Mundial provoca más preguntas que respuestas en la España del siglo XXI. Casanova compara el legado del fascismo español con el nacionalsocialismo alemán, argumentando que en ambos países, durante las décadas de los ochenta y los noventa,

los conservadores han intentado preservar el legado nacionalista intentando «tapar» las nuevas memorias antifascistas que iban floreciendo en ambos países[64]. La supervivencia de un franquismo sociológico y la imposibilidad de disociarlo de la identidad española moderna es un generador de antagonismos que sirve para moldear identidades como la catalana o la vasca. Los narradores que han formado parte de mi investigación, a través de la historia oral, expresan su cotidianidad precisamente con memorias en las que su lucha política proviene de un legado cultural de la Guerra Civil y la dictadura.

Los análisis tradicionales sobre la violencia política o el terrorismo han ido tradicionalmente en una sola dirección, desde organizaciones supuestamente terroristas hacia el Estado o la sociedad civil, y han tendido a ocultar los elementos culturales que forman parte de estas violencias[65]. Durante el tiempo de las entrevistas, pude constatar que casi todos los militantes que entrevisté habían sufrido torturas durante el tiempo de arresto, algunos durante varios días. Para los militantes de ETA esta violencia ejercida por la policía tiene un claro componente de nacionalismo español. En palabras de los historiadores Bloxham y Gerwarth, «la violencia de resistencia fue aceptada cuando fue percibida con un carácter defensivo y patriótico, y además trató de defender los intereses de la comunidad local»[66]. El hecho de contar historias de violencia y tortura dentro de la *Izquierda Abertzale* ha hecho que se mantenga una cohesión emocional dentro de la comunidad, ayudando a legitimar la violencia de ETA durante décadas después del final de la transición a la democracia. Sin embargo, durante las entrevistas, estos militantes de ETA eran escépticos o se negaban directamente a hablar de la violencia que ellos practicaron. Su rechazo a hablar de este tema viene en parte debido a las posibles consecuencias legales de sus declaraciones. También cabe la posibilidad de que exista, desde una perspectiva moral, el hecho de que siempre es más fácil para una persona hablar del daño recibido que del daño provocado. En este sentido, la violencia percibida por parte de los narradores que participan en este libro es también unidireccional, del Estado hacia ellos.

La historiadora oral Luisa Passerini, en su estudio sobre el fascismo en la memoria popular de la clase obrera de Turín, nos dice que lo esencial para entender la historia no es el conocimiento sobre las oscuras vidas de los individuos, sino información sobre qué ideas les alimentan en su experiencia y en su vida cotidiana[67]. Los militantes de ETA que vivieron la dictadura franquista tienen en su memoria toda una simbología fascista que les marcó para el resto de sus vidas. Fernando Etxegarai, antiguo militante de ETA y protagonista del siguiente capítulo, nos cuenta cómo eran sus días en el colegio a mediados de la década de los sesenta.

> Yo estudié en un colegio religioso de los jesuitas, que por mucho que digan que los jesuitas pueden ser más de la tendencia de la teología de la liberación, en realidad, eran muy franquistas. Yo aprendía a cantar el *Cara al sol,* el himno nacional… Era un colegio en que la presencia de la lengua vasca era cero. Quizá esta es la primera experiencia que tengo en relación con la política[68].

El fascismo está presente en la memoria de Etxegarai de forma empírica. El hecho de que le obligasen a cantar el *Cara al sol* hace que Etxegarai viviera ese fascismo y no fuera simplemente un espectador. En palabras de Etxegarai, este fascismo que vivía en su vida cotidiana en el colegio fue su primera «relación con la política». Esta generación de vascos que creció con la dictadura forjó su identidad política con el rechazo de una serie de símbolos relacionados con el fascismo, asociados todos a un nacionalismo español rechazado por una mayoría de vascos.

En este punto, la cuestión relevante es: ¿cómo es posible hacer un análisis histórico y riguroso sobre la violencia política basada en dos direcciones (desde el Estado y desde ETA)? Aunque los militantes de ETA son reticentes a hablar de sus acciones armadas, todos los que han sido entrevistados en este libro fueron condenados por colaborar en dichas acciones ilegales. Sin embargo, en mi opinión hubiera sido erróneo centrarse en la violencia como único paradigma de investigación, tal como han hecho otros trabajos.

Cada militante de ETA tiene su propia y única historia de vida personal. En cambio, al mismo tiempo, el País Vasco, con su particular resistencia a «los invasores», tiene la sociedad más politizada de todas las regiones españolas. En el País Vasco, particularmente en la cosmovisión de la *Izquierda Abertzale,* lo «personal» es político. Tratar de determinar dónde acaba la «persona» y dónde empieza lo «político» (o viceversa) es una tarea difícil.

Pedro José Ibáñez Ortega (alias *Peiro*), ya mencionado en la introducción, es parte de esa sociedad vasca donde la personal y la política son difíciles de distinguir. *Peiro* vivió la dictadura y su cultura fascista de una manera diferente a la de Etxegarai. *Peiro,* al pertenecer a una familia de clase trabajadora, no pudo estudiar, y se vio obligado a hacer el servicio militar obligatorio, comúnmente llamado mili. *Peiro* fue detenido en 1987, el mismo año que detuvieron al militante de ETA Santiago Arróspide Sarasola (alias *Santi Potros*) con unos papeles que incriminaban a una gran cantidad de militantes (entre ellos a *Peiro*). *Peiro* describía la cárcel de Carabanchel de esta manera:

> ¿Carabanchel? Pues imagínate. Parecía una ciudad. Había de todo: homosexuales… Y tu torturado entras allá, pues, ¡buah!, hecho un cristo.
>
> Menos mal que había gente allá de *Terra Lliure,* había gente de «Brigadas Rojas»… y allá me tuvieron hasta que me fui recuperando de todas las torturas[69].

Varios historiadores orales han señalado la diferencia de entrevistar a un narrador de clase trabajadora y a otro de clase media[70]. Los narradores que provienen de familias de clases medias tienen más capacidad de articular ideas y de hablar sobre sus vidas. Con la expresión «había de todo» y «parecía una ciudad», *Peiro*describe con sus propias palabras lo que significó para él entrar en la cárcel, un mundo gigante y hostil. ETA, al igual que la guerrilla independentista catalana *Terra Lliure* y la italiana obrerista *Brigate Rosse,* ambas activas en los ochenta, representó

en el último tercio del siglo XX un movimiento político y cultural en el que las clases trabajadoras sentían que eran la «última gran barricada frente al sistema capitalista».

En este contexto de lucha política, la identidad nacional española forjada por el «Régimen del 78» se desarrolló en la dirección opuesta. Durante los años turbulentos de la transición, la sociedad española participaba en política con frecuencia a través de movimientos sociales y diversas organizaciones políticas. Sin embargo, durante las siguientes décadas, las clases medias españolas se consolidaron como el sujeto protagonista del nuevo imaginario español. Entonces la política dejó de formar parte de la vida cotidiana de los españoles para convertirse en algo relacionado con las instituciones y los «políticos profesionales». Los militantes de ETA interpretaron la identidad vasca precisamente como lo opuesto a esta burocratización de la política española. Durante el periodo democrático, ETA estaba convencida de que dentro de la identidad española no podrían encontrar un sentimiento de «pertenencia» ya que, por el contrario, esta identidad española era artificial, producto de las clases medias.

Como hemos visto, la ideología fascista que durante el primer periodo del régimen franquista moldeó la identidad española fue sustituida por el «consumo de masas» durante los sesenta y el surgimiento de la clase media como sujeto político hegemónico. Si el fascismo ha ejercido como universo simbólico durante décadas para todos los españoles, ¿qué particularidades podemos encontrar en las representaciones de este fascismo en los militantes de ETA? Como ha señalado el historiador oral Alessandro Portelli, por cada entrevista realizada nace una nueva narrativa, ya que nunca antes ese testimonio había sido contado de esa manera[71]. El nacionalismo vasco que se constituye como movimiento de masas en la Guerra Civil es recuperado por ETA y adaptado, por así decirlo, a los «tiempos modernos». El siguiente testimonio de Etxegarai es un ejemplo de este debate que tuvo ETA en su seno.

> Cuando se producen detenciones en masa, detención de los militantes, detención de amigos, arresto de los familiares; cuando

> la gente ha de huir, y pasa al País Vasco Francés que, en aquella época, era un poco la zona tranquila. Los que pueden lograr escapar van allí. Entonces, claro, la gente que se queda aquí se encuentra absolutamente desamparada. La gente que se exilia, por distintas razones, va a estudiar a Lovaina o a París, y toman contactos con partidos de izquierda que existían ya en el Estado francés y que estaban muy estabilizados. Entonces, claro, por una parte los fundamentos ideológicos originales del nacionalismo de ETA eran una especie de contestación al PNV. Pero, por otra parte, los activistas de aquella época empezamos a conocer ideologías modernas muy definidas, con una historia que se remonta a la Revolución francesa, o con una ideología formada, por lo menos, desde la Revolución rusa. Estas ideologías que venían de afuera tenían respuestas para todo. Los partidos comunistas tienen capacidad para hablar sobre cómo puede ser el marxismo… ¡¡en Marte!! Es decir, frente a eso, con cuatro ideas nacionalistas como teníamos los vascos, no pudimos competir con tales propuestas ideólogas que, al principio, nos parecían tan atractivas. Esto es lo que pasa. Los que van a París o a Lovaina, pues, se apuntan a teorías ideológicas muy elaboradas. En aquella época fue muy fácil decir «soy pro chino», porque el movimiento de Mao Tse Tun, porque el marxismo leninismo de Mao Tse Tun, da respuesta a todo[72].

Este relato de Fernando Etxegarai acerca de cómo ETA durante la década de los setenta sufre unos intensos debates ideológicos nos acerca la crisis que supone para la organización adaptarse a estos «tiempos modernos». La manera en que Etxegarai narra estos debates ideológicos nos hace ver que él percibe las nuevas ideologías que se ponen de moda a finales de los sesenta en Europa (maoísmo, trotskismo…) como una amenaza para la «lucha de los vascos», es decir, la lucha por la independencia. Es la lucha de la liberación nacional, la iniciada por los *gudaris* vascos que combatieron contra el fascismo español en la Guerra Civil, la que ETA tiene que retomar sin desviaciones.

Como hemos visto en el epígrafe sobre «Metodología» de la Introducción, existen diferentes maneras de corroborar los testimonios de vida de los militantes de ETA, incluyendo los medios de comunicación (para informarse, por ejemplo, de las acciones armadas que ha llevado a cabo ETA), y también un amplio catálogo de revistas con contenidos políticos que tienen lazos estrechos con la *Izquierda Abertzale* y que están a disposición del público en diversos archivos históricos del País Vasco. Estas fuentes nos permiten contextualizar las memorias de los militantes de ETA y entender así de una forma más amplia sus experiencias de vida. La historia de la *Izquierda Abertzale* se puede entender desde la famosa frase de Karl Marx, «todo lo sólido se desvanece en el aire»[73]. Durante las décadas de los sesenta y los setenta ETA desarrolló una ideología marxista revolucionaria, mientras que durante el siglo XXI sus principios ideológicos se volvieron más ambiguos. Este libro explora cómo la transformación ideológica de ETA hizo difícil para la organización definirse durante los noventa o el inicio del siglo XXI, en una era posmoderna. El antropólogo Clifford Geertz, en relación con el paradigma posmoderno, concluyó que «vivimos inmersos en el metacomentario y en consecuencia nuestra conciencia es moldeada acerca de lo que la gente piensa de nosotros»[74]. En este sentido, y teniendo en cuenta que los ciudadanos españoles conocemos a ETA desde lo que «otros» piensan sobre la organización, mi modesto objetivo es dar voz a quienes vivieron los «tiempos oscuros» de la entrada de la posmodernidad y que no tuvieron la oportunidad de que su voz fuera escuchada.

El fascismo que se consolida en España con el triunfo de los rebeldes liderados por Franco en 1939 forma parte del universo simbólico de los militantes de ETA en varios niveles. Por un lado, ETA asume como propia la lucha del PNV en la Guerra Civil española. Sin embargo el contexto histórico en que ETA nace y se desarrolla, la industrialización y la emergencia del nuevo proletariado, cambia la dicotomía estrictamente nacional (vascos contra fascismo español) e introduce el elemento de clase social. Cuando el militante de ETA *Peiro* comenta en diversas ocasiones de

la entrevista que «siempre hemos luchado por lo nuestro», hacía referencia a ese sujeto político que durante la transición española se nombrará como «pueblo trabajador vasco»[75]. Dentro de este sujeto político entrarán personas de clase trabajadora como *Peiro,* quien experimentó cómo el régimen franquista dificultó todo lo posible que personas de su clase social pudiesen llegar a tener estudios universitarios. Sin embargo, Etxgarai, de clase media acomodada, que nunca pasó por las privaciones materiales y culturales de *Peiro,* se adentró en ETA precisamente de la mano de un movimiento obrero que tenía gran presencia en las universidades durante la década de los setenta. Es la cultura obrera como oposición a la dictadura, en su expresión más material (como la vivió *Peiro*) o en su expresión más cultural (como la vivió Etxegarai) la que permitió a ETA seguir con el universo simbólico antifascista emprendido por el PNV en los treinta.

«VIVÍAMOS EN UN *SHOCK* CONSTANTE»

El conflicto moderno vasco tiene sus orígenes en la Guerra Civil española, guerra en la que el PNV, a pesar de salir derrotado como el resto de fuerzas políticas que apoyaron la República, acaba representando la victoria moral de los vascos frente al fascismo español. Una vez terminada la guerra, el PNV aprovechó esta fuerza social que tenía en los territorios vascos para meter presión internacional al régimen franquista en aras de poner fin a la dictadura. Sin embargo, el final de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, permitieron al régimen franquista situarse en el eje político de las democracias occidentales que luchaban contra el comunismo. Es en este nuevo contexto internacional donde el PNV, después de haberlo apostado todo a la «carta americana», se queda frustrado sin una nueva estrategia para luchar contra la dictadura. En estas circunstancias, y con la nueva oleada de industrialización que el régimen franquista llevó a cabo de la mano de los tecnócratas del Opus Dei, nace ETA.

En la bibliografía escrita sobre el conflicto vasco hay el suficiente grado de profundidad como para alcanzar un cierto consenso acerca

de cómo surgió el nacionalismo vasco de masas de la mano del PNV. Sin embargo, en lo referente a ETA, a su evolución histórica durante sus primeros diez años y a la expansión de su base social, hay pocos análisis. Esto es debido a que ETA, a principios de los setenta, primero con el Juicio de Burgos y luego con el asesinato de Carrero Blanco, es una de las piezas clave para entender el final de la dictadura franquista. Para muchos expertos, el éxito del PNV en generar una identidad vasca antifascista y el éxito de ETA en ser la vanguardia (junto al PCE) de la lucha contra la dictadura, únicamente se lee como un relevo desde el PNV hacia ETA. El hecho de que el PNV se integrase en el nuevo régimen político que nacía en la transición española a mediados de los setenta, y en cambio ETA se convirtiera en su principal antagonista, también es una de las causas por las cuales la evolución de la base social de ETA no ha sido suficientemente explicada. El argumento para explicar a ETA antes y después de la dictadura se ha basado en concretar que ETA aglutinó la suficiente fuerza social como para seguir ejerciendo la violencia política durante el periodo democrático. En este tipo de análisis no cabe la transformación cultural que ETA llevó a cabo dentro del nacionalismo vasco.

El fascismo como universo simbólico es poliédrico. Si queremos entender la influencia de los años de la dictadura en el imaginario colectivo de los militantes de ETA es necesario acerarnos a la cotidianidad de sus vidas. Las personalidades de militantes de ETA como *Argala,* detallando sus emociones cuando vivía «en la sombra» perseguido por la policía, y a la vez entendiendo que la lucha «nacional» vasca no se podía separar de la lucha obrera, nos acercan a ese universo poliédrico de los militantes de ETA. La empatía de *Peiro* con militantes de *Terra Lliure* y *Brigate Rosse* en la cárcel nos acerca a un «internacionalismo» militante y obrero que parecía que se había extinguido con la experiencia de las brigadas internacionales de la Guerra Civil española. Por último, Etxegarai, desconfiando de las ideologías puramente obreristas, reclama una «vuelta a los orígenes», asumiendo que la lucha del pueblo vasco se basa en su capacidad de resistir a la hegemonía de sus vecinos español y francés. Es en estas experiencias de vida y sus

representaciones grabadas en la memoria de los militantes, donde nos acercamos al legado que una cultura política como la fascista ha dejado en el conflicto vasco y que continúa durante el periodo democrático una vez concluida la transición española.

El capítulo II ha cubierto un gran periodo de tiempo, desde la década de los treinta y el surgimiento del nacionalismo vasco de masas hasta finales del siglo XX. Si en este segundo capítulo hemos interrogado a la historiografía del conflicto vasco a través de algunos fragmentos de vida de los militantes de ETA, en el resto de capítulos interrogaremos vidas.

En el siguiente capítulo profundizaremos en la vida de Fernando Etxegarai y en sus vivencias durante la dictadura y la transición española. El desencanto de Etxegarai con la transición es el desencanto de la izquierda política española en sus expectativas tras la muerte de Franco en 1975 y la realidad social y material que se encuentra en los siguientes años. La «comunidad radical vasca» formada en torno a ETA durante los sesenta y los setenta nos ayuda a entender por qué Etxegarai decide formar parte de ella cuando la transición llega a su fin. El fascismo y la incapacidad de la elite política española de lidiar con su herencia durante el proceso transicional son las claves para entender la vida de este militante de ETA.

[1] I. Saz, «Was There Francoism in Spain? Impertinent Reflections on the Historic Place of the Dictatorship», *Review (Fernand Braudel Center)* 28, 3 (2005), pp. 218-298, 281.

[2] El fascismo es una ideología política que da prominencia al concepto de nación sobre cualquier otro elemento. El segundo artículo de la Constitución española de 1978 habla de «la indisoluble unidad de la nación española». Este artículo es único en

cuanto a derecho constitucional, y ningún otro país en el mundo se refiere a su nación en estos términos. La crisis política actual (en el momento que escribo este libro) entre el Estado español y los movimientos independentistas de la región española de Cataluña tienen en parte sus raíces en esta particular interpretación del concepto de nación.

[3] H. Graham, «Introduction. Culture and Modernity. The Case of Spain», en H. Graham y J. Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies…, op. cit.,* p. 6.

[4] R. Carr y J. P. Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy, op. cit.,* pp. 10-11.

[5] S. G. Payne, *Fascism in Spain,* Madison, University Press of Wisconsin, 1999, p. 44.

[6] J. P. Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y Nacionalidad,* Madrid, Alianza, 1984, p. 27.

[7] Cit. de R. Stradling, «Introduction: democracy, nationalism and varieties of patriotism», en R. Stradling, S. Newton y D. Bates (eds.), *Conflict and Coexistence. Nationalism and Democracy in Modern Europe. Essays in honour of Harry Hearder,* Cardiff, University of Wales Press, 1997, p. 27.

[8] D. Conversi, *The Basques, the Catalans and Spain…, op. cit.,* p. 123.

[9] J. Solé Tura, *Nacionalidades y nacionalismos en España: Autonomías, federalismo y*

*autodeterminación,*Madrid, Alianza, 1985.

[10] J. Sullivan, *ETA and Basque Nationalism…, op. cit.,* p. 12.

[11] W. A. Christian, *Visionaries: The Spanish Republic and the Reign of Christ,* Los Ángeles, University of California Press, 1996, p. 23.

[12] H. Buckley, «XX. Azaña has no answer», en *Life and Death of the Spanish Republic. A Witness to the Spanish Civil War,* Londres, Tauris, 2013, pp. 183-185, 184.

[13] G. Le Bon, *The Crowd. A Study of the Popular Mind,* Mineola, Dover Publications, 2002.

[14] A. Elorza, J. M.ª Garmendia, G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA…, op. cit.,* p. 53. Para tratar de entender la conexión entre el IRA y la clase trabajadora, véase P. Hart, *The IRA and its Enemies, Violence and Community in Cork 1916-1923,* Oxford, Clarendon Press, 1998.

[15] R. Vazquez, *The PNV…, op. cit.,* p. 8. La amenaza secular percibida por parte de la población durante la década de los treinta es uno de los mejores ejemplos para entender la falta de legitimación del régimen republicano ante la población. La versión simplificada de cómo las elites económicas republicanas apoyaron a los militares sublevados ya no es, dentro de la historiografía, suficiente para explicar el estallido de la guerra en

1936. Véase H. Graham, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction,* Oxford, Oxford University Press, 2005.

[16] J. P. Fusi, *El País Vasco…, op. cit.,* p. 25. Para una crítica del trabajo de Fusi, véase L. C. Núñez, *Clases sociales en Euskadi,* San Sebastián, Thertoa, 1977.

[17] ANV fue un partido político formado durante la Segunda República cuya base era el nacionalismo vasco de izquierdas. Aunque sin influencia política, puede considerarse el germen de la *Izquierda Abertzale.*

[18] R. P. Clark, *The Basque Insurgents…, op. cit.,* p. 22.

[19] M. Alcedo Moneo, *Militar en ETA. Historias de vida y muerte,* San Sebastián, Haramburu, 1996, p. 42.

[20] C. Watson, *Modern Basque History: Eighteen Century to the Present,* Reno, Centre for Basque Studies, 2003, p. 284.

[21] Aquí, el concepto de nacionalismo se aplica a aquellas naciones sin Estado.

[22] Para una ampliación sobre la noción de arquetipo véase C. Jung, *Part I: Archetypes and Collective Unconscious,* Londres, Gerhard Adler, 1936, p. 91.

[23] M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 75.

[24] Esta estadística está extraída de S. G. Payne, *Basque Nationalism,* Reno, University of Nevada Press, 1975, p. 181. También J. P. Fusi, *El País Vasco…, op. cit.,* p. 25.

[25] L. Mess, *Nationalism, Violence and Democracy,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003, p. 22.

[26] Cifra extraída de C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 64.

[27] Por ejemplo, en 1946, 6.000 trabajadores de Vizcaya fueron arrestados por formar parte de una huelga. Véase C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 64

[28] M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 62.

[29] J. Apalategi, *Los vascos, de la nación al estado,* Bayonne, Elkar, 1979, p. 185. A principios de la década de los treinta, las fuerzas socialistas y comunistas vascas ya contaban con 30.000 y 9.000 militantes, respectivamente.

[30] C. Watson, *Modern Basque History…, op. cit.,* p. 307.

[31] *Ibid.,* p. 310.

[32] Véase A. Elorza, J. M.ª Garmendia, G. Jaúregui y F. Domínguez, *La historia de ETA…, op. cit.*

[33] S. Balfour, *Dictatorship, workers and the city,* Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 30.

[34] J. Muñoz Soro y J. Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX,* Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 305-332, 309.

[35] Hay muchos académicos, desde aquellos que escribieron sobre la consolidación de la transición española en los ochenta hasta aquellos que describieron cómo ETA se negó a parar de usar la violencia durante esta transición, que han tratado de entender la historia de la organización como un fenómeno único con raíces en el nacionalismo vasco. La mayoría de estos trabajos identifican a ETA desde la crueldad de sus acciones terroristas, sin atender a otros factores históricos, culturales o sociológicos. Hay decenas de libros escritos desde este enfoque. Estos solo son algunos de ellos: J. M.ª Calleja, *Arriba Euskadi. La vida diaria en el País Vasco,* Madrid, Espasa, 2001. F. Domínguez Iribarren, *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones…, op. cit.* S. Morán Blanco, *PNV-ETA. Historia de una relación imposible,* Madrid, Tecnos, 2004. L. Castells y A. Cajal, *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008), op. cit.*

[36] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 91.

[37] W. Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», en H. Arendt (ed.), *Illuminations. Essays and Reflections,* Nueva York, Schocken Books, 1969, p. 255.

[38] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…,* p. 79.

[39] *Ibid.*

[40] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[41] R. P. Clark, *The Basque Insurgents…, op. cit.,* p. 39.

[42] M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 101.

[43] La crítica de Kasmir a Hieberg puede leerse en Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 105.

[44] Solo unos pocos académicos han analizado los cambios en el discurso nacionalista vasco desde la aparición de ETA. Algunos de ellos son: Joseba Zulaika, Begoña Aretxaga y Cyrus Ernesto Zirakzadeh. Véase W. A. Douglass y J. Zulaika, «On the Interpretation of Terrorist Violence: ETA and the Basque Political Process», *Comparative Studies in History and Society* 32, 2 (1990), pp. 238-257.

[45] M. Heiberg, *The maiking of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 103.

[46] A. D. Smith, *National Identity,* Penguin Books, Londres, 1991, p. 6.

[47] *Ibid.,* pp. 20-25.

[48] D. Muro, *Ethnicity and Violence: The Case of Radical Basque Nationalism,* Nueva York, Routledge, 2008.

[49] A. D. Smith, *National Identity, op. cit.,* p. 64.

[50] Este libro está considerado un manual de los estudios culturales: H. Graham, «Introduction. Culture and Modernity. The Case of Spain», en H. Graham y J. Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies…, op. cit.,* p. 6. Un estudio más reciente que también analiza el consumo de masas durante el régimen franquista es M. Richards, *After the Civil War. Making Memory and Remaking Spain since 1936,* Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

[51] Para intentar entender la transición española a un nivel comunitario. Véase D. Beorlegui Zarranz, *Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco, 1976-1986,* Madrid, Traficantes de sueños, 2017.

[52] C. E. Zirakzadeh, *A rebellious people…, op. cit.,* p. 97.

[53] L. C. Núnez, *Clases sociales en Euskadi…, op. cit.,* pp. 165-175.

[54] *Ibid.,* p. 199.

[55] I. Uribe, *El proceso de Burgos,* San Sebastáin, Cobra films/Irriutzi Cinema, 1979.

[56] D. Muro, *Ethnicity and Violence…, op. cit.,* p. 106.

[57] P. Unzueta, *Los nietos de la ira. Nacionalismo y violencia en el País Vasco,* Madrid, El País, 1988, p. 32.

[58] H. Miguélez-Carballeira, *Galicia, a Sentimental Nation. Gender, Culture and Politics,* Cardiff, University of Wales Press, 2013.

[59] P. Thompson, *The Voices of the Past…, op. cit.,* 150.

[60] H. Miguélez-Carballeira, *Galicia, a Sentimental Nation…, op. cit.,* p. 13.

[61] C. P. Boyd, «The Politics of History and Memory in Democratic Spain», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 617 (2008), pp. 133-148.

[62] Un ejemplo de este enfoque local es W. A Douglass, *Death in Murélaga: Funeral Ritual in a Spanish Basque Village,* Washington, University of Washington Press, 1969.

[63] C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA…, op. cit.,* p. 27.

[64] J. Casanova, «Disremembering Francoism: What is at Stake in Spain's Memory Wars?», en H. Graham (ed.), *Interrogating Francoism,* Londres, Bloomsbury, 2016, pp. 203-221, 211.

[65] Hay muchos libros de este estilo: L. Richardson, *What terrorists want. Understanding the Enemy. Containing the Threat,* Nueva York, Random House, 2007; J. Franks, «Orthodox Accounts of Terrorism», en M. Breen-Smyth (ed.), *The Ashgate Research Companion to Political Violence,* Farnham, Ashgate, 2012, pp. 33-46. Una excepción: D. Bloxham y R. Gerwarth (eds.)*. Political Violence in the Twentieth Century Europe,*Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

[66] M. Conway, «Revolution and counter-revolution», en D. Bloxham y R. Gerwarth (eds.), *Political Violence in the Twentieth Century Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 140-175, 162.

[67] L. Passerini, *Fascism in Popular memory. The Cultural experience of the Turin Working Class,*Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 2.

[68] Entrevista con Fernando Etxegarai (17 de julio de 2014).

[69] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (8 de junio de 2015).

[70] P. Virdee, «Remembering Partition: Women, Oral Histories and the Partition of 1947», *Oral History Society* 41 (2017), pp. 49-62, 56.

[71] K.-M. Hytönen, «Hardworking women: nostalgia and women's memories of paid work in Finland in the1940s», *Oral History* 41 (2017), p. 90.

[72] Entrevista con Fernando Etxegarai (17 de julio de 2014).

[73] M. Berman, *All That Is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity,* Nueva York, Verso, 1983.

[74] C. Geertz, *Local Knowledge: Further Essays In Interpretative Anthropology,* Nueva York, Basic Books, 1983, p. 9.

[75] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (8 de julio de 2015).

III. NADANDO A CONTRACORRIENTE. ETA COMO CONTRANARRATIVA DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

> «Por definición las transiciones son tiempos de contestación en la narrativa histórica. En consecuencia las transiciones presentan potencial para formular contranarrativas.»
>
> R. G. Teitel, «The Globalization of Modern Legal Thought, Production and Reception, 1850-2000»

El escritor Miguel de Unamuno acuñó la palabra *intrahistoria* para describir a los millones de personas sin historia que silenciosamente se despiertan cada mañana y van a trabajar. No son historia porque no son parte del «pasado que se recuerda». Es decir, la historia es una gran ola que rueda sobre la intrahistoria: sobre este mar profundo de personas olvidadas que se extiende entre el pasado y el presente[1]. Entre 1976 y 1981, miembros de la policía española y de grupos paramilitares de derechas próximos al Estado, mataron a más de 100 activistas políticos de izquierdas. Estas personas, sin embargo, no figuran en la «historia de la transición española», es decir, quedaron fuera de la narrativa oficial que explicó la evolución de España desde un régimen autoritario a una democracia liberal y vertebró el imaginario colectivo español durante décadas. Este relato, aparentemente triunfador, excluyó la vida de todas estas personas porque no tenían sitio dentro de la narración coherente con el que tendrían que identificarse las siguientes generaciones de españoles[2]. Esta exclusión afectó fundamentalmente a la *Izquierda Abertzale,* principal polo antifascista en el interior de España desde finales de la década de los sesenta, cuyo agente más famoso fue ETA[3]. Si hubo un sentimiento que impregnó todas las esferas humanas durante los años de la transición, este sin duda fue el miedo. El miedo hizo que el PCE –ya legalizado– cambiara su estrategia de movilización popular de masas en la calle por una estrategia parlamentaria tradicional. El resultado fue que este grupo pasó de ser capaz de movilizar a las masas como había hecho

durante la dictadura a ser en los siguientes cinco años una fuerza opositora testimonial dentro de la sociedad española[4]. La imposibilidad de pensar –en la acepción más simple de la palabra– en medio de la confusión política y social de la sociedad española durante este periodo transicional condujo a la «no existencia» de dudas sobre el nuevo país que estaba emergiendo[5].

En este capítulo se explora el cambio de ETA a partir del comienzo de los sesenta cuando la organización transformó al nacionalismo vasco integrando en su estructura al movimiento obrero. En el capítulo anterior, se puso de manifiesto cómo la historiografía de ETA no dio mucha importancia a este cambio. En este capítulo veremos a través de la historia de vida de un militante de ETA la importancia del movimiento obrero en la evolución de la organización. Este capítulo acaba en el inicio de la década de los ochenta, momento en que ETA empieza a construir una narrativa alternativa en repuesta a la acusación de ser el principal enemigo del mito fundacional de la transición a la democracia (el llamado «Régimen del 78»). En estos 20 años ETA ha ilustrado los cambios históricos que suceden dentro de la sociedad española, de ser parte de un Estado autárquico y en vías de desarrollo a principio de los sesenta a convertirse en una economía europea moderna en los ochenta. Esta metamorfosis necesita ser analizada dentro del amplio contexto de la Europa de la segunda mitad del siglo XX: como afirma el científico social Karl Polanyi, «la historia estuvo orientada al cambio social; el destino de las naciones estaba vinculado a cómo los Estados desarrollaban sus instituciones»[6]. Por lo tanto, la evolución de ETA arroja luz para entender que la liberalización económica iniciada por la dictadura franquista (sin reflexionar en sus consecuencias) abrió nuevas rutas desde las cuales la sociedad civil empezó a desafiar la hegemonía política del régimen a través de la participación política. Este tema, el proceso de modernización económica llevado a cabo por el régimen franquista que condujo a su propia desaparición, ha sido analizado por varios historiadores del siglo XX español[7]. Sin embargo, la *Izquierda Abertzale* representa el antagonismo contra la identidad nacional española forjada al final de la dictadura, identidad regional

más significativa que cualquier otra del resto de España. Esta confrontación cultural provocada por ETA es parte de la narrativa de cualquier español sobre el final de la dictadura y el principio de la democracia liberal.

La ruptura de la identidad antifranquista compartida por los vascos y el resto de la comunidad antifascista española se hizo evidente en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco en 1975 debido a la diferencia de sus posiciones ideológicas con la ruptura del régimen anterior. Sin embargo, el hecho de que la mayoría de los militantes de ETA hubieran compartido activismo político con la fuerzas políticas españolas en los años anteriores a la muerte del dictador, nos da una idea de cómo las raíces de ETA están dentro de la tradición política española antifranquista. Para conocer las raíces populares de ETA en este terreno, mi intención es explorar algunos episodios de la vida del militante de ETA Fernando Etxegarai. No es posible explorar la historia completa de ETA durante la transición española analizando una sola historia de vida. Sin embargo, si la transición española tiene algún interés académico es principalmente a causa de la rápida transformación superestructural de España en menos de media década. La vida de Etxegarai es crucial porque él viajó exactamente en sentido contrario a la narrativa ortodoxa de la transición que hemos mencionado. Muchos militantes de ETA abandonaron la lucha armada con la llegada de la democracia española; es decir, se alejaron desde las políticas radicales durante la dictadura hacia una esperada moderación –promovida principalmente por las elites españolas– uniéndose, así, a la «narrativa oficial». Por el contrario, Fernando Etxegarai vivió durante los últimos años de la dictadura y durante toda la transición siendo un activista vasco dentro de las organizaciones españolas opuestas a la dictadura. Decidió unirse a ETA al final de la transición cuando, paradójicamente, gran parte de la intelectualidad de izquierdas española había llegado a un consenso y la violencia política era considerada un sinsentido. Etxegarai fue acusado de poner bombas en fábricas y sentenciado en 1988 a 20 años en una prisión española. Este capítulo trata de su experiencia vital con el objetivo de explorar el universo mental de

los *etarras* integrando su historia de vida en un análisis holístico de la transición española.

En este capítulo, el nacionalismo no se analiza como un corpus racional y coherente dentro del cual una determinada serie de conceptos abstractos determina el comportamiento de cualquier militante de ETA. Por el contrario, intentamos entender cómo el nacionalismo interacciona con los individuos y su inconsciente, que a su vez es consecuencia del contexto material en el que se desarrollaron sus vidas. Cada epígrafe concluye con una explicación del desarrollo de varios imaginarios colectivos relacionados con la identidad española y la vasca. En la conclusión final, el lector puede llegar a entender cómo surge el nuevo conflicto vasco como una secuela de la transición española, consecuencia del choque de dos proyectos nacionales enfrentados entre sí. Además, el proceso dialéctico visto entre los proyectos hegemónicos nacionales vasco y español está conformado por la propia guerra ideológica entre ambos nacionalismos. El campo de batalla entre ETA y el PNV se juega en la misma arena cultural que el de ETA y el Estado español, es decir, entre un enfoque revolucionario para transformar la realidad y una visión más tradicional de la vida cotidiana.

EL RENACIMIENTO DE LA *IZQUIERDA ABERTZALE*

Fernando Etxegarai experimentó su primer incidente político a la edad de siete años: la policía secreta española detuvo a su padre cuando asistía a un mitin político en Múnich con otros miembros de las fuerzas antifranquistas. Su padre era funcionario de hacienda y miembro del partido secular vasco ANV. Aunque Etxegarai entonces solo tenía siete años, empezó a comprender a lo largo de su infancia que, a pesar de los planes para liberalizar la economía, las clases medias nunca se librarían de la represión policial bajo el régimen franquista. En su año fundacional, ETA publicó su primer manifiesto político, el *Libro Blanco,* en el cual culpaba al PNV de reducir el nacionalismo vasco a la promoción de las libertades políticas y las danzas tradicionales vascas[8]. Culpando a Franco de haber industrializado el País Vasco para atraer inmigrantes no

vascos a los territorios vascos, ETA, en sus primeros tiempos, pidió al PNV que volviera a su versión original más étnica[9]. Es decir, que cuestionara la mera existencia de la «nación española» en vez de simplemente limitarse a criticar la dictadura de Franco. Esta radicalización de ETA persiste a lo largo de la siguiente década pero de forma diferente, con nuevas tendencias proletarias que, debido a la consolidación del proceso de industrialización, influenciaron a la organización durante la década de los sesenta[10].

Etxegarai, que tenía 62 años cuando yo le entrevisté en 2014, contempla su pasado conectando el nacionalismo tradicional vasco del PNV con el activismo revolucionario de ETA.

> Mi familia es nacionalista. Bueno, casi todos mis abuelos eran del PNV. Mi bisabuelo fundó el *Batzoki* de Plencia. Quiero decir que nosotros no estamos muy lejos de ellos, sino muy cerca[11].

El nacionalismo sobrevive a través de la historia como una comunidad que siente que las diferentes generaciones son capaces de compartir una cultura común y de luchar por su supervivencia. Las comunidades nacionales pequeñas que no disponen de un Estado moderno, como la vasca, tienen este instinto de supervivencia muy interiorizado. Los *Batzokis,* sedes políticas del PNV, se construyeron al principio del siglo XX y fueron los primeros intentos de la comunidad nacionalista vasca de convertirse en un movimiento político. La afirmación explícita de Etxegarai de estar cerca del PNV refleja, en su vida y en la historia de ETA, la perpetua confrontación entre los militantes de ETA que se sintieron más vinculados al nacionalismo tradicional y los que quisieron una ruptura total con el legado del PNV. En otras palabras, para entender la historia de ETA, no se puede ignorar la lucha ideológica (y cultural) entre el activismo vasco revolucionario y el nacionalismo vasco tradicional.

En 1961 el régimen franquista introdujo el primer «plan de estabilización», un proceso de acumulación de capital basado en políticas de austeridad para las clases trabajadoras, iniciando una nueva sociedad industrial moderna basada en el fuerte

sometimiento de la clase trabajadora. Durante este año ETA mantuvo un perfil bajo con la esperanza de no romper relaciones con el PNV[12]. A pesar de que, como vimos en el capítulo anterior, el PNV había intentado funcionar como un partido nacionalista e interclasista desde la caída de la Segunda República en 1939 unificando todos los sentimientos antifranquistas en los territorios vascos, ETA empezó a romper su hegemonía durante ese periodo. En 1962 ETA apoyó una de las primeras acciones llevadas a cabo por el sindicato español CCOO en su demanda de que 52 trabajadores despedidos de una fábrica vasca fuera readmitidos en su trabajo[13]. Esta «lucha obrera» llevada a cabo por la organización en respuesta a las movilizaciones sociales que estaban ocurriendo le pareció algo «foráneo» al PNV, que tenía una ideología democristiana opuesta políticamente a cualquier tipo de acción revolucionaria. Una serie de huelgas de trabajadores se extendieron por toda España ese año tras la propuesta sindical de que los beneficios del crecimiento económico español fueran compartidos con los trabajadores. Durante esta creciente separación del PNV, ETA se declaró «Movimiento Revolucionario Vasco»[14].

En 1964 ETA inició una protesta porque los salarios de los trabajadores del acero no habían subido a pesar de que la producción de acero se había incrementado un 238 por 100 el año anterior en los astilleros de Reinosa, una población en la provincia de Cantabria, al norte de España[15]. Sin embargo, el fuerte crecimiento del producto nacional bruto español, que se incrementó en un 7 por 100, llevó a Manuel Fraga, ministro español de información y turismo, a celebrar el aniversario del final de la Guerra Civil con una conmemoración llamada «XXV Años de Paz». Esta conmemoración trataba de enfatizar que estas impresionantes estadísticas económicas eran el resultado de décadas de paz bajo el gobierno de Franco, más que un *boom* económico compartido con la mayoría de países europeos industrializados. El eslogan «XXV Años de Paz» se extendió por todos los pueblos de España (hasta los más pequeños) y así nació el mito popular de que la España de Franco era una nación moderna y no conflictiva[16]. La publicación por ETA en 1964 de *La guerra revolucionaria, la insurrección en*

Euskadi confirmó la tesis de la liberación nacional promovida por el teórico radical vasco Federico Krutwig solo un año antes. A partir de este momento ETA se centró en la «clase trabajadora vasca» como sujeto de legitimación popular, que representaba, según la organización, el 80 por 100 de la población de la región[17].

En 1967, a los 15 años, Fernando Etxegarai vio a su hermano y su primo detenidos por la policía española. Se les acusaba de formar parte de uno de los primeros comandos de ETA que hizo explotar una oficina del sindicato vertical Organización Sindical Española (OSE) en la ciudad vasca de Elgóibar[18]. Hacia la mitad de los sesenta, el País Vasco y Cataluña eran las regiones de España más afectadas por los cambios sociales como consecuencia de la industrialización. El declive de la industria pesquera y la agricultura familiar que condujeron al abandono de los suburbios y las zonas semirrurales fueron algunas consecuencias. Una nueva cultura proletaria emergió a través de las asociaciones de vecinos de las zonas marginadas con alto porcentaje de inmigrantes del resto de España. En estas asociaciones había inmigrantes sin empleo y trabajadores poco especializados muy implicados con los problemas concretos del vecindario. Más tarde, se unieron a estas asociaciones otros trabajadores más movilizados políticamente como tenderos y también obreros especializados de las fábricas que tradicionalmente estaban concienciados con los problemas políticos regionales[19]. Con la imagen de su hermano en la cárcel, la niñez de Etxegarai en Bilbao, la ciudad con más activistas políticos, transcurre en una atmósfera en la que el estrato popular empieza a conjugar la conciencia nacionalista con la de clase social por primera vez en su historia.

Melitón Manzanas fue la primera víctima de ETA, ejecutada como venganza por la muerte del carismático militante de ETA Txabi Etxebarrieta (alias *Txikia*). Las fuerzas de la policía franquista respondieron con una fuerte represión sobre la población vasca que incluyó detenciones arbitrarias, torturas y estados de excepción, y que solo sirvió para confirmar la nueva estrategia de ETA. De la estrategia de «sublevar a las masas» se pasa a la más realista de «acción-represión-acción». ETA explica en sus publicaciones

internas cómo la misma acción, diez años atrás, hubiera podido aislarlos de la población vasca a través de la propaganda fascista del régimen[20]. Sin embargo, después de tomar la «temperatura revolucionaria» en el masivo funeral de *Txikia,* ETA se sintió comprometida a empezar una lucha armada no solo con el apoyo moral de la población vasca, sino también con su ayuda logística, ya que ofrecía a los militantes sus propios hogares para esconderse. Fernando Etxegarai pasó su adolescencia estudiando en un colegio jesuita en Bilbao. Al mismo tiempo, su contexto social le permitió contemplar cómo en su barrio algunos vecinos eran capaces de arriesgar su propia vida para ayudar a esos jóvenes rebeldes vascos. En ese momento, había empezado una nueva etapa en la dictadura franquista no solo en términos socioeconómicos, sino en tanto que nuevo proceso en el que el régimen había perdido el monopolio de la violencia en los territorios vascos.

Este epígrafe ha descrito parte de la experiencia sociopolítica de la emergente *Izquierda Abertzale* al principio de la década de los sesenta. El proceso de industrialización que empezó en esta época cambió los hábitos y costumbres de millones de españoles. Los campesinos vivieron un cambio en sus condiciones de vida al abandonar una sociedad agraria estática y convertirse en obreros industriales en el seno de un «nuevo mundo urbano». En su boletín interno de *Zutik* de 1964, ETA, utilizando la primera persona del plural establecía que «nosotros los trabajadores vascos no toleraremos nunca más que los partidos políticos o las organizaciones de izquierdas españolas (ni mucho menos los de derechas) ejerzan su imperialismo sobre Euskadi con la excusa de la defensa del proletariado internacional»[21]. En 1941, el 52 por 100 de las personas en edad de trabajar en España eran trabajadores agrarios. En 1960 esta cifra bajó hasta el 41,3, mientras que en 1964 solo el 34,6 por 100 de los españoles en edad de trabajar eran aún parte del sector agrario[22]. En este mismo año, el 38 por 100 de las huelgas en España ocurrieron en el País Vasco[23]. Durante la década de los sesenta, la *Izquierda Abertzale* y el nuevo proletariado vasco crecieron juntos y en perfecta armonía.

TARDOFRANQUISMO (1969-1975). MOLDEANDO EL NUEVO IMAGINARIO ESPAÑOL

1969 marcó el comienzo de un periodo conocido por los historiadores como «tardofranquismo». El régimen franquista estaba teniendo problemas para mantener el orden social en un ambiente donde los españoles demandaban cambios políticos y sociales profundos en un contexto de modernización económica. Este nuevo periodo comenzó con la declaración del estado de emergencia (entre enero y abril de 1969) como resultado de intensas huelgas y protestas estudiantiles. Solo en ese año, 1.593 personas fueron arrestadas en el País Vasco y 510 fueron torturadas[24]. Los militantes de ETA documentaron los métodos de torturas que fueron usados: uno de los más simples fue estar con los brazos en alto durante largos periodos de tiempo, a veces hasta más de catorce horas[25]. Melitón Manzanas era uno de los jefes de policía que mandaba torturar a militantes de ETA y a otros activistas antifranquistas. Precisamente por esto, Manzanas se convirtió en la primera víctima de ETA. Más de 400 miembros de ETA estaban entre los activistas políticos arrestados en 1969, algunos de ellos de la cúpula de la organización[26]. Esta ofensiva de las fuerzas de seguridad franquistas, en respuesta al asesinato de Manzanas, causó el efecto contrario al deseado, y provocó una amplia movilización entre la población vasca. Sin embargo, el hecho de que ETA estuvo a punto de desaparecer durante este periodo debido a la represión provocó ciertas críticas dentro de la organización y hubo un cuestionamiento acerca del uso de la violencia. Las acciones de la organización habían pasado, en cuestión de meses, de hacer grafitis reivindicativos a asesinar a un miembro de las fuerzas de seguridad. La estrategia de ETA de penetrar en los movimientos sociales –con la inmersión de algunos de sus miembros en las asociaciones de vecinos– permitió a la policía identificarlos fácilmente.

En 1969, Fernando Etxegarai estaba estudiando el primer año de la carrera de derecho en la Universidad Pontificia de Comillas, una sede en Madrid de la prestigiosa Universidad de Deusto (Bilbao).

Esto fue, en sus palabras, una «elección natural»: una profesora de su colegio le había dicho que todo hombre de buena familia que quisiera tener una carrera próspera debía estudiar derecho[27]. Aunque él inicialmente quiso estudiar en Bilbao, debido a algunos problemas políticos, finalmente decidió ir a Madrid. Durante el año que pasó en la capital de España, Etxegarai empezó a entender las mentalidades de los hijos de la oligarquía española (que estudiaban con él) y a conocer las familias privilegiadas del franquismo. En 1969 el parlamento español aprobó una ley en la que se nombró al príncipe Juan Carlos como futuro sucesor del general Franco. Juan Carlos, quien había pasado la mayor parte de su vida muy cercano a Franco, aprendió de su mentor, Carrero Blanco, que en una hipotética España sin Franco era esencial que las grandes familias que habían hecho dinero durante la dictadura, ayudasen a España a insertarse en el mercado común europeo. En este contexto, ETA se había dado cuenta de la necesidad de cambiar de estrategia y tratar de contener los elementos más «obreristas» dentro de la organización. ETA se disponía a crear un «frente nacional» y buscar alianzas con la pequeña y mediana burguesía vasca, que tenía cada vez menos intereses comunes con las clases altas vascas y españolas, que estaban, a su vez, cada vez más conectadas con los capitales financieros[28]. Como Cyrus Ernesto Zirakzadeh ha señalado, la relación entre el empresariado vasco y las fuerzas del trabajo vascas no era extremadamente antagónica a finales de los sesenta. Por ejemplo, en 1969, cuando el 52,3 por 100 de las huelgas españolas se producían en territorios vascos, la mayor parte de la patronal vasca culpó a las políticas centralistas dictadas desde Madrid por la falta de bienestar de las clases trabajadoras[29]. Esta relación peculiar mantuvo, hasta la muerte de Franco, un acuerdo implícito entre las fuerzas nacionalistas vascas sobre la necesidad de rebelarse contra el régimen de Franco.

Esta alianza debe ser entendida en el contexto económico y cultural español de los setenta. El sistema fordista, que se aplicó en Europa una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, basado en la fuerza de las industrias nacionales y en la capacidad de consumo de las clases medias, llegó a consolidarse en España a principio de la

década de los setenta. En 1971, los salarios empezaron a aumentar debido a la presión que habían ejercido organizaciones de clase trabajadora durante los años sesenta provocando, al mismo tiempo, los primeros síntomas de inflación de la economía española. En ese mismo año, el cardenal Tarancón fue nombrado por el Vaticano como el líder de la Iglesia católica española, simbolizando una apertura dentro de esta institución. Tarancón era una figura católica reconocida por sus críticas a las violaciones de los derechos humanos cometidas por el régimen franquista. El cisma entre aperturistas, el sector del franquismo que estaba a favor de que España se convirtiera en una democracia liberal, y el *bunker,* aquellos que no querían olvidar el espíritu fascista que envolvía a los rebeldes en su victoria en la Guerra Civil, se incrementó entre 1971 y 1973, como resultado de la incapacidad del régimen franquista de mantener el orden en las calles. Fernando Etxegarai se dio cuenta de lo viejo que estaba el dictador Franco cuando apareció en público (en 1971, tenía 79 años)[30]. La atmósfera política en el País Vasco y Cataluña se intensificó cuando los cantantes Mikel Laboa y Lluis Llach levantaron a las masas en los auditorios con su «canción protesta». Durante este periodo, Fernando Etxegarai hizo sus primeros contactos con ETA. En este ambiente social, ser vasco significaba ser antifranquista y militar en ETA era casi un paso natural[31].

El éxodo rural tuvo lugar entre 1960 y 1973 cuando nueve millones de personas empezaron a trabajar en los sectores de la industria y de servicios[32]. Dos tercios de las plantas de acero y un tercio de los astilleros de España estaban en la costa vasca[33]. 1973 probó ser un año decisivo. La primera crisis internacional del petróleo comenzó, a la vez que la Iglesia católica española firmaba un manifiesto en el que demandaba al régimen de Franco la separación entre Iglesia y Estado y que existiera un pluralismo político en las instituciones públicas. También en 1973 un 37 por 100 de los conflictos laborales en España ocurrieron en el País Vasco y ETA ejecutó la acción más famosa de su historia, el asesinato de Carrero Blanco[34]. El militante que llevó acabo la ejecución eligió *Txikia* como su nombre, en referencia a un militante de ETA

asesinado por la policía solo unos años antes[35]. La organización se había dado cuenta de que, después de la legitimidad ganada por el Juicio de Burgos, la policía española no quería meter a sus miembros en la cárcel, sino que quería asesinarlos[36]. Los militantes encargados de asesinar a Carrero pasaron varios meses en Madrid, y sus testimonios muestran evidencias de su conocimiento de la vida social madrileña, lidiando con arrendadores de casas e interactuando con activistas de diversas luchas sociales[37]. Acorde con el militante que en el último momento presionó el detonador de la bomba, en el momento del acto le vino a la cabeza la imagen de Josu, un amigo suyo que había sido acribillado a balazos por la policía española. Como podemos ver en la figura 3, la imagen tras la explosión que mató a Carrero provocó un *shock* en España como consecuencia de la magnitud de un atentado que nadie se esperaba, y menos aún de un grupo terrorista compuestos por unos pocos vascos. En el caso de ETA, así como otros grupos insurgentes de todo el mundo, vemos que «la identidad política» y los «asuntos personales» se entremezclan y cuesta diferenciar dónde acaba uno y dónde empieza el otro.



Figura 3. El asesinato del entonces presidente del gobierno Carrero Blanco en 1973 dejó en estado de *shock*al régimen franquista. La imagen nos muestra el perímetro enorme del cráter que provocó la detonación. Un cráter que marcó el principio del final del régimen.

Un estudio sociológico de 1972 en el que 1.000 españoles hablan sobre sus actitudes políticas revela que la gran mayoría no tiene una cultura política definida y muestran poco interés sobre la política[38]. Luisa Passerini, en su análisis sobre el fascismo en la memoria popular de la clase trabajadora italiana, indica la importancia de lidiar con las experiencias culturales de los trabajadores para tratar de entender el «lado oscuro» del fascismo, la producción ideológica hecha en el «reino mágico» de la cotidianidad[39]. En esos años Fernando Etxegarai había experimentado la «cultura de consumo»

promovida por el régimen franquista que exitosamente había creado un imaginario de una nación española «no conflictiva».

Como antes hemos visto, el ambiente social antifascista del País Vasco durante los setenta formaba parte de la influencia de ETA. Durante estos años Etxegarai se hizo miembro de la Liga Comunista Revolucionaria (LKI), que representaba la facción trotskista dentro de ETA.

> Entonces yo ya había tomado contacto con ETA durante ese tiempo, pero de la manera que se hacía entonces, de una forma muy indirecta. En ese tiempo, ETA tenía el frente militar, pero también el frente obrero o el frente cultural. Yo formaba parte de este circuito, pero no en un sentido muy concreto. Porque, por aquella época, hubo gente cercana a mí que años más tarde terminaría en el PP o en el PSOE… mucha, mucha gente[40].

Durante este periodo, especialmente después del Juicio de Burgos en 1970 y el asesinato de Carrero Blanco en 1973, la policía hacía redadas masivas, metiendo en prisión no solo a gente de ETA, sino también a familiares y a amigos. Este proceso provocó que muchos militantes emigraran a Francia[41]. Desde esta represión masiva y desde las palabras de Etxegarai, podemos entender que a principios de la década de los setenta ser parte de la *Izquierda Abertzale* implicaba un «orgullo antifascista». Etxegrai implícitamente nos muestra que muchos españoles que estuvieron «orgullosos» de ser parte de la órbita de ETA a principios de los setenta, solo unos pocos años más tarde renegaron de su pasado acomodándose en la «sociedad europea de consumo». En otras palabras, desde los recuerdos de Etxegarai podemos representar los años setenta como la última vez en la historia reciente de España en que un número significante de ciudadanos estaban dispuestos a emprender grandes sacrificios por lo que ellos consideraban que era la justicia política y social.

En un contexto europeo, esta rebelión fue posible teniendo en cuenta el aislamiento en que se encontraba el régimen de Franco con respecto al resto de poderes europeos. De hecho, en

comparación con el resto de Europa, los primeros años de la década de los setenta en España tenían sus propias peculiaridades. Solo un año después del asesinato de Carrero Blanco, la dictadura griega de «Los Coroneles» colapsó, haciendo del régimen franquista la única dictadura de Europa junto con la de Portugal. En Italia, el presidente democristiano había perdido por un gran margen las elecciones de 1974, el mismo año que el presidente francés François Mitterrand llegó a la presidencia, dejando al *establishment* franquista en una débil posición internacional. Carrero Blanco era la persona que más favoreció la integración de los tecnócratas del Opus Dei en el gobierno. También en 1974 el sindicato vasco *Langile Abertzaleen Batzordeak* o LAB (Comisiones de Obreros Abertzales) emergió de la separación del sindicato español CCOO que siempre mantuvo estrechos lazos con el PCE. En ese mismo año, hubo en España 2.000 huelgas en las que participaron 700.000 trabajadores, siendo el año con mayor conflictividad laboral de la historia de la dictadura[42]. LAB, a diferencia de los principales sindicatos españoles que funcionaban a través de estructuras burocráticas, se formó con una estructura de toma decisiones asamblearia[43]. Este sindicato nació con el objetivo de representar a un proletariado vasco que progresivamente había ido ganando, a la par, conciencia nacional vasca y conciencia de clase gracias a la popularidad lograda por ETA después del Juicio de Burgos y del asesinato de Carrero[44]. La transformación de ETA desde el comienzo de los sesenta hasta el periodo del tardofranquismo coincidió con el proceso de modernización en España. Muchos vascos que vivieron este periodo, como Fernando Etxegarai, estaban decididos a aprovechar este proceso de apertura para difundir la cultura vasca. ETA funcionó, desde el proceso de industrialización iniciado en los sesenta hasta la muerte de Franco, como una organización que trataba que conectar las esperanzas de los vascos con su propia identidad política. En 1975, cuando aún no había terminado de construir un movimiento social cohesionado, ETA simbolizaba la mayor amenaza cultural a la idea de una «transformación suave» proyectada por las principales familias del régimen franquista. En este contexto, las diferentes etapas de vida de Fernando Etxegarai

nos ayudan a elucidar el universo psicológico de una generación de vascos que llegaban a la transición española con la esperanza de reconocerse ellos mismos en la nueva comunidad emocional española que estaba emergiendo. A la par, un nuevo movimiento social empezaba a aparecer con ETA, y sindicatos como LAB representando la primera de una serie de organizaciones con la suficiente fortaleza política como para desafiar la cultura colectiva española del «Régimen del 78».

EL MOVIMIENTO SOCIAL QUE SE OPUSO A LA ESTÉTICA DE LA TRANSICIÓN

Los cambios en la base social del nacionalismo vasco provocaron, como hemos visto, la caída del régimen franquista. Cyrus Ernesto Zirakzadeh analizó la influencia de las asociaciones de vecinos en la política vasca de la década de los setenta. Como otras regiones industriales de España, la rápida industrialización de los territorios vascos no vino acompañada por servicios mínimos de sanidad o transporte público. En este sentido, a pesar de la militancia política de algunos de sus miembros, las demandas políticas de estas asociaciones tenían más que ver con la falta de infraestructuras en los barrios que con debates ideológicos. La industrializada margen izquierda de Bilbao, con altos porcentajes de inmigración, tenía altos niveles de participación de las asociaciones de vecinos. Todos los partidos políticos (Partido Comunista de Euskadi [PCE] o Euskadiko Partidu Komunista [EPK], Euskadiko Ezkerra [EE], Partido Nacionalista Vasco [PNV], Herri Alderdi Sozialista Iraultzailea [HASI]) tenían miembros en estas asociaciones, excepto la derecha española de Alianza Popular (AP) y la Unión de Centro Democrático (UCD)[45]. ETA, de alguna forma siempre presente en estas asociaciones, promovió una nueva cultura en los barrios de ciudades y pueblos del País Vasco en la que poco a poco se fue dejando atrás el folclore popular y se empezó a politizar las fiestas; en otras palabras, se fue sustituyendo un «romanticismo pasivo» y comenzó a entenderse el *euskera* como una lengua vasca que recogiese la lucha milenaria de los campesinos que «no solo

hablaban vasco, sino que pensaban en vasco»[46]. Como Sharryn Kasmir ha asegurado, la inclusión de la clase trabajadora en la cultura vasca trajo al movimiento nacionalista una dimensión multiétnica[47].

En 1975 algunos vascos de profesiones liberales como escritores o técnicos de la administración crearon el *Euskal Herriko Alderdi Sozialista* (EHAS [Partido socialista del pueblo vasco]). Este partido político se centró en las demandas de la *Izquierda Abertzale* y en que los vascos que vivían en *Iparralde* (País Vasco Francés) también debían tener representación política[48]. Este fue el primer partido nacionalista que emergió con militantes a ambos lados de los pirineos, representando las siete provincias vascas conocidas como *Euskal Herria* en los dos lados de la frontera franco-española. Los fundadores de EHAS eran bien conocidos en los territorios vascos por promover el *euskera.* El surgimiento de EHAS demostró que, en una España sin Franco, el movimiento nacionalista vasco estaba experimentando una mutación desde unos orígenes étnicos promovidos por el PNV hacia una cultura basada en el uso de la lengua y el objetivo del derecho de autodeterminación como horizonte.

Sin embargo, a pesar de recibir apoyo de una manera abstracta, las clases trabajadoras vascas seguían necesitando un corpus ideológico cohesionado que les diera las herramientas para luchar por sus condiciones de vida[49]. Aunque el proceso de modernización había dado comienzo durante los sesenta, el año en que Franco murió, el 39,6 por 100 de los hogares en el País Vasco no disponían de calefacción y el 19,5 por 100 no tenía agua corriente[50]. Los líderes políticos de EHAS también presenciaron cómo la mano de obra inmigrante en el País Vasco seguía sin integrarse en la comunidad nacionalista vasca[51]. En un intento de llegar a diversas capas sociales de la comunidad vasca, EHAS elaboró un programa político socialista moderado, tratando de atraer a la pequeña burguesía y a los trabajadores de cuello blanco (cualificados) a su causa. Esta estrategia formaba parte del *desdoblamiento* por ETA-militar, en la que la organización enfatizaba en la necesidad de separar el movimiento político del

brazo armado, con el objetivo de evitar que la represión cayera sobre el movimiento social.

Esta cohesión política de la *Izquierda Abertzale* convergió con el proceso de transición española y la inestabilidad política del país vecino, Portugal. En 1976, Portugal cortó los lazos con el régimen dictatorial de Salazar, con una crisis política que habían provocado años antes los movimientos nativos de las colonias portuguesas de Angola y Mozambique. Una facción del ejército, con el apoyo de los principales movimientos sociales, dio un golpe de Estado y nacionalizó una serie de grandes empresas, compañías de seguros y bancos. A pesar de que la cúpula militar logró escapar a Brasil, la ley constitucional 8/75 dio a las víctimas del régimen de Salazar la posibilidad de denunciar a sus perpetradores[52]. Al mismo tiempo, en España, Santiago Carrillo, líder del PCE y de la Plataforma Democrática (una organización compuesta por diversos partidos políticos como socialistas, cristiano-demócratas y comunistas entre otros), abogó por la «ruptura pactada», cediendo a la presión de los militares y la oligarquía.

> Durante estos años, 1976 y 1977, nos encontrábamos siempre con la duda de hasta dónde podíamos llegar para evitar un baño de sangre y no ser, otra vez, los perdedores. Por supuesto, es muy fácil meter el miedo en la gente… ¡¡joder!! El PNV nos decía una y otra vez que había «ruido de sables» en Madrid, que quería decir que los militares estaban listos para ponerse al frente[53].

El movimiento social antifascista vasco desplegó toda su fuerza en la huelga general convocada en la ciudad vasca de Vitoria en 1976. La ciudad había pasado de tener 70.000 habitantes en 1960 a tener 170.000 en 1976[54]. El reclutamiento masivo de trabajadores de cuello azul (no cualificados) para las líneas de montaje en una ciudad sin tradición industrial había llevado a los trabajadores a autoorganizarse. Durante la huelga, más de un centenar de trabajadores acabaron heridos y cinco fueron asesinados por las fuerzas de seguridad. Después de estos eventos, más de un millón

de personas participaron en varias protestas en toda España y se solidarizaron con las víctimas de Vitoria. Con esta huelga espontánea, ETA se dio cuenta de que la clase trabajadora se estaba volviendo cada vez más independiente de los sindicatos tradicionales españoles[55]. Parte de los trabajadores que participaron en la huelga de Vitoria consideraban a los sindicatos españoles como meras correas de transmisión de las burocracias de los partidos políticos y notaban que estos estaban más interesados en pactar con las elites de la dictadura que en defender los derechos de los trabajadores[56]. Después de graduarse en derecho por la Universidad de Deusto en Bilbao, Fernando Etxegarai trabajó como abogado laboralista en Vitoria durante cinco años. En esos años colaboró con la UGT, sindicato cercano ideológicamente al PSOE. Para Etxegarai los acontecimientos de Vitoria habían representado otro episodio de cómo –después del Juicio de Burgos– las masivas protestas habían desafiado la hegemonía de las elites franquistas encargadas de dirigir la transición política.

Durante el surgimiento de las movilizaciones sociales en 1977, organizaciones sociales vascas a favor de la amnistía para los presos políticos, como las Gestoras Pro Amnistía, organizaron una serie de manifestaciones en los territorios vascos en las que cinco personas resultaron muertas y otras tantas heridas[57]. Estas protestas también hacían referencia a las duras condiciones de vida de las clases populares vascas. Por ejemplo, en 1977, en la provincia vasca de Vizcaya, solo había espacio en las escuelas para un 77 por 100 de los niños[58]. En junio de 1977, el partido pro independentista y comunista HASI nació coincidiendo con la transformación ideológica de los partidos políticos españoles antifranquistas. Tratando de acercarse a Europa, tanto el PSOE como el PCE moderaron sus discursos. HASI, que integraba corrientes nacionalistas vascas de izquierdas como EHAS, trató de dar un paso hacia delante confrontando con los procesos de burocratización que estaban viviendo los partidos políticos y sindicatos españoles. En sus documentos internos, HASI tuvo siempre claro el papel de ETA como vanguardia militar, haciendo referencia a la estrategia de los dos bloques, el militar y el político,

luchando los dos por la autodeterminación de los vascos[59]. Además, el primer periódico fundado por la *Izquierda Abertzale, Egin,* fue creado durante este periodo. La primera tirada fue financiada a lo que hoy equivaldría a 24.000 euros, una cifra que refleja las ansias de participación política de la sociedad vasca. *Egin* trató de ser testigo de los choques entre las fuerzas de seguridad del Estado y las Gestoras[60].

El fuerte movimiento social que ETA lideró durante el comienzo de la democracia española y la fuerte represión que la *Izquierda Abertzale* sufrió por parte del Estado español son dos caras de una misma moneda en cuanto a los debates que tuvieron lugar dentro de la sociedad vasca acerca del uso de la violencia. Las elecciones generales celebradas el 15 de junio de 1977 llegaron en un momento en que ETA debatía en su seno sobre cómo debía comportarse en el nuevo escenario político, asumiendo que el uso de la violencia había provocado que su base social sufriera una gran represión mediante el sistema de prisiones[61]. En este tiempo, había una división dentro de ETA en dos grupos, ETA militar, que no cuestionaba el valor de continuar con la lucha armada después de la muerte de Franco, y ETA político militar, con otra concepción de la violencia más instrumental.

Durante 1977 ETA asesinó a doce personas, la mayoría de ellas del Ejército, con el objetivo de meter presión a este poder que estaba tutelando la transición[62]. En este mismo año 18 activistas políticos vascos fueron asesinados y otros 18 fueron torturados por grupos paramilitares o miembros de las fuerzas de seguridad del Estado[63]. Las primeras elecciones democráticas llevaron a ETA a recibir un buen número de militantes, teniendo en cuenta que la transición española estaba tomando un rumbo en la dirección opuesta a la portuguesa en cuanto a sus resultados de rendición de cuentas del Estado por sus violaciones de los derechos humanos[64]. A este respecto, para que podamos entender cómo ETA aumentó su base social y, por ende, su número de militantes, los análisis desde la academia deben tener en cuenta la reproducción cultural desde una perspectiva que tenga presente las condiciones materiales. En España, los estudios culturales sobre

violencia política asumen que las victorias de los partidos políticos más importantes (UCD en España y PNV en el País Vasco) en las elecciones de 1977 simbolizaron un consenso social sobre el nuevo «Régimen del 78» que estaba naciendo[65]. Por el contrario, mi investigación trata de entender la violencia política desde la cotidianidad de sus protagonistas. De hecho, junio de 1977 fue solo el principio de décadas de una larga confrontación entre las memorias de millones de ciudadanos españoles con la violencia del conflicto vasco representando los ecos de la dictadura y la Guerra Civil[66].

Esta guerra cultural puede ser extrapolada a la creación de identidades nacionales. Michael Billig argumenta que, en las sociedades occidentales, el nacionalismo es considerado un problema de las periferias, y llama a la producción de nacionalismo ideológico en la vida cotidiana como «nacionalismo banal», ejercido por los *establishments* de los Estados modernos nacionales[67]. Las elecciones ganadas en 1977 por el gobierno de Adolfo Suárez demostraron la transformación ideológica del primer presidente democrático desde la dictadura: de ser un miembro del partido fascista en 1975, a autoproclamarse democristiano en 1976, a finalmente ganar las elecciones en 1977 asumiendo una ideología socialdemócrata[68]. Justo después de las elecciones, películas eróticas empezaron a proyectarse en algunos cines provocando el *shock* de millones de españoles después de vivir más de tres décadas de «nacionalcatolicismo». Este aparente elemento de transgresión ayudó a introducir una especie de «fantasía colectiva» que permitió moldear un sentimiento de ruptura con la dictadura anterior[69]. Al mismo tiempo, mediante Gestoras y su exitosa movilización social, ETA consiguió romper esta «anestesia cultural», obteniendo su tercer triunfo moral –después del Juicio de Burgos y del asesinato de Carrero Blanco– con la amnistía promulgada por el gobierno de Suárez el 17 de octubre de 1977, que dejó las prisiones españolas sin un solo preso político vasco que no había sido condenado por delitos de sangre[70]. Aunque los prisioneros fueron liberados según los términos de la amnistía y, como ETA descubrió más tarde, este procedimiento sirvió para realizar un «autoindulto»

para poder exonerar a los principales criminales del régimen de Franco de ser juzgados por un tribunal. El imaginario de los vascos como parte de una nación popular opuesta a un «nacionalismo español banal» fue definitivamente configurado[71].

Sin embargo, este imaginario de una identidad española «no conflictiva» tenía que estar en equilibrio con unos buenos resultados económicos que proyectaran una imagen sólida de la nación. La economía española experimentó una inflación del 40 por 100 en 1977 como resultado del choque entre los empresarios y el movimiento obrero, del que Gestoras fue en parte responsable. Los Pactos de la Moncloa (unos acuerdos entre las principales instituciones políticas sobre la necesidad de emprender una serie de reformas económicas) fue el intento de frenar el poder que las fuerzas del trabajo (sindicatos, asambleas…) estaban adquiriendo durante la transición[72]. Debido a su fuerte tradición socialista, las CCOO fueron más reacias a la hora de aceptar una congelación de los salarios de los trabajadores a cambio de que el gobierno de Suarez reformara unas muy conservadoras instituciones políticas como el sistema judicial o el Ejército[73]. Este pacto oficial entre el movimiento antifranquista y fuerzas que habían apoyado sin ambages la dictadura abrió la caja de Pandora para lo que más tarde se llamó la «cultura de la transición». El periódico *El País* nació en 1976 impulsado por Jesús de Polanco, un hombre de negocios con lazos cercanos al Opus Dei, y durante las siguientes décadas este periódico se convirtió en el «intelectual colectivo» de la transición, hablando en términos *gramcianos.* Este proceso se moldeó durante los primeros años a través del historiador franquista Ricardo de La Cierva convirtiéndose en el líder de opinión del periódico. *El País* se propuso el reto ideológico de transformar a España en una sociedad europea moderna[74].

Durante este periodo, los primeros grupos de «objetores de conciencia» (personas que estaban en contra de cumplir el servicio militar obligatorio) emergieron en el País Vasco con el nombre *Bakearen Etxea* (desde Bilbao) y en Cataluña como *Casa de Palau* (desde Barcelona). Estos «objetores de conciencia» eran ciudadanos de diversas partes de España que no querían formar

parte del Ejército español por diversos motivos ideológicos[75]. Este movimiento contracultural tenía en parte como misión romper el consenso de la transición simbolizado por los Pactos de la Moncloa. Durante este periodo, Fernando Etxegarai percibió por primera vez una «ideología nacionalista española» dentro de los partidos políticos de izquierda[76]. La percepción negativa que tenía en ese momento Etxegarai del nacionalismo español nos ilustra la no integración de los vascos antifranquistas en el nuevo proyecto nacional español.

LA TRANSICIÓN SE CONSOLIDA EN ESPAÑA. ETA TOMA EL ROL DE GRUPO TERRORISTA

En 1978, cerca del 45 por 100 de la clase trabajadora en el País Vasco no era nativa[77]. Ese año, ETA alcanzó su punto álgido como organización armada contando con entre 400 y 450 miembros[78]. La integración de los inmigrantes dentro de la comunidad nacionalista vasca se llevó a cabo de diferentes maneras, entre ellas mediante la celebración de fiestas locales en pueblos vascos donde el placer y el compromiso político formaban parte de la misma atmósfera. Durante las fiestas de Bilbao en agosto de 1978, ETA lanzó un mensaje a los bilbaínos en el que expresaba su voluntad de que estos no debían parar de celebrar por la represión que el Estado español estaba ejerciendo sobre el pueblo vasco, sino que debían continuar las fiestas como símbolo de unidad[79]. La creación en 1978 de *Herri Batasuna* (unidad popular) como una coalición de varios partidos pro independentistas, incluido el marxista HASI y el republicano y secular ANV, se convirtió en la nueva expresión política de ETA. Las raíces participativas de esta coalición, formada en asociaciones de vecinos, lograron conectar con los problemas locales que vivían los vascos. Las sospechas de ETA de que la policía española estaba colaborando con los traficantes de droga en el País Vasco con el objetivo de «anestesiar» el activismo político, quedaron en parte confirmadas cuando, en 1978, solo una pequeña cantidad de personas (30), fueron detenidas en el País Vasco por la policía española por traficar

con droga[80]. La película de *El Pico,* dirigida por Eloy de la Iglesia en 1983, cuyo nombre hace referencia a una inyección de heroína, retrata a las clases trabajadoras de Bilbao a mediados de la década de los setenta cuando el activismo político de ETA ayudó a muchos jóvenes a alejarse de la droga. *Herri Batasuna,* la expresión política de la lucha armada de ETA, reivindicó por aquella época la hegemonía del movimiento vasco contracultural.

En este contexto de movilización social en las calles y el uso de la droga como forma de contrarrevolución, la Constitución española fue aprobada por el parlamento español en 1978, un año después de los Pactos de la Moncloa. El país experimentó una bajada de la inflación y se mejoró la balanza de pagos. Sin embargo, este progreso económico no hizo que la clase trabajadora viera mejorado su nivel de vida y las CCOO asumieron su error al firmar dichos Pactos. El surgimiento de la revista cristiana-izquierdista *Herria Eliza 2000*durante ese mismo año, expresó la rebelión de la *Izquierda Abertzale,* llevando la conciencia nacional vasca hacia un debate sobre el uso de la violencia[81]. Durante 1978, el parlamento español aprobó dos leyes antiterroristas en las que se legalizaba el aislamiento de un detenido sospechoso de terrorismo durante 72 horas[82].

Al comienzo de 1978, como consecuencia de la Ley de Amnistía promulgada en 1977, los primeros presos políticos vascos fueron liberados de las cárceles de Iruña, Basauri y Langraitz. El resultado de esta ley es que apenas 16 presos políticos vascos abandonaron las cárceles. El 27 de diciembre, durante la navidad y apenas dos días antes de que la Constitución española entrara en vigor, todos los prisioneros políticos vascos que aún quedaban en las cárceles, fueron trasladados a la prisión de Soria, a una distancia considerable del País Vasco[83]. El hecho de que ETA incrementase su actividad armada después de cada paso que daba el gobierno de Suárez hacia un teórico proceso de reconciliación entre los españoles hizo que, en unos pocos meses, la organización empezase a perder apoyo desde muchos sectores antifascistas del resto de España. ETA estaba pasando de tener significantes niveles de apoyo por haber contribuido a acabar con la dictadura a cosechar

primero incomprensión y después un rechazo frontal. Los prisioneros de ETA en Soria fueron recluidos en aislamiento durante 22 horas al día, sufriendo abusos constantes de los guardias de seguridad, y todas las conversaciones que los presos tenían con sus familiares eran grabadas[84]. Por otro lado, en diciembre de 1978, uno de los militantes más carismáticos de la historia de la organización, José Miguel Beñarán Ordeñana *(Argala),* conocido por sus habilidades intelectuales y militares, fue asesinado por el grupo paramilitar Batallón Vasco-Español. *Argala* se convertía así en el segundo mártir de ETA, después de que Txabi Etxebarrieta fuera asesinado en 1968 por la policía franquista. Sin embargo, ambas muertes tuvieron consecuencias muy diferentes para la organización: con la muerte de Etxebarrieta, ETA alcanzó unidad entre sus militantes y mantuvo la armonía entre sus diferentes ramas. Sin embargo, con la muerte de *Argala,* ETA dio un paso adelante en su militarización dejando atrás debates políticos acerca del uso de la violencia[85].

La aprobación del estatuto de autonomía vasco en 1979 (conocido como el estatuto de Guernica) rompió, por primera vez en la narrativa de ETA, el consenso de luchar contra el enemigo fascista español que la mayoría de los vascos señalaron a comienzos de la Guerra Civil en 1936. Durante la década de los setenta, la modernidad, que no había acabado de entrar en España, dejó paso a la posmodernidad, abriendo un nuevo tiempo histórico donde «amigos» y «enemigos» empezaron a ser conceptos difíciles de definir. La nueva sociedad de servicios que comenzaba a surgir se basó en largas jornadas de trabajo y, por ende, se comenzó a romper el acuerdo tácito surgido después de la Segunda Guerra Mundial en el que los países europeos basaban sus economías nacionales en la capacidad de consumo de sus propios trabajadores[86]. En este contexto, la consolidación del contrato social que representó la Constitución española de 1978 y la aprobación del estatuto vasco en 1979, hicieron que la *Izquierda Abertzale* quedase marginada dentro de la política española. En 1979, precisamente porque ETA había representado un fuerte movimiento social durante más de una década y debido a las

acciones armadas que había llevado acabo la organización (entre 1979 y 1980 ETA mató a 82 personas cada año), el segundo gobierno de Suarez cedió a la presión, e intentó negociar con la organización[87]. Esta vez, el fracaso de las negociaciones tuvo que ver con el proceso de modernización que en esos momentos vivía el País Vasco. Para 1979 el PNV se había consolidado, sin lugar a dudas, en el partido de las clases medias vascas. Este partido veía en la transición española y en el estatuto vasco, a pesar de todas sus imperfecciones, símbolos de gran independencia y progreso para los vascos. El gobierno de Suárez facilitó, en parte, esta hegemonía del PNV desde que ETA se había consolidado como movimiento social durante los sesenta. Para cuando las negociaciones tuvieron lugar, ETA ya había asumido su rol secundario dentro de la sociedad vasca debido al gran poder que ejercía el PNV. En este sentido, el gobierno de Suárez trató de negociar con ETA el final de la violencia sin asumir el núcleo de sus demandas, el derecho de autodeterminación para los vascos. Este proceso fue la prueba de la fractura que iba emergiendo entre el *establishment* político español (incluido el PNV) y la *Izquierda Abertzale.*

La nueva legitimidad democrática ganada por el Estado español a través de la celebración de diferentes elecciones conllevó la absorción de diversos movimientos sociales (como las asociaciones de vecinos) que habían estado hasta el momento fuera de sistemas burocráticos, en diversos partidos políticos durante la década de los años ochenta. ETA-político militar prácticamente desapareció y la mayoría de sus miembros acabaron integrándose en el partido *Euskadiko Ezkerra,* que también aglutinó a ciudadanos que habían formado parte de asociaciones de vecinos, muchos de ellos pertenecientes a entornos liberales[88]. En 1980, Fernando Etxegarai, siguiendo el camino de muchos de su generación que habían vivido los intensos años de la transición, pasó el examen público para ser funcionario en Baracaldo, un pueblo cerca de Bilbao. Sin embargo, su compromiso político era más fuerte que nunca.

> Para mí la idea fundamental era el derecho de autodeterminación; Este régimen español del 78 no nos dio esa oportunidad. Para nosotros, los vascos, el derecho de autodeterminación era esencial para poder hacer una ruptura total con la dictadura anterior. Para los vascos, el derecho a la autodeterminación era vital[89].

La irrelevancia (en términos de fortaleza política) de la rama político-militar de ETA y su integración en el «Régimen del 78», facilitaron que la *Izquierda Abertzale,* liderada por la *Koordinadora Abertzale Sozialista*(KAS), se convirtiera en la vanguardia de la lucha social y que ETA militar fuera la única ETA realmente existente. El testimonio de Etxegarai nos muestra su convicción de romper lazos con el régimen fascista anterior nacido al final de la guerra en 1939, y su asunción de que no había otra solución posible acorde con sus principios antifascistas. En los ochenta, ETA y su brazo político *Herri Batasuna* monopolizaron en el País Vasco la protesta social hacia el Estado español y sus políticas neoliberales con el derecho de autodeterminación como el mayor vector político de protesta. En las siguientes décadas, no habrá otra organización política en España con fuerza sobre los movimientos sociales como *Herri Batasauna* que pudiera desafiar al «Régimen del 78» y sus presupuestos teóricos en torno al consenso.

Al final de la transición, tuvo lugar un proceso de desindustrialización –exigido por las instituciones europeas– con el desplazamiento de la industria pesada vasca y la producción de máquinas. En 1981 Etxegarai tuvo una hija[90]. Sin embargo, habiendo abandonado la UGT por el proceso de burocratización que sufría el sindicato y siendo testigo de los altos niveles de desempleo que vivía la sociedad vasca debido a las políticas económicas del gobierno de Felipe González, su motivación política no disminuyó. ETA, que sabía de su influencia en los movimientos sociales de los ochenta, orientó su lucha en contra de las drogas, las fuerzas de seguridad y Lemoniz[91]. El establecimiento de la planta nuclear de Lemoniz levantó una oleada de protestas sobre las repercusiones en el medio ambiente y, a la vez, representó una oportunidad para

ETA de formar parte de la nueva «izquierda europea». A principios de 1981, ETA asesinó, entre otros, al ingeniero del proyecto. Solo unas pocas semanas después de su asesinato, el 23 de febrero de 1981, el fallido golpe de Estado del coronel Antonio Tejero –que representaba las tendencias más ultraderechistas del Ejército español y que estaba en contra de la apertura democrática– consolidó la formación del nuevo imaginario español con el rechazo simbólico de la violencia por parte de las fuerzas políticas lideradas por el rey Juan Carlos I de España. En ese mismo año, ETA expresó en documentos internos sus sospechas de que el 23F había sido organizado por el rey y los militares, con el objetivo de hacer retroceder la actividad de los movimientos sociales y poder consolidar, de esta forma, el «Régimen del 78»[92]. Durante las siguientes décadas, y por lo menos hasta la llegada del siglo XXI, esta hipótesis nunca fue mencionada por los medios de comunicación ni hubo estudios serios dentro de la academia[93]. En este sentido, desde el 23F la violencia de ETA ha sido prácticamente la única violencia política visible en los medios de comunicación españoles. Las 62 víctimas –más de la mitad en el País Vasco– en manifestaciones que tuvieron lugar durante la transición (1975-1982) permanecieron también olvidadas en los debates académicos de entonces[94].

En 1982, al final de la transición, la planta nuclear de Lemoniz no fue cerrada únicamente por las acciones armadas llevadas a cabo por ETA, sino también por la alta movilización social[95]. Este movimiento social no manifestó hostilidad hacia ETA debido al rol que la organización desempeñó en el conflicto. En aquel mismo año, el PSOE ganó las elecciones generales con mayoría absoluta. Estas elecciones llevaron al poder al primer partido político de izquierdas desde la caída de la República española en 1939. Sin embargo, este hecho no modificó la estrategia de ETA, que decidió ignorar el cambio político que estaba teniendo lugar en España[96]. Durante 1982, Fernando Etxegarai fue parte de un comando de ETA. En ese momento, empezó a tener una doble vida: durante el día, trabajaba como funcionario en la administración; por la tarde participaba en las acciones armadas que le solicitaba la organización[97].

Por razones obvias, Etxegarai no pudo dedicarle mucho tiempo a su familia. Sin embargo, como podemos ver, trató de compatibilizar su rol de padre con la lucha armada. La llegada del PSOE al poder simbolizó el final de la transición. En otras palabras, la toma de posesión de Felipe González como presidente representó el final de la confrontación entre españoles desde el comienzo de la Guerra Civil. Sin embargo, una significativa parte de la población vasca no se sintió parte de este imaginario. El hecho de que un vasco de una familia acomodada con estudios universitarios y un trabajo fijo decidiera «tomar las armas» en este momento histórico ilustra que la transición española tuvo diferentes narrativas en las distintas regiones que componen España. Durante este periodo, el rock radical vasco con grupos como Kortatu o Barricada empezaron a dar forma a un nuevo parámetro político, denunciando la invisibilidad de la violencia de Estado desde la vida cotidiana de los vascos, y reivindicando la identidad vasca desde las formas artísticas del punk británico. A principios de la década de los ochenta, activistas vascos como Fernando Etxegarai vivían la efervescencia de movimientos sociales que consideraban que la transición española aún no había finalizado. En otras palabras, la protesta social, la lucha armada y la vida cotidiana formaban parte de una realidad integral en la que el conflicto real, el de las calles, solo estaba empezando a emerger.

«POR AQUELLA ÉPOCA MUCHA GENTE CERCANA TERMINARÍA EN EL PP O EN EL PSOE»

Este capítulo ha explorado el rol de ETA durante la transición española, considerando la formación de la *Izquierda Abertzale* como movimiento social en los sesenta durante el proceso de modernización iniciado por el régimen franquista y analizando la transición española a través de la vida de un militante de ETA, desde «su piel». La historia de vida de Fernando Etxegarai, influenciado por las acciones de su hermano que fue parte de la primera ETA, y también por sus padres, miembros del primer partido nacionalista vasco de izquierdas (ANV), representa la lucha cultural vasca contra la identidad española que dominó el país durante la

mayor parte del siglo XX. La identidad moderna de la comunidad vasca fue moldeada durante la segunda ola industrial que tuvo lugar en los territorios vascos durante los sesenta. La existencia de ETA-militar durante los años de la transición no debe ser entendida simplemente como una organización fanática predispuesta al uso de la violencia –como la mayor parte de los estudios académicos han mantenido–, sino como un producto de la segunda oleada industrializadora. La radicalización de los sindicatos y partidos políticos vascos fue causa y consecuencia de la efectiva táctica militar ejercida por ETA durante los últimos años de la dictadura. Como resultado de la confluencia entre industrialización y radicalización, Extegarai creció en una cultura política donde el antifranquismo (antes y después de la muerte de Franco) desempeñó un papel esencial. La principal diferencia entre su experiencia y la de otros antifranquistas de otras partes de España que también vivieron la transición se basa en que la violencia de ETA causó una enorme atracción dentro de los antifascistas vascos a la hora de desafiar al régimen franquista.

Esta comunión entre violencia y protesta social alcanzó su punto más alto en los territorios vascos cuando la transición española comenzó de manera oficial a raíz de la muerte del dictador. El *establishment* franquista que dirigió la superestructura (ideología) de la transición fueron los llamados «aperturistas», en favor de continuar con las políticas que promocionaban el libre mercado y concediendo, de una manera limitada, ciertos derechos sociales. En este contexto, la *Izquierda Abertzale* emergió con una específica identidad antifascista incorporando elementos políticos nuevos como la organización autónoma de los sindicatos y la formación de comités asamblearios no burocráticos. De hecho, si durante la transición española los estudiantes universitarios fueron la primera fuerza en integrarse en los partidos políticos antifascistas (sobre todo en el partido comunista), la *Izquierda Abertzale* llevó su entusiasmo por la revolución a organizaciones que tenían efecto en la vida cotidiana de sus ciudadanos, como los ya mencionados sindicatos y comités asamblearios.

Por otro lado, el PCE, ya legalizado y habiendo perdido su «aura transgresora», había aceptado las leyes políticas del nuevo régimen democrático español, dejando de ser una amenaza para los intereses del *establishment* franquista encargado de guiar la transición.

La radicalización que vivió la comunidad radical vasca, que nació al final de la década de los sesenta a la sombra de ETA, y la progresiva moderación de la izquierda española antifranquista moldearon la historia de vida de Fernando Etxegarai. Durante la transición, el nacionalismo vasco se dividió en dos. El PNV tácitamente apoyó el nuevo régimen político que nacía de la transición al promulgar el estatuto vasco de autonomía en 1979, mientras que la *Izquierda Abertzale* se opuso frontalmente a este. Etxegarai representa a una generación de vascos con una motivación política más allá de un objetivo específico (por ejemplo, si hablamos del final de la dictadura). De hecho, lo que estos vascos vivieron durante estos años de transición –especialmente la intensa represión policial que se produjo de dos formas diferentes, una pública en manifestaciones, y otra privada en forma de tortura en las prisiones– les convenció de que se encontraban en el comienzo de la lucha. Esta realidad fue percibida por la *Izquierda Abertzale* dentro de un nuevo y oscuro periodo económico internacional que dio comienzo con la crisis del petróleo en 1973. Este fue el comienzo del final de los llamados «treinta gloriosos» años posteriores a 1945, que habían traído prosperidad económica a gran parte del continente europeo y que lograron consolidar el estilo de vida de las clases medias. Este cambio macroeconómico coincidió con el comienzo de la democracia española. Esta democracia nació en un contexto económico en el que los sectores financieros tomaron una posición hegemónica de poder en detrimento de las fábricas que proporcionaban miles de puestos de trabajo, provocando altos niveles de desempleo que, en el País Vasco (una de las regiones más industrializadas de España) se sintió muy fuerte. La precariedad en las formas de vida de la clase trabajadora fue parte del universo simbólico de Fernando Etxegarai

quien, a principio de los ochenta, encontró en ETA la única fuerza capaz de luchar contra el «estado de las cosas».

[1] M. de Unamuno, *En torno al casticismo,* Madrid, Espasa Calpe, 1961, p. 27.

[2] Uno de los libros más influyentes sobre esta narrativa de la transición es R. Carr y J. P. Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy, op. cit.* El argumento central de los autores es la peligrosa polarización que existía dentro de la sociedad española al principio de la transición y cómo la moderación permitió una solución negociada al proceso.

[3] Un ejemplo de esta brecha entre la situación en el País Vasco y el resto de España fue la cuestión de un miembro del parlamento vasco en 1978 sobre la continuación de la represión de la policía después de la muerte de Franco. Los otros miembros de la Comisión Constitucional rechazaron este punto diciendo exactamente que eso «era volver a 1930». M. Richards, *After the civil war…, op. cit.,* p. 270.

[4] Los cambios ideológicos y culturales que suceden en un periodo corto de tiempo fueron discutidos en la entrevista que Pablo Iglesias le hizo a Juan Andrade en *Otra Vuelta de Tuerka,* disponible en [https://youtube.com/watch?v=jYpGWGodpgA].

[5] Hay una frase de Engels que es muy apropiada para este contexto: «Las personas hacen su propia historia, aunque ellas mismas no se dan cuenta de que la están haciendo». La «amnesia colectiva» promovida por las elites de la transición con el objetivo de evitar un «baño de sangre» benefició a algunos partidos como el PCE, cuyos líderes aprovecharon el «estado de *shock*» para promover sus carreras y formar parte del nuevo *establishment* español. La cita de Engels está extraída de E. Hobsbawm, *How to change the world. Reflections on Marx and Marxism,* Londres, Yale University Press, 2011, p. 15.

[6] K. Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Time,* Nueva York, Beacon Press, 2001, p. 23.

[7] S. Balfour, *Dictatorship, Workers and City Labour in Great Barcelona since 1939,* Oxford, Clarendon Press, 1989; R. Carr y J. P. Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy, op. cit.;* H. Graham, «Introduction. Culture and Modernity. The Case of Spain», en H. Graham y J. Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies…, op. cit.,* p. 6; S. G. Payne, *Fascism in Spain,* Madison, University Press of Wisconsin, 1999; P. Preston, *The triumph of democracy in Spain,* Londres/Nueva York,

Routledge, 1986; A. Shubert, *A Social History of Modern Spain,*Londres, Unwin Hyman, 1990.

[8] Los *Documentos Y* son los documentos internos de ETA desde el nacimiento de la organización en 1959 hasta el principio de la transición española en 1975. Estos documentos son el núcleo de este capítulo. El *Libro Blanco* es parte de estos documentos. ETA. *Documentos Y. Volumen 1. Libro Blanco,* San Sebastián, Lur, 1979, p. 122.

[9] ETA, *Documentos Y. Volumen 1. Libro Blanco, op. cit.,* p. 101.

[10] El proceso de industrialización no tuvo lugar en un corto periodo de tiempo. Si los «planes de estabilización» empezaron en 1959, resulta que un censo hecho en España en 1960, revela que era un país predominantemente agrario. Esto explica no solo que ETA naciera demandando derechos exclusivamente para los «vascos nativos», sino también que era esencial entender la España rural de la época para comprender la política en su conjunto. Para más información, véase E. Rodríguez López, *Por qué fracasó la democracia en España…, op. cit.,* p. 68.

[11] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[12] En 1962, tres de los cuatro fundadores de ETA, José Luis Álvarez Emparanza, Benito del Valle y

Xabier Imaz, dejaron la organización por las ideas marxistas que estaban entrando. Escribieron una carta explicando que ETA estaba cometiendo el error de tratar de ser «popular», pero en cambio ellos pensaban que esto era una tapadera para ser parte de la «internacional marxista». Esta actitud de los militantes nos ayuda a entender la tremenda influencia que tenía el PNV en ese tiempo sobre ETA. Título de la carta: «Por qué dejamos ETA. A la cúpula», carta encontrada en el Archivo Fundación Sabino Arana.

[13] *Zutik* fue el primer boletín clandestino publicado por ETA en 1962. Es el documento más completo para entender las motivaciones de ETA durante la dictadura. En cuanto a la información sobre esta contienda laboral, la información fue extraída de: ETA, *Documentos Y. Volumen 3. Zutik. Noviembre de 1963,* San Sebastián, Lur, 1979.

[14] ETA, *Documentos Y. Volumen 1. Zutik. Diciembre-Enero 1961/1962,* San Sebastián, Lur, 1979.

[15] ETA, *Documentos Y. Volumen 4. 1965,* San Sebastián, Lur, 1979.

[16] J. Casanova, «Introducción: 40 años con Franco», en J. Casanova (ed.), *40 años con Franco,*Barcelona, Crítica, 2015, pp. 7-14, 12.

[17] La conexión entre ETA y el movimiento obrero es constante durante estos años. Sin embargo, para tratar de entender por qué ETA siempre puso la atención en la «clase obrera vasca», más que en el resto de España, hay que hacer referencia al sentimiento de «aislamiento» de los vascos, que sienten que consideraban que estaban encerrados entre dos grande Estados, España y Francia. *Zutik* 44, junio de 1964.

[18] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[19] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious people…, op. cit.,* p. 86.

[20] ETA, *Documentos Y. Volumen 7. Zutik. 1969,* San Sebastián, Lur, 1979.

[21] *Zutik* 44, junio de 1964.

[22] Cifras extraídas de *Dossier. Los muertos de la transición española, 1975-1981,* Grupo Libertario de Pensamiento Crítico, 2018, p. 8.

[23] C. E. Zirakzadeh, *Popular Politics in the Basque Region of Spain: A Study in Political Anthropology,* tesis doctoral, Berkeley, University of California, 1985, p. 334.

[24] R. P. Clark, *The Basque Insurgents…, op. cit.,* p. 35. Para informarse sobre la historia social del País Vasco, véase J. Sullivan*, ETA and Basque Nationalism…, op. cit.*

[25] No había solo un método de tortura de la policía hacia los militantes de ETA. Seguramente no sea el más brutal, pero es interesante observar que fácil es torturar a una persona. ETA, *Documentos Y. Volumen 7.Zutik. 1969,* San Sebastián, Lur, 1979.

[26] ETA, *Documentos Y. Volumen 8. Zutik.* 1969, San Sebastián, Lur, 1979.

[27] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[28] La expresión «frente nacional» deriva del «frente popular», que era una alianza entre socialistas y comunistas para luchar contra el fascismo en la década de los treinta. Al mismo tiempo, «frente nacional» no tenía para entonces la connotación fascista que empezó a tener con la fundación del «frente nacional francés» en 1972. ETA, *Documentos Y. Volumen 8. Zutik. Número 94,* San Sebastián, Lur, 1979.

[29] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 196.

[30] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[31] La década de los setenta fue probablemente el periodo en el que ETA logró más apoyo social. Sociólogos como Diego Muro han asegurado que fue precisamente este apoyo el que hizo que ETA continuase usando la violencia una vez muerto

Franco. D. Muro, *Ethnicity and Violence…, op. cit.* Sin embargo, este capítulo trata de retratar el contexto social en el que Etxegarai se unió a ETA. No es mi intención elucidar las razones por las que ETA siguió practicando la violencia durante la llegada de la democracia.

[32] E. Rodríguez, *Por qué fracasó la democracia en España…, op. cit.,* p. 38.

[33] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 21.

[34] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 108. La fuerza mostrada por ETA para llevar a cabo semejante acción fue, en gran parte, por la autopercepción de la organización como «vanguardia de los vascos». La burguesía vasca, en conexión con el PNV, estaba, en palabras de un militante de ETA, «tratando de convertir al País Vasco en un museo donde los niños se visten y bailan como vascos para atraer a los turistas», *Zutik,* 1973.

[35] E. Forest, *Operación Ogro…, op. cit.,* p. 29.

[36] *Ibid.*

[37] *Ibid.,* p. 141.

[38] F. Gallego, *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-77),*Barcelona, Crítica, 2008, p. 160.

[39] L. Passerini, *Fascism in Popular Memory…, op. cit.,* p. 65.

[40] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[41] *Ibid.*

[42] Aunque las CCOO siempre estuvieron «bajo la batuta» del PCE, el País Vasco fue el único sector del sindicato que no estaba totalmente controlado por el partido. Las raíces del poderoso movimiento obrero con una conciencia vasca era bastante único en España. Esta es la razón por la que el LAB (vinculado a la *Izquierda Abertzale*) fue creado durante la transición y en nuestros días sigue recibiendo altos niveles de apoyo. Para mayor información sobre este contexto cultural: R. Herreros e I. López, *El estado de las cosas de Kortatu. Lucha, fiesta y guerra sucia,* Madrid, Lengua de Trapo, 2013, p. 63.

[43] La revista *Herria 2000 Eliza* se creó después de la muerte de Franco en 1975, por miembros del clero vasco que tenían una ideología socialista. La intención de los clérigos era investigar en la historia de la clase trabajadora vasca. *Herria 2000 Eliza, 1968-1988. Veinte años de movimiento obrero* 22, 1989. En esta revista se pueden consultar la evolución histórica del proletariado vasco, también en referencia a LAB.

[44] El nacimiento de LAB en 1974 tuvo lugar en un contexto en el que ETA iba asumiendo que las diferentes oligarquías españolas no tenían identidades regionales. Los intereses de estas oligarquías estaban en consonancia con los diferentes intereses de los grupos financieros que existían a lo largo del Estado. En este contexto, LAB asumió el rol de proteger a la clase trabajadora vasca de esta amenaza. *Zutik,* ETA Ren Agiria, 1974.

[45] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 196.

[46] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 99.

[47] *Ibid.,* p. 105.

[48] ETA, *Zutik,* agosto de 1975.

[49] Los documentos internos de EHAS nos ayudan a entender las aspiraciones políticas de la *Izquierda Abertzale* después de la muerte del dictador Franco. Si el escenario político había cambiado radicalmente con las nuevas libertades que los españoles podían ejercer, ETA, a través de EHAS, continuaban la lucha armada y política. EHAS, *Asteroko, Euskal Herriko Alderdi Sozialista,* Cuadernos 1 y 2, 1975-1976.

[50] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 167.

[51] EHAS, *Asteroko, Euskal Herriko Alderdi Sozialista,* Cuadernos 1 y 2, 1975-1976.

[52] P. Aguilar, *The Politics of Memory. Transitional Justice in Democratizing Societies,* Nueva York, Oxford University Press, 2001, pp. 44-82.

[53] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[54] E. Rodríguez, *Por qué fracasó la democracia en España…, op. cit.,* p. 28.

[55] Probablemente ETA-político militar no sobrevivió a la transición debido a su falta de estrategia política y militar. Sin embargo, la mayoría de los académicos están de acuerdo en que la producción ideológica de la organización fue hecha en gran medida por ETA-político militar. En el boletín interno *Kemen* se puede comprobar cuáles eran las principales discusiones políticas dentro de la organización durante ese periodo. *Kemen.* ETA. Número 8. Apuntes de un debate sobre el futuro de la lucha armada. Julio de 1976. ETA-político militar tuvo un debate interno muy fuerte sobre el uso de la violencia en un régimen democrático-liberal como el español. En la siguiente edición de *Kemen* se dijo: «si la lucha armada es parte sustancial de un proceso revolucionario, entonces, ¿quién teoriza sobre sobre el uso de la lucha armada? ¿Quién elabora una estrategia?»: *Kemen.* Formas de

coordinación entre la lucha armada y la lucha política. Euskadi, 4 de agosto de 1976.

[56] EHAS, *Asteroko,* 1976-1977.

[57] F. Letamendia Belunze, *Historia del nacionalismo vasco y de E.T.A.,* Vol. 2, San Sebastián, R&B, 1994, p. 43.

[58] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious people…, op. cit.,* p. 169.

[59] HASI, *Barnekoa,* 1977-1982, pp. 18-40, 20.

[60] E. Rodríguez, *Por qué fracasó la democracia en España…, op. cit.,* p. 315.

[61] La percepción popular de los vascos hacia la violencia política es esencial en este libro para tratar de entender el conflicto. El hecho de que ETA, junto con el IRA, sean los grupos armados insurgentes más antiguos de Europa solo puede ser explicado a través de la larga autoidentifiación de parte de sus poblaciones con estos respectivos grupos armados. La revista *Herria 2000 Eliza* publicó varios artículos en los que se retraban estas percepciones. Véase *Herria 2000 Eliza,* 1968-1988. *Veinte años de movimiento obrero,* 1989, p. 56.

[62] Durante el resto del libro, me voy a referir a ETA-militar simplemente como ETA, teniendo en cuenta que ETA-político militar dejará de existir en 1986. «COVITE: Colectivo de víctimas del terrorismo

en el País Vasco», disponible en [http://www.covite.org].

[63] «Euskal Memoria Fundazioa», disponible en [http://db.euskalmemoria.com/hildakoak].

[64] La fuerza de ETA durante estos años responde en parte a sus resultados efectivos en cuanto a la lucha armada y a la debilidad del PNV por no tener una mejor estrategia política para presionar al Estado. *Zutik,*agosto de 1977.

[65] El «argumento cultural» del uso de la violencia es empleado en una variedad de trabajos. Véase M.ª del M. Lazarra Micheltorena y F. J. Capistegui Gorasurreta, «Los intelectuales vascos ante la violencia terrorista», en J. L. Ledesma Vera, J. Muñoz Soro y J. Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España sigloXX,* Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 305-332, 309. Véase también, para un relato en clave local, la «perspectiva cultural» empleada en D. Muro, *Ethnicity and Violence…, op. cit.*

[66] Las elecciones de 1977 simbolizaron, para ETA-político militar, el momento de considerar una nueva estrategia en cuanto a la lucha armada. Por el contrario, ETA-militar no prestó demasiada atención a la nueva estrategia en cuanto al uso de la violencia. Sin embargo hay un «falso mito» dentro de la historiografía del conflicto vasco al asumir que los

«poli-milis» querían abandonar la lucha armada al principio de la transición. *Hautsi* (similar a *Kemen*) es otro boletín interno de ETA político-militar. El volumen de 1977 es una recolección de estos debates. ETA, *Hautsi* 15, 1977.

[67] M. Billig, *Nacionalismo Banal,* Madrid, Capitán Swing, 2007, pp. 1-26.

[68] D. Gilmour, «Suárez y la derrota de la derecha», en *La transformación de España,* Barcelona, Plaza Janés, 1986, p. 145.

[69] El término «fantasía colectiva» hace referencia al comportamiento del Estado español en referencia a la filóloga Luis Elena Salgado y su investigación sobre los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero y José María Aznar, véase E. Delgado*. La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011),* Madrid, Siglo XXI de España, 2014, p. 21.

[70] Es importante señalar que, en el momento de aprobar la amnistía, ni ETA ni la izquierda española –al menos la mayoría de estas organizaciones y partidos políticos– protestaron contra la implementación de la amnistía. Estas organizaciones sabían de las futuras consecuencias de esta amnistía y cómo, en el futuro, impediría implementar diversas medidas de justicia restaurativa. Desde los documentos internos consultados y desde las

entrevistas realizadas, podemos asumir que la *Izquierda Abertzale* no consideró en su momento las futuras consecuencias de esta amnistía. Una posible explicación es la necesidad de estas organizaciones de (ETA y otros movimientos antifascistas) de recuperar importantes antiguos militantes.

[71] Documentos internos de EHAS muestran la complejidad de la aceptación social de la amnistía por parte de la *Izquierda Abertzale.* No fue una «amnistía total» ya que, aunque los prisioneros salieron de prisión, fueron obligados al exilio. EHAS, *Asteroko,* 1976-1977.

[72] I. López, «Consensonomics: la ideología económica en la CT», en G. Martínez (ed.), *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española,* Barcelona, Debolsillo, 2012, p. 79.

[73] J. W. Foweraker, «The role of Labor Organizations in the Transition to Democracy in Spain», *op. cit.,* p. 111.

[74] No hay apenas investigaciones históricas serias de cómo, durante la transición española, y sobre todo desde los Pactos de la Moncloa en 1977, el *establishment* español, tratando de garantizar ciertas concesiones a la democracia liberal, avanzó como un «bloque hegemónico». Para más información sobre la falta de debate político durante

este periodo, recomiendo G. Morán, *El cura y los mandarines…, op. cit.* El resumen de este libro en referencia al rol de *El País* durante este proceso fue extraído de C. Prieto, «El Confidencial», 6 de diciembre de 2014, disponible en [https://blogs.elconfidencial.com/cultura/animales-de-compania/2014-12-06/gregorio-moran-y-los-origenes-franquistas-de-el-pais_575470/].

[75] D. Beorlegui Zarranz, «Los nuevos movimientos sociales en *Euskal Herria:* los movimientos ecologistas, pacifistas y antimilitaristas desde la transición hasta el cambio de siglo», *Estudios Vascos. Sancho el Sabio* 30 (2009), pp. 161-185

[76] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[77] R. P. Clark, *The Basque Insurgents…, op. cit.,* p. 11.

[78] F. Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones…, op. cit.,* p. 39.

[79] *Zuzen:* Euzkadi ta Askatasunaren Aldizkaria (ETA). 1981, 14, Zensakia.

[80] *Punto y Hora de Euskal Herria.* «La droga en Euskadi. Entre la complicidad y la impunidad». Del 2 al 16 de julio, 1987, 8. Hay también un interesante precedente –solo unos años antes– del caso vasco y de cómo un Estado usa las drogas con el objetivo de

«calmar» a las fuerzas políticas revolucionarias. La historia del movimiento negro por los derechos civiles *(Black Power)* durante el periodo que abarca de 1967 a 1975 muestra que la clase trabajadora negra de Nueva York vivió su lucha contra la heroína. La oportunidad de entrar en ETA o en los *Black Panthers* era una opción para evitar «el mundo de la heroína». La histórica alianza entre el gobierno de Estados Unidos y el gobierno de Franco también implicó compartir tácticas para derrotar a la insurgencia. Para mayor información sobre el caso de Estados Unidos, véase G. Hugo Olsson, *The Black Power. Mixtape* 1967-1975, Suecia, Aquelarre, 2013. En referencia al caso vasco y cómo ETA señalaba a la policía española como cómplice de los traficantes véase *Jarrai.* Droga. Ekintza. 1981. Número 2. Para una discusión más extendida, véase J. Arriola, *A los pies del caballo. Narcotráfico, heroina y contrainsurgencia en Euskal Herria,* Nafarroa, Txalaparta, 2016.

[81] *Herria 2000 Eliza.* «Spiralak». 1978, Número 5.

[82] R. P. Clark, *Negotiating with ETA,* Reno/Las Vegas, University of Nevada Press, 1990, p. 41.

[83] En 1978, muchos militantes de ETA habían sido arrestados después de la muerte de Franco. ETA asesinó a 29 personas entre 1976 y 1977, véase

[https://politica.elpais.com/politica/2015/10/29/actualidad/1446133240_406370.html].

[84] Esta información ha sido extraída de *Herria 2000 Heliza* «Hablan los capellanes de prisiones». 1979. Número 6.

[85] KAS, «Dossier, 2», diciembre de 1979.

[86] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 4.

[87] Las estadísticas están sacadas de [http://www.covite.org]. La entrevista hecha por la revista *Punto y Hora* al historiador americano Phil. P Clark, nos ayuda con algunas claves para entender las negociaciones entre ETA y el gobierno español. *Punto y Hora en Euskal Herria,* «ETA vista por un norteamericano», 1979.

[88] C. E. Zirakzadeh, *Popular Politics in the Basque Region of Spain…, op. cit.,* p. 98.

[89] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[90] *Ibid.*

[91] El conflicto de Lemoniz es recordado no solo porque ETA tomó «cartas en el asunto», sino también porque diversos movimientos sociales vascos formaron parte de la protesta. En el boletín interno de ETA, *Zuzen,* se puede consultar el modo en que ETA se implicó en este conflicto. En 1980, Lemoniz era la mayor preocupación para

ETA. *Zuzen:* Euskadi ta Askatasunaren Aldizkaria (ETA). 1980, 3. Zembakia.

[92] *Zuzen.* Eko Martxoa, 6, Zambakis.

[93] Solo desde la crisis económica que llegó a España en 2008 y los problemas que el «Régimen del 78» ha tenido para mantener el Estado de bienestar, nuevas narrativas de la transición española han salido a la luz debido, en parte, a la ruptura del contrato social. Hay un libro publicado en los últimos años que habla sobre este tema: P. Urbano, *La gran desmemoria. Lo que Suárez olvidó y el rey prefiere no contar,* Madrid, Planeta, 2014. En este libro la periodista avala las tesis del «autogolpe» con diversas entrevistas a altos mandos del Ejército que participaron en estos eventos.

[94] P. Aguilar, *Justicia, política y memoria: Los legados del franquismo en la transición española,* Madrid, Instituto Juan March, 2001, p. 11.

[95] Las razones para el cierre de la planta nuclear pueden ser encontradas en la fuerte movilización social ejercida por el movimiento ecologista. Véase D. Beorlegui-Zarranz, «Los nuevos movimientos sociales en Euskal Herria: los movimientos ecologistas, pacifistas y antimilitaristas desde la transición hasta el cambio de siglo», *Sancho el Sabio* 30 (2009), pp. 161-185. El sociólogo D. Muro, correctamente concluye que: «*Jarri*estuvo muy activo

en temas medioambientales, concretamente en las acciones de protesta en contra de la construcción de la planta nuclear de Lemoniz (Vizcaya). […] Tanto Lemoniz como Leizarán serán recordadas como grandes victorias del MLNV y ETA». Cit. de D. Muro, *Ethnicity and Violence…, op. cit.,* p. 133.

[96] «Gogoan Zaitugu», *Zuzen* 31, 1982.

[97] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

IV. LAS TÁCTICAS USADAS POR EL ESTADO ESPAÑOL PARA DERROTAR A ETA

> «El testimonio constituye el paso intermedio que nos conduce desde la memoria hasta la historia.»
>
> Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*

Este capítulo se centra en la figura del militante de ETA Josu Amantes en la década de los ochenta y su relato sobre aquellos «años tumultuosos» en los que el grupo paramilitar conocido como GAL se enfrentó a ETA. El objetivo de esta organización, totalmente ilegal, pero apoyada por miembros del gobierno de Felipe González, era el de presionar al gobierno francés para que dejara de proporcionar asilo político a los militantes de ETA que atentaban en España pero vivían en Francia y, de esta manera, debilitar ETA a medida que se produjeran las expulsiones de su territorio.

La propia vida del militante de ETA Amantes nos proporciona datos de primera mano en la medida en que tanto él como sus compañeros se enfrentaron a los GAL y entraron en combate contra los miembros de este grupo. El conflicto armado había saltado la frontera y Francia había dejado de ser un «santuario» para los militantes de ETA. La narrativa de Amantes no solo está compuesta de una «víctima orgullosa» de los GAL, sino que también viene implícita la de un «perpetrador escondido» que se niega a hablar de las acciones armadas de ETA en respuesta a los GAL.

La primera parte de este capítulo es una descripción de Amantes en los años anteriores a su militancia a ETA. Amantes tiene ocho años menos que su camarada Fernando Etxegarai y, aunque los dos siguieron algunos pasos similares, hay una diferencia esencial entre estos dos hombres: Etxegarai fue un activista político en los años de la transición mientras que en aquellos años Amantes era apenas un adolescente. Este hecho hace que sus relatos sean muy diferentes. Etxegarai nos ofrece una dimensión política en su relato al introducir una enfoque crítico de la transición que difiere del relato

«oficial» normalmente aceptado, mientras que Amantes nos invita a presenciar ese cuerpo a cuerpo que sostuvieron los militantes de ETA cuando los GAL entraron en combate unos años después. El presente capítulo nos sitúa ante una nueva etapa del conflicto vasco, cuando los militantes de ETA, representados como «simples asesinos» para la mayoría de los españoles, se convierten en agredidos a causa del nacimiento de los GAL.

La segunda parte de este capítulo nos invita a una reflexión psicológica sobre lo ocurrido. A pesar del trauma que supone el combate directo, es interesante observar que los militantes de ETA se sienten bastante tranquilos al describir aquellos acontecimientos. Ello se debe a que, al menos en aquel entonces cuando hice la entrevista (2015), los militantes de ETA no podían poner en cuestión el discurso «hegemónico» de la organización, según el cual eran ellos los «agredidos» y los GAL los «agresores». Esta contradicción se debe al hecho de que un militante de ETA puede dar un testimonio honrado y real de aquellas escaramuzas bélicas que sostuvieron con aquellos «atacantes». Sin embargo, durante las otras ocasiones en las que eran ellos los «atacantes», parece que existe un vacío en la narrativa de estos militantes de ETA. Esta contradicción es la que analizaremos a continuación.

EL FINAL DE LA TRANSICIÓN Y EL INGRESO DE AMANTES EN ETA

Josu Amantes nació en 1960 en una familia de clase media en Bilbao. El Juicio de Burgos, en el que 16 miembros de ETA fueron acusados de asesinato (considerado un «juicio político» por la comunidad internacional) tuvo lugar en 1970, cuando Amantes tenía solo diez años:

> Lo único que yo recuerdo de aquel juicio es que se declaró el «estado de excepción» y no podíamos salir de casa. Se produjeron enfrentamientos con la policía. Recuerdo pasearme por las calles desiertas con mi cuadrilla de amigos y las paredes de las casas estaban llenas de pósters que decían «¡Viva ETA!»

(escrito en español). Pero estos eslóganes eran muy extraños para mí, porque era muy joven. Había mucha represión y no nos dejaban salir de casa.

Te podías meter en un buen lío si no ibas con cuidado[1].

Amantes creció en un barrio en la margen derecha del Nervión, donde no había fábricas y, por lo tanto, el movimiento obrero no tenía mucho protagonismo. Se fue politizando a medida que descubrió que los únicos capaces de enfrentarse a la dictadura de Franco eran los militantes de ETA. Era el momento en que ETA comenzaba a atraer a los obreros que no eran vascos, sino emigrantes que habían venido de otras partes de España[2]. Se estaba gestando la *Izquierda Aberzale.*

Aunque Fernando Etxegarai (véase el capítulo anterior) era suficientemente mayor como para contemplar la formación de la *Izquierda Abertzale,* Amantes, que es ocho años más joven que Etxegarai, comenzó a ser «consciente de lo que estaba ocurriendo» cuando se percató de que «ser vasco» no tenía que ver ni con la religión, ni con la sangre, sino con ser antifranquista[3]. Etxegarai, aunque había sido miembro de la UGT y no tenía afiliación con la *Izquierda Aberzale,* se convirtió en activista político en una época (la de la década de los sesenta) en la que «ser un joven rebelde vasco» no tenía que ver necesariamente con estar en la órbita de ETA. Sin embargo, la elección de Amantes fue casi, por así decirlo, «natural». Durante los setenta, ser vasco y estar en contra de la dictadura significaba ser parte de un ambiente político y cultural en el que sindicatos y asociaciones de vecinos más tarde o más temprano iban a entrar dentro de la influencia de ETA[4]. Esta brecha generacional entre Extegarai y Amantes (a pesar de llevarse tan solo ocho años) probablemente contribuyó a un nuevo retrato del militante de ETA. La hegemonía política y cultural ejercida por la *Izquierda Abertzale* durante los setenta provocó la llegada de nuevos militantes que, por una parte, estaban muy comprometidos «con la causa», pero, por otro lado, tenían menos perspectiva política que otros militantes que durante la dictadura habían dialogado con otras organizaciones no nacionalistas vascas.

Amantes tenía quince años cuando murió el dictador Franco. En los dos años siguientes, con las manifestaciones en favor de la liberación de los presos políticos vascos, Amantes se convirtió en un activista político.

> Cuando yo tenía 16 años, tenía un amigo que viajaba frecuentemente a *Iparralde* y solía volver cargado de ikurriñas y sortijas con la ikurriña grabada en el centro. Vivíamos en Bilbao y yo comenzaba a asistir a manifestaciones que solían acabar en disparos al aire de la policía. Todavía no entiendo cómo no nos mataron. Sé que en *Donosti* y en otros lugares sí hubo muertos. En estas manifestaciones a favor de la amnistía te dejabas arrastrar por la efervescencia que había en la calle. Yo sabía lo que pedíamos los vascos, pero de una manera muy elemental, no como los jóvenes de hoy en día. Ellos no vivieron la dictadura ni los años de la transición cuando sufrimos una fuerte represión, pero hay que reconocer que los jóvenes de hoy están más centrados y mejor preparados que nosotros. En mis tiempos, organizaciones políticas como *Jarrai,* que dan a la juventud formación en todos los terrenos, simplemente no existían[5].

Me parece importante recordar aquí que, según la metodología de la historia oral que se emplea en este libro, el entrevistador necesita estimular al entrevistado para que este se sienta a gusto a la hora de contar su historia. Yo centraba la narración en el propio Amantes y le dejaba que se explayara, sin necesidad de hacerle muchas preguntas. Quería que él se sintiera cómodo al contar su propia historia, condición necesaria para que la narración oral de la propia vida se convierta en testimonio histórico[6]. En este sentido, Amantes se veía respaldado por el apoyo del propio entrevistador. El hecho de que yo hubiera nacido pocos años después de la transición hacía que para mí fuera difícil intentar percibir aquel periodo histórico a tiempo real (mientras Amantes me iba contando su adolescencia en la transición). Amantes hablaba de las primeras *ikurriñas* que aparecían en las manifestaciones, lo cual nos alerta de la importancia de los símbolos en aquellos intensos años

de actividad política como fueron los de la transición, cuando la gente buscaba respuestas en medio del caos político. Lo cierto es que cuando Amantes habla de aquellos años de activismo político en su juventud, se está refiriendo, implícitamente, a una guerra soterrada entre ETA y las fuerzas del Estado. En este sentido, los rebeldes vascos debían estar siempre preparados para ir a la guerra contra el Estado español, y para ello necesitaban cursos de entrenamiento para estar listos en cualquier momento.

Ya hemos señalado que Amantes no creció en un barrio obrero de Bilbao, a diferencia de Fernando Etxegarai, que se unió al activismo político a través de sus contactos con organizaciones sindicales y no necesariamente a través de organizaciones nacionalistas vascas. El padre de Amantes era delineante y trabajaba en un pequeño estudio diseñando planos de pisos. En ese sentido, no pertenecía al movimiento obrero que participaba en los paros y las manifestaciones que se daban en las grandes fábricas. Lo mismo podríamos decir del propio Amantes, que también carecía, como su padre, de una conciencia política que conectara el nacionalismo vasco con el movimiento obrero. La mayor parte de los activistas de su generación que ingresaron en ETA en los setenta y los ochenta venían de una cultura donde lo «vasco» y lo «obrero» eran dos caras de la misma moneda. Tal como dice la antropóloga Marianne Heiberg: «Las raíces del socialismo vasco –la búsqueda de un orden social más justo– se encuentran en el fervor católico de antes de la guerra, inspirado también en un orden social más justo presidido por Dios»[7]. La madre de Amantes era, según las palabras de este, «una fervorosa creyente», tal como él mismo había constatado al acompañarla a la iglesia algunos domingos[8]. Precisamente esto fue lo que hizo que Amantes creciera rechazando la doctrina de la iglesia, quizá por considerarla una imposición de sus padres. Durante su adolescencia y los primeros años de la transición rechazó el adoctrinamiento católico. Por aquel entonces, la *ikurriña* representaba para él todo por lo que valía la pena luchar, tanto antes como después de la muerte de Franco.

Esta motivación política le llevaría, inevitablemente, a ingresar en alguna organización política que fuera, a la vez, socialista e

independentista. Quizá fuera su escaso interés por el mundo académico y por los sindicatos lo que le condujo, a finales de la década de los setenta, a entrar en HASI, una organización pro independentista y marxista-leninista.

> En aquellos años, yo quería hacer muchas cosas. Fueron los de HASI los que entraron en contacto conmigo. Eran amigos y sabían que yo me pasaba todo el tiempo libre en la calle. Eran para mi años de transición y yo estaba empezando a ser parte del movimiento [se refiere a ETA]. Mi intención [duda en su tono de voz], era tomar un compromiso más fuerte. Entonces, en cierta forma, hice las dos cosas compatibles[9].

Basta leer los documentos internos de HASI para saber que esta organización no trataba, en modo alguno, de competir con ETA, sino más bien de complementarla, de establecer una vinculación «ideológica y política de estas dos organizaciones de vanguardia»[10]. Dicho de otra manera: HASI actuaba de correa de transmisión para que jóvenes activistas como Amantes acabaran ingresando en ETA. Sin embargo, en este libro tratamos de prestar atención y reconocer la realidad de Amantes desde un punto de vista holístico, antes que simplemente tratar de ver cuáles eran sus motivaciones ideológicas. En otras palabras, se trata de lo que la antropóloga Luisa Passerini llama «una reconstrucción holística de la realidad, […] al analizar la relación de lo real con lo simbólico»[11]. Reconstruyendo la vida del propio Amantes en aquellos años que vivía «en la calle» y, a la vez, se implicaba en «actividades diversas» podemos hacernos una idea de lo que podía ser la cosmovisión de un joven vasco en aquellos turbulentos años de la transición. Años decisivos en los que el joven Amantes trataba de decidir qué es lo que tenía que hacer con su vida para que esta tuviera pleno sentido.

La transición de Amantes, de ser un chaval con ideas políticas radicales hasta convertirse en un activista político, se corresponde a los años en los que se consolidó la transición política, alcanzándose en España una cierta estabilidad económica y la percepción de un

nuevo imaginario colectivo[12]. Los intereses de los grupos de mayor poder económico (organizaciones financieras y grandes empresas) trabajaban en sintonía con los partidos políticos y los sindicatos. Así fue como se consolidó la clase media española hasta convertirse en el poder hegemónico del país durante las próximas décadas, mientras que las clases trabajadoras que habían protagonizado la movilización popular en la década de los sesenta y los setenta perdían su peso social. Al renunciar a la retórica revolucionaria, el PSOE se convirtió en el partido representante de las clases medias, acompañado por el propio PCE que se sumó a este consenso. Todo ello propició aquello que se llamó «el consenso de la transición», que difícilmente toleraba a aquellos grupos que se situaban fuera de este pacto no escrito. Grupos autónomos, como las asociaciones de vecinos o los libertarios, que habían tenido una actuación relevante a comienzos de la transición participando en huelgas o exigiendo medidas sociales, comenzaron a perder influencia a medida en que la transición se consolidaba. Con la victoria del PSOE en 1982, todas estas organizaciones comienzan a perder fuelle y a tener menos presencia en la vida política y social del país. Esta pérdida de influencia, en el terreno económico y social de todos estos grupos de presión se manifestó en toda España, salvo en el País Vasco. Ello se debe, en buena parte, a la habilidad de ETA de movilizar las masas en contra del «Régimen del 78». En 1979, dos partidos vascos de la izquierda radical –*Herri Batasuna* y *Euzkadiko Ezkerra*– recibieron 250.000 votos, los mismos que el PNV, que ganó las elecciones con un número parecido de votos[13]. El partido político de Amantes –HASI– (que iba, en ese momento, en coalición con *Herri Batasuna*) no solo representaba la oposición más seria al «Régimen del 78», sino que amenazaba la hegemonía del PNV.

Está claro que para Amantes ya no era suficiente con pertenecer a un grupo político radical. Por mi experiencia con otros militantes de la insurgencia, sabía que el momento más difícil de la entrevista solía llegar cuando les preguntaba por las circunstancias personales que les empujaron a entrar en la lucha armada. En el caso de estos militantes, este momento era aún más intenso si cabe, teniendo en

cuenta que, en el momento de la entrevista, ETA seguía siendo considerada un grupo terrorista tanto por parte de la legislación española como por la de la Unión Europea. En mi entrevista con Amantes, decidí ser aún más explícito.

> AMANTES: Decidí ingresar en la organización [refiriéndose a ETA] en 1979.
>
> BUCKLEY: Mira, cuando yo llegaba a este punto en mis otras entrevistas, solía pasar de puntillas sobre las razones por las cuales se ingresaba en ETA. Sin embargo, de lo que se trata es de hacer un retrato personal, y por eso quiero que me digas, con tus propias palabras, las razones que te impulsaron a dejar HASI. Muchos militantes me han hablado de razones políticas, pero es que, en último término, la razón para tomar parte en la lucha armada tenía que ser muy personal. ¿Por qué dejaste HASI?
>
> AMANTES: No dejé HASI por razones políticas. Deje esta organización porque, en aquellos momentos, me enfrentaba a un dilema. Se puede estar en la lucha política o en la lucha armada, pero no en las dos a la vez. En realidad, HASI me había puesto en aquella situación.
>
> BUCKLEY: ¿Y por qué, entre las dos opciones, escogiste la lucha armada?
>
> AMANTES: No tengo la menor idea. Quizá fuera porque notaba que algo crecía en mi interior que me impulsaba a ello. Quizá fuera porque pensé que era la mejor manera de ayudar al pueblo vasco a alcanzar sus objetivos políticos[14].

Había otras razones por las que decidí preguntar a Amantes por sus razones más íntimas para ingresar en ETA. Cuando yo era estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid, pensamiento crítico y activismo político eran dos caras de la misma moneda. En aquellos días, yo, hasta cierto punto, comprendía la lucha de ETA, en lo referente a su pensamiento antifascista y anticapitalista. Pero esta empatía me sumergía en un mar de dudas, ya que yo era un ciudadano español sin vínculo

emocional alguno con el País Vasco. Tal como señala la historiadora oral Carrie Hamilton, «para entender lo que es la historia oral, hay que tener en cuenta el malestar que puedan producir en el entrevistador ciertas aseveraciones del entrevistado que chocan con sus propios principios […] en ese caso, el entrevistador debe abandonar, aunque solo sea por unos momentos, la seguridad que le proporcionan sus propios principios»[15]. Las palabras de Hamilton ilustran perfectamente mi propia desazón al preguntarle a Amantes por su compromiso con la lucha armada.

Es cierto, sin embargo, que en mi entrevista con Amantes y con otros militantes de ETA, había siempre un pacto secreto según el cual yo no podía presionarle para que me contara todo lo que «había hecho» en las acciones armadas. La prensa española había construido ya su propio relato sobre estas acciones y no era cuestión de que yo entrara en el mismo terreno. Pero la verdad es que, al atreverme a poner sobre la mesa las razones de Amantes para incorporarse a la lucha armada, conseguí romper el hielo con mi entrevistado, y desde aquel momento nuestro dialogo fluyó con mucha más naturalidad. A partir de aquel momento decidí no ajustarme a lo «políticamente correcto», que es lo que se supone que debe hacer el historiador oral a la hora de guiar la entrevista y tratar que el narrador se sienta cómodo[16]. ¿Qué conclusiones podemos sacar de todo ello? A diferencia del historiador tradicional que no suele ocuparse de entrevistas, sino de documentos, para el historiador oral la entrevista es el elemento esencial de su trabajo, y se centra precisamente en la subjetividad tanto del historiador como del propio entrevistado. El acuerdo tácito entre Amantes y yo de no hablar de la violencia perpetrada por él contra otras personas actuaba como una barrera entre nosotros dos. Se creaba, en cierto sentido, un vacío emocional. Quizás Amantes pensaba que yo no sería capaz de comprender la violencia que perpetraba ETA y su naturaleza insurgente contra el Estado. En segundo lugar, la diferencia generacional entre Amantes y yo quizá le obligaba a hablar de forma condescendiente conmigo, pensando que difícilmente podría yo entender temas tan difíciles como la violencia de Estado. Al romper estos dos tabúes conseguí establecer un

vínculo emocional entre el joven español que nunca había experimentado la violencia política en su piel y un vasco ya curtido en «la guerra» que normalmente habría desconfiado de alguien que no ha vivido en su piel experiencias tan intensas.

Para contestar a mi pregunta sobre las razones por las cuales Amantes ingresó en ETA, es necesario, desde mi punto de vista, comparar su vida con la de Fernando Etxegarai. Parece ser que Amantes, al menos en su juventud, no tuvo la misma claridad de ideas que tenía Etxegarai. Ambos ingresaron en ETA en los últimos años de la transición. Ambos me contaron que socialismo e independencia habían sido los ideales que los empujaron a empuñar las armas. Los dos tenían ya hijos cuando entraron en ETA. Los dos también coinciden en quitarle importancia al hecho de que ya eran padres al entrar en la lucha armada. Esto no significa que no tuviera importancia en su vida, sino simplemente que no tenía importancia para lo que me estaban contando. A Amantes se le olvidó hablar de su paternidad cuando estábamos recorriendo su vida paso a paso. Quizá para ciertas personas, tener hijos es simplemente «algo que ocurre» y que no incide en otros aspectos de su vida. En cualquier caso, es difícil llegar hasta las últimas motivaciones de alguien que decide emprender la lucha armada. Pienso que cuando Amantes me dijo que «algo dentro de mí comenzó a crecer» estaba hablando de una motivación «no racional»[17]. Se trataba, sin duda, de una «llamada interior» muy parecida a la que tienen aquellas personas que deciden hacerse religiosos, tomar los hábitos y entregar su vida a Dios o quizá, simplemente, para aquellos que, en un momento de su vida, deciden hacerse vegetarianos al darse cuenta de que comer carne es un acto moralmente deplorable.

VIAJE AL PAÍS VASCO FRANCÉS: ENCUENTRO CON LOS GAL

En 1983, Amantes había cumplido 23 años y tenía una hija de 2. Amantes dejó a su familia en su casa de Bilbao y huyó a Bayona, al sur de Francia. La policía española había detenido a un amigo suyo y Amantes sospechaba que podía haber pronunciado su nombre en los interrogatorios. Al dejar a su familia y huir a Francia, Amantes

expresa su compromiso total con la lucha armada. Es difícil llegar a comprender el conflicto vasco en la década de los ochenta sin entender antes la «política de la memoria», tan evidente en casos como el de Amantes. En este sentido, «la historia oral insiste en una reivindicación de la memoria personal a la hora de indagar el pasado. Esas personas que estaban allí, fueron testigos directos de los hechos que ocurrieron»[18]. La idea de que «esas personas saben realmente lo que ocurrió» es algo fundamental en mi investigación. Intenté que Amantes me contara las emociones y el dolor que sintió al tener que separarse de su familia. Sin embargo, el me replicó que, mucho antes que la policía interrogara a su amigo, él ya había tomado una determinación: «Tú [dice, refiriéndose a él mismo] ya habías decidido dónde, cómo y con quién querías estar»[19]. Esta aparente frialdad de Amantes (y de tantos otros militantes de ETA) al tomar una decisión tan difícil no implica necesariamente una distorsión del pasado en su manera de recordar. Por el contrario, es la prueba evidente de la distancia emocional que separa al ciudadano normal cuando da el salto para formar parte de la lucha armada. Amantes simplemente no se esforzó en explicar sus emociones porque pensó que yo sería incapaz de comprenderlas. Efectivamente, nuestras vidas han sido tan diferentes, que es fácil empatizar con esta actitud.

La llegada de Amantes a Francia a principios de la década de los ochenta coincidió con el momento en el que François Mitterrand comenzó a conceder permisos de residencia a aquellos refugiados que lo solicitaran. Así fue como Amantes comenzó a vivir en una casa con otros refugiados, compartiendo gastos y haciendo vida en común. Amantes pasaba el rato discutiendo sobre cuestiones políticas con sus compañeros o bien aprendiendo *Euskera.* Y, sin embargo, en este ambiente aparentemente tranquilo y amistoso, uno de sus compañeros de residencia cayó abatido por los disparos de los GAL.

AMANTES: En 1985 yo estaba en Francia, aprendiendo *Euskera.* Vivíamos en un caserío cerca de

Mauleón, en el sur de Francia. Allí fue donde mataron a uno de mis compañeros.

BUCKLEY: ¿Delante de ti?

AMANTES: Pues sí, delante de mí. Te da una idea de cómo estaban las cosas en aquellos momentos. Resulta que un día llegó a casa un coche de la gendarmería francesa. Nos dijeron que habían encontrado un coche con balas que habían perforado el techo. Dijeron los gendarmes que sospechaban que habían entrado desde España unas personas que querían «hacer daño» a los refugiados vascos que vivían en aquella zona. Gracias a aquella advertencia de la policía francesa, comenzamos a patrullar por las noches en los alrededores de nuestro caserío para impedir que aquellas «personas» [paramilitares de los GAL] pusieran una bomba en nuestra casa y todos voláramos por los aires. Recuerdo que una noche, yo estaba participando en la ronda para defender nuestra casa. Por la mañana me acosté. Entonces Eugenio Salazar, compañero al que llamábamos *Tigre,* me despertó y me dijo: «Josu, levántate y ven conmigo a tomar un café donde Mauros». «Lo siento pero estuve patrullando toda la noche», le dije. Me dejó seguir durmiendo. Al momento oí un disparo y, al salir, vi el cuerpo del *Tigre* en el suelo. La bala le había destrozado el pecho[20].

Aunque el objetivo primordial de los GAL era el de presionar al gobierno francés para que los militantes de ETA se sintieran amenazados y abandonaran el país vecino, muy pronto la violencia que practicaron sobrepasó estos objetivos específicos. Entre 1983 y 1987 este grupo paramilitar mató a 26 activistas vascos que se refugiaban en territorio francés. El propio Amantes dice que en aquellos años se sintió constantemente amenazado por la presencia de los GAL. Según la antropóloga Begoña Aretxaga, los paramilitares actuaban de una forma mimética con respecto a ETA, utilizando drogas para inutilizar a sus víctimas antes de matarlas o bien asesinando a refugiados vascos que no pertenecían a ETA[21]. Los GAL utilizaban métodos menos escrupulosos que los de la

propia ETA, como si quisieran con ello demostrar que la única manera de derrotar a ETA era ser peor que ellos. La muerte pasó rozando a Amantes en aquella mañana en que no quiso acompañar a su amigo para tomarse un café y este acabó siendo abatido por un francotirador. Lo que vio Amantes esa mañana era la imagen fantasmagórica de un Estado convertido en organización terrorista.

La suerte se cruzó de nuevo en el camino de Amantes y, una vez más, evitó que cayera junto a uno de sus compañeros.

AMANTES: Yo tenía un amigo llamado *Katu.* Tuve una relación muy intensa con ese chaval. Me ayudó mucho cuando yo llegué al caserío. Era un chaval muy majo. Era de Azcoitia. Un día me dijo: «Cuando los GAL vengan a por mí, te aseguro que yo me defenderé». Tenía un revolver del 16/35. Trabajaba en un bar y debajo de la barra colocaba su arma. Una mañana fui al bar a buscarle pero solo estaba el encargado. Le pregunté por *Katu* y me dijo que llegaría pronto. Me fui a comprar tabaco a un estanco a cinco minutos de donde estaba el bar. Cuando regresé al bar, vi a *Katu* tendido en el suelo. Se lo habían cargado. Me quedé atónito. Pensé que tenía una maldición que caía sobre las personas que se acercaban a mí o, al contrario, una suerte extraordinaria que hacía que yo conservara la vida. Fui hacia *Katu,* le abracé y me quedé mirando los orificios de bala que le atravesaban la cabeza. Aquella cabeza se me quedó grabada para siempre en el alma.

BUCKLEY: ¿Por qué le abrazaste?

AMANTES: No lo sé. Quería arroparle con una manta… Pero me di cuenta de que ya había muerto.

BUCKLEY: Entiendo.

AMANTES: Entonces le movimos y vimos que había una pistola debajo de su cuerpo. *Katu* la había utilizado. Había casquillos de bala junto a su cuerpo lo que indicaba que *Katu* había muerto matando. Había sangre en el suelo del bar y cuando llegó la policía dijo que esa sangre pertenecía a alguno de sus asesinos.

Tal como señalan los estudios más recientes sobre los GAL, la actuación de este grupo paramilitar no se limitaba a ejecutar acciones terroristas sin ningún tipo de escrúpulos como respuesta a las acciones de ETA, sino que tenía sus raíces en el régimen dictatorial anterior. Se trataba de un «pacto secreto» entre los supervivientes del régimen franquista y los nuevos demócratas. Este pacto secreto se manifestaba en una ley «para la defensa de la Constitución» que definía el terrorismo como «cualquier ataque a la nación española, pero también cualquier intento de conseguir la independencia de una parte del territorio español, aunque fuera de forma no violenta»[22]. Es preciso analizar las circunstancias que produjeron este ambiente represivo y también las propias experiencias e intuiciones del propio Amantes. Sara Ahmed, quien ha estudiado la «cultura de las emociones» ha señalado que, desde la perspectiva académica, «las emociones han desempeñado un papel poco importante en comparación con el enfoque positivista y con el racionalismo analítico a la hora de analizar una determinada situación histórica»[23]. En este sentido, cuando Amantes vio el cuerpo ensangrentado de su amigo en el suelo, se preguntaría si el destino no estaría jugando con él una partida de cartas. Al abrazar su cuerpo y arroparlo con una manta a pesar de que estaba muerto, nos muestra cómo los instintos más primarios desempeñaron un papel muy importante tanto en el caso del conflicto vasco así como otros conflictos armados, por ejemplo el de Irlanda del Norte, por señalar un caso cercano[24]. En el caso de los GAL, estas fuerzas paramilitares que camuflaban a funcionarios del Estado y tiradores de elite de las fuerzas de seguridad, el gobierno consiguió lo contrario de lo que se proponía, que era el fin de ETA.

Sin embargo, durante todas las entrevistas que mantuve con militantes de ETA –incluido Amantes– nunca me planteé entrar en los relatos de las acciones armadas de la organización. Por este motivo, me pareció chocante que se tocara este tema en el caso de las entrevista con Amantes, que fue una de las últimas que realicé, y decidí insistir en ello. En cuanto acabó de contarme el relato de la muerte de su amigo *Katu,* le pregunté si esta experiencia, tan traumática para él, le empujó a continuar en la lucha armada. «No

es lo mismo» me contestó de forma categórica «darle a alguien una patada en los huevos que el que te la den a ti. En este segundo caso, entras en una dimensión histórica»[25]. En el relato de los militantes de ETA y de la *Izquierda Abertzale,* las acciones armadas de la organización se glorifican en la medida en que forman parte de su lucha por la independencia. Solo después del alto el fuego permanente emitido por la organización en 2011, ha habido algún intento por parte de ETA de relatar alguna de las acciones bélicas que llevó a cabo. Podemos decir que la narrativa de ETA contribuye a la glorificación de la nación vasca en la medida en que se nos cuenta una parte de la historia, lo cual es cierto en cualquier relato que tenga por objetivo la construcción nacional de un determinado pueblo, en cualquier lugar del mundo.

El Frente de Liberación Nacional de Argelia, que fue una inspiración para los militantes de ETA en la década de los sesenta, ganó la batalla contra Francia para su liberación nacional. Esta victoria argelina de 1962 señaló un momento de transición para los argelinos y, como resultado, el relato unidimensional de su hazaña llega hasta nuestros días sin ninguna variación. Era el «fin de la historia» en términos de investigación histórica. En otras palabras, las futuras generaciones de argelinos solo conocerán esta versión de su propia historia en la que se basa su propia identidad y no tendrán la posibilidad de conocer ninguna otra contranarrativa que pusiera en cuestión esta metanarrativa construida por las elites argelinas[26]. En el caso vasco, aparte del miedo a ser perseguidos por el Estado español que podría emprender acciones legales contra ellos, parece como si estas acciones bélicas no formaran parte del «proyecto colectivo» de la *Izquierda Abertzale.* La razón por la cual Amantes me contó los atentados de los GAL es justamente porque, en esa ocasión, los militantes de ETA no eran los verdugos, sino las víctimas. Solamente unas cuantas historias de atentados se han dado a conocer desde el alto el fuego de 2011, y la razón es que estas acciones bélicas de los militantes de ETA solo tienen sentido si se desacredita al Estado español, por ejemplo, si se denuncian torturas y se publica el nombre de los torturadores. Por lo general, los atentados ejecutados por ETA no enaltecían ni

aumentaban el prestigio político de la *Izquierda Abertzale,* y por tanto, no había interés en que se conocieran.

En una entrevista en la televisión de 2016, el propio Arnaldo Otegi (líder histórico de la *Izquierda Abertzale*que se ha mantenido como rostro representativo por lo menos estas dos primeras décadas del siglo XXI) había insistido en que la *Izquierda Abertzale* debía mirar hacia delante, y sobre todo intentar no mirar mucho hacia atrás[27]. De hecho, la «dimensión histórica» referida antes por Amantes para describir la opresión ejercida por el Estado español sobre la población vasca trata de divulgar una perspectiva unidimensional del conflicto. El testimonio de Amantes, con todo el interés que tiene, ofrece una versión de su vida al recordar los asesinatos de sus amigos por parte de los GAL y olvidarse de narrar las acciones armadas de ETA. Uno de los debates en historia oral es saber si puede separarse la subjetividad de una persona que ha vivido un conflicto de la narrativa oficial. ¿Ha borrado la narrativa oficial de la *Izquierda Abertzale* cualquier vestigio de discurso subjetivo? ¿Ha negado al propio Amantes su derecho a expresar su propia subjetividad? ¿O es el propio Amantes el que se niega a discutir sus experiencias de guerra o sus dudas sobre su derecho a infligir dolor a otros seres humanos debido a sus propias convicciones? El antropólogo James Peacock ha insistido en que sería un error reducir los relatos orales a la categoría de subproductos de una narrativa más general porque, de esta manera, perderíamos la riqueza de la subjetividad en favor de un relato dogmático y universalmente aceptado[28]. Peacock propone un relato total en el cual se examinaría la manera en que se establece un verdadero proceso negociador entre las preguntas del entrevistador y las respuestas del entrevistado. En este sentido, la experiencia emotiva que Amantes tuvo con los GAL no nos revela la verdadera naturaleza de ETA, sino más bien el deseo por parte del Estado español de construir un relato impecable de su democracia de cara a los vascos.

En el capítulo anterior, señalé el relato oral de Fernando Etxegarai como un intento de crear una «contranarrativa» al discurso oficial del Estado español. Al hacerlo, y casi sin darme cuenta, me metí yo

mismo en el relato oral de Etxegarai al identificarme con los españoles que no están de acuerdo con la narrativa «oficial» y buscan relatos alternativos. En este capítulo, ya no me introduzco en el relato de forma inconsciente, sino que hablo de la subjetividad del relato de Amantes y de su contexto social sin ambages. El problema que ahora se me presenta es cómo evalúo el relato de Amantes a la luz del discurso de ETA. Destacados líderes independentistas, como el propio Arnaldo Otegi, se niegan a hablar de los episodios violentos de ETA. La historia de Amantes, sobre todo en lo que se refiere a los años en los que fue víctima del grupo paramilitar de los GAL durante la década de los ochenta, es tan intensa y tan brutal que merece ser contada tal como él me la contó a mí. Sin embargo, detrás de este intenso retrato de sí mismo al enfrentarse a los GAL, Amantes esconde otro retrato, el del militante de ETA participando en atentados con una violencia similar a la que él sufrió con los GAL. Los GAL representaron para ETA la prueba tangible de que un Estado democrático iba contra sus propias reglas y apoyaba las ejecuciones de ciudadanos vascos con tal de acabar con ETA. Los historiadores no debemos separar las dos caras de la moneda: el Amantes víctima de los GAL en Francia es, a la vez, el Amantes que forma parte de una organización terrorista.

Hay que entender a ETA, durante la década de los ochenta, desde dos dinámicas culturales que iban teniendo lugar dentro de la sociedad vasca. La primera es la autoidentificación como ciudadanos europeos y, por ende, la añorada modernidad que habían perdido durante varias décadas de régimen franquista. La segunda, un proceso en el que, a efectos prácticos, España ya había perdido el tren de la modernidad y la nueva sociedad de servicios no albergaba los niveles de prosperidad que los ciudadanos esperaban. Estas dinámicas se concretan, por un lado, en la desindustrialización impulsada por el PSOE, en el gobierno en ese momento, y, por el otro y como consecuencia de despidos masivos que se estaban produciendo, en que muchos jóvenes vascos caían en la adicción a la droga, especialmente la heroína[29]. Amantes y los demás refugiados que habían huido a Francia vivían un 1985 muy diferente al que sus familiares y amigos

tenían. En una España que estaba a un paso de ingresar en la Unión Europea, las clases trabajadoras y medias proyectaban que este acontecimiento iba a cambiarles la vida: podrían acceder tanto a bienes de consumo como al Estado de bienestar, realidad material de los vecinos del norte.

Un día de 1985, Amantes y otros amigos estaban celebrando una fiesta en un pueblo cercano a la frontera con España a favor de los refugiados vascos. Entonces, algo pasó:

> Ese día, unos compañeros y yo estábamos celebrando que habíamos recibido los papeles del gobierno francés que nos concedía asilo político. Entramos en un bar y yo me dirigí al aseo, pero antes de entrar vi que la puerta se abría y aparecía un hombre con una escopeta. Me abalancé hacia él y grite a mis compañeros: ¡Cuidado! En cuanto nos vio, abrió fuego. Yo caí al suelo y mis compañeros echaron a correr, pero uno de ellos recibió un disparo en el hombro. Los dos estábamos heridos, pero mí herida resultó ser la peor, porque a mí me había disparado a bocajarro, el proyectil había entrado por las costillas y la metralla había afectado el pulmón. La arteria principal se había roto y, al ver la cara de los compañeros que me rodeaban, supe que me estaba muriendo. Les pedí un teléfono para llamar a mi mujer y a mi hija para decirles que las quería mucho y me puse muy sentimental. Me llevaron al hospital de Bayona y de allí en helicóptero al hospital de Burdeos donde me operaron de urgencia. Al final, conseguí sobrevivir[30].

Tal como el lector puede observar, la antropología desempeña un papel importante en este capítulo. Sin embargo, en esta ocasión no se trata de plantear cuestiones de identidad para describir las diferentes culturas en las que se movía Amantes. Se trata más bien de evaluar lo que hoy en día se llama «la antropología de la experiencia» en la que los «sentimientos individuales, fuerzas emotivas y sensaciones corporales tienen un papel muy importante»[31]. La parte más impresionante de este episodio en la vida de Amantes (la que a mí más me impresionó durante la

entrevista) no fueron los momentos de «acción trepidante», sino más bien los que siguieron a la acción, cuando, tal como él lo contaba, se «puso sentimental» y pronunció palabras de amor y cariño cuando hablaba con su mujer por teléfono. Dado que las historias de estos insurgentes o terroristas (depende de cómo se les quiera interpelar) se sitúan siempre en un contexto ideológico y están llenas de connotaciones políticas destinadas a buscar «el apoyo popular», es difícil encontrar momentos en los que el narrador nos hable de sus sentimientos sin ninguna connotación política. Es precisamente en estos momentos cuando la historia oral nos permite descubrir la «cara humana» del activista político. Al enfrentarse a su muerte, Amantes no piensa en *Euskal Herria* ni en su futura independencia. Desaparece la casta guerrera del entrevistado y aparece su rostro humano, el hombre que se enfrenta a la posibilidad de no volver a ver a su familia.

Al llegar a este punto, espero que el lector comprenda la complejidad de tratar de descubrir las múltiples facetas que se esconden detrás del rostro de un «terrorista». Suele ocurrir que, precisamente por las connotaciones que se relacionan con la lucha armada (fe en la victoria final, principios ideológicos inamovibles, por ejemplo, que son precisamente lo que se destaca en las historias de su vida), queda poco espacio para describir otros aspectos de su personalidad. Es precisamente cuando Amantes asume su condición de víctima lo que le permite contarme, con todo lujo de detalles, sus encuentros con los GAL. Amantes vivió en Francia hasta 1987 como refugiado político. Sin embargo, durante estos años, continuó siendo un militante de ETA. Amantes vivió en clandestinidad, es decir, fuera de la legislación española pero observado muy de cerca por la policía secreta. Amantes era un «liberado», un militante de ETA que trabajaba para la organización a tiempo completo, y por tanto, a este respecto, durante la entrevista tenía muchas cosas que contarme, pero a penas solía entrar en detalles. Por todo ello, se encontraba muy a gusto relatándome los atentados de los GAL y, sin embargo, a la hora de hablar de los atentados de ETA se hacía el silencio. Durante mi entrevista con Amantes, descubrí tres etapas en su relación con ETA. La primera,

como un jovencito adolescente inmerso en el ambiente y la cultura de la *Izquierda Abertzale.* La segunda, los años que pasó en Francia como refugiado político durante los ochenta. La tercera, cuando fue detenido por la policía española en 1992 y pasó unos años en la cárcel. En mi opinión, la etapa más interesante es la segunda, cuando era un liberado y vivía en la clandestinidad, porque en esta etapa estaba totalmente entregado a ETA y dedicado a la lucha armada. Y sin embargo, fuera de las dificultades con su familia, durante la entrevista apenas me contó nada de sus otras actividades. Es esta narrativa «vacía» lo que nos revela el impacto que tuvieron los GAL y su terrorismo de Estado en sus víctimas, entre ellas algunos militantes de ETA como el propio Amantes. Para ellos el terrorismo tenía una sola dimensión, la que practicaban los GAL y que, de manera tan explícita, nos narra el propio Amantes. ¿Y no es este «reduccionismo», es decir, el hecho de ver el problema en una sola dimensión y la incapacidad de ver el problema de forma «multidimensional» una de las razones por las que se perpetúan conflictos de larga duración como el vasco? Me temo que sí.

«LA BALA LE HABÍA DESTROZADO EL PECHO»

El inicio de este capítulo planteaba la cuestión sobre qué es lo que hace que una persona que lleva una vida normal ingrese en una organización terrorista. Muchos estudios sobre terrorismo tratan de buscar factores externos para entender lo que supuestamente es un «lavado de cerebro». ¿Cómo es posible –se preguntan muchos– que, en el seno de una democracia liberal en la que los ciudadanos se pueden expresar libremente y tienen (teóricamente) asegurados sus derechos civiles, a alguien se le pueda pasar por la cabeza matar a otra persona por motivos políticos? Es preciso analizar esta «anomalía» para entender el cómo y por qué se produce. Sin embargo, esta fórmula, en mi opinión, es demasiado simple, y no deja salir otras problemáticas a la superficie. Se suele hablar de un «lavado de cerebro» para dar una explicación a esta anomalía, aunque esto, en mi opinión, es tratar de simplificar el problema. De todas maneras, aunque el «lavado de cerebro» no sea convincente,

es preciso analizar los factores externos para entender el proceso. La peor manera de abordar esta temática es la de analizarla exclusivamente desde la «psicología individual» y negarse, de esta forma, a tratar de explicar el contexto sociopolítico. Se puede partir de la «antropología de la experiencia» para analizar las subjetividades de los militantes, pero a continuación hay que buscar un equilibrio con otro análisis sobre las condiciones de vida del militante y sus experiencias personales.

Me parece muy relevante, tanto con la historia de vida de Amantes como con la de otros militantes que han participado en este libro, tratar de tener una mente abierta a la hora de entender sus motivos para ingresar en ETA. De todas maneras, este tipo de comprensión no es lo único que busco como historiador en esta investigación. Mi propósito es, en primer lugar, tratar de comprender el testimonio de los entrevistados, y en segundo lugar, incorporar estos análisis individuales en una síntesis histórica que los incluya a todos. Esta «mentalidad abierta» no debe de entenderse como una manera de simpatizar con sus ideas políticas o de tratar de ser su amigo. De lo que se trata es de explorar todas las vías que nos permitan entender su subjetividad, analizando la vía cultural, la vía política y la psicológica. Mi investigación sobre Amantes demuestra que, a diferencia de otros militantes de su generación, su afiliación a ETA no se debía a una militancia previa en sindicatos o partidos de izquierda, sino que tenía más que ver con su arraigado nacionalismo, a su pertenencia a la comunidad vasca.

Es fácil entender esta diferencia si se compara la vida de Amantes con la de Etxegarai, el protagonista del capítulo anterior. Los dos ingresaron en ETA a una edad parecida y los dos tuvieron hijos al comienzo de su etapa como militantes. Sin embargo, había una diferencia muy notable entre ellos que al principio yo no comprendí. Solamente después de leer las transcripciones de las dos entrevistas pude entender las razones por las cuales eran tan diferentes. Etxegarai, que era unos años mayor que Amantes, había vivido de joven el periodo histórico de la transición, y ello le dio una mayor riqueza intelectual y una mayor perspectiva histórica. En este sentido, las reflexiones de Etxegarai me dieron la oportunidad de

conocer los diferentes relatos de la *Izquierda Abertzale* sobre este periodo histórico e incluso me ayudó a construir mi propia «contranarrativa» de los años de la transición, basada en el relato de su vida. Me dio también la oportunidad de explorar el «mundo de los afectos» de los militantes de ETA y de constatar las múltiples facetas de sus universos emocionales. Por el contrario, mi entrevista con Amantes se centró en su vida cotidiana durante el periodo de clandestinidad (o semiclandestinidad) en Francia. Aprendí de esta entrevista que no todos los militantes de ETA habían desarrollado «contranarrativas» para desmentir la versión oficial de los hechos. Me di cuenta de que, en el caso de Amantes, debía utilizar una perspectiva psicológica para acercarme a él como individuo y utilizar la metodología de la historia oral para analizar sus experiencias como militante de ETA.

La segunda parte de este capítulo se centra en uno de los periodos más opresivos vividos por la *Izquierda Abertzale,* cuando el Estado español organizó su propio grupo terrorista. La existencia de los GAL demuestra que, años después de la muerte de Franco en 1975, el Estado continuaba practicando el terrorismo. Aparte de los GAL, el Estado español no podía considerarse plenamente democrático debido a la supervivencia, dentro del sistema judicial, económico y político de ciertos elementos del sistema político anterior. En el caso del Ejército, la mayor parte de los generales y altos mandos de la dictadura continuaban en sus puestos y tutelaron *de facto* el proceso de la transición. El terrorismo de Estado de los GAL dio popularidad a ETA y, en cierto sentido, legitimó su lucha armada en parte de la población vasca. Y aquí es donde el testimonio de Amantes tiene un valor incalculable en tanto que nos relata la violencia que él y sus compañeros sufrieron a manos del grupo paramilitar.

Sin embargo, lo que sorprende es el «vacío» de su narrativa en cuanto a la falta de referencias a los atentados que aquellos refugiados en Francia cometieron. Durante la Guerra Civil española, los soldados vascos que lucharon contra Franco (los *gudaris*), representaron la resistencia al fascismo español, y este imaginario formó parte de los vascos durante las siguientes décadas. En ese

sentido, durante la guerra y la dictadura no «fue un problema» practicar la lucha armada. La llegada de los GAL forzó a los militantes de ETA a cambiar de estrategia. Sus objetivos ya no eran solo militares y policías, sino también periodistas y escritores. Aparte del análisis realizado por los expertos en terrorismo, lo cierto es que, a partir de aquel momento, al amenazar a cualquier persona de forma indiscriminada, ETA era vista por la gran mayoría de españoles y vascos como una organización terrorista. Tal como señalaré en el próximo capítulo, durante las décadas de los sesenta y los setenta, con el asesinato de Carrero Blanco, ETA se situó en el centro mismo del discurso ideológico al unirse implícitamente a todas las fuerza que representaban el antifranquismo. En los ochenta, ETA pretendía continuar la misma lucha sin percatarse de que el escenario político había cambiado. Significativamente, a finales de los ochenta y comienzos de los noventa son los propios vascos los que protestan contra la violencia de ETA. Si el enfrentamiento con los GAL fue para Amantes motivo suficiente para continuar la lucha armada, el relato de Gorka García Sertucha, protagonista del próximo capítulo, nos sitúa ya en un ambiente hostil a ETA, incluso entre su propia gente.

[1] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de junio de 2015).

[2] M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 108.

[3] Sh. Kasmir, *The Myth of Mondragón…, op. cit.,* p. 104.

[4] Esta cooptación de ETA sobre los movimientos sociales ha sido analizada por algunos académicos de maneras diferentes. Sin embargo, por lo general todos están de acuerdo en que, a largo plazo, estos

movimientos sociales quedaron invisibilizados debido a la alta atención que despertaban las acciones violentas de ETA. Desde una perspectiva ideológicamente favorable a ETA, véase Bruni, *ETA: Historia política de una lucha armada,* Tafalla, Txalaparta, 1993; e I. Casanova, *ETA, 1958-2008: Medio siglo de historia,*Tafalla, Txalaparta, 2007. Para una posición más crítica, pero no desde una perspectiva totalmente «antiterrorista», véase R. P. Clark, *The Basque Insurgents…, op. cit.* y también R. Herreros e I. López, *Kortatu. Lucha, Fiesta y Guerra Sucia,* Madrid, Lengua de Trapo, 2014.

[5] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de junio de 2015).

[6] Hay muchos debates dentro de la disciplina de la historia oral acerca de cómo el entrevistador tiene que encontrar un equilibrio en términos de cuando es conveniente dejar que el narrador se explaye contando su historia. Para una discusión acerca de este tema: J. T. Titon, «The Life Story», *The Journal of American Folklore* 93, n.º 369 (1980), pp. 276-292, 283.

[7] M. Heiberg, *The Making of the Basque Nation…, op. cit.,* p. 119.

[8] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de julio de 2015).

[9] *Ibid.*

[10] HASI, *Barnekoa,* 1977-1982, p. 20.

[11] L. Passerini, *Fascism in Popular Memory…, op. cit.,* p. 4.

[12] Hay muchos libros que discuten sobre la transición española. De hecho, este es uno de los temas más recurrentes hoy en día en la política española. Muchos están de acuerdo en que uno de los mejores libros hechos por *hispanistas* es R. Carr y J. P. Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy, op. cit.* En mi opinión, aunque este libro es útil para entender la transformación institucional que España experimentó durante la transición, no presta demasiada atención a los movimientos sociales que están activos por aquellos años. Precisamente por la existencia de ETA, el País Vasco experimentó una transición política diferente que la del resto de los españoles, con altos niveles de movilización social y, por ende, altos niveles de violencia política. Véase F. Letamendia Belunze, *Historia del nacionalismo vasco y ETA,* Vol. II, *op. cit.*

[13] R. Herreros e I. López, *El estado de las cosas…, op. cit.,* p. 11.

[14] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de julio de 2015).

[15] C. Hamilton, «On Being a Good Interviewer: Empathy, Ethics and the Politics of Oral History», *Oral History* 36, n.º 2 (2008), pp. 35-43.

[16] Como ya he comentado, no es fácil entender qué es lo «políticamente correcto» a la hora de hacer una entrevista. Obviamente, no existe un manual sobre cómo un historiador español debe conducir una entrevista con un militante de ETA. Sin embargo, estas «reglas no escritas» son esenciales para la evolución de este libro, reflejando mi propia evolución como entrevistador. Como podemos observar en el resto del capítulo, es esencial entender mi relación con el entrevistado, ya que representa una parte importante de las conclusiones de este libro.

[17] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de julio de 2015).

[18] K. Hodgkin y S. Radstone, «Introduction. Contested Pasts», en K. Hodgkin y S. Radstone (eds.), *Contested Parts. The Politics of Memory,* Londres, Routledge, 2003, pp. 1-23, 4.

[19] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de julio de 2015).

[20] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de julio de 2015).

[21] B. Aretxaga, «Playing terrorist: Ghastly plots and the ghostly state», *Journal of Spanish Cultural Studies*1 (2010), pp. 43-58.

[22] O.-G. Encarnación, «Democracy and Dirty Wars in Spain», *Human Rights Quarterly* 29, n.º 4

(2007), pp. 950-972. Para un estudio completo sobre los GAL, véase P. Woodworth, *Dirty War…, op. cit.*

[23] S. Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2004, p. 11.

[24] En otras palabras, normalmente los científicos sociales han usado un análisis puramente racional para estudiar conflictos armados de larga duración como el vasco, el irlandés o el colombiano. Por ejemplo, tratan de analizar todos los actores implicados en un conflicto y explicar cuáles son sus motivaciones. Sin embargo, aparte de tener sus propias estrategias, estos actores viven su día a día como cualquier otro ser humano, sintiendo una serie de emociones que, algunas veces, les llevan a vivir situaciones no previstas. De hecho, los «sentimientos primarios» referidos en el texto nos dicen algo sobre quiénes son estas personas y no solo sobre sus motivaciones racionales y sus estrategias para lograr determinados objetivos políticos.

[25] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de junio de 2015).

[26] M. Rahal, «Fused Together and Torn Apart. Stories and Violence in Contemporary Algeria», *History and Memory* 24, n.º 1 (2012), pp. 118-151.

[27] La entrevista a Otegi la relizó Jordi Évole en el programa *Salvados,* disponible en [youtube.com/playlist?list=PLWDfGcANsZkoe39TXsv070egZy6RFEhmY].

[28] J. L. Peacock y Dorothy C. Holland, «The Narrated Self: Life Stories in Process», *Ethos* 21, n.º 4 (1993), pp. 367-383, 363.

[29] «Zenebakia. Jarrai», *Ekintza* 11, 1983.

[30] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de junio de 2015).

[31] N. L. Whitehead, «Rethinking anthropology of violence», *Anthropology Today* 20, n.º 5 (2004), p. 2.

V. EL FINAL DE LOS REVOLUCIONARIOS. ETA Y SU ÚLTIMO INTENTO DE DEJAR HUELLA A TRAVÉS DE LA VIOLENCIA

> «No existe el fenómeno de la moral, solo una interpretación moral del fenómeno.»
>
> F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

Algunos eventos internacionales se han quedado incrustados en nuestra memoria colectiva. Cuando alguien nos habla de un evento de este tipo, automáticamente recordamos dónde o con quién estábamos en ese momento. Estos eventos están asociados con violencia, donde una persona es asesinada o se comete una masacre. Por ejemplo, los más mayores pueden recordar lo que estaban haciendo el 22 de noviembre de 1963 cuando John F. Kennedy fue asesinado. De una manera similar, los ataques del 11 de septiembre de 2001 a las torres gemelas de Nueva York ha demostrado ser el evento que moldeó la memoria colectiva de mi generación.

La historia de Gorka García Sertucha, y particularmente un episodio que tuvo lugar en 1995, está conectada con mi propia memoria. En aquel entonces yo tenía 10 años, pero sigo recordando ese día. Estaba tumbado en el sofá con mi madre al lado y estábamos viendo las noticias en la televisión. Las noticias estaban contando que un terrorista de ETA había intentado asesinar al rey con un rifle de francotirador. Para un niño de mi edad, esa información que daba la televisión se parecía más a una película de cine que a las noticias que normalmente ponían en televisión. Este capítulo lidia con muchos elementos emocionales, y uno de los más importantes es, obviamente, mi propia experiencia en forma de memoria.

El primer epígrafe de este capítulo sigue la misma estructura que capítulos anteriores, tratando de explicar cómo y por qué Sertucha empezó siendo un activista de la *Izquierda Abertzale* y más tarde terminó formando parte de ETA. Sertucha, que fue testigo de la

represión ejercida por los GAL, pero también vio surgir las primeras asociaciones de paz en el País Vasco que se opusieron frontalmente a ETA, llegó a ser un miembro de ETA durante la década de los noventa, un periodo en que los últimos grupos insurgentes europeos ya no contaban con el apoyo de las masas. Sin embargo, esta «atmósfera decadente» donde «hacer la revolución» ya no tenía el mismo eco que las anteriores décadas, no minó el compromiso de Sertucha con la lucha armada. En este sentido, el primer epígrafe de este capítulo se centra principalmente en retratar el compromiso de Sertucha con ETA y cómo, a diferencia de otros narradores que conforman este libro, él nunca lo esconde. Como resultado, Sertucha está dispuesto a hablar de ciertos temas que el resto de narradores de este libro no han estado dispuestos a tocar.

El hecho de que Sertucha estuviese dispuesto a hablar de una forma abierta sobre una acción armada, me hizo aceptar el carácter de un militante de ETA acorde con su propia narrativa. En otras palabras, Sertucha, bien conocido dentro de la *Izquierda Abertzale* y relativamente conocido en España por su participación en el intento de regicidio, quería mostrarme esa identidad en particular. En este sentido, durante la entrevista yo no quise «quitarle esa máscara». Aunque los historiadores orales debemos escarbar en la personalidad de los narradores con el objetivo de destapar nuevas narrativas, en este caso, Sertucha me reveló lo que para mí era suficiente acerca de sus percepciones personales sobre la lucha armada. Es, de hecho, esa actitud abierta, lo que nos permitió explorar una acción armada en concreto, después del segundo epígrafe.

Hablando en términos muy simples, ¿sintió Sertucha algún remordimiento por intentar asesinar al rey de España? La respuesta, como ya veremos, es categóricamente no. La explicación a esta falta de remordimiento no es la que podemos pensar, que se trata de un terrorista sin escrúpulos que simplemente estaba cumpliendo órdenes de la organización. Por el contrario, trataremos de profundizar en una aparente contradicción: por un lado, Sertucha se siente preparado para quitarle la vida a un ser humano y, a la vez,

entiende su lucha desde una visión humanista. ETA es una organización compuesta por gente de clases medias y trabajadoras que no está «preparada» para matar. En este sentido, el caso de Sertucha permite a los investigadores analizar las peculiaridades de este fenómeno. Este capítulo concluirá explorando, por primera vez en este libro, las líneas de argumento que podemos extraer de la «política radical», en este caso, de la experiencia de vida de un militante de ETA. En lugar de demonizar estas historias de vida, o de entronizar a la categoría de héroes a los mitantes de ETA, la historia oral nos da la oportunidad de ver qué podemos rescatar de estas experiencias en aras de contribuir a una política emancipadora para nuestra sociedad.

HACIENDO DE LOS GAL SU *LEITMOTIV*

Gorka García Sertucha, el segundo de cuatro hermanos de una familia del pueblo vasco de Guecho (cerca de Bilbao), creció sin tener una referencia política dentro de su familia. Su padre trabajó para una compañía que vendía materiales eléctricos, mientras que su madre se dedicó a hacer las tareas del hogar. A pesar de que eran votantes tradicionales del PNV, ninguno de los dos estuvo nunca muy activo políticamente. Sertucha siente que, precisamente por la falta de debates políticos en casa, al igual que el protagonista del anterior capítulo, Josu Amantes, empezó a vivir la política en la calle[1]. Cuando Sertucha tenía dieciséis años, empezó un curso de grado medio en el que le enseñaron profesiones prácticas como la de fontanero y electricista. En 1984 los GAL asesinaron a Santiago Brouard, posiblemente el líder político más importante de la historia de la *Izquierda Abertzale.* Brouard era considerado como uno de los mejores pediatras en su ciudad natal, Bilbao, y políticamente era respetado incluso por sus adversarios políticos. Es bien sabido que, durante los ochenta, con los altos niveles de violencia política que había entonces (provocado sobre todo por ETA y los GAL), Brouard representaba una de las voces más importantes a favor del diálogo y el establecimiento de la paz[2]. En este sentido, su asesinato fue visto por la *Izquierda Abertzale* como la imposibilidad de que ETA

dejase de usar la violencia para defenderse de las agresiones del Estado y sus allegados. En esta atmósfera, Sertucha y otros jóvenes sintieron que la transición española aún no había terminado, al menos en cuanto a los territorios vascos se refiere. En palabras de Sertucha, durante este año (1984) «creció en mí un sentimiento relacionado con la lucha armada y cómo podía profundizar más en él»[3].

Esta última cita de Sertucha nos hace entender su «actitud directa» (en términos de hablar claro y «no andarse con rodeos») durante la entrevista. Muchos de los narradores que han participado en esta investigación ni siquiera pronunciaron la palabra ETA y se mostraban reticentes a hablar de sus acciones armadas. En contraste, Sertucha durante la entrevista siempre se mostró abierto a responder preguntas que podían parecer «incómodas». La entrevista con Sertucha tuvo lugar en una *Herriko Taberna,* un tipo de bar asociado en el País Vasco a la *Izquierda Abertzale.* Durante la entrevista, gente joven y curiosa por las preguntas que iba a hacerle a Sertucha frecuentemente nos rodeaba. Recuerdo que incluso hubo un momento en que tuve que pedirle a una chica joven que se había sentado justo al lado de Sertucha, que nos dejara estar a él y a mí solos. También recuerdo que, antes de la entrevista, Sertucha tenía un libro en sus manos que trataba sobre el grupo insurgente italiano *Brigadas Rojas.* Este libro consiste en una entrevista al famoso líder de la organización Mario Moretti, y fue clave en mi búsqueda de bibliografía sobre grupos terroristas europeos[4]. Aunque Sertucha empezó a formar parte del movimiento de la *Izquierda Abertzale*cuando acabó el colegio a los dieciséis años, tendrían que pasar cuatro años más para su ingreso en ETA.

Este paso se produjo en 1989. Para entonces, los GAL ya habían dejado de estar en activo, y un nuevo movimiento social, Gesto por la paz, llevaba ya tres años en marcha[5]. Gesto basaba sus protestas en hacer concentraciones silenciosas de 15 minutos en lugares donde personas habían sido víctimas del terrorismo de ETA. Hasta los ochenta, la *Izquierda Abertzale* había monopolizado la mayoría de las manifestaciones. Sin embargo, Gesto logró romper

con esta «hegemonía de la protesta» de la *Izquierda Abertzale.* En 1988, Gesto empezó a ser influyente en la política vasca cuando firmó el Pacto de Ajuria Enea. Este acuerdo fue firmado por todos los partidos políticos del País Vasco, excepto por *Herri Batasuna* (el partido que representaba a la base social de ETA) y se fundamentaba en el rechazo explícito a la violencia de ETA. Como resultado, Gesto ganó simpatía y apoyo económico gracias a líderes políticos y diversas administraciones que colaboraban con ellos[6]. Fue, de hecho, dentro de una sociedad polarizada como la vasca de aquella época, con Gesto promoviendo –por primera vez desde los años sesenta– un movimiento social opuesto a la *Izquierda Abertzale,* cuando Sertucha empezó a formar parte de ETA.

El final de la lucha revolucionaria no fue algo exclusivamente español. Desde finales de los ochenta hasta principios de los noventa, Europa experimentó un declive en la violencia insurgente como consecuencia de la caída del telón de acero. En Italia, las *Brigadas Rojas* cesaron su lucha armada en 1987. Como consecuencia, la actividad de la mafia italiana se redujo. Después de décadas de violencia, la nueva atmósfera de paz permitió a la sociedad italiana debatir sobre posibles perdones para presos de las *Brigadas Rojas*[7]. Es, paradójicamente en un ambiente donde los grupos insurgentes europeos perdían el apoyo de las masas, cuando Sertucha decidió unirse a la lucha armada.

> Desde el primer momento en que estuve en contacto con movimientos sociales, tuve claro que quería unirme a la organización [se está refiriendo a ETA]. Algunas veces la organización toma la decisión de cooptar a una persona. En mi caso, yo tomé la decisión personal de acercarme a la organización porque, durante muchos años, había sentido esa curiosidad[8].

A pesar del contexto social de finales de los ochenta no fuera favorable a ETA, la organización disfrutó de un considerable apoyo social gracias a un evento que tuvo lugar en 1989: las negociaciones (oficialmente referidas como conversaciones) entre

ETA y el gobierno del PSOE en Argel (Argelia). Aunque las negociaciones fracasaron y nunca se llegó a alcanzar un acuerdo, ETA salió moralmente fortalecida como un legítimo oponente al Estado español. Las «negociaciones de Argel» dieron automáticamente un reconocimiento social del conflicto vasco en su dimensión histórica, y puso sobre la mesa la exigencia de ETA de buscar una salida política al conflicto. La revista cultural *Punto y Hora de Euskal Herria* contribuyó a establecer la narrativa de la existencia de un conflicto vasco y a ETA como uno de sus actores principales. La revista relató estas negociaciones en términos «transcendentales», asumiendo el momento histórico de los vascos[9]. Esta sensación de «trascendencia» ayudó a la *Izquierda Abertzale* a hacer entender a muchos vascos que el conflicto solo llegaría a la paz si se encontraba una solución política. Aunque, como veremos, el futuro inmediato sería muy diferente.

Aunque Sertucha no nos habló de esta decadencia de los grupos insurgentes europeos en cuanto a la progresiva pérdida de legitimidad popular, fue en este contexto cuando se unió a ETA. En el testimonio que acabamos de ver, Sertucha señalaba que pensó en unirse a ETA «desde el primer momento». Durante la entrevista en la *Herriko Taberna,* la gente joven (algunos eran adolescentes) le miraban y hablaban con admiración. Desde mi óptica personal, y siendo testigo de su carisma, Sertucha nunca me dio la impresión de ser una persona arrogante. De hecho, el me pareció una persona bastante satisfecha de sí misma en cuanto a haber vivido algunos de los momentos históricos de la *Izquierda Abertzale.* Sertucha es, seguramente, la reliquia de la última generación de vascos que fueron testigos de la violencia paramilitar de los GAL y de las posteriores negociaciones entre la organización y el gobierno de Felipe González en Argel. Estas circunstancias hicieron atractiva a ETA ante algunos jóvenes como Sertucha, y sin embargo será la última vez que la organización aparezca atractiva ante los jóvenes vascos. De acuerdo a Sertucha, «entrar en ETA significaba ser lo suficientemente maduro como para saber que uno podía acabar en la cárcel o muerto»[10]. Tener principios radicales como estar dispuesto a arriesgar la vida a toda costa es lo que provoca que los

grupos insurgentes acaben extinguiéndose, particularmente en una sociedad como la europea donde las personas pueden estar cada vez menos dispuestas a perder sus «comodidades». En aquella conversación informal, él me mostró su frustración sobre cómo, en el siglo XXI, las actuales generaciones no estaban dispuestas a «dar todo por una causa». Yo le respondí que, desde que en 2011 ETA hubiera abandonado definitivamente la violencia, todos nos teníamos que congratular que desde el Estado se estaba parando de usar la violencia, por ejemplo, en forma de tortura. Él me dijo claramente que este hecho no le provocaba alegría. Yo, en ese momento entendí que su militancia en ETA le impedía empatizar con mi argumento. En este sentido, desde la transición española en los setenta hasta que la generación de Sertucha estuvo en activo, en los noventa la «violencia como último pero necesario recurso» funcionó como dogma.

Sertucha empezó a militar en un comando legal, jerga de la *Izquierda Abertzale* que hace referencia a ciudadanos con una vida normal que militan en ETA durante su tiempo libre. Por el contrario, los militantes de ETA que se dedican a tiempo completo a la organización suelen ser aquellos que están perseguidos por la policía y se llaman liberados. Sin embargo, cuando Sertucha escuchó que un amigo suyo, liberado, había sido detenido por la policía, y que cabía la posibilidad de que diera su nombre, decidió abandonar el País Vasco e irse a la clandestinidad (momento en el que un militante vive fuera de la ley sabiendo que está siendo buscado por la policía). Este momento de huida y vida en clandestinidad es parecido al del protagonista del capítulo anterior, Josu Amantes, quien escapó de Bilbao después de que un militante de ETA cercano a él fuera detenido por la policía. Como otros muchos antes que ellos ya habían hecho, Sertucha y Amantes huyeron a Francia. Sin embargo, como podemos ver, existe una clara diferencia entre las dos narrativas de estos dos militantes.

> A mí me gustaría dividir mi vida como militante de ETA en diferentes fases: una sería mi militancia en un comando legal. Otra sería durante mi cambio a mi vida en clandestinidad. Otra

> sería mi vida en clandestinidad en el sur de Francia. Y la etapa final sería mi vida en prisión. Mi experiencia más intensa sería mi cambio a la clandestinidad […]. Mi entrada en prisión no fue muy difícil para mí porque yo sabía que ese día iba a llegar. Desde el momento en que estás viviendo en clandestinidad, sabes que ese día va a llegar. Sin embargo, el cambio de pertenecer a un comando legal a vivir en clandestinidad fue muy difícil para mí […]. Fue difícil porque tuve que dejar a mi familia y también porque no sabía si iban a entender mi activismo político. El aspecto humano de dejar a tu familia, joder, fue difícil de dar. De repente, mi familia se enteró que su hijo era un militante de ETA… fue un cambio de vida radical. Yo tenía veintiún años, iba a fiestas con mis amigos, estaba cercano a mi familia y de repente me voy a la clandestinidad con todo lo que eso conlleva[11].

Aunque Amantes fue bastante discreto en contarnos su vida en clandestinidad, Sertucha se abrió emocionalmente en este aspecto. Amantes sufrió de una manera intensa las acciones de los GAL con varios amigos suyos heridos y hasta estuvo a punto de morir a causa de un ataque del grupo paramilitar. Ocho años más joven que Amantes, Sertucha fue influenciado por esta generación previa de militantes que sacrificaron sus vidas confrontando el terrorismo de Estado representado por los GAL. Los activistas vascos de la generación de Sertucha crecieron convencidos de la lucha revolucionaria en contra del Estado español y aceptando incluso la cárcel como un futuro cercano. En una sociedad abiertamente posmoderna como la de los años noventa, podemos retratar también a una generación como la de Sertucha como carente de reservas para expresar sus emociones y, por lo tanto, dispuesta a hablar de sus miedos durante el cambio que supuso su vida cotidiana en clandestinidad.

La vida en la clandestinidad forma parte de cualquier grupo insurgente, y ETA no es una excepción. Una de las canciones más famosas dentro de la izquierda radical del País Vasco (así como del resto de España) fue *No hay tregua* (algo así como «no puede haber

paz hasta que se alcancen los objetivos políticos»), del grupo *Barricada.* La canción está asociada a ETA, y durante el estribillo, muchos simpatizantes de ETA levantan sus manos haciendo el símbolo de la pistola. Las frases más famosas de la canción son: «tus mejores años… clandestinidad» o «estás asustado, tu vida va en ello, pero alguien debe tirar de gatillo»… La canción tiene un mensaje cifrado porque no se refiere explícitamente al conflicto vasco. El mensaje encriptado de la canción hace que esta reciba el apoyo masivo en círculos radicales de movimientos sociales en cualquier parte de España. Cuando yo estudiaba en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, entre 2005 y 2011, *No hay tregua* era sin duda la canción más popular entre los jóvenes radicales que acudíamos a las aulas. Aunque la mayoría de nosotros no éramos vascos ni tampoco simpatizantes de ETA, usábamos esta canción para expresar nuestro desacuerdo con la cultura política neoliberal y el consumo de masas que le daba forma. Para nosotros, los militantes de ETA habían tenido el coraje de abandonar sus confortables vidas de clase media para rebelarse y vivir en clandestinidad siendo buscados por la policía.

Sertucha vivió en clandestinidad durante cuatro años, desde que tenía 21 años hasta que tuvo 25. Durante la entrevista, yo estaba intrigado por la identidad dual que provocaba la lucha entre el «yo activista» y el «yo como persona». Sin embargo, Sertucha era reticente en caracterizar su identidad de forma dual.

BUCKLEY: ¿Cómo fue tu vida en clandestinidad? ¿Cómo era tu vida cotidiana en Francia?

SERTUCHA: La vida en clandestinidad era muy dura para nosotros. Debido al conflicto con otros grupos armados de otros países [se está refiriendo a los GAL], pasábamos largos periodos de tiempo en los que casi no salíamos de casa. Yo creo que maduré como persona durante mi periodo en clandestinidad. A nivel humano, tú vives circunstancias muy duras, como estar varios años sin saber si tu familia está bien.

BUCKLEY: Durante esos años, ¿fue complicado estar tanto tiempo sin saber qué estaba pasando en el País Vasco?

SERTUCHA: Sí, todos los días estabas desconectado de lo que pasaba allí. No estás físicamente allí, y no puedes ver todos los cambios que están pasando.

BUCKLEY: Yo me pregunto qué hubiera pasado si hubieras estado en el País Vasco durante todos esos años. ¿Habrías continuado con la lucha armada de la misma manera?

SERTUCHA: Durante esos años hubo muchos debates dentro de ETA acerca de la lucha armada. Pero la información que recibíamos no hubiera podido ser la misma que si hubiésemos estado físicamente allí.

[…]

BUCKLEY: Háblame acerca de las dudas que te entraron durante tu periodo en clandestinidad.

SERTUCHA: Te entran dudas sobre ti mismo porque tienes que hacer muchas cosas que son duras y que a nadie le gusta hacer. A nadie le gusta hacer ciertas cosas [se está refiriendo al uso de la violencia].

BUCKLEY: Durante las entrevistas, normalmente no hablo de estas cosas, no estoy buscando el morbo pero, durante estos cuatro años viviendo aislado en clandestinidad, participando en acciones armadas, ¿me puedes decir que pasó en tu vida?

SERTUCHA: Como te dije antes, la vida en clandestinidad es muy monótona. Durante tu día a día no pasa nada porque estás encerrado en una casa. Tú trabajas para la organización y es una vida muy monótona.

BUCKLEY: En ese sentido, ¿es posible que la persona desaparezca en el militante?

SERTUCHA: Tú pierdes lazos con tu familia y con todo.

BUCKLEY: Estos lazos que pierdes… ¿te hacen perder tu identidad personal?

SERTUCHA: No. Tú eres un militante, pero tú sigues conservando tu identidad. A lo mejor tú no tienes contacto con tu familia o con el resto de tu entorno, pero todo ello sigue estando dentro de ti. Todo lo que es *Euskalherria* [las siete

> provincias vascas dentro de España y Francia en las que parte de la población habla en *euskera*], todo lo que te ha llevado a vivir en clandestinidad permanece dentro de ti. Tú no pierdes todos los lazos con aquello… tú continúas «siendo».

Parece que hay una falta de literatura sobre cómo una vida en la lucha armada moldea la personalidad de un individuo. Teóricos de la identidad han centrado sus análisis en cómo los Estados-nación permean las identidades de individuos o comunidades[12]. Sertucha relata sus dificultades de hacer ciertas cosas durante la militancia que «a nadie le gusta hacer». También nos señala su sentimiento de soledad pero, a la vez, que maduró precisamente por esta experiencia. Sertucha termina echando por tierra mi hipótesis sobre como la identidad política «se come» a la personal, y concluye que su razón de ser está íntimamente ligada a su infancia y su país. Es, de hecho, esta casi romántica descripción de la lucha armada de «luchar por quien eres» lo que captura la esencia del *freedom fighter.* Este controvertido término ha generado curiosidad entre los académicos, especialmente cuando algunos de estos simpatizan con el *freedom fighter,* preguntándose cómo alguien como Sertucha puede sacrificar todo por una causa. El lema vasco *«Gora Gu Ta Gutarrak»*(«Viva nosotros y los nuestros»), que es muy popular dentro de la *Izquierda Abertzale,* describe precisamente este sentimiento de lealtad. El sentimiento de pertenencia ayuda a explicar cómo, en una comunidad de España relativamente rica como la vasca, un grupo armado como ETA haya existido durante más de cinco décadas.

Este epígrafe ha descrito los primeros pasos de Sertucha en el activismo político. Las acciones de los GAL no solo le condujeron a compartir la ideología de ETA (independencia y socialismo para el País Vasco), sino a sumarse en su lucha. El protagonista del anterior capítulo, Josu Amantes, experimentó en sus carnes la violencia de los GAL, sin embargo Sertucha fue solo un espectador de este fenómeno. Esta diferencia, junto con el surgimiento de las primeras organizaciones de paz como Gesto por la Paz, creó un contexto social en el que Sertucha fue testigo del cambio de la

percepción sobre ETA: por primera vez en la historia muchos vascos empezaron a ver a estos *freedom fighters* como meros terroristas. Sin embargo, las negociaciones de Argel entre ETA y el gobierno del PSOE, ayudaron a ETA a mantener ciertos niveles de legitimidad dentro de la sociedad vasca. En este escenario, el compromiso de Sertucha con la lucha armada es el más intenso de todos los narradores que participan en este libro. La habilidad de Sertucha para explicar este compromiso y, en contraste con otros entrevistados, de hablar de sus miedos durante su etapa de militante, es lo que da un «rostro humano» a la experiencia de los militantes de ETA. Esta oportunidad de explorar las percepciones más personales de un militante de ETA de los noventa, nos lleva a la posibilidad de discutir una acción armada en concreto. La primera gran razón por la cual no existen muchos análisis sobre las subjetividades personales de militantes de ETA puede ser debido al miedo de las causas legales que puedan traer su testimonio. Segundo, y aún más importante, los medios de comunicación españoles nunca han estado interesados en entender la violencia desde el punto de vista de un militante de ETA, teniendo en cuenta los grandes estereotipos que siguen existiendo con organizaciones terroristas y cómo estos han sido perpetuados por los medios de comunicación. Igualmente, el español medio ha estado satisfecho con la narrativa unidireccional del conflicto vasco (la violencia es ejercida exclusivamente por ETA) y, por lo tanto, también ha contribuido a generalizar estos estereotipos. En el siguiente epígrafe vamos a intentar salirnos de estos estereotipos y poder discutir una acción armada que intentó llevar a cabo Sertucha.

¿ASESINAR AL REY?

La violencia es un fenómeno que provoca perplejidad a las personas que la viven. En este sentido, las víctimas de violencia suelen recibir más atención por parte de la sociedad que las personas que la perpetran. *The Act of Killing* es un documental dirigido por Joshua Oppenheimer que analiza el genocidio que se produjo en Indonesia entre 1965 y 1966 bajo el mando del dictador

Suharto en el que más de medio millón de supuestos comunistas fueron exterminados en un contexto de Guerra Fría[13]. Desde la disciplina de «resolución de conflictos», *The Act of Killing* deja atrás el clásico enfoque de tener a las víctimas como protagonistas, y pone la atención en el perpetrador. El espectador que ve el documental sufre un *shock*inmediato cuando contempla a los perpetradores hablar de sus crímenes de una forma tranquila y sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento. Este asombro es debido a que el espectador medio está acostumbrado a una narrativa en la que alguien que comete crímenes horrendos tiene que sufrir algún tipo de desorden mental. Es precisamente la falta de una anomalía en estos perpetradores y la aparente normalidad con la que estos relatan sus crímenes lo que hace este documental relevante para este epígrafe. Hannah Arendt, en su lúcido análisis sobre el juicio del Estado de Israel sobre el nazi Adolf Eichmann, concluye que «el problema con Eichmann es precisamente que hubo muchos como él, y que muchos no eran ni pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y son, terriblemente normales»[14]. En otras palabras, aceptar que el fenómeno de la violencia política tiene sus raíces en la vida cotidiana de las personas lo hace aún más complejo de entender.

De hecho, analizar la violencia sin enfocarse exclusivamente en su dimensión moral es una tarea muy difícil. En 1995 el Grupo Especial de Operaciones (GEO) arrestó a Gorka García Sertucha y, como consecuencia, llegó a pasar 20 años en prisión. Mi investigación sobre el conflicto vasco no incluía desde el primer momento a Sertucha y, de hecho (como desafortunadamente me pasó con otros narradores parte de esta investigación), antes de la entrevista no disponía de información acerca de quién era este antiguo militante de ETA. Sin embargo, tengo la impresión de que el hecho de que no dispusiese de información hizo que la entrevista transcurriera de una forma espontánea y, por ende, pudiera analizar sus percepciones sobre el conflicto vasco sin ningún tipo de filtro previo. Esta espontaneidad alcanzó «el clímax» cuando Sertucha me comentó que le habían condenado a prisión por pertenecer a un comando de ETA que intentó asesinar al rey Juan Carlos I. Sertucha iba a ser el encargado de disparar con su rifle de francotirador en la isla de

Mallorca. En un intento de simpatizar con él y granjearme su confianza, le comenté que yo había pertenecido a círculos políticos de «izquierda transformadora» en Madrid donde matar al rey siempre fue un «tema transgresor» de conversación[15]. Sin embargo, Sertucha, cuando vio mi intento de empatizar emocionalmente con él, dio una respuesta formal asegurando que «este paso cualitativo fue tomado por ETA de forma grupal». Esta respuesta no me ayudó a retratar el carácter emocional de Sertucha, que era uno de mis objetivos durante la investigación. Por el contrario, su intento de asesinar al rey le había convertido en una celebridad dentro de la *Izquierda Abertzale* y, de hecho, en ese momento de la entrevista, ejerció el rol, más que nunca, del militante que había tenido en el pasado una gran responsabilidad entre sus manos.

Tres militantes de ETA fueron parte del comando que trató de asesinar al rey en Palma de Mallorca en 1995. Juan José Rego Vidal, un «histórico» de ETA que ya había sido detenido por la policía española en 1979 por «conspirar» en contra del rey. Con él también fue detenido su hijo, Iñaki. Y, finalmente, Sertucha, un joven militante de ETA de 27 años, encargado de dispararle al rey con su rifle de francotirador. Juan José Rego Vidal ha asegurado que el rey estuvo dos veces en el punto de mira del rifle de Sertucha, pero el comando decidió esperar ya que el plan de huida no estaba claro[16]. Esta declaración creó controversia entre la población española y el *establishment* político (conformado principalmente por los partidos políticos PSOE, en el poder, y PP, en la oposición), que aseguró que el rey no había corrido peligro en ningún momento en Mallorca[17]. En un sentido más amplio, ETA había ganado reconocimiento internacional en 1973 por el asesinato del, por entonces, presidente del gobierno, Carrero Blanco. Sin embargo, el intento fallido de matar al rey retrató a una ETA sin la capacidad operativa que había tenido hace unas pocas décadas.

Desde este contexto en el que el «estatus» de ETA no estaba en su mejor momento, mi intención durante la entrevista fue siempre profundizar en el lado humano de Sertucha y no necesariamente en el terrorista que había intentado matar al rey. El enfoque de Hannah

Arendt de contemplar la violencia como parte de la vida cotidiana tiene sus raíces con definir la «condición humana» como «nada menos que pensar en lo que estamos haciendo»[18]. En mi intento de hacer que Sertucha pensara sobre sí mismo y que reflexionara, desde su lado humano, sobre lo que significaba quitarle la vida a un ser humano, me respondió:

> Es extraño que, en Europa, un grupo insurgente como ETA, que ha practicado la violencia durante más de cincuenta años y donde los jóvenes no están naturalmente preparados para hacer este tipo de cosas que tú estás comentando [se refiere a los asesinatos], se haya dado el fenómeno de la violencia política insurgente[19].

Esta reflexión antropológica de Sertucha disputa uno de los «lugares comunes» que más se han utilizado por los expertos en terrorismo: a los terroristas les han lavado tanto el cerebro que no son capaces de reflexionar más allá de lo que les permite la ideología oficial de la organización. Una de las mayores diferencias entre el documental *The Act of Killing* y el testimonio de Sertucha es precisamente el acto de pensar como el núcleo de la condición humana. Un elemento que comparten todos los perpetradores que aparecen en el documental es precisamente la indiferencia o la incapacidad de reflexionar sobre lo que habían hecho. En mi opinión esto no está relacionado con diferencias culturales, sino con el hecho de que esta gente se limitaba a cumplir órdenes de altos rangos. En este sentido, a diferencia de los perpetradores indonesios, el conflicto vasco acarrea varias generaciones de militantes de ETA en su compromiso con la lucha armada y, por ende, sus aspiraciones no están caracterizadas por criterios como la búsqueda de dinero o el subir puestos en la administración. Por el contrario, como implica Sertucha, los militantes de ETA no estaban preparados psicológica o culturalmente para matar.

En este punto, si observamos el perfil psicológico de Sertucha, podemos entender las razones por las que estaba preparado para matar al rey de España en Mallorca. Teniendo en cuenta la gran

repercusión mediática que tendría un regicidio, el proceso de detención e interrogatorio de la persona que se dispone a cometerlo debería de ser inmaculado. Sin embargo, cuando Sertucha fue detenido, fue golepado durante varios minutos por miembros del GEO, aunque estos se cuidaron de no dejar marcas en su cuerpo. Baltasar Garzón hizo su aparición estelar justo después de que Sertucha recibiera la paliza. Cuando entró en la sala, le preguntó a Sertucha si se encontraba bien. Durante los cinco días que estuvo completamente aislado (una medida legal acorde con la ley antiterrorista), Sertucha fue constantemente torturado. Durante la entrevista, le pregunté a Sertucha si, debido a la atención mediática que recibió tras haber sido la persona que intentó matar al rey, no fue torturado con menos intensidad que a otros militantes de la organización. Sertucha me lanzó una mirada condescendiente, y dijo:

> Los periodistas no me fueron a preguntar nada. Yo estaba incomunicado. Y, después, llegué a la Audiencia Nacional donde un juez ordenó mi entrada en prisión[20].

Es interesante observar cómo los medios de comunicación españoles, a pesar de la trascendencia (aunque fuese por el horror) del intento de asesinato de Sertucha, decidieron ignorar tal evento o, simplemente, tratarlo como algo vulgar que no merecía que se le prestase atención. En otras palabras, nadie se interesó por quién era Sertucha; solo por la violencia que había intentado desencadenar. En este sentido, el intento de regicidio por parte de ETA no provocó ningún debate intelectual en ninguna esfera del mundo cultural español. Puede que la tortura que sufrió Sertucha durante cinco días, incluyendo la simulación de asfixia con bolsa, representó física y visualmente cómo el «Régimen del 78» no necesitaba crear ningún tipo de narrativa acerca de los militantes de ETA.

Hay otra conclusión que podemos extraer de este episodio de la vida de Sertucha, a saber, la negación constante o la simple ignorancia de las subjetividades en la historia. En otras palabras,

desde el enfoque marxista que ETA, así como otras guerrillas surgidas al calor de la Guerra Fría, adoptó como corpus ideológico, las principales decisiones adoptadas por las personas a lo largo de la historia lo han sido para satisfacer sus necesidades materiales. La retórica de Sertucha nos muestra cómo la *Izquierda Abertzale*estaba decidida a hacer la revolución en una región como la vasca con niveles de explotación económica bastante alejados a los que se daban en el resto de España. A pesar de que este hecho nos llevaría a un interesante análisis del papel desempeñado por la organización terrorista contra el Estado, es notorio que la narrativa de Sertucha no incluye la función de las subjetividades dentro de la historia del conflicto. Desde mi punto de vista, esta constante negación de la subjetividad o, dicho de forma más simple, el rechazo a la importancia de las emociones en el proceso de toma de decisiones de militantes de organizaciones insurgentes (ETA, IRA o FARC entre otros) hace que ellos renieguen de unas emociones personales que les hacen vulnerables y adopten el rol de *freedom fighter.* Desde esta idea, después de expresarle a Sertucha durante la entrevista mis sentimientos hacia el asesinato el rey Juan Carlos I de España, él contestó hablando acerca de qué suponía la ejecución del rey para los vascos. Esto demuestra que a los militantes de ETA les cuesta incorporar sus emociones a la hora de explicar un fenómeno tan complejo como la violencia política.

¿Cómo puede un historiador oral analizar estas emociones que son constantemente negadas por los militantes que participan en la lucha armada y así poder extraer conclusiones más generales en torno a cómo hacer historia? El padre de la sociología moderna, Émile Durkheim, subrayó la importancia de entender la relación entre el individuo y el sistema social. «El sistema social provee al individuo con representaciones colectivas, esto es, con un concepto de la estructura de la acción»[21]. En 1995, el mismo año en que Sertucha fue detenido por la policía, un nuevo movimiento social, *Elkarri,* nació en el País Vasco. Este movimiento, explorando una narrativa diferente a la del movimiento pacífico Gesto por la paz, no se enfocó exclusivamente en exigir a ETA el final de la violencia. *Elkarri* insistió en que para que el pueblo vasco alcanzara

la paz se necesitaba una salida política al conflicto. Gesto empezó su camino al final de los ochenta, cuando ETA estaba provocando el rechazo de gran parte de la sociedad española al empezar a usar «coches bomba» y fijar objetivos «civiles» como periodistas y políticos. A finales de los noventa, las representaciones colectivas del conflicto vasco habían cambiado. ETA había perdido gran parte de apoyo social como consecuencia de la crueldad de sus acciones, incluyendo largos secuestros de personas que recibían mucha atención mediática[22]. Durante este periodo, la Audiencia Nacional empezó una persecución judicial hacia diversos movimientos sociales del País Vasco[23]. El Pacto de Estella fue firmado en 1998 por todas las fuerzas nacionalistas vascas con el objetivo de buscar una solución política al conflicto vasco, confirmando las tesis de *Elkarri.* Las fuerzas sociales y políticas del nacionalismo vasco contraatacaron la ofensiva judicial de la Audiencia Nacional no solo mediante dispositivos legales, sino tratando de dar una dimensión histórica al «problema vasco».

Los documentos internos de *Elkarri* revelan los problemas de la organización en lidiar con temas relacionados con la paz y la violencia política. Los miembros de *Elkarri,* la gran mayoría de ellos con cierta afinidad política con la *Izquierda Abertzale,* trataron de distanciarse ideológicamente de ETA e intentar tener un discurso más transversal que apele a todos los ciudadanos vascos[24].

A pesar de los intentos de *Elkarri* de disminuir, a través de actos que promoviesen la paz, la influencia de la identidad española sobre la sociedad vasca, ETA –rechazando frontalmente el modelo neoliberal– seguía creyendo en la necesidad de usar las armas para combatir contra el sistema. En 1993 ETA secuestró al empresario Julio Iglesias Zamora debido a la negativa de este a pagar el llamado «impuesto revolucionario». Este consistía en un método de extorsión practicado por ETA en el que la organización demandaba a las «oligarquías vascas» a contribuir financieramente con la «causa» hasta que los vascos lograran conseguir el derecho de autodeterminación. ¿Por qué la *Izquierda Abertzale* apoyó implícitamente la imposición de un «impuesto revolucionario» a los empresarios? En 1976 ETA militar criticaba a ETA político-militar por

secuestrar a un empresario en cuya fábrica no existía ningún conflicto laboral[25]. En otras palabras, para la mayoría de la *Izquierda Abertzale,* secuestrar a un empresario por razones puramente económicas estaba «fuera de la ética» de la lucha por la independencia. Por un lado, ETA (en los años setenta hablaríamos de las dos ETA) necesitaba de financiación para sobrevivir como organización militar. Por otro lado, ETA necesitaba seleccionar objetivos claros de secuestro si no quería salirse de la narrativa de «Robin Hood»[26]. Tras pasar 116 días secuestrado, la liberación de Julio Iglesias Zamora tuve un «final feliz» si lo comparamos con otros empresarios que acabaron siendo asesinados ya que nadie llegó a pagar el monto del rescate. Durante los días que Zamora estuvo secuestrado, el movimiento Gesto por la Paz inventó una famosa insignia azul que muchos vascos llevaron puesta reclamando la liberación del empresario. Si durante los setenta la *Izquierda Abertzale* podía permitirse tener debates en su seno acerca del uso de la violencia, en los noventa las demandas de paz por parte de la sociedad vasca eran más fuertes que cualquier teorización intelectual acerca del uso de la violencia.

En 1993, mismo año en el que tuvo lugar el secuestro de Iglesias Zamora, la cúpula de ETA fue detenida en una operación llevada a cabo por la policía española en el pueblo francés de Bidart. La violencia callejera (quema de cajeros y contenedores de basura) se incrementó en el País Vasco durante estos años de la mano de organizaciones como *Jarrai.* En un *Zutabe* redactado al final de los noventa, podemos ver cómo ETA rechazó abandonar la violencia ya que ello podía simbolizar una rendición hacia los gobiernos español y francés[27]. La operación Bidart en Francia no consiguió hacer desaparecer a ETA, sin embargo, debido a que la organización quedó «tocada» logísticamente, la *kale borroka* (lucha callejera en *euskera*) logró suplir por un tiempo está debilidad en la capacidad de actuar de la organización.

Durante la década de los noventa España fue testigo del final de una generación de rebeldes vascos como Sertucha, que siempre creyeron en la lucha armada para llevar a cabo la revolución. A partir de estos años, estos jóvenes vascos empezaron a formar parte de

movimientos que promulgaban la paz. Su principal rechazo de la violencia no era en términos morales, sino que se regía por criterios más realistas, asumiendo que la violencia provocada por ambos bandos (Estado y ETA) no había conseguido que ninguno de ellos lograse imponer su agenda política. Aún más importante, estas organizaciones de paz rechazaban la idea de que la violencia política fuese unidireccional (desde el Estado hacia la *Izquierda Abertzale* o viceversa)[28]. Con respecto a Sertucha, el final de la Guerra Fría en 1989 generó un contexto favorable en el que los gobiernos occidentales tuvieron «los vientos a favor» para crear sistemas judiciales «a su medida» y poder reprimir militantes de ETA o del IRA irlandés, las últimas dos guerrillas europeas en activo. Esta represión se basó principalmente en un sistema legal que permitía el aislamiento del detenido durante varios días formándose un «limbo legal» en el que implícitamente se legalizaba la tortura.

En mi opinión, hay dos maneras de enfocar el intento de regicidio de Sertucha. La primera nos da una dimensión histórica del rol y la imagen del rey en la sociedad española. En vez de centrarnos únicamente en el intento de asesinato de un rey en un Estado con una monarquía parlamentaria y describir dicho intento como un «acto barbárico» es necesario entender la hostilidad histórica de la comunidad nacionalista vasca hacia la monarquía. Un elemento común entre la mayoría de la juventud vasca (que yo mismo verifiqué en mis viajes al País Vasco para realizar el trabajo de campo) es su hostilidad hacia la policía debido a la tradición sistemática de tortura (tanto durante la dictadura como en el periodo democrático) hacia activistas políticos vascos. En este sentido, Juan Carlos I, como jefe de las Fuerzas Armadas, nunca ha sido bien recibido en el País Vasco. Una cuestión más compleja es tratar de responder a la pregunta de si Sertucha tenía, en el momento de intentar asesinar al monarca, cierta la legitimidad popular de los vascos. Responder a esta pregunta de una forma simplista (con un «sí» o un «no») sería, en mi opinión, un error. Este libro muestra que la violencia política no es un fenómeno en el que la legitimidad popular que despierta se pueda calcular en términos matemáticos.

En el caso del País Vasco, las motivaciones de un joven vasco de ser parte de la insurgencia armada derivaban de una atmósfera social en la que la *Izquierda Abertzale* justificaba el uso de la violencia para alcanzar objetivos políticos. A la vez, una parte significativa del pueblo vasco, mediante manifestaciones y otras formas de protesta, ha dado en las últimas décadas a ETA cierta legitimidad social de continuar con la violencia. La clave para entender que una organización como ETA ha sobrevivido tantas décadas usando la violencia es tratar de poner el foco en la interacción de las emociones de las masas con aquellos jóvenes vascos que decidieron unirse a la insurgencia armada.

«A NADIE LE GUSTA HACER CIERTAS COSAS»

La estructura de este capítulo puede compararse al de un *thriller.* Si el concepto de la violencia atrae la atención del gran público, la violencia política suele tener connotaciones aún más morbosas. En el caso de un *freedom fighter,* implica a una persona que, con su lucha armada, trata de buscar un cambio radical en la sociedad, pero es percibido por el gran público como un terrorista. Este capítulo es de lejos el más morboso del libro no solo porque el perpetrador explica sus motivaciones para matar, sino porque su víctima potencial fue el entonces jefe de Estado español, Juan Carlos I. La estructura de este capítulo puede hacer que el lector llegue a sentir cierta curiosidad acerca de que hubiera pasado si las vidas del rey y Sertucha se hubiesen llegado a cruzar.

Necesitamos saber quién es Sertucha para llegar al momento de «acción». En este sentido, entendemos que Sertucha dio sus primeros pasos como activista político durante los noventa cuando la insurgencia armada dejó de tener sentido en la mayoría de los países de Europa. Este sinsentido es precisamente el núcleo de la primera parte del capítulo. Sertucha nos explica cómo los ataques de los GAL hacia los activistas vascos motiva su decisión de militar en ETA. Él entiende que la vida de un militante de ETA tiene fases muy concretas, como un biólogo podría dividir las fases de la vida humana entre la niñez, la adolescencia, la vida adulta y la

ancianidad. En el caso de las fases de vida que tiene un militante de ETA (o de cualquier otro miembro de un grupo insurgente), la primera fase consiste en tratar de tener «una vida normal» y a la vez colaborar con la organización (lo que sería «estar de legal» en la jerga de la organización). La segunda fase englobaría el periodo durante en el que el militante se dedica a tiempo completo a la organización y vive en la clandestinidad en Francia. Finalmente, la tercera fase consiste en dos opciones, la prisión o la muerte. La asunción de Sertucha de considerar la última fase en solo dos opciones puede ser analizada desde el concepto de biopolítica. De hecho, Sertucha nos cuenta cómo, desde el primer momento que entró en ETA, tuvo claro que la línea de vida de un militante no tenía desviación posible. En otras palabras, su destino (como si habláramos del destino de cualquier ser humano en cuanto a la imposibilidad de escapar de la muerte) estaba escrito desde el momento en que decidió militar en ETA.

Sin embargo, el imaginario de Sertucha ha de ser contrastado de alguna manera. Si este capítulo ha tratado de desarrollar, lo que el filósofo marxista Georg Lukács llama «la concreta unidad del todo», entonces nos tenemos que hacer la siguiente pregunta: ¿es posible comprender el intento de regicidio de Sertucha tratando de seguir su historia de vida (dialéctica de la transformación) y a la vez tratar de analizar sus emociones personales?[29]. La historiadora oral Carrie Hamilton, quien asume que los científicos sociales tenemos ideologías políticas y que nunca se puede demandar objetividad a cambio de tener un «comportamiento despolitizado» dentro de la academia, se pregunta hasta qué punto «la importancia de las emociones en la vida cotidiana de las personas puede ser productiva y potencialmente positiva para el establecimiento de políticas progresistas»[30]. Esta reflexión de Hamilton entronca con las de teóricos sobre el populismo, como Ernesto Laclau, o estrategias políticas llevadas a cabo por partidos políticos como Podemos, en los que el «modo de llegar a las emociones del ciudadano medio» conforma el núcleo de su trabajo.

Siguiendo esta línea argumental, podemos ver un «vacío» en los trabajos académicos sobre ETA. Por un lado, lo que se discute en la

mayoría de estos trabajos que simplemente tratan de continuar con la narrativa oficial de la transición española es que ETA tenía cierta legitimación popular durante la dictadura pero que, con la llegada de la democracia, dejó de tener razones sólidas para seguir existiendo. Por otro lado, una serie de trabajos minoritarios (en comparación con los anteriores) que tienen afinidad ideológica con la *Izquierda Abertzale* tratan de disputar el discurso oficial asumiendo que el conflicto solo se puede analizar la opresión histórica sufrida por el pueblo vasco a manos del Estado español. Sin embargo, en mi opinión, existe otra posible mirada de análisis a un fenómeno como ETA. Carrie Hamilton, en la misma línea de argumentación que antes se ha mencionado, concluye que «estos temas son especialmente relevantes para los académicos que están comprometidos con las políticas progresistas, pero que, sin embargo, a veces están tentados a lamentar "lo que se ha perdido", en vez de tratar de explorar herencias positivas de activismos políticos que tuvieron lugar en el pasado»[31]. En mi opinión, el último grupo de académicos que trató de analizar a ETA «desde dentro» falló en mirar dichos fenómenos desde diferentes ángulos.

Este capítulo llega a sus conclusiones tratando de extraer lecciones positivas de la intensa vida de Sertucha como militante de ETA. Basándome en la interpretación heterodoxa que Walter Benjamin hace del marxismo, más allá de tratar de dar un valor científico a las relaciones entre trabajo y capital, el autor nos propone entender esta dialéctica desde unos términos más subjetivos. Benjamin, a través de Marx, expresó que «la producción de mercancías engendró un mundo invertido en el que las cosas (y las mercancías) funcionaron como motores primarios: las mujeres y los hombres fueron relegados como meras personificaciones de categorías económicas»[32]. Como se ha discutido, el intento de asesinato por parte de Sertucha del rey de España a mediados de la década de los noventa coincidió con la «edad de oro» del neoliberalismo. Esta edad de oro, que empezó en 1991 con el colapso de la Unión Soviética y terminó (al menos en su incontestable hegemonía social) en 2008 con el comienzo de la crisis internacional conocida como la «gran recesión», presentó la

versión más radical de cómo las personas podían convertirse en simples categorías económicas. El hecho de que, durante este periodo, en una región europea relativamente rica como el País Vasco, jóvenes activistas políticos como Sertucha estuvieran dispuestos a arriesgar sus vidas para transformar la sociedad, es un elemento positivo si asumimos la tarea de contribuir a un política emancipadora. Sin embargo, me es más difícil imaginar cómo el intento de asesinar al rey por parte de ETA, en un contexto de europeo de finales del siglo XX, podría haber contribuido a este tipo de política. Si Sertucha hubiese tenido éxito en su cometido, habría convertido al rey en un mártir dotando a la narrativa oficial de la transición de una armadura aún más difícil de penetrar.

[1] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio 2015).

[2] G. Morán, *Los españoles que dejaron de serlo: Cómo y por qué Euskadi se ha convertido en la gran herida de España,* Barcelona, Planeta, 2003; y P. Woodworth, *Dirty War…, op. cit.*

[3] Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[4] M. Moretti, *Brigadas Rojas. Entrevista de Carla Mosca y Rossana Rossanda,* Madrid, Akal, 2008.

[5] J. M.ª Funes, «Social Responses to Political Violence in the Basque Country: Peace Movements and Their Audience», *Journal of Conflict Resolution* 42, n.º 4 (1998), pp. 493-510.

[6] A. Egoitz Gago, *The Impact of Peace Movements on a Society immersed in Conflict. An Analysis of the Framing Processes of the Basque*

Peace Movement, tesis doctorial, University of Bradford, 2011.

[7] M. Henninger. «The Postponed Revolution: Reading Italian Insurrectionary Leftism as Generational Conflict», *Italica* 83, n.º 3 (2006), pp. 629-648, 638.

[8] Entrevista a Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[9] «Violencia, negociación y paz en Euskal Herria», *Punto y Hora de Euskal Herria,* 1989.

[10] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[11] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[12] F. Birtek, «From affiliation to affinity: citizenship in the transition from empire to the nation-state», en S. Benhabib, I. Shapiro y D. Petranovich (eds.), *Identities, Affiliations and Allegiances,* Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 17-45.

[13] J. Oppenheimer, *The Act of Killing,* Reino Unido/Dinamarca/Noruega, Final Cut for Real DK, 2012.

[14] H. Arendt, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil,* Nueva York, Penguin Classics, 2006.

[15] Es importante entender que, dentro de la «tradición europea de democracia radical», la Revolución francesa y el regicidio simbolizan la base ideológica de la cual el resto de ideologías emancipatorias (anarquismo, comunismo…) nacieron. Un ejemplo lo tenemos en la Segunda República española y cómo el presidente liberal Manuel Azaña tenía a la Revolución francesa y los valores que representó como un paso necesario para la modernización de España.

[16] «ETA preparaba un atentado contra el rey en Palma», *El País,* 10 de agosto de 1995, disponible en [https://elpais.com/diario/1995/08/10/espana/808005611_850215.html].

[17] «ETA afirma que no pudo asesinar al rey en Baleares por "complicaciones técnicas"», *El País*[https://elpais.com/diario/1995/08/20/espana/808869610_850215.html].

[18] H. Arendt, *The Human Condition,* 2.ª ed. revisada, Londres, University of Chicago Press, 1998, p. 5.

[19] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[20] Entrevista con Gorka García Sertucha (Bilbao, 16 de junio de 2015).

[21] É. Durkheim, *Sociology and Philosophy,* Nueva York, Routledge, 2010, p. XVII.

[22] El secuestro más famoso de la historia de la organización fue el de José Antonio Ortega Lara. Este era, en el momento del secuestro, un funcionario de prisiones conocido entre los presos políticos vascos por ejercer malos tratos a los condenados. Fue secuestrado en 1996 y liberado en 1997, después de pasar 532 días en una habitación de 2,5 metros de ancho y 3 metros de largo.

[23] Uso la palabra «persecución» aludiendo al resultado final del proceso, donde se probó que la mayoría de estas organizaciones no tenían ninguna conexión con ETA. Para más información véase [http://www.rebelion.org/noticia.php?id=24150].

[24] En referencia a esto, es interesante que, en 1992, en uno de los primeros documentos internos de *Elkarri* se hace referencia a que «*Elkarri* no ha de ser identificado con la *Izquierda Abertzale,* y ha de dotarse de su propia estructura burocrática». Véase Elkarri, «Movimiento social por el diálogo y el acuerdo en Euskal Herria», San Sebastián, 1992.

[25] G. Fernández Soldevilla, «A mano armada. Los inicios de la extorsión y la violencia de ETA contra el sector empresarial (1958-1977)», *Sancho el sabio* 39, (2016), pp. 133-156, 152.

[26] *Ibid.*

[27] *Zutabe* 83, marzo de 1999.

[28] E. Gago Anton, *The Impact of Peace Movements on a Society Immersed in Conflict…, op. cit.,* p. 268.

[29] G. Lukács, *History and Class Consciousness,* Cambridge (Mass), The MIT Press, 1968, p. 6.

[30] C. Hamilton, «Activist Memories: The Politics of Trauma and the Pleasures of Politics», en R. Crownshaw, J. Kilby y A. Rowland (eds.), *The Future of Memory,* Nueva York/Oxford, Berghahn Books, 2010, p. 75.

[31] *Ibid.,* p. 276.

[32] R. Wolin, *The Frankfurt School Revisited and Other Essays on Politics and Society,* Nueva York/Londres, Routledge, 2006, p. 35.

VI. ¿QUÉ HACEMOS CON LOS PRESOS POLÍTICOS? MEMORIAS DESDE EL ENCIERRO

> «Definir el control en términos de hegemonía cultural no significa abandonar los intentos de analizarlo, sino analizarlo sobre dos puntos principales: las imágenes de poder y autoridad, y las mentalidades populares de subordinación.»
>
> E. P. Thompson, *Customs in Common*

Las vidas de los militantes de ETA se han descrito en los anteriores capítulos atendiendo, en gran medida, al cómo y al por qué estos hombres se unieron a la insurgencia. Este capítulo se centra en cómo la cárcel ha formado parte indisoluble de la identidad de los militantes de ETA. En este sentido, si atendemos a la biopolítica, los dispositivos de control y poder que operan en los seres humanos no pueden ser analizados sin tratar de entender sus vidas. De hecho, este capítulo reflexiona sobre los dispositivos coercitivos en los que se basa el sistema de prisiones en España.

La primera parte del capítulo se centra en la vida de Pedro José Ibáñez (alias *Peiro*) como caso de estudio que muestra la tortura y la dura realidad vivida por los presos políticos vascos. Entendemos la vida de *Peiro*en la cárcel precisamente desde la excepcionalidad de ser vasco y haber colaborado con una organización terrorista. Su tono durante la entrevista refleja que lo único que pretende *Peiro* es hacerme entender esta excepcionalidad. Si queremos entender la comunidad emocional de presos vascos que este capítulo usa como término para abarcar el contenido de estas historias de vida, es necesario poner el foco de atención en cómo estos militantes hablan de sus experiencias en la cárcel. La generación de *Peiro* es la primera en vivir la dispersión de los presos políticos vascos, es decir, en padecer el sistema penitenciario español, que les separa mandándoles a diferentes cárceles de España para que no tengan contacto entre ellos. La historia de vida de *Peiro* nos describe la forma en que el sistema penitenciario español trató, por todos los

medios, de negarles su condición política. Este hecho les hizo (a él y al resto de presos políticos vascos) afirmarse aún más en la imposibilidad de poder trazar una línea que separe lo político de lo personal.

Continuando con el análisis de la comunidad emocional de presos políticos vascos, la segunda parte del libro se centra en las historias de vida de dos militantes de ETA con un carácter muy diferente cada uno del otro. Estos dos hombres pertenecen a clases sociales diferentes. *Kitxu* tuvo la oportunidad de ir a la universidad, mientras que Píriz no tuvo tanta suerte. La búsqueda de Píriz por redimirse de un pasado algo oscuro dentro de ETA es su principal motivo para contar su historia. Por otro lado, Kitxu usa un tono «velado» durante la entrevista en el que, a pesar de que afirma haber aprendido mucho en la cárcel, muestra cierta resignación por el hecho de haber cumplido casi veinte años de prisión sin haber cometido delitos de sangre. Estas diferentes narrativas, sin embargo, no cambian el hecho de que tanto Píriz como *Kitxu* sufrieron el aislamiento y la tortura durante su larga estancia en prisión. Esta parte del capítulo trata, por lo tanto, de entender, a través de las experiencias individuales y de la formulación de estas narrativas, cómo la comunidad emocional de presos políticos vascos tiene un sentimiento común en forma de dolor físico y psicológico que perdura en el tiempo.

El tercer y último epígrafe de este capítulo nos ofrece la posibilidad de hacer una crítica del concepto de comunidad emocional de presos políticos vascos a través de la teoría de género. La experiencia de Anitz en la cárcel, como mujer y como militante de ETA, nos ofrece una nueva perspectiva no solo a través de sus opiniones respecto a su experiencia en la cárcel, sino también atendiendo a la forma en la que narra sus experiencias[1]. El hecho de que Anitz tenga elementos en su narrativa radicalmente diferentes a la del resto de sus compañeros varones, como, por ejemplo, su profunda humildad al no considerar su historia como «relevante» para poder contarla, nos introduce en el rol que han desempeñado las mujeres en organizaciones insurgentes como ETA. Este hecho nos sitúa además en el posible interrogante para

futuros estudios sobre género y violencia política que tengan la intención de profundizar en la influencia de la «cultura del macho» en conflictos tan dilatados en el tiempo como el vasco.

PEDRO JOSÉ IBÁÑEZ ORTEGA *(PEIRO)*. EL HOMBRE TRANQUILO QUE VIVIÓ LA VIOLENCIA EN PRISIÓN

Pedro José Ibáñez, más conocido por su apodo *Peiro* entre los vecinos del lugar donde nació, el pueblo vasco de Beasáin, entró en la cárcel 1987 cuando tenía 35 años. *Peiro* procedía de una familia de clase trabajadora, y ese origen de clase le hizo empezar a trabajar con 17 años, nada más terminar el colegio. A los 21 «le tocó» hacer la mili, experiencia que, según en sus propias palabras, «no le aportó nada positivo»[2]. Al salir de la cárcel, se recorrió toda España trabajando con grúas. Durante la década de los setenta, vivió la transición española uniéndose al sindicato vasco LAB y militando también en las Gestoras Pro Amnistía, formando así parte de la *Izquierda Abertzale.* La crisis económica que hubo en España en los ochenta hizo que *Peiro* emigrase a México, donde vivió durante cinco años. En México empezó a conocer a personas que habían estado huyendo de España a consecuencia de los GAL, la mayoría de ellos militantes de ETA. En 1985 volvió a España trabajando en distintos empleos, y dos años más tarde empezó a colaborar con ETA, siendo, en sus propias palabras, «cooptado por la organización»[3]. Cuando pregunto a *Peiro* si en el momento de la cooptación dudó de si quería militar en ETA, me respondió que en ningún momento, ya que él siempre había sido muy *borroca*[4]. Los orígenes humildes de *Peiro,* su etapa en México conociendo a militantes de ETA, y sus vivencias durante la intensa transición española entre 1975 y 1982 son elementos suficientes para entender su convicciones políticas revolucionarias, y su posterior ingreso en la cárcel, un proceso similar que viven la mayoría de las personas que forman una organización terrorista como ETA.

Teniendo en cuenta que la mayoría de militantes de ETA (como de cualquier otra organización terrorista) acaban en la cárcel, existe un vínculo emocional que les une a todos. El concepto de comunidades

emocionales hace referencia precisamente a cómo es posible analizar a personas por lo que sienten, en un primer plano como individuos y en un segundo como colectivo[5]. Muchos de los militantes de ETA que han pasado por la cárcel, como *Peiro,* experimentaron torturas en el momento de la detención. De hecho, las emociones que expresan durante la entrevista en referencia a este momento, son, la mayoría de las veces, muy parecidas. *Peiro* nos revela su experiencia emocional durante este proceso:

> Me hicieron de todo. La bolsa es lo más normal [se refiere a la simulación de asfixia]. Te la ponen, te la quitan… estas toda la noche allá. También me pusieron electrodos. Y luego en Madrid me hicieron la bañera. Estuve cuatro días en los calabozos. Lo de la bañera es una sensación de ahogamiento. Te meten para arriba y tú no puedes hacer nada. Te dejan, te meten, te dejan… y así, ¿entiendes? Te dan electrodos en los huevos, en donde te pillen. Y estuve cuatros días, y de ahí ya pasé al juez, y de ahí a Carabanchel. Mi primera cárcel fue en Carabanchel[6].

Peiro utiliza la coletilla «¿entiendes?» a lo largo de toda la entrevista. La utiliza sobre todo en momentos en los que está relatando una experiencia intensa, como el momento en el que fue torturado. Este dolor, en forma de tortura, que han experimentado mucho de los presos de ETA les une (al menos en parte) como comunidad emocional. Recuerdo, durante la entrevista, cuando *Peiro* me estaba contando que había viajado por toda España montando grúas. Yo le pregunté si había sentido algún tipo de vínculo emocional, de «comunidad», con los obreros de diferentes partes de España. El me respondió que «los vascos pensamos en la lengua, en lo nuestro»[7]. Posiblemente al hablar sobre la *Izquierda Abertzale* o comunidad radical vasca en su sentido emocional, la tortura en la cárcel también forma parte de ese «nosotros». En cambio, si analizamos a España como una comunidad imaginada, la tortura ya no forma parte de ese imaginario. La oposición antifranquista que vivió la transición

española, desde la muerte de Franco y la llegada de la constitución democrática de 1978, empezó a borrar poco a poco la tortura –que muchos de esos militantes antifranquistas habían experimentado durante la dictadura– del imaginario colectivo. Esta es en parte la razón por la que *Peiro* decía «¿entiendes?». Estaba simplemente delimitando un «nosotros» (los vascos) frente a un «vosotros» (los españoles).

Sin embargo, la tortura que muchos militantes experimentan antes de entrar en la cárcel no es el único *leitmotiv* de su identidad como *Izquierda Abertzale.* La vida dentro de la cárcel representa la penitencia, posiblemente en el sentido más católico del término. El protagonista del anterior capítulo, Gorka García Sertucha, habló de la cárcel como una fase más de su militancia. La cárcel por lo tanto, para dicho militante (y se podría extrapolar como un imaginario colectivo de los presos políticos vascos), no representa tanto «el horror» que puede percibir cualquier ciudadano medio, sino más bien una fase más en su vida. Es significativo que este horror que puede representar para cualquiera de nosotros la privación total de libertad no se traduzca en un interés social por cómo viven las personas que están presas. Como señalan algunos científicos sociales críticos con el sistema penitenciario, las cárceles están rodeadas por una «anestesia cultural». El ciudadano medio ve en ellas siempre «al otro», representando por lo tanto la cárcel como un «lugar abstracto», en el que, al igual que la violencia policial o las guerras, la represión sobre el individuo siempre aparece camuflada[8].

Después de su detención, la primera cárcel a la que fue destinado *Peiro* fue la de Carabanchel (Madrid). En palabras de *Peiro,* «era una cárcel jodida, con homosexuales y tal…»[9]. Este lenguaje de *Peiro,* utilizando la palabra «homosexuales» para describir algo malo dentro de la cárcel, lo volverá a usar a lo largo de la entrevista de una forma aún más explícita, poniendo en la misma frase a homosexuales, gitanos y drogodependientes. Recuerdo que esta anécdota me provocó cierta risa durante la entrevista y, días después, sentí cierto bochorno cuando transcribía esta parte de su testimonio. Como reflejó la criminóloga Lorna A.

Rhodes desde su trabajo con presos en la cárcel, «todo intento que llevé a cabo por tomar distancia con el sujeto para poder realizar una crítica, incluso para cuestionar su derecho a existir, solo me hizo sentir de una manera más intensa, parte de su mundo interior»[10]. Mi primera reacción en forma cómica al comentario de *Peiro* fue debido principalmente a que no me esperaba ese comentario. Los militantes de ETA suelen identificarse con una ideología socialista (incluido el propio *Peiro,* que menciona varias veces este término durante la entrevista) y suelen tener respeto hacia colectivos tradicionalmente oprimidos como los homosexuales. Los militantes de ETA califican a los presos que no están en la cárcel debido a su participación en un conflicto político como «presos sociales». La gran mayoría de las veces que he preguntado al resto de narradores que han formado parte de este estudio qué relación tenían con ellos, estos siempre respondieron con palabras de solidaridad hacia los presos sociales. *Peiro,* criado en un pequeño pueblo vasco como Beasáin de 13.000 habitantes, no recibió una educación de calidad en un contexto de represión franquista donde las clases trabajadoras, que eran las que ocupaban los colegios públicos, sufrían un fuerte estigma de clase social. Su lenguaje «políticamente no correcto», difiere por completo del de Fernando Etxegarai (protagonista del capítulo III), proveniente de una familia acomodada que le permitió estudiar en la universidad. Mi conexión emocional, como alguien proveniente de una familia de clase media y que tuvo la oportunidad de estudiar en la universidad, fue, obviamente, más intensa con Etxegarai. Sin embargo, haciendo referencia a la criminóloga antes mencionada, el comentario homófobo de *Peiro* no me hizo distanciarme emocionalmente de él. Al contrario, sentí cierta ternura hacia *Peiro,* y este sentimiento me hizo poder analizar la historia de vida de este militante desde una perspectiva personal y así dejar atrás el hermetismo emocional al que los narradores que viven en la militancia política nos tienen acostumbrados a la hora de relatar sus historias de vida.

Durante 1987 *Peiro* fue transferido a dos nuevas cárceles ubicadas por el centro de España. La primera fue Herrera de la

Mancha y la segunda Alcalá Meco. Lo que *Peiro* llama «la lucha» empezó allí:

> Cuando nos mandaron a Herrera de la Mancha y Alcalá Meco fue cuando empezamos la lucha, la *borroca.* Allí nos habíamos organizado como una comuna de ETA. Cuando *Jarrai* [juventudes cercanas ideológicamente a ETA] practicaba la lucha callejera, nosotros luchábamos en las cárceles. En la prisión organizábamos revueltas y huelgas de hambre. Esos años fueron muy duros. Recuerdo que una vez en Herrera de la Mancha unos guardias agredieron a varios compañeros y organizamos un motín. Lo que te quiero decir es que en ese tiempo la prisión era muy dura. Desde 1987 hasta 1991 todo era muy duro. En esa época había mucha movilización y esto también incluía a los que estábamos en prisión[11].

En 1987 ETA cometió el atentado más sangriento de su historia poniendo una bomba en un supermercado de la cadena de Hipercor, matando así a 21 personas e hiriendo a 45. ETA argumentó que había avisado a las autoridades sobre la colocación de la bomba, pero estas no hicieron caso ni fueron a retirar el artefacto. Sin embargo este argumento sirvió de poco a la opinión pública. Además, los GAL habían sido oficialmente disueltos ese mismo año y todo el escrutinio social caía sobre ETA y sus acciones violentas. *Peiro* usa la expresión «comuna de ETA» en un sentido orgánico. Como podemos ver a lo largo de este capítulo, a medida que ETA se iba quedando más aislada tanto política como socialmente, la represión sobre los presos en las cárceles aumentaba en intensidad. Las imágenes del atentado terrorista de Hipercor, que mostraban a decenas de personas ensangrentadas y retorciéndose del dolor en plena calle, pueden ser consideradas como un antes y un después en la vida de los presos de ETA. A partir de ese momento, el Estado español, con sus poderes políticos y judiciales, concentró sus esfuerzos en debilitar la lucha de los presos en las cárceles, con el objetivo de poder vencer a la «comuna».



Figura 4. El atentado de ETA que tuvo lugar en unos supermercado españoles el 19 de junio de 1987 se conoce popularmente como la «matanza de Hipercor». Desde el punto de vista histórico, este atentado es una prueba de cómo el final de la mayoría de organizaciones terroristas no se produce por una supuesta derrota militar a manos del Estado, sino por atentados como el de Hipercor que acaban por deteriorar su imagen pública.

Es en estas luchas de poder, el sistema penitenciario es utilizado por un Estado para «romper» psicológicamente a un individuo o colectivo social. Michel Foucault cambió el paradigma sobre los estudios de prisiones con su libro *Vigilar y castigar,* en el que analiza la historia del sistema de prisiones. Foucault aclara que con el tiempo, «el castigo acabará siendo la parte más oculta del proceso penal. […] Esto implica que se deje atrás la percepción del día a día, y se entre en la abstracción de la conciencia»[12]. Foucault explica cómo se pasó de ahorcar y torturar físicamente a los presos en

actos públicos durante los siglos XVIII y XIX, a un castigo más sofisticado que se consolida con la llegada de la posmodernidad a finales del siglo XX. Precisamente para evitar lo que antes describía *Peiro* como «comuna de ETA» en la cárcel, el gobierno español de Felipe González, en 1989, empezó a enviar a todos los presos políticos vascos a distintas cárceles a lo largo del Estado español con el fin de que no estuvieran juntos. La figura 4 nos muestra la desolación que provocó este ataque terrorista sobre la población española y que permitió al Estado actuar con contundencia sobre los presos de ETA. A *Peiro* le mandaron a la cárcel de Alcázar de San Juan, situado en la provincia española de Castilla-La Mancha. Allí estuvo en régimen de aislamiento, es decir, durante 23 horas al día debía permanecer dentro de la celda, y solo disponía de una hora al día para estar en el patio de la cárcel. *Peiro*definió esos años como «guerra total»[13]. En sus palabras, para conseguir cualquier derecho básico, tenía que «liarse a hostias con el funcionario de prisiones»[14]. En estos años empiezan a surgir organizaciones de presos vascos que reclaman precisamente el final de la dispersión y el aislamiento. Una de ellas es *Tortuaren Aurkako Taldea* (Coordinadora para la prevención de la denuncia y la tortura [TAT]). En los documentos de TAT, los presos podían contar su experiencia en el momento de la detención y relatar las torturas psicológicas y físicas sufridas a manos de los policías[15]. A finales de la década de los noventa, ETA iba perdiendo claramente la guerra en cuanto a legitimidad social se refiere. Y mientras esta organización terrorista se iba descomponiendo, el Estado español trataba de imponer su venganza desde todas sus esferas, teniendo a su sistema de prisiones como la punta de lanza.

Teniendo en cuenta este aislamiento social que ETA empezaba a experimentar en los noventa, me hice la pregunta de si los presos sentían esta atmósfera desde la cárcel y, lo más importante, si este hecho les hacía reflexionar sobre la continuidad de ETA como proyecto político.

> Lo que pasa es que nosotros hemos tenido mucha represión. Entonces al tener tanta represión, lo que ETA hacía para nosotros siempre fue sagrado. A nosotros nos daban palizas dentro de la cárcel. Nosotros estábamos en guerra, entonces, claro, lo que hacía ETA… para nosotros era sagrado, ¿entiendes?[16].

De los siete narradores que forman parte de esta investigación, todos ellos incorporaron en sus testimonios la narrativa ideológica de ETA sobre la supervivencia de la organización: hasta que el pueblo vasco no alcanzase el derecho de autodeterminación, la lucha armada seguiría teniendo sentido. Yo me negaba a pensar que todas estas reflexiones tan parecidas fueran fruto de una ideología política que no les dejaba pensar por sí mismos. Esta respuesta de *Peiro* me ayudó a entender que la experiencia en forma de un dolor físico y psicológico que los presos experimentaban en la cárcel durante tantos años (que, a pesar de estar encarcelados seguían activos dentro de la organización), les hacía empatizar con la realidad que sus compañeros estaban viviendo fuera de las cárceles.

Una de las lecciones que puedo sacar de la experiencia de vida de *Peiro* en la cárcel es que cuando él y el resto de los militantes de ETA usaban la palabra «guerra» para definir su relación con el Estado español, en esencia, no estaban faltando a la verdad. Esta guerra era una lucha ideológica, pero no en términos clásicos de teoría política, sino más bien en términos de ganar «la batalla moral». En un artículo sobre las prisiones en Irlanda del Norte, varios científicos sociales analizan el conflicto a través de una mirada desde dentro del sistema de prisiones. En un apartado describían que «el uso de la criminalización como categoría es fundamentalmente una redefinición de la violencia política como una simple actividad criminal. Esto se hace como intento de quitar cualquier legitimación a los terroristas. […] Cualquier símbolo que diferenciase entre terroristas y criminales ordinarios, cualquier elemento de carácter político del preso, había que extirparlo del

sistema»[17]. La percepción de *Peiro* sobre la política de dispersión antes descrita es recogida en el siguiente pasaje:

> La dispersión era jodernos por todos lados. Era esparcirnos por toda España para que no cogiéramos fuerza. […] Nos tenían que romper por algún lado, porque claro, estábamos muy organizados. Entonces la dispersión significaba rompernos. […] Nos metieron en celdas con gente que no sabía hablar *Euskera,*nos mezclaban con presos sociales… Por ejemplo, nos metían en una celda con otros tres presos: un gitano, un homosexual y un heroinómano… Eso hacían con nosotros, ¿entiendes? Ellos trataban de jodernos. Eso era la dispersión[18].

El mayor objetivo de un Estado respecto a un grupo insurgente operando dentro de sus fronteras es, como ha indicado *Peiro,* romper a sus activistas psicológicamente. En este sentido, eliminando el componente político de la encarcelación de una persona, el Estado estaba tratando de desconectar políticamente al preso de la comunidad a la que pertenece.

Peiro permaneció cuatro años en prisión, un periodo corto de tiempo si lo comparamos con el resto de narradores que participan en este libro. Él fue acusado de colaborar con ETA; sin embargo, en contraste con la mayoría del resto de narradores, no fue condenado por ser miembro de la organización. Este epígrafe empezó utilizando el concepto de «comunidades emocionales» como herramienta para estructurar las historias de vida de los presos de ETA. La narrativa de *Peiro* identifica el enfrentamiento físico con los guardias de prisiones con su identidad como militante de ETA. Durante la entrevista, al igual que se puede reflejar en los fragmentos exhibidos en este epígrafe, pude notar el carácter directo de *Peiro.* El hecho de no querer esconder de ninguna manera su vínculo emocional con ETA, y entender que ese vínculo se hizo cada vez importante debido a su experiencia en la cárcel, nos deja una conclusión clara. El sistema de prisiones español, en su intento de «doblegar» impartiéndole ese tipo de sufrimiento, provocó que este militante se

sintiera cada vez más emocionalmente conectado con su organización. Como veremos en los siguientes dos epígrafes, si ETA llega al siglo XXI con un apoyo popular muy bajo por parte de la comunidad vasca, será en las cárceles donde tenga uno de sus últimos nichos de legitimidad popular. El siguiente epígrafe presenta las vidas dispares de Píriz y *Kitxu,* y cómo la comunidad emocional de presos vascos existe en tanto que sus militantes comparten un sufrimiento físico y psicológico. Por el contrario, las historias de vida de estos militantes nos ayudan también a ver cómo, a pesar de haber vivido realidades parecidas, las subjetividades de estos dos militantes son radicalmente diferentes.

JUAN MANUEL PÍRIZ LÓPEZ E IÑAKI GONZALO CASAL *(KITXU).* DOS PERSONALIDADES Y UN MISMO DESTINO

Juan Manuel Píriz López (1961) e Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (1964) son de la misma generación. Píriz se crio en una familia de clase trabajadora y estudió un módulo de formación profesional. *Kitxu* proviene de una familia de clase media-alta y estudió periodismo. Píriz trabajó de electricista antes de entrar en ETA, mientas que *Kitxu* lo hizo en varios periódicos y radios antes de dar el paso a la insurgencia. Estos dos hombres no solo tienen historias de vida muy diferentes, también su carácter lo es. Mi experiencia con *Kitxu* fue muy buena. Es abierto y amable, y durante la entrevista sentí que me transmitía una gran humildad. Mi entrevista con Píriz en cambio fue la más difícil de todas las que realicé durante mi trabajo de campo en el País Vasco. El carácter que me transmitía Píriz era el de una persona que había tenido una vida muy difícil, mucho más que la de *Kitxu.* Él me daba la sensación de que no tenía nada importante que ocultar durante la entrevista. De hecho, *Kitxu* me dijo que no había sido condenado por delitos de sangre o, en otras palabras, que no había matado a nadie. El error de no investigar previamente el perfil del narrador lo volví a cometer con Píriz. Cuando acabé la entrevista con él, volví a la casa donde me alojaba en Plencia, un pueblo cerca de Bilbao, y algo en mi cabeza me daba malas sensaciones respecto a la

historia de vida que acababa de conocer. Cuando busqué información en los diarios digitales de internet, me enteré de que Píriz había sido condenado por un ajuste de cuentas dentro de la propia ETA. Es decir, supuestamente había matado a otro militante de la organización que había desobedecido una orden directa. Este dato me provocó un escalofrío en el cuerpo. También es relevante el hecho de que *Kitxu* enfatizara que no tenía sangre en las manos, mientras que Píriz no mencionó en ningún momento el motivo por el que había sido detenido por la policía. En la década de los ochenta los militantes de ETA no hablaban abiertamente de sus acciones armadas. Sin embargo, un militante no tenía por qué tener vergüenza de lo que había hecho durante sus años militando en una organización terrorista. A principios del siglo XXI, sin embargo, este arrojo personal ya no era el mismo.

El carácter directo y, hasta cierto punto, arrogante de Píriz era consecuencia de la manera de ser de un hombre que había estado «dispuesto a todo». En 1982 Píriz es detenido por primera vez cuando acababa de cumplir veinte años.

> PÍRIZ: Nos torturaron los cinco primeros días.
> BUCKLEY: A lo mejor te cuesta un poco hablar de esto. Pero ¿que te hicieron, el tema de la bolsa o un poco de todo?
> PÍRIZ: A mí me llevaron a… a mí no me cuesta hablar de esto [se ríe], yo no tengo ningún problema con eso. A mí me llevaron a hostias desde Fuenterrabia hasta Bilbao, dándome de hostias con un zapato en la cabeza, con el tacón de un zapato… que cuando me vi la cabeza a los seis o siete días, la tenía como el monstruo de Frankenstein, cuadrada. Y luego, pues, en un par de momentos me pusieron electrodos, tzzzizzz, pero no mucho, fue un par de momentos[19].

Píriz fue detenido por practicar varios sabotajes a grandes empresas españolas como a *Iberdrola.* Él habla del periodo de torturas con desparpajo, hasta sorprendiéndose de que le pregunte si le afecta hablar de esto. El resto de militantes que participaron en esta investigación, de alguna forma se resentían emocionalmente

cuando hablaban del periodo que fueron torturados. Sus risas y comentarios, incluso provocadores, «yo no tengo ningún problema con eso», pueden ser interpretados como un intento por parte de Píriz de no querer mostrar ningún síntoma de debilidad ante mí. Hay también algunos detalles casi surrealistas que se pueden recoger de su testimonio de tortura. El policía pegando a Píriz con el tacón de un zapato en la cabeza revela que la violencia, y en concreto la tortura, pueden tomar formas casi literarias. Las historias de tortura vividas por los militantes de ETA pueden llegar a tener elementos fantasmagóricos, y esto puede hacer difícil al lector discernir entre la pura realidad y la narrativa que forma la historia.

Esta realidad fantasmagórica también está presente en la detención de *Kitxu,* en 1994, cuando tenía treinta años.

> A mí me detuvo la *Ertzaintza.* La *Ertzaintza* torturaba, pero no como la Guardia Civil. Yo me acuerdo cuando me… porque a mí me detuvieron de paisano y cuando me llevaron a la comisaría y vi así por debajo de la manta que el pantalón era azul dije ¡menos mal! Porque allí lo que te acojonaba era que estuviera la Guardia Civil. ¿Cuál fue la tortura de la *Ertzaintza*? Drogas. A mis tres compañeros los drogaron. A mí no, porque no bebí agua. Yo no bebí agua porque sabía que me iban a meter la droga ahí. Mi tortura fue más psicológica, con diferentes amenazas, y también física, con algunos golpes. Por ejemplo, cuando me detuvieron me abrieron la cabeza. Yo fui al juez con la parte derecha de mi cabeza llena de sangre seca[20].

Cualquier ciudadano se puede asombrar con la intensidad de torturas que puede sufrir un militante de una organización terrorista. Pero incluso los que nos dedicamos a tratar el tema de la violencia política, el hecho de que la policía use drogas con los detenidos, nos sorprende. La parte final del testimonio de *Kitxu* en el que comparece ante el juez con la sangre aún seca sobre su cabeza nos acerca aún más a este mundo kafkiano[21]. La conexión entre los mundos policial y judicial es indispensable para entender la vida que empezaba para los militantes de ETA una vez eran detenidos. En

este caso, esta máquina burocrática de la que Kafka hablaba en sus escritos, se conjuga con el mundo de la transgresión de las drogas. Si la tortura, sumerge a la víctima en los horrores más profundos de su realidad, esto ya no es suficiente. Hay que abstraer a la víctima cierto tiempo, para que su infierno se eleve a las alturas.

Después de estar un mes en la prisión de Carabanchel, *Kitxu* fue enviado a la prisión de Navalcarnero, donde experimentó «el infierno». Esta prisión había sido creada durante el gobierno español de Felipe González con el objetivo de experimentar con los presos de ETA, y ver hasta qué punto podían aguantar el dolor. *Kitxu* empieza el relato diciendo «fíjate, han pasado veinte años y todavía no quiero ni recordarlo»[22]. Las huelgas de hambre eran el principal recurso que tenían los militantes de ETA para reclamar sus derechos.

> BUCKLEY: ¿Hiciste alguna huelga de hambre?
> KITXU: Un montón. Allí estábamos todo el día en huelga de hambre porque no podíamos vivir. Y al final después de año y medio conseguimos cerrar la prisión. Lo cerramos. Se cerró. Se abrió una investigación, se empezó a descubrir todo lo que había pasado, pero claro, de allí salimos muy tocados. Yo me acuerdo que de allí me llevaron a Ocaña y mi mente era como que no quería recordar. Luego, de vez en cuando, por las noches, me empezaron a llegar los recuerdos. A día de hoy, todavía me vienen recuerdos de Navalcarnero que no me dejan dormir, y ya han pasado muchos años. Y eso ha quedado ahí. Nosotros en Navalcarnero no podíamos ni preguntar. No podían venir ni el educador ni el médico ni nadie porque lo tenían prohibido[23].

En las condiciones terribles que *Kitxu* ha descrito, en su estancia en Navalcarnero escribió *Carta a un fantasma*[24], publicado tres años más tarde, donde recogía sus experiencias como militante de ETA, fuera y dentro de la cárcel. El libro está escrito de una forma muy personal, mezclando continuamente la narrativa con la poesía. El trauma que le quedó a *Kitxu* de la cárcel de Navalcarnero le

persigue desde entonces y, sin embargo, esa experiencia le permitió sacar desde dentro de sí mismo algo tan bello como la poesía. Hoy en día, en el mundo de la academia, diferentes estudios sobre el trauma y las memorias de los militantes de grupos armados están dando nuevos análisis sobre el fenómeno de la violencia política[25]. En este caso, la terrible experiencia en Navalcarnero podría haber convertido a *Kitxu* en un ser humano rencoroso, con grandes deseos de venganza. Sin embargo, de todos los militantes a los que he entrevistado, ha sido prácticamente el único que no solo me ha reconocido los errores históricos de ETA, sino que él mismo se encargó de señalarlos durante la entrevista. Atendiendo al dolor infringido por el Estado y su sistema carcelario, sería comprensible que en *Kitxu,* tras la experiencia en la cárcel de Navalcarnero, despertara el monstruo que cada ser humano lleva dentro. Pero no fue así: *Kitxu,* para aferrarse a la vida, buscó la cara más bella de esta.

Píriz sale de la cárcel en 1983, y un año más tarde es detenido por participar, otra vez, en acciones armadas. Ese mismo año (1984) Píriz presuntamente asesinó al antiguo miembro de ETA Mikel Solaún cuando se encontraba junto a su mujer y sus dos hijas en una cafetería. Solaún había dejado ETA y además había desobedecido una orden directa de la organización, por lo tanto su muerte se puede interpretar como un acto de venganza por parte de la organización. Durante la entrevista, no sabía nada de las acciones armadas de Píriz. Sin embargo, haciendo referencia al momento de su detención, Píriz me suelta un «no te voy a contar nada de eso»[26]. El momento más intenso de la entrevista, vino, sin embargo, justo después, cuando Píriz me narró su detención.

> PÍRIZ: Vamos a febrero de 1984. Estamos en un piso nosotros, y se produjo… Los GEO entraron a sangre y fuego. Y hubo un muerto de los nuestros.
> BUCKLEY: ¿Y entonces te vuelven a detener ahí?
> PÍRIZ: Si, nos vuelven a detener. Yo y el chaval de Santurce resultamos heridos graves. Bueno, gravísimos, estuvimos al borde de la muerte.

BUCKLEY: ¿Un disparo?
PÍRIZ: No, a mí me pegaron doce.
BUCKLEY: ¡Doce disparos!
PÍRIZ: Sí, y a mi compañero le pegaron diecinueve.
BUCKLEY: Pero ¿cómo es posible salir vivo con doce?
PÍRIZ: Sí, me pegaron dos por aquí [me señala partes de su cuerpo]. Me atravesaron entero y me pegaron en el pulmón. Y uno que se me quedó por aquí [me señala otra parte del cuerpo]. Me atravesaron el páncreas y, la hostia. Y luego todo lo demás pues por las piernas… [me señala los disparos][27].

Toda la entrevista con Píriz y, por ende, también su historia de vida son a la vez extraordinarias y confusas. Las historias orales de vida vienen cargadas de una complejidad en la que a veces es difícil separar lo que pasó de verdad, la «realidad», con la narrativa del narrador, es decir, su relato. Esta difícil tarea no consiste tanto en separar lo real de lo ficticio, sino más bien en la habilidad del historiador oral de poder fusionar la subjetividad del narrador con los hechos. En este caso, Píriz no quiere ni mencionar porqué le arrestó la policía en 1984, pero en cambio describe detalladamente lo que vive en el momento de su detención. El «superhombre» que sobrevivió a doce disparos se hace más pequeño a la hora de cuestionar su propio pasado.

Tanto a Píriz como a *Kitxu* les gustaría poner sus experiencias de vida en la cárcel «a sus espaldas», es decir, no tener que recordarlas continuamente. Cada uno cumplió una pena de veinte años de cárcel. La diferencia entre ellos es que *Kitxu* no estaba condenado por ningún delito de sangre. *Kitxu,* en referencia a este tema, comentó durante la entrevista que «un condenado había descuartizado a su hija y a su hijo, y los había metido en el jardín, y en siete años había quedado libre»[28]. Este sentimiento de ser inocente es probablemente el más hondo que *Kitxu* llevaba consigo durante sus dos décadas en la cárcel. A pesar de que el habla de la cárcel de una forma positiva en el sentido de lección de vida y, aunque aprovechase el tiempo logrando acabar tres carreras

universitarias, *Kitxu* me transmite la idea de que en parte le tocó vivir algo que no merecía.

Tanto a *Kitxu* como a Píriz les entrevisté solo unos meses después de su salida de la cárcel. Teniendo en cuenta el corto periodo de tiempo que había pasado desde que salieron de prisión hasta el momento de la entrevista, los dos estaban, en ese momento, reconciliando emocionalmente su pasado en prisión con sus nuevas vidas fuera de ella. Haciendo referencia a Faulkner, «el pasado no está muerto, ni siquiera puede considerarse pasado», en este caso era particularmente cierto debido a sus largas penas en prisión y su reciente salida[29]. Como ya hemos mencionado, la principal diferencia entre los dos, es que *Kitxu,* a pesar de no mostrar rencor, sentía que se había cometido una injusticia con él. Por el contrario, lo que atormentaba a Píriz no estaba relacionado con lo que él había sufrido en la cárcel, sino como la gente le iba a recordar.

> Mira, te voy a decir porqué he accedido a que me entrevistes: sé que como no contemos nosotros nuestra historia, la van a contar otros[30].

En mi opinión, a pesar de que la frase de Píriz tiene mucho de verdad, y se puede extrapolar a todos los militantes que han participado en esta investigación, en su caso, hay un intento de «expiar los pecados». Teniendo en cuenta estas diferencias emocionales, como consecuencia de tener diferentes pasados, ¿se puede hablar entonces de «comunidad emocional» en relación con los presos políticos vascos, como se hacía referencia al principio de este capítulo?

La respuesta a esta pregunta, sirve a modo de conclusión. Las historias de vida de Píriz y *Kitxu* nos muestran que el carácter y las emociones de una persona se moldean, obviamente, por dónde se educa, cómo crece, en qué familia, etc. Mi implicación emocional con los narradores que participaron en este libro siempre fue, digámoslo así, positiva. Este hecho lógicamente también condicionó el modo en que afronté mi objeto de estudio (ETA). Esta organización, como puede ser fácil de observar, está muy

estigmatizada en España, con un historial de más de 800 asesinatos. Sin embargo, como antes he mencionado, yo intenté, durante mis viajes al País Vasco, ir con una «mentalidad abierta». Esta actitud no fue difícil para mí debido a que crecí en una familia liberal y estudié en una universidad muy izquierdista. Sin embargo, no sabía lo que me iba a encontrar cuando entrevistara a los militantes. De hecho, no sabía ni si quiera si iba a poder entrevistarlos porque en mi imaginario ellos representaban algo «inaccesible». Todo esto lo comento para contextualizar mi experiencia con Píriz. No puedo considerarla mala. Se puede decir que no la disfruté tanto como las otras seis entrevistas, que fueron muy buenas. Por lo tanto, a la hora de analizar a los presos vascos como comunidad emocional tengo que tener en cuenta mis propias emociones con los narradores, que al fin y al cabo son parte intrínseca de este libro. En este sentido, la excepcionalidad que representa Píriz, como una experiencia (mía) peor que el resto, me reafirma en que la cárcel mantiene, como antes se ha dicho, a los presos en conexión emocional con la organización. Seguramente este sea el hecho, la simple estancia en la cárcel, que mantenga la existencia de una comunidad emocional de presos políticos vascos.

Recuerdo que cuando entrevisté a *Kitxu* unos meses después de su salida de la cárcel, le notaba muy implicado emocionalmente en todo lo que tenía que ver con la *Izquierda Abertzale.* Cuando volví un año después al País Vasco para hacer mi segunda fase de trabajo de campo, recuerdo que *Kitxu* me dio una tarjeta de su nuevo trabajo. Estaba montando una empresa que trabajaba en aeropuertos en casos en los que los pasajeros de una aerolínea reclamaban a esta la pérdida de sus maletas. Puede que fueran mis propios prejuicios acerca de qué vida me podía imaginar para un militante de ETA al salir de la cárcel. Sin embargo, me parecía extraño que *Kitxu,* que después de la cárcel se había pasado una temporada en El Salvador haciendo decenas de entrevistas a combatientes de una guerrilla que había estado activa durante la década de los ochenta, se metiera en un negocio de equipajes de aerolíneas. Puede que estemos hablando simplemente de cómo un hombre se busca la vida, o puede también que la distancia temporal

de la cárcel, de la represión, del aislamiento… separase emocionalmente a *Kitxu* del resto de presos, y por lo tanto, le separasen del mundo emocional de la *Izquierda Abertzale.* En la última parte de este capítulo, y sin abandonar esta comunidad emocional que son los presos políticos vascos, tendremos como historia de vida la de una mujer. En las construcciones sociales de género, las mujeres aparecen retratadas como seres más emocionales que los hombres, al menos en cómo ellas cuentas sus historias. Teniendo en cuenta este elemento, he desarrollado un concepto de la comunidad emocional de los presos políticos vascos desde una perspectiva femenina. Este último epígrafe nos dará algunas claves para seguir desarrollando el concepto de comunidad emocional dentro de los presos políticos vascos.

ANITZ ESKISABEL: LA MUJER SENSIBLE, LA MILITANTE HUMILDE

Anitz Eskisabel representa algo especial en este libro por dos razones. La primera se debe a que es la narradora más joven (nació en 1977), lo que nos permite acercarnos a ETA en el siglo XXI a través de su detención y su experiencia en la cárcel. Y la segunda porque es la única mujer que participa en esta investigación, y este hecho nos permite incluir la discusión sobre el género a la comunidad emocional de presos políticos vascos. La antropóloga Begoña Aretxaga explica que «los presos nacionalistas son hijos del pueblo, y en las campañas reivindicativas organizadas en torno a ellos, la vuelta a casa *presoak etxera* es la consigna por excelencia para reclamar la salida de los presos de la cárcel, y más aún, la vuelta de estos a Euskadi»[31]. Recuerdo los minutos previos a la entrevista con Anitz. Nos tomamos un café en su pueblo natal, Lazcano. Lo único que sabía de ella es que había estado en la cárcel, pero no había cumplido una larga condena. Tampoco estaba seguro si realmente había militado en ETA o si simplemente había colaborado con la organización, algo que ni siquiera quiso desvelarme una vez terminada la entrevista. El hecho de Anitz había sido una presa política vasca, se notaba en el «aura» que

desprendía su presencia. Nos tomamos el café en un sitio donde había varias fotos de presos de ETA, algo clásico en el País Vasco, y en un pueblo como Lazcano (sur de la provincia de Guipúzcoa) donde la *Izquierda Abertzale* tiene una fuerte presencia. En el bar los empleados la trataban con respeto, sabiendo por supuesto quién era. Después del café dimos un paseo hasta llegar a un parque situado en lo alto de una colina. En los diez minutos de paseo casi no pudimos hablar, porque Anitz se paraba constantemente a hablar con la gente que le saludaba. Puede que estemos hablando simplemente de una mujer que saluda a los habitantes del pueblo donde se ha criado. Sin embargo, me inclino a pensar, haciendo referencia a Aretxaga, que Anitz es, por su condición de antigua presa política, «hija de su pueblo», y este factor fue un elemento clave durante toda la entrevista.

Anitz viene de una familia de clase media y estudió derecho, recibiendo la mayor parte de los cursos en *euskera.* A lo largo de la entrevista, Anitz tiene un tono en el que me da la sensación de que se infravalora a la hora de explicar cómo su lucha personal ha contribuido a la causa de la *Izquierda Abertzale.* Cuando le pregunté cuándo se «politizó», me miró sorprendida, como si no comprendiera bien qué significa ese término.

> «Vivir la política» yo creo que no tiene sus orígenes en la *ikastola.* Lo he vivido desde siempre, por una cosa o por otra […]. El primer recuerdo que tengo es cuando mi padre falleció cuando yo era pequeña. En ese tiempo, recuerdo estar mirando la tele y ver la detención de Mikel Zabalza. Cuando su familia denunció su desaparición, y yo le preguntaba a mi padre todos los días: «¿Ha aparecido hoy? ¿Ha aparecido hoy?». Hasta que apareció muerto en el río[32].

La historia de Mikel Zabalza fue uno de esos casos que marcó a la sociedad vasca. Detenido por la Guardia Civil el 26 de noviembre de 1985, fue incomunicado gracias a la ley antiterrorista. Según la versión oficial de la policía, Zabalza intentó escapar lanzándose al río Bidasoa cuando les indicaba a la policía dónde estaba un zulo

con armas. Sin embargo, las personas que fueron detenidas junto a él, plantean la hipótesis de que Zabalza murió mientras fue torturado por la policía. A pesar de que el cuerpo de Zabalza fue encontrado veinte días después de su detención, a día de hoy sigue sin esclarecerse las circunstancias de su muerte. Esta clase de historias, que no solo Anitz, sino otros muchos ciudadanos vascos crecieron escuchándolas, hacen que se entienda el tono de Anitz en cuanto a no darse importancia a sí misma. Después de la entrevista, comentaba con Anitz por qué se sorprendía con la palabra «politizarse». Ella me decía que prefería la expresión «vivir la política», ya que su vida, en parte por historias como la de Zabalza, siempre había sido «política». Anitz no está muy interesada en hablarme de su familia, ni tampoco de sus días en la universidad donde formaba parta de la *Izquierda Abertzale.* Esta falta de interés no es por vergüenza, ni siquiera porque Anitz no se fíe de mí. A diferencia de Juan Manuel Píriz, para quien el hecho de que yo le entrevistara era importante para que «el mundo conociera su historia», Anitz no se considera «digna» de tener una historia de ser contada.

Es, en mi opinión, una combinación de los «roles de género» y lo que representa la «ideología nacionalista» la razón por la cual Anitz se siente confusa al hablar de «politización» y a la vez siente que su historia de vida no es muy relevante para mi estudio. La historiadora oral Carrie Hamilton observó que, «interpretando el nacionalismo como un movimiento político, muchos estudios sobre ETA se han basado en la separación problemática entre la esfera pública y la privada. […] El nacionalismo sin embargo, es un movimiento basado en la comunidad, y cohesionado por lazos familiares, que desafía una división simplista entre lo público y lo privado»[33]. Para Anitz, la política, el nacionalismo y, hasta cierto punto, ETA, han sido parte de su día a día desde que era pequeña. En este sentido, no hay que entender su politización simplemente desde un proceso, sino desde su condición humana. En este sentido, la comunidad nacionalista vasca, desde los *gudaris* que lucharon contra el fascismo durante la Guerra Civil española hasta los militantes de ETA, ha estado visibilizada principalmente por hombres que «daban su vida por el

pueblo vasco». Mujeres como Anitz, por mucho que hayan arriesgado su vida por la misma causa, siguen formando parte de esta cultura patriarcal.

En los documentos internos de TAT, los testimonios de tortura se recogen de una manera aséptica, es decir, la persona simplemente «relata los hechos». Este formato permite que la presentación de los informes sea seria, formal y, a la vez, que cualquier vestigio emocional del torturado sea eliminado. Sin embargo, en las conclusiones de los diferentes informes del TAT, existe un análisis más enfocado a las emociones que puede sentir un torturado. En referencia a la importancia de que el torturado cuente su historia, uno de estos documentos dice: «el testimonio tiene un valor terapéutico hacia la propia persona torturada. Esta función es desconocida por la mayor parte de la población. Los objetivos que se plantean son ayudar a la víctima a comprender que la tortura presenta situaciones de elección imposible y permitir que los torturados reconozcan que toda responsabilidad y culpabilidad del trauma debe ser colocado en el torturador. Esto libera a la víctima de sentimientos de culpabilidad»[34].

En 2005, Anitz es detenida por la policía en lo que el ministro de Interior del gobierno socialista, Alfredo Pérez Rubalcaba, calificó como «redadas preventivas». Cuando le pregunto a Anitz porqué le detienen exactamente, siento que emerge cierta tensión entre nosotros dos. Pero esta nueva atmósfera no me sorprende, ya que es un patrón que se repite con los otros narradores. Sin embargo, lo que me inquieta, es que cuando Anitz me dice que el viaje con la policía desde el País Vasco a Madrid fue horrible por las torturas, acto seguido, cuando le pido que me lo describa, ella se queda callada, con la mirada perdida. Entonces explica, con la voz quebrada que «fue muy duro» y que no puede continuar con el relato, al menos en lo referente a las torturas. Anitz, por lo tanto, tiene tal carga emocional que ni siquiera quiere (o siente el deseo) de experimentar ese proceso liberalizador que es contar lo que le pasó. No creo que Anitz sienta culpa por lo que vivió con la policía. Simplemente su dolor es tan grande que, a diferencia del resto de

militantes de ETA, hombres que necesitan exteriorizar su dolor, Anitz se lo queda para sí misma.

Entre 2005 y 2010 Anitz entra y sale de la cárcel en varias ocasiones. En un primer momento le meten en prisión preventiva (a la espera de juicio) durante dos años. En 2007 sale de la prisión preventiva y en los siguientes dos años hace lo que ella llama «vida normal». En 2009 se celebra un juicio que Anitz califica como una «farsa» y es condenada a seis años de prisión, entrando en 2010 y cumpliendo solo cuatro años. Anitz vive durante estas primeras dos décadas de este siglo XXI en un contexto sociopolítico en el que ETA practica lo que los académicos más críticos con la organización han descrito (acertadamente) como el terror. Hannah Arendt explicó que «ni el poder ni la violencia son elementos naturales del ser humano, sino una manifestación de su vida cotidiana»[35]. Precisamente, el *best seller* publicado en 2016 por Fernando Aramburu *Patria* tendrá éxito por su capacidad de describir este terror que ETA instaló en la vida cotidiana de los vascos[36]. Debido a las constantes amenazas y asesinatos de ETA, ser policía o concejal de un partido no nacionalista en el País Vasco se acabó convirtiendo, durante estos primeros años del siglo XXI, en una profesión heroica.

Este contexto sociopolítico se me venía a la cabeza a la vez que Anitz me contaba sus idas y venidas de la cárcel. Cuando intenté averiguar por qué Anitz seguía tan comprometida con esta lucha política en un periodo en el que ETA se encontraba política y socialmente más aislada de su historia, Anitz me contestó lo siguiente:

> Yo creo en un proyecto, sí. Pues a ver, al final es lo que me ha tocado. Yo he nacido aquí, creo que es viable[37].

En el párrafo anterior menciono que la vida de Anitz fue moldeada a través del contexto sociopolítico que vivió. Esto es solo en parte cierto, ya que, por otra parte, simplifica en exceso la realidad de Anitz en aquellos años. La experiencia de Anitz con el sistema jurídico y policial español es tan intensa que en su vida cotidiana

asimila, como ella dice, que eso es lo que le ha «tocado vivir». A veces parece que el nacionalismo vasco y, en concreto, la *Izquierda Abertzale* fueron «tocados por el destino». Las historias de vida de los militantes de ETA están narradas de tal forma que desde el tono que utilizan parece que ellos mismos se creen que no había «otra vida posible». Es importante entender que estas vivencias y autonarrativas a veces chocan con la «estupefacción» que en el mundo académico podamos sentir al ver que muchas veces el testimonio del militante no nos encaja con el contexto sociopolítico de aquella época. En este sentido, el terror que ETA practicaba sobre la población vasca en forma de chantajes, amenazas y asesinatos en este siglo XXI no era totalmente ajeno a Anitz ya que, como persona inteligente, ella sabía que esa era una parte importante de la realidad de su país. Sin embargo, y este concepto es importante para entender este último capítulo del libro, su condición de «presa política vasca» le confería un estatus social (para el exterior) y emocional (para sí misma) distinto a la mayoría del resto de ciudadanos vascos.

A lo largo de este último tramo del capítulo, la condición de mujer de Anitz ha estado muy presente. Mi entrevista con Anitz, en forma de historia oral, fue la más corta en comparación con el resto de narradores que participan en esta investigación, durando apenas cuarenta minutos. Cuando acabó la entrevista, me sentí un poco confundido. Por un lado, sentí que Anitz, debido a su actitud reservada, no me había contado mucho y dudaba incluso de si aquella entrevista tenía algo de valor en mi investigación. Por otro lado, precisamente esta falta de contenido de la entrevista me dejó pensativo. Si la metodología de historia oral se basa en como el entrevistador debe poner atención en lo que el narrador no dice, en el caso del testimonio de Anitz este principio se hace muy importante. La experta en teoría de género, Judith Butler, sentencia que «la mujer, incluso en plural, ha llegado a ser un término problemático, un lugar de contestación, una causa para la ansiedad»[38]. En este caso, y desde mi percepción personal, la condición de mujer de Anitz le hizo que se sintiera a gusto y empatizara conmigo antes y después de la entrevista, tomando sin

embargo una actitud más defensiva en cuanto me puse a grabar nuestra conversación. En el tono que Anitz utiliza para contar su historia de vida en la cárcel, el sujeto (Anitz) lucha «por no ser esa persona», y el refugio que se crea «como mujer», hace del género, como apuntaba Butler, un marco conflictivo de análisis en este capítulo.

Nos adentramos en la última etapa de Anitz en la cárcel (2010 y 2014). Anitz entró en la cárcel, según sus propias palabras, «mucho más organizada que antes»[39]. A pesar de que –según documentos internos de la organización de presos *Senideak*– el sistema penitenciario español no ponía nada fácil a los presos políticos vascos poder estudiar, Anitz salió de la cárcel con la carrera de Historia del arte casi acabada. Anitz, como el resto de los narradores de este estudio, así como la mayoría de presos políticos vascos, aprovecharon sus estancias en la cárcel para encontrar estímulo intelectual cursando diferentes carreras en la universidad. Esto desmonta otro mito forjado en los medios de comunicación de masas españoles, describiendo generalmente a los militantes de ETA como «gente poco cultivada». Durante los últimos años de existencia de ETA, mientras estos prisioneros trataban de crecer intelectualmente dentro de las cárceles, ETA y la *Izquierda Abertzale* iban cambiando sus estrategias en referencia al conflicto vasco.

Durante las décadas de los setenta y los ochenta, la *Izquierda Abertzale* trazaba su estrategia en torno a la acción colectiva, en la que sus diferentes sindicatos, partidos políticos u organizaciones de presos realizaban numerosas acciones en aras de llevar a cabo un cambio político. En cambio, a finales de los noventa y durante la primera década del siglo XXI, la estrategia se basó en la resolución del conflicto, copiando el modelo norirlandés[40]. El punto álgido de esta estrategia se consumó en 2011 con la conferencia internacional de Ayete, en donde destacados miembros de la comunidad internacional como Kofi Annan o Gerry Adams pidieron el cese de las hostilidades por parte de todos los actores implicados en el conflicto armado vasco. Tres días más tarde ETA declaró un alto el

fuego permanente, poniendo en escena la estrategia de resolución del conflicto por parte de la *Izquierda Abertzale.*



Figura 5. La conferencia de Ayete celebrada en 2011 reunió a personalidades relevanetes de la comunidad internacional como Gerry Adams o Kofi Annan. Esta foto simbiliza el comienzo del post conflicto vasco.

El cambio de una estrategia armada ofensiva a la búsqueda pacífica de la solución del conflicto afectó a la comunidad emocional de presos políticos vascos. A pesar de que la figura 5 muestre un escenario posterior al conflicto, este momento tuvo más de espejismo que de realidad, ya que hasta el momento presente el Estado español no ha iniciado un proceso de justicia transicional en referencia al conflicto vasco. La intensidad de las experiencias de vida de los militantes de ETA como integrantes de una organización terrorista les hace ser personas muy distintas del resto de la sociedad vasca. Este hecho ha podido contribuir a su aislamiento emocional dentro de esta. Debido precisamente a la intensidad de

sus vidas, las representaciones que tienen los militantes de ETA de la lucha armada corren el riesgo de quedarse aisladas del resto de la sociedad. La narrativa de Anitz consta de dos partes: su vida y el conflicto político. Por un lado, el conflicto político reduce la importancia de su experiencia de vida. Por otro lado, Anitz reduce el conflicto a una sola dimensión, en sus palabras, «los que buscan su resolución, y los que no»[41]. Estas dos partes, sin embargo, no pueden ser analizadas de manera separada. En el siglo XXI ETA y la *Izquierda Abertzale* saben que no pueden imponer su estrategia política al resto de la sociedad vasca. Ni siquiera su principal capital humano durante este periodo, los presos, son ya tan importantes en la sociedad vasca como para aglutinar mayorías sociales. Es en este contexto en el que la historia de Anitz, como mujer humilde y poco dada a protagonismos, se entrelaza con una ETA ya en decadencia que, aunque no lo supieran sus militantes, está a punto de desaparecer.

«LA DISPERSIÓN ERA JODERNOS POR TODOS LADOS»

Hay un destino común que suelen tener los militantes de ETA: la cárcel. La privación de libertad que supone la cárcel une emocionalmente a los militantes de esta organización que han pasado por ella. Este capítulo comenzó hablando de *Peiro.* Su origen de clase trabajadora así como su determinación por luchar contra las injusticias hacen de este militante de ETA una persona que me habla de forma directa, a veces incluso políticamente incorrecta. La tortura que experimenta *Peiro* cuando es detenido, así como las peleas que tiene con los funcionarios de prisión mientras vive en la cárcel, hace que cuando *Peiro* me narre estas vivencias, simplemente me quiera explicar cómo era «su mundo» entonces. *Peiro* entiende que la política de dispersión penitenciaria del gobierno español se propone como objetivo principal romper la organización social de los presos políticos vascos en las cárceles. Es precisamente la conexión emocional de la que *Peiro* habla en la cárcel no solo con el resto de presos, sino con la propia organización ETA, el «nudo georgiano» de esta segunda parte del

capítulo. Si el sistema carcelario español ha intentado doblegar al militante de ETA, primero con la tortura, y luego con la tortura y dispersión juntas, esto se traduce en el intento de separar al militante de su «ser político».

Si lo que une a la comunidad emocional de presos es que sus integrantes han experimentado emociones parecidas por su experiencia en la cárcel, entonces, poner el foco de atención en cómo han sentido emociones diferentes nos ayuda a comprender mejor esta comunidad. En la segunda parte de este capítulo dos militantes de ETA muy diferentes en carácter y en historias de vida, *Kitxu* y Píriz, nos muestran qué les hace pertenecer a esta comunidad emocional. Los dos comparten la experiencia de ser torturados por la policía en el momento de su detención, y ambos sufriendo escenas bizarras durante este proceso, más propias de una película. Esta aparente desconexión con el mundo real, en forma de un dolor extremo tanto físico como psicológico, es sentida de una manera diferente por cada uno. La tortura y las dos décadas que *Kitxu* estuvo en la cárcel le convirtieron en un ser humano reflexivo, juzgando su experiencia de incomunicación de una forma positiva, en el sentido de aprendizaje. El hecho de que Píriz, a diferencia de *Kitxu,* fuese condenado por delitos de sangre y en circunstancias turbias (un ajuste de cuentas dentro de la propia ETA) hace que en su testimonio se pueda comprobar la existencia de un constante deseo de «autojustificarse». Sin embargo, el «no deseo» de venganza en la actitud de *Kitxu,* así como el miedo de Píriz al «fantasma» de su pasado, no quita el hecho confirmado anteriormente con la historia de vida de Peiro; es la experiencia en la cárcel lo que define (al margen de las conclusiones de esa experiencia que cada militante pueda sacar) la comunidad emocional de presos políticos vascos. A este proceso hay que añadir la dificultad (debido a la intensidad de lo vivido) tanto de Píriz como de *Kitxu* de dejar que estas vivencias en la cárcel se queden en el pasado, y como este elemento ayuda a que esta comunidad emocional de presos perdure en el tiempo.

La evolución de las conclusiones de este capítulo nos lleva hasta Anitz, la única mujer que participa en este estudio y como su historia

introduce la noción de género en las narrativas sobre la prisión. En el capítulo III del libro, centrado en el tardofranquismo y en la transición española, vimos cómo ETA durante las décadas de los sesenta y los setenta integra a la clase trabajadora vasca como parte de la comunidad nacionalista. Sin embargo, como desarrolla en su tesis doctoral la historiadora oral Carrie Hamilton, durante las siguientes dos décadas la teoría feminista que utiliza ETA en sus discursos no se corresponderá con la práctica. Algunas de las mujeres que militan dentro de la organización acaban sufriendo un machismo similar al de cualquier mujer que forma parte de cualquier otra estructura social de la España del último tercio del siglo XX. En este sentido, hay algo que diferencia totalmente a Anitz del resto de narradores varones. Anitz tiene una narrativa en la que su persona desaparece. Si con el resto de militantes varones sus personalidades tienden a desaparecer en la «figura del militante», Anitz huye de cualquier protagonismo, mostrando reminiscencias de esa dificultad histórica de la mujer por tener el mismo protagonismo que el hombre. Esta invisibilidad en el caso de Anitz toma forma de humildad. Sin embargo, la voluntad de Anitz de no ser protagonista en un conflicto como el vasco, y el hecho de que a su vez sea «hija del pueblo» debido a su condición de presa política vasca, la hace ser ajena, al menos en su testimonio, al terror que causa ETA sobre la población vasca durante este siglo XXI. En este sentido, su identidad de género expresada en su no voluntad de ser protagonista del conflicto hace a Anitz sumergirse aún más en su propio microcosmos. En otras palabras, el estatus de mujer y de presa política (dos condiciones en disputa dentro de la sociedad actual española) hacen que en el imaginario de Anitz sobre el conflicto vasco no haya espacio para las víctimas del terrorismo de ETA.

Los cuatro protagonistas de este capítulo han sido analizados no solo por las emociones que pueden tener en común, sino por cómo expresaron estas emociones durante la entrevista. Esta es probablemente la diferencia entre la historia social, y la historia oral. En esta última la subjetividad, y más concretamente las emociones que están enterradas dentro del narrador, se convierten en la piedra

angular de análisis[42]. La ruptura de la narrativa en este capítulo vino probablemente con la aparición de Anitz. Si comparamos su testimonio con los anteriores narradores protagonistas de este libro, ella me habló durante la entrevista con un tono radicalmente diferente. Si en la comunidad emocional de presos políticos vascos la cuestión de género hace que las mujeres sean más humildes y les haga «desaparecer en la masa», entonces tenemos que plantearnos qué hace que los presos políticos vascos varones tengan la motivación de contar su historia. El uso de la violencia por parte de ETA en un continente como Europa, donde el conflicto político se ha resuelto tradicionalmente por vías pacíficas desde el final de la Segunda Guerra Mundial (con la excepción de la guerra de los Balcanes durante los noventa) es el resultado de un proceso histórico en el que los militantes varones de ETA trazaban su masculinidad no solo en torno al empleo de la violencia, sino en la necesidad de contar su historia *a posteriori.*

La comunidad de presos políticos vascos ha sido moldeada por el sufrimiento tras años de aislamiento y los métodos brutales empleados por el sistema de prisiones español con el objetivo de probar los niveles de dolor que puede experimentar un ser humano. La comunidad emocional comparte un análisis racional en identificar al Estado español como opresor que infringió altas cotas de dolor sobre ellos. También comparten un sustrato emocional en la forma de experimentar ese dolor durante su vida cotidiana al mismo tiempo (teniendo líneas de vida parecidas) y con elementos similares (tortura, aislamiento y humillación entre otros). Sin embargo, este sustrato emocional común, hasta cierto punto esconde un universo mental único de cada prisionero. Como hemos visto en otros capítulos del libro, se pueden extraer grandes conclusiones de lo que los narradores no quieren decir durante la entrevista. Esto también se aplica a los prisioneros que forman parte de este capítulo. Podemos observar que el tono usado por cada uno de ellos, cuando relatan sus experiencias en la cárcel, era radicalmente diferente. ¿Qué nos quieren decir estos tonos tan diferentes en referencia a cómo cada uno de ellos cuenta su historia y nos muestran su lado emocional en la prisión? Las historias

retratan que, habiendo formado parte de una comunidad que experimentó intensos y largos periodos de aislamiento, cada uno de ellos vivió su propia lucha personal. En otras palabras, los presos políticos vascos, una de las piezas fundamentales del puzle de la *Izquierda Abertzale,* fue parte de la lucha ideológica de ETA no solo como colectivo, sino por sus específicas razones individuales de existencia como seres humanos.

En la historiografía del conflicto vasco, uno de los pocos trabajos relevantes que ha hecho referencia a las historias de vida de los militantes de ETA fue el de Carrie Hamilton. Hamilton, aparte de analizar los roles de género ejercidos por las mujeres dentro de la organización, abrió la puerta a futuras investigaciones de historia oral en donde la disciplina de «resolución de conflictos» no tenía que ser necesariamente la única disponible para analizar el caso vasco. Si los antropólogos vascos habían conseguido romper previamente con esta perspectiva utilitaria del conflicto con sus análisis culturales y locales, la tesis de Hamilton consiguió poner las subjetividades de los militantes de ETA en el centro del análisis, incluyéndolas por primera vez en la historiografía del conflicto.

[1] Durante el proceso de la entrevista llamo a Anitz por su nombre debido a que así la nombré durante el tiempo que nos estuvimos tratando antes, durante y después de la entrevista. Para el resto de militantes, uso sus apellidos y sus alias debido a que usé esa forma durante las entrevistas.

[2] Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[3] La cooptación era la manera principal en que ETA reclutaba nuevos militantes. La organización hacía un seguimiento de los jóvenes políticamente

más comprometidos y que demostraban dedicación y compromiso en organizaciones políticamente cercanas a ETA como el sindicato LAB o como la organización juvenil *Jarrai.*

[4] La palabra vasca *borroca* viene del término *kale borroca.* Por lo tanto, la expresión *ser muy borroca*implica practicar o estar muy de acuerdo con la violencia política callejera.

[5] C. Hamilton, «Moving Feelings: Nationalism, Feminism and the Emotions of Politics», *Oral History* 38, n.º2 (2010), pp. 85-94.

[6] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[7] *Ibid.*

[8] L. A. Rhodes, «Toward an Anthropology of Prisons», *Annual Review of Anthropology* 30 (2001), pp. 65-83, 68.

[9] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[10] L. A. Rhodes, «Toward an Anthropology of Prisons», *op. cit.,* p. 70.

[11] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[12] M. Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison,* Nueva York, Vintage Books, 1979, p. 9.

[13] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[14] *Ibid.*

[15] Torturaren Aurkako Taldea, «Informe anual, 1994». Iturriblide 26.

[16] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).

[17] B. Gromally, K. McEvoy y D. Wall, «Criminal Justice in a Divided Society: Northern Ireland Prisons», *University of Chicago Press* 17 (1993), p. 56.

[18] Entrevista con Pedro José Ibáñez Ortega *Peiro* (*Lazcano,* 8 de junio de 2015).

[19] Entrevista con Juan Manuel Píriz López (Bilbao, 24 de julio de 2014).

[20] Entrevista con Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).

[21] W. Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», en H. Arendt (ed.), *Illuminations…, op. cit.*

[22] Entrevista con Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).

[23] Entrevista con Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).

[24] I. Gonzalo Casal *Kitxu, Carta a un fantasma,* Tafalla, Txalaparta, 1997.

[25] Un estudio reciente y de gran calidad es el C. Hamilton, «Activist Memories: The Politics of Trauma and the Pleasure of Politics», *op. cit.,* pp. 265-278.

[26] Entrevista con Juan Manuel Píriz López (Bilbao, 24 de julio de 2014).

[27] *Ibid.*

[28] Entrevista con Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).

[29] W. Faulkner, *Requiem for a Nun,* Nueva York, Vintage, 2015.

[30] Entrevista con Juan Manuel Píriz López (Bilbao, 24 de julio de 2014).

[31] B. Aretxaga, *Los funerales en el nacionalismo radical vasco,* San Sebastián, Baroja, 1988, p. 64.

[32] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 3 de junio de 2015).

[33] C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism, 1959-1982, op. cit.,* p. 16.

[34] Torturaren Aurkako Taldea, «Informe anual, 1994», Iturriblide, Bilbao, pp. 26, 128.

[35] H. Arendt, *On Violence,* San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1970, p. 82.

[36] F. Aramburu, *Patria, op. cit.*

[37] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 3 de junio de 2015).

[38] J. Butler, *Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity,* Nueva York/Londres, Routledge, 1999, p. 6.

[39] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 3 de junio de 2015).

[40] F. Letamendia Belunze, «ETA: Political Violence, Its Historical Evolution, and Conflict Resolution», en P. Ibarra Guell y X. Irujo Amet (eds.), *Basque Political Systems,* Reno, Center for Basque Studies, 2011, 206.

[41] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 03 de julio de 2015).

[42] Este enfoque fue tomado previamente también para analizar las historias de vida de los militantes de ETA: C. Hamilton, «Moving feelings: Nationalism, Feminism and the Emotions of Politics», *op. cit.,* pp. 85-94.

VII. CONCLUSIONES

Este libro, producto de una tesis doctoral, se ha propuesto explicar el largo conflicto armado vasco desde las historias de vida de siete militantes de ETA. Debido a la larga duración del conflicto armado, que lo podemos acotar desde el nacimiento de ETA en 1959 hasta el cese definitivo de su actividad armada en 2011, existe una larga bibliografía que analiza sus causas y su desarrollo histórico. Sin embargo, ETA, como fenómeno estudiado desde el enfoque de «estudios en terrorismo» ha sido explicada atendiendo a cómo su existencia ha supuesto una amenaza para el Estado español. Desde este enfoque institucional, ETA ha sido analizada por politólogos y sociólogos en referencia a los cambios que tanto el sistema político como la sociedad española han ido viviendo en estos más de cincuenta años. La historiografía sobre ETA, poniendo el foco en la comunidad nacionalista vasca, explicó que la organización nació recogiendo el testigo del PNV tras su lucha contra el fascismo español durante la Guerra Civil y las primeras dos décadas de la dictadura franquista. Sin embargo, esta historiografía no analizó, salvo escasas excepciones, el surgimiento de la *Izquierda Abertzale*de la mano de ETA. Por otro lado, algunos antropólogos vascos han tratado de entender a ETA desde la cultura y sus tradiciones. Sin embargo, si politólogos y sociólogos no lograron analizar la comunidad nacionalista vasca y los historiadores solo la analizaron hasta la transición española de la década de los setenta, los antropólogos se centraron en un enfoque puramente local. ¿A qué me refiero entonces con que mi investigación ha tratado de explicar a ETA holísticamente desde su largo conflicto armado?

Antes de adentrarnos en las historias de vida de los militantes de ETA, en el capítulo II hicimos un repaso de la historiografía de la Guerra Civil española y el consenso entre los historiadores a la hora de explicar la emergencia de ETA desde la herencia cultural del PNV representada en la figura del *gudari.* Sin embargo, tanto historiadores como sociólogos o politólogos se limitaron a explicar la evolución de ETA desde la dictadura hasta el periodo democrático

reduciendo el análisis al legado cultural del nacionalismo vasco forjado en la Guerra Civil. Mi investigación toma como referencia el trabajo de Cyrus Ernesto Zirakzadeh, donde el autor traza la evolución de ETA desde la dictadura a la democracia analizando las condiciones materiales en las que vive la clase trabajadora vasca[1]. Esta excepción confirma que en la bibliografía sobre el conflicto vasco hay una tendencia a explicar a ETA desde sus eventos más conocidos (asesinato por parte de ETA del jefe de policía Melitón Manzanas en 1968, Juicio de Burgos en el que varios militantes de ETA fueron condenados a muerte en 1970 [y luego exonerados de dicha pena], asesinato por parte de ETA del presidente de gobierno Carrero Blanco en 1972, etc.) olvidando la formación y evolución de su base social. Desde las aportaciones de Zirakzadeh hasta las de Sharryn Kasmir, entendemos que ETA transforma el concepto de identidad vasca desde las tesis del PNV basadas en los orígenes raciales de los vascos hacia la integración de los inmigrantes y el uso del *euskera* en torno al concepto de «pueblo trabajador vasco»[2]. En este capítulo llegamos a la conclusión de cómo las historias de vida de los militantes de ETA y todo su microcosmos cultural son esenciales para desbordar los análisis que ignoran la composición histórica de la *Izquierda Abertzale.*

En la presente investigación, el capítulo III realiza una contranarrativa, a través de la historia de vida del militante de ETA Fernando Etxegarai, al relato hegemónico sobre el conflicto vasco. La historiografía sobre ETA no ha ofrecido nuevas perspectivas y las vivencias de los militantes de ETA durante los años de la transición son ignoradas a cambio de explicar a la organización terrorista como actor político irracional que no supo entender los cambios positivos que la sociedad vasca vivió con el paso de la dictadura a la democracia. La historia de Etxegarai, quien empezó a militar en ETA en 1982 cuando la transición llegaba a su fin, nos ayuda a entender cómo, tras un relato hegemónico de una transición armoniosa, se esconde la realidad de una transición en la que hubo cientos de muertos por violencia política. El hecho de que una persona de una familia vasca acomodada, con estudios universitarios, que durante la mayor parte de la transición no militó activamente en ETA,

terminara integrándose en la organización terrorista demuestra cómo, para un una parte de la sociedad vasca, esa transición supuestamente modélica no fue tal. Debido a la escasez de estudios serios que analicen la actividad de los movimientos sociales durante los años de tensión política vividos por la sociedad española durante la transición, este capítulo ha tenido como referencia el documental *Después de… Segunda parte: Atado y bien atado*[3]. El documental recoge los testimonios de varios ciudadanos españoles con el objetivo de reflejar los sentimientos de diversos movimientos sociales que participaron en la transición. Este capítulo, que además de la historia de vida de Etxegarai se ha basado en otras fuentes primarias como el boletín interno de ETA *Zutabe,* creado durante los setenta, nos muestra la complejidad de una transición política en la que sus elites, desde los partidos más conservadores hasta el PCE, desconfiaron durante todo el proceso de los movimientos sociales. El universo mental de Fernando Etxegarai y sus sentimientos ligados al desencanto con un proceso que suponía que iba a dar como resultado una ruptura democrática con el régimen dictatorial anterior nos ayudan a entender las frustraciones que vivieron en su vida cotidiana parte de la oposición antifranquista de la que Etxegarai formaba parte.

Este sentimiento de desencanto sirve para acercarnos al contexto español postransición y a la historia del militante de ETA Josu Amantes en sus enfrentamientos con los GAL. Amantes vivió de cerca la muerte de camaradas a manos de los GAL y estuvo a punto de morir en una acción en la que este grupo paramilitar intenta asesinarle. Los GAL, producto de unas fuerzas de seguridad del Estado que en gran parte no fueron renovadas durante la transición, hacen que Amantes experimente en su cuerpo el desencanto que una década antes Etxegarai había sentido durante la transición. El libro de Sara Ahmed, *La política cultural de lasemociones* es un manual teórico idóneo para mostrarnos que la historia de ETA es indisociable de las diferentes emociones que las diferentes generaciones de sus militantes han ido sintiendo[4].

En este capítulo IV, la antropología más ligada a la experiencia corporal nos sirvió para analizar la historia de vida de Amantes como

víctima de los GAL. Sin embargo, este tipo de análisis no es útil a la hora de entender a Amantes como un soldado que forma parte de una organización armada. El miedo de los antiguos militantes de ETA a relatar sus acciones armadas por sus posibles consecuencias legales converge con una narrativa en la que los GAL simbolizaron en la década de los ochenta la prueba empírica de cómo el Estado español no había cambiado sustancialmente en sus métodos represivos desde su transición de la dictadura a la democracia. En otras palabras, la historia de vida de Amantes es la descripción de una ETA que en la década de los ochenta no necesitaba justificar socialmente sus acciones armadas en un contexto en el que un Estado supuestamente democrático como el español no se comportaba como tal.

La historia oral nos permite adentrarnos en las subjetividades de los militantes de ETA a través de sus emociones. Sin embargo, el análisis de emociones no es el único modo de acercarnos a esas subjetividades. Durante el capítulo V hemos analizado la historia de vida de Gorka García Sertucha en una década de los noventa en la que parte del pueblo vasco, mediante diversas organizaciones de paz, empezó a expresar su rechazo a ETA de manera masiva. En este contexto, el intento de Sertucha de asesinar a Juan Carlos I no nos plantea un determinado proceso emocional, más bien nos acerca a cómo un militante de ETA vive las contradicciones morales de matar a otro ser humano.

Sertucha expresa su subjetividad vinculando sus dudas con la lucha armada a la existencia de una organización insurgente como ETA en la que durante los noventa seguía habiendo gente como él dispuesta a ir a la cárcel por unos ideales. Este capítulo ha tenido como referencia para contextualizar a esta sociedad española de los noventa el libro, *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda expansiva del capitalismo hispano (1959-2010),* escrito por Isidro López y Emmanuel Rodríguez. En estos años noventa la sociedad española vivió lo que en Europa se llamó el «milagro español» en donde las altas cifras de crecimiento de el producto interior bruto se produjeron gracias a la especulación de los sectores financieros y a costa del desmantelamiento del sector

productivo[5]. En este contexto histórico de pérdida drástica de poder de los trabajadores sobre sus propias condiciones de vida, ¿cómo Sertucha se mira a sí mismo intentando asesinar a un rey como Juan Carlos I, expresión histórica de los intereses de las oligarquías españolas? En este capítulo, mediante la historia de vida de Sertucha, hemos reflexionado sobre qué significaba el uso de la violencia con fines políticos en una época como los años noventa donde la simple articulación de un discurso antisistema representaba la posibilidad de quedarte aislado dentro de la sociedad. Su intento de regicidio no nos lleva al terreno de la autojustificación moral de cometer tal asesinato, sino que nos recuerda la razón por la que una organización como ETA existió durante más de cincuenta años practicando el terrorismo.

El sexto y último capítulo nos lleva hasta la comunidad de presos políticos vascos. Si a través de la historia oral este libro ha dado voz a militantes de ETA que aún no formaban parte de la historiografía del conflicto, los presos de esta organización han permanecido aún más olvidados por la academia. Asumiendo la cárcel como un sistema de poder, y teniendo como referencia al libro de Michel Foucault *Vigilar y castigar,* hemos analizado las vidas de los presos y su experiencia en la cárcel desde una comunidad emocional. Foucault, en su libro, nos indica que la cárcel refleja sistemas de poder que la sociedad occidental ha vivido a lo largo de la historia[6]. Las historias de los cuatro militantes de ETA que relatan su etapa de vida en la cárcel nos permite asomarnos a un Estado español que durante la última etapa del siglo XX y la primera década del siglo XXI quiso eliminarlos psicológicamente. La comunidad emocional de los presos de ETA permaneció unida debido a que todos ellos entendieron la política como una forma de vida.

La última historia del libro es la de Anitz Eskisabel y su experiencia en la cárcel durante la primera década del siglo XXI. Su historia nos sirve para entender que la comunidad emocional de presos vascos dificultó a sus integrantes tener una amplia visión de la realidad en cuanto al conflicto vasco se refiere. En otras palabras, la intensa experiencia de los presos en las cárceles españolas, siendo aislados y constantemente reprimidos física y psicológicamente,

hizo que estos salieran de la cárcel con una perspectiva unidimensional del conflicto. Contemplando el conflicto, Anitz asume que la *Izquierda Abertzale* es la única capaz de encontrar una solución a este. Esto es consecuencia de cómo el Estado español trató de romper los lazos emocionales de la comunidad de presos. La feminidad de Anitz, expresada en su humildad de no querer contar su historia, es parte de un contexto social del siglo XXI donde los presos vascos representaban el último bastión de ETA. En el siglo XX, conceptos como la igualdad de género o la lucha de clases tenían un gran valor dentro de la organización. Sin embargo, en el XXI estos conceptos quedan en un segundo plano debido a que ETA y la *Izquierda Abertzale* llegan al final de la lucha armada aisladas e inmersas en un proceso que les lleva a protegerse constantemente del Estado y, por consiguiente, a mirar constantemente hacia dentro de la organización de forma endogámica.

Los militantes de ETA perdieron gradualmente sus identidades de género y clase obrera durante el siglo XXI. Siguiendo esta dinámica, durante la última década de existencia de ETA, la *Izquierda Abertzale* limitó sus demandas a pedir amnistía para los presos. La historiadora oral Carrie Hamilton, en su trabajo sobre las historias de vida de las mujeres en ETA, trató de analizar cómo se construyeron las subjetividades femeninas de estas mujeres durante la transición española[7]. Hamilton llegó a la conclusión de que, debido a su carácter de movimiento aglutinador y a la continua confrontación con el Estado, ETA, en tanto que organización, nunca permitió realmente a sus militantes emanciparse como sujetos políticos.

Teniendo la perspectiva de la «línea de vida» del conflicto, ¿qué ha aportado este libro asumiendo el largo conflicto armado vasco y analizando a la vez diferentes historias de vida de militantes de ETA que han retratado cada etapa del conflicto? Como se discutió en la introducción, la evolución de la historia oral, desde los primeros trabajos relevantes que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial hasta las últimas investigaciones realizadas en el siglo XXI, ha trasladado el foco desde el narrador hacia el historiador. En otras palabras, si en el siglo XIX, durante los comienzos de la historia

como disciplina académica, los historiadores, a falta de archivos históricos, recogían sus análisis siendo testigos presenciales de los acontecimientos, en el XXI las emociones que el historiador oral experimenta con su objeto de estudio vuelven al primer plano. Historiadores como Alessandro Portelli o Luisa Passerini, cuestionando la existencia de objetividad en la relacipon entre narrador y entrevistador, han contribuido a que los científicos sociales prestemos atención a cómo las personas intentan dar sentido a sus vidas. Expresado de un modo más científico, estos historiadores orales contribuyeron a desarrollar el uso de las subjetividades en el terreno de la historia.

En este contexto, las historias de vida que conforman mi investigación no han tratado de reflejar los deseos y frustraciones de un determinado colectivo, como en el caso de Hamilton y las mujeres en ETA. Mi investigación ha sido un trabajo constante para entender cómo, durante el proceso de entrevistas, se han fabricado una serie de subjetividades producto de la interacción entre los militantes de ETA y yo mismo. El conflicto vasco en mi investigación se ha representado en cómo los militantes de ETA me han contado sus experiencias de vida tratando de que el relato «tuviera sentido» tanto para ellos como para mí. En este sentido, si la historia oral consiste en analizar cómo los individuos conectan su pasado con su presente, así como sus experiencias individuales con su contexto social, en mi investigación, está linera temporal acaba en el presente. ¿Qué consecuencias ha tenido el hecho de usar la historia oral con militantes de ETA que hablaban de su pasado pero sin dejar de mirar a un presente en el que ETA acababa de declarar un alto el fuego permanente?

Este hecho muestra que es posible hacer historia oral analizando las subjetividades de los militantes de ETA sin catalogarlos enteramente como «productos culturales de su contexto social». En otras palabras, a pesar de que hay que tener en cuenta de qué manera estos militantes han formulado sus recuerdos y cómo han sido influenciados por su contexto social, ¿acaso no es honesto analizar las emociones del entrevistado desde la sinceridad y la espontaneidad con que este las muestra? El historiador oral Alistair

Thompson se pregunta: «¿Pueden las memorias individuales desafiar las narrativas dominantes como por ejemplo las del Estado nación?»[8]. Thompson hace esta pregunta respecto a la tensión que puede haber entre la memoria individual y la colectiva, y cómo recoger testimonios individuales puede poner en riesgo la unidad colectiva de análisis que los teóricos culturales buscan. La historia de vida del militante de ETA Fernando Etxegarai durante la transición española ejerce como contranarrativa al relato hegemónico de la transición, no por el hecho de que arroje datos fácticos de cómo otra transición diferente al relato oficial tuvo lugar. Dando importancia a todo el contexto político y cultural que rodeó a Etxegarai durante aquellos años de la transición, el núcleo de la contranarrativa se fundamenta en representar el desencanto personal de Etxegarai con el proceso político de la transición. Esta contranarrativa nace, por lo tanto, respetando las palabras de Etxegarai, y viendo su historia no como un subproducto de sus circunstancias sociales, sino entendiendo que su yo consciente decide desafiar unas determinadas estructuras de poder.

Para concluir, partiendo de la historia oral desde las emociones y el yo consciente o desde el psicoanálisis y las aproximaciones más «culturalistas», mi investigación sobre la historia del conflicto vasco moderno centrada en las emociones de ETA pretende ser un comienzo para futuros análisis. En otras palabras, pueden formarse tantas contranarrativas como militantes de ETA quedan aún por entrevistar. El final del conflicto armado permite acotar temporalmente un proceso histórico y a la vez profundizar en narrativas desde las intensas historias de vida que estos militantes han vivido. Desde este proceso histórico terminado, el de la violencia producida por ETA y el de la violencia sufrida por la *Izquierda Abertzale* desde el Estado español, se abre uno nuevo en el que la sociedad vasca se enfrentará a la lucha de memorias individuales y colectivas respecto a estas diferentes formas de violencia experimentadas en el pasado. En el epílogo analizaremos las subjetividades de los protagonistas de esta investigación en referencia a un proceso vivo y abierto como es el de la construcción de la paz en el País Vasco durante esta segunda década del siglo

XXI. ¿Es posible que la disciplina de justicia transicional, que se encarga de establecer procesos de reconciliación en comunidades que han sufrido conflictos armados y que tradicionalmente ha sido analizada por sociólogos y politólogos, sea compatible con una mirada desde la historia oral? En el epílogo trataremos estas y otras cuestiones.

[1] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People…, op. cit.,* p. 79.

[2] Sh. Kasmir, «Remaking the Basque Working Class», en *The Myth of Mondragón…, op. cit.*

[3] C. Bartolomé y J. J. Bartolomé, *Después de… Segunda parte: Atado y bien atado,* España, Producciones Cinematográficas Ales S. A., 1981.

[4] S. Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion, op. cit.*

[5] I. López y E. Rodríguez, *Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la Honda expansiva del capitalism hispano (1959-2010),* Madrid, Traficantes de sueños, 2010.

[6] M. Foucault, *Discipline and Punish…, op. cit.*

[7] C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism 1959-1982, op. cit.*

[8] A. Thompson, «Marking the Most of Memories: The Empirical and Subjective Value of Oral History», *Transactions of the Royal Historical Society* 9 (1999), pp. 291-301, 293.

EPÍLOGO. CONECTANDO LAS HISTORIAS DE VIDA DE LOS MILITANTES DE ETA CON LA JUSTICIA TRANSICIONAL DEL CONFLICTO VASCO

> «Podemos imaginar que cuando nadie expresa remordimiento, tiene que haber por lo menos una persona que dé la cara por sus acciones y diga: “Sí, de hecho nosotros lo hicimos, por esta y por esta razón, y hoy en día sigo pensando lo mismo. Perdimos. Si ganamos o perdimos no afecta la causa en sí misma”.»
>
> H. Arendt, *Hannah Arendt: The Last Interview and Other Conversations*

La justicia transicional, como herramienta de resolución de conflictos, es en nuestros días parte importante de cualquier programa académico que hable de derechos humanos. La justicia transicional es también una parte importante del vocabulario de cualquier ONG que trabaje en países que han sufrido dictaduras militares. ¿Qué mecanismos puede adoptar un Estado moderno para dar respuesta a las masivas violaciones de derechos humanos cometidas por un régimen dictatorial sobre su población? Por «mecanismos» entendemos medidas legales y, en este sentido, vemos que la justicia transicional es una subdisciplina del derecho. Sin embargo, la ciencia política, en su capacidad teórica y universalista, ha hecho que los politólogos hayan sido los que más hayan escrito sobre justicia transicional[1].

Esta voluntad universalista se consolidó en la justicia transicional con los juicios de Núremberg en los que los vencedores de la Segunda Guerra Mundial (Estados Unidos y Unión Soviética) castigaron, de forma individual, a los máximos responsables nazis. Esta confianza en el derecho como herramienta exclusiva de modernización de un país quedó obsoleta con los nuevos mecanismos de justicia transicional implementados en la comisión de la reconciliación y la verdad establecida en Sudáfrica en 1995. Si

los mayores criminales nazis fueron condenados a muerte con los juicios de Núremberg, los mayores responsables del régimen del *apartheid* que segregó a blancos y a negros durante más de medio siglo en Sudáfrica iban a quedar en libertad a cambio de decir la verdad. En otras palabras, si la comunidad internacional quiso lanzar un mensaje de castigo después de la Segunda Guerra Mundial, en la década de los noventa la reconciliación de los sudafricanos se situaba como el nuevo paradigma sobre el cual se iba a asentar la justicia transicional en las siguientes décadas.

¿Qué ha significado el hecho de que entre los noventa y el comienzo del siglo XXI los expertos en justicia transicional dejaran de utilizar conceptos fáciles de definir como «castigo» en un intento de que tales atrocidades no se volvieran a cometer y empezaran a utilizar términos con un alto contenido abstracto como «reconciliación»? Por una parte, hemos visto el paso de una concepción realista de la sociedad en el que se intenta que las cosas «no vayan a peor» a una aproximación idealista donde nos podemos llegar a imaginar cómo las víctimas de graves abusos pueden llegar a perdonar a sus perpetradores. Desde otra perspectiva más académica, Rudi G. Teitel nos habla de cómo el modelo sudafricano basado en el perdón traslada la justicia transicional desde el ámbito público al privado poniendo el foco en la relación entre la víctima y el perpetrador[2]. Si la justicia transicional implica aproximarnos al conflicto de forma atemporal, Teitel concreta que en esta disciplina hay siempre un intento de «mirar hacia delante» haciendo que los historiadores se puedan sentir incómodos cuando tienen que trabajar estas cuestiones.

El historiador Jorge Marco, más optimista que Teitel respecto al rol del historiador dentro de la justicia transicional, asume que los historiadores en el siglo XXI trabajan de una forma constante en la construcción de relatos para mirar al pasado, y esta metodología es útil para entender cómo se construyen narrativas para justificar o condenar determinados tipos de violencia política[3]. En otras palabras, si la justicia transicional en el siglo XXI ya no se basa simplemente en una aproximación legalista, los historiadores

pueden ayudar a entender cómo se produce el proceso social y psicológico del reparto de culpas[4].

Aceptando las tesis de Marco, este epílogo quiere dar un paso más, promoviendo no solo el hecho de que los historiadores participen en la justicia transicional, sino viendo los beneficios que nos puede traer, en concreto, la historia oral. Esta subdisciplina de la historia, recoge, como hemos visto en este libro, las subjetividades de un narrador que nos cuenta su historia de vida. El proceso por el cual se forman una serie de narrativas de la interacción entre el entrevistado y el historiador es tan espontáneo que el historiador al principio de la entrevista es posible que ni si quiera tenga claro cuál es su objetivo. En este sentido, el relato histórico que salga de esa entrevista habrá sido el resultado, en parte, de esa espontaneidad surgida entre el historiador y el narrador. ¿Qué aportan todos estos elementos a la justicia transicional?

Si hemos tratado de explicar la forma en que el regimen del *apartheid* sudafricano y la posterior concesión de amnistías a los perpetradores a cambio de contar la verdad supusieron un cambio en el modo de pensar la justicia transicional, no es menos cierto que este proceso ha sido proyectado desde la academia de una manera idealizada. Un ejemplo es cómo diversos expertos en justicia transicional hegemonizaron una narrativa en la que lo único relevante del proceso sudafricano era el hecho de que las víctimas del *apartheid*habían podido perdonar a sus perpetradores[5]. El artista sudafricano William Kentridge, tratando de entender desde sus vivencias la sociedad del *apartheid,* sostiene como la mayoría de la población blanca no quería que ese sistema terminara. Kentridge, indagando en los miedos y deseos de esa sociedad sudafricana, tiene claro que la voluntad de la mayoría de los blancos de mantener sus privilegios durante el *apartheid,* hizo que, décadas después de que este sistema basado en la segregación racial acabase, la mayoría de la población negra continuase viviendo en la pobreza[6].

Al margen de las opiniones políticas de Kentridge, lo que nos interesa de este dibujante es que tratase de entender el proceso de transición sudafricano desde el lado emocional de su sociedad. Si

los teóricos de la justicia transicional intentan extraer grandes lecciones de procesos como el de Núremberg o Suráfrica, las historias personales como las de Kentridge, y por ende la historia oral, nos pueden ayudar a analizar ese tipo de procesos desde diferentes microhistorias. ¿Cómo nos ayudan estas microhistorias a observar un conflicto armado como el vasco y su transición hacia la paz desde las vidas de los militantes de ETA?

Desde que ETA declaró el alto el fuego permanente en 2011, en un proceso que duró varios años, se empezaron a hacer encuentros en diversas cárceles del País Vasco entre víctimas y perpetradores. A diferencia del proceso de justicia transicional sudafricano, los perpetradores no recibirían ningún tipo de beneficio penitenciario por estos encuentros. Además, a los presos de ETA que se les dio la oportunidad de participar en dichos encuentros se les exigía previamente haberse distanciado de las organización (EPPK, *Euskal Preso Politikoen Kolektiboa,* Colectivo de Presos Políticos Vascos) dando por hecho su arrepentimiento de haber militado en ETA[7].

Si entendemos que el concepto de reconciliación va asociado a la justicia transicional del siglo XXI, en mi opinión es difícil tratar de reconciliar a la sociedad vasca proponiendo encuentros exclusivamente entre antiguos militantes de ETA arrepentidos y sus víctimas. Las siguientes palabras del militante de ETA Fernando Etxegarai, protagonista del capítulo III, nos introducen hacia sus emociones sobre el proceso de reconciliación que está teniendo lugar actualmente dentro de la sociedad vasca:

> El primer paso que necesitamos es el reconocimiento de todas las víctimas. Porque de momento solo unas víctimas han hablado [se está refiriendo a las víctimas de ETA], y la mayoría de sus perpetradores han pagado sus condenas. Pero luego hay otro grupo, los que conocemos la represión del Estado, las ilegalizaciones… Yo lo único que digo es que lo primero es el reconocimiento. Primero que te digan que has existido. ¿Qué ha pasado en estos treinta años? ¿Quién ha practicado la violencia? Esto es lo que todavía está por tocar.
>
> […]

> Tienes razón en que la conclusión a la que llega ETA, por decirlo de alguna manera, es esta: «Nos partimos la cara… pero al final nos la acabaron rompiendo». Sin embargo, seguimos creyendo que nuestra razón sigue ahí[8].

Los historiadores que nos implicamos en temas de justicia transicional haríamos mal en ignorar este tipo de análisis y en centrarnos exclusivamente en las cifras de muertos a manos de ETA. Cuando Etxegaray menciona las palabras «reconocimiento» y «derecho de existir» hace mención a la voluntad de los militantes de ETA no arrepentidos de poder seguir con sus vidas. En otras palabras, como hemos visto en el último capítulo del libro, si la mayoría de estos militantes pasaron periodos en las cárceles donde fueron torturados con el objetivo por parte del Estado de «borrarles» su identidad política como militantes, en este nuevo proceso de paz pelean porque esta lucha no sea olvidada. Como vemos en la última parte del testimonio de Etxegarai, ETA, en tanto que organización, tiene asumida (aunque le cueste reconocerlo explícitamente) su derrota. Sin embargo, este sentimiento de no haber logrado sus objetivos no está directamente relacionado con aceptar la caída en el olvido.

El militante de ETA Josu Amantes, protagonista del capítulo IV, cree en esta necesidad de mirarse a uno mismo en el actual proceso de transición hacia la paz pero, como Etxegarai, cree que también es importante «echar la vista atrás».

> Mi hija ya es mayor. Ahora tengo un nieto. Y dices, coño, quiero dedicarme a estar con ellos. Además te das cuenta de que ya no eres imprescindible dentro del movimiento [él se está refiriendo a la *Izquierda Abertzale*]. […] Aun así sé que la gente te tiene aprecio. Te viene, te preguntan y te hablan con respeto. […] Siempre he creído que no hay que dejar de mirar atrás para saber de dónde venimos[9].

Más allá del arrepentimiento, militantes de ETA como Amantes, desde el alto el fuego permanente de 2011, han estado preocupados con la posibilidad de que la sociedad vasca pueda olvidarles. Para

Amantes, vemos como la preocupación de los militantes de ETA de no ser olvidados se mezcla con los afectos que reciben de parte de su familia y de la *Izquierda Abertzale.* Los militantes de ETA, viviendo en un mundo de memorias y emociones, ven en cierta forma cómo sus relatos van «contranatura» con la justicia transicional[10]. El hecho de que la justicia transicional está hecha para «caminar hacia delante» y alcanzar una «futura reconciliación» hace que estos militantes vivan este proceso de una manera no muy confortable. La mirada a la historia de Etxegarai y Amantes desde sus días presentes, experimentando la vida en familia y el calor humano de sus camaradas, nos permite responder a la pregunta de Lévi-Strauss: «¿dónde acaba la mitología y donde empieza la historia?»[11]. Respondiendo en el sentido contrario a la pregunta de Strauss, durante la última década, la *Izquierda Abertzale,* surgida con ETA en los años sesenta, está llegando a su fin como proceso histórico. Ahora es cuando comienza el mito.

Este mito que se empieza a construir de cara al futuro, genera una serie de contradicciones dentro de la *Izquierda Abertzale.* Por un lado, representa a los miles de activistas vascos que desde la última fase del franquismo en los sesenta hasta la primera década del siglo XXI han sufrido la clandestinidad, la cárcel, la tortura y la muerte luchando (en sus propios términos) por un pueblo vasco socialista e independiente. A esta verdad emocional se contraponen las de más de 800 víctimas de ETA que, al igual que los militantes de esta organización, demandan no caer en el olvido durante un posible proceso de reconciliación en el que la sociedad vasca «mire hacia delante». Sabiendo de la profundidad histórica que conllevan estos más de 800 asesinatos, el colectivo de presos políticos vascos planteó, a principios de 2018, su «total disposición a asumir su responsabilidad y reconocer a las víctimas el sufrimiento que han padecido»[12]. Esta declaración rompe con una memoria colectiva antifascista en la que ETA y sus acciones armadas eran representadas por la *Izquierda Abertzale* exclusivamente como una lucha contra el fascismo español.

El hecho de que el gobierno español de Mariano Rajoy, en un intento de desgastar a ETA, no abriera oficialmente un proceso de

justicia transicional en el País Vasco ha provocado que el colectivo de presos políticos vascos haya tenido que ir poco a poco «aceptando la culpa» para conseguir beneficios penitenciarios. ¿Pedir perdón por parte de un militante de ETA a su víctima conlleva arrepentirse de su activismo político? Si generalmente los procesos de justicia transicional se han dado en países donde ha habido dictaduras militares con una población que ha sido víctima de una serie de abusos, en los casos de violencia terrorista como la ejercida por ETA, la lucha de memorias se vuelve aún más intensa. Los perpetradores (en referencia a los más de 800 asesinatos cometidos por ETA) no son funcionarios del Estado, que, guiados por un aparato militar se han dedicado a torturar y asesinar activistas políticos. Son estos activistas políticos, los que, desde la militancia en varios movimientos sociales, han dado el paso de la lucha armada, llegando, en algunos casos, a asesinar a personas. Si en las dictaduras militares es fácil «despersonalizar» al perpetrador ya que en muchos casos se trata de un funcionario que se limitaba a cumplir órdenes, las acciones armadas de organizaciones terroristas se hacen «al calor» de un movimiento social. Por lo tanto, en un proceso de justicia transicional que se centra en un grupo terrorista, el pasado es una lucha de representaciones donde cada narrativa (cada historia de vida) lucha por salir a la superficie.

Esta búsqueda de expresarse mezcla, en un proceso de transición hacia la paz como el vasco, tiempos presentes y pasados.

BUCKLEY: Entonces, bueno, vamos a acabar la entrevista. Si echas la vista atrás, ¿sientes algún tipo de arrepentimiento por tu actividad política? ¿Qué sientes respecto a todo este proceso que te ha llevado hasta aquí? ¿Lo miras con orgullo?

KITXU: A ver, son palabras transgresoras, que entiendo que se utilicen para una tesis doctoral como la que tú estás haciendo: orgullo, arrepentimiento y tal… Si yo ahora me planteara mi pasado, me estaría planteando mi propia vida. Entonces, cuando tomé la decisión [se está refiriendo a entrar en ETA], cuando tenía 17 años, a mí nadie me dijo «entra aquí» ni me engañó. Yo entré consciente, fue mi mayor decisión personal.

> Yo no soy tonto, yo analicé los pros y los contras, y sabía dónde me metía. Yo consideré que mi aportación, por muy humilde que fuera, podía contribuir a que por fin el pueblo vasco pudiera alcanzar el derecho de autodeterminación[13].

Kitxu, antiguo militante de ETA y protagonista del capítulo VI, se refiere a su vida en términos de pasado y presente. *Kitxu* me muestra cómo, más allá de mis intentos de teorizar sobre su vida, las intensas vivencias de un militante de ETA no tienen por qué hacer que, al final de su militancia, estos mismos militantes empiecen a «pedirse explicaciones a sí mismos». A los que no hemos vivido el conflicto vasco y somos por lo tanto *outsiders,* nos cuesta ver a estos militantes y a sus acciones armadas como un simple proceso de vida. Como *outsiders* tratamos de buscar una explicación a por qué alguien normal, de una familia normal, con una vida normal, ha podido militar en ETA. En el caso de *Kitxu* el pasado se junta con el presente sin un aparente conflicto. Él no relata, a diferencia de otros militantes de ETA, una historia en la que los suyos vayan perdiendo. Al contrario, *Kitxu* parece aceptar nuevos tiempos de cambio donde ETA no será tan relevante dentro de la sociedad vasca.

El sentimiento de alivio es probablemente el que más se puede extender entre la población vasca cuando ETA declaró el alto el fuego permanente. Incluso los militantes de ETA más partidarios de seguir con la lucha armada «hasta el final» (hasta alcanzar el derecho de autodeterminación) sabían que hace tiempo que la mayoría de la sociedad vasca les había dado la espalda. En una escena de una de las películas que mejor representan el sufrimiento de las víctimas de ETA, un policía de la *Ertzainza* está dando una clase a varios concejales que han sido amenazados por ETA sobre cómo protegerse en su día a día. El policía está explicando que lo mejor es no tener rutinas afuera de casa (no desayunar en el mismo bar, no pasear al perro por el mismo sitio todos los días, etc.). De repente, una señora que se encuentra entre el público levanta la mano y pregunta:

—¿Y para hacer la compra? La compra hay que hacerla, y mercado solo hay uno…

Entonces el policía le contesta:

—Pero usted tendrá asistenta, ¿no?

Y la señora le responde:

—Pues no señor. Yo soy limpiadora, y además concejala en mi pueblo[14].

Con esta escena, el director nos quiere mostrar el hecho de que durante los últimos años de existencia de ETA, especialmente durante la década de los noventa y primera década del siglo XXI, cualquier persona, independientemente de su estatus o clase social, podía estar amenazada por la organización. El alivio que siente gran parte de la población vasca cuando ETA declara el alto el fuego permanente, es en gran parte debido a este terror vivido en el pasado y que se mezcla con un presente de cambio hacia la paz.

¿Es la paz compatible con la memoria? Teniendo en cuenta que la memoria implica lidiar con el pasado, y la justicia transicional conlleva, como hemos visto, mirar hacia el futuro para consolidar la paz, ambos términos parecen contrapuestos. La vida de la *Izquierda Abertzale* y de los individuos que han formado parte de la insurgencia armada gira en torno a una memoria que se mezcla con un presente de activismo.

> BUCKLEY: De hecho no puedes echar la vista atrás porque lo estás viviendo ahora. ¿No?
>
> ANITZ: Sí, es así. Pero es que es ley de vida. Yo creo que mientras estamos vivos, o sea, no irán ocurriendo cosas, y ocurrirán otras cosas…[15].

En cuanto a «cosas», Anitz se está refiriendo a la cárcel, a la tortura, es decir, para Anitz su vida y las del resto de militantes de ETA no tienen nada de extraordinario. Son simplemente procesos vitales. Sin embargo, en un proceso de paz como el vasco, la sociedad pone el foco de atención precisamente en lo extraordinario de las diferentes formas de violencia ocurridas en las últimas décadas. Si Anitz y demás militantes de ETA no quieren olvidar a los

cientos de activistas vascos que fueron torturados y asesinados durante la dictadura y el proceso democrático, esto mismo pasa con las víctimas de ETA. En los estudios sobre memoria y justicia transicional se indica que, precisamente, para que el proceso de reconciliación siga su curso, hay que dejar que los diferentes colectivos puedan recordar a «los suyos»[16].

Para concluir, la metodología de la historia oral usada con los militantes de ETA nos hace ver cómo, en un proceso de transición hacia la paz como el que vive el País Vasco, hay que dejar que cada colectivo se reconcilie consigo mismo. Es decir, en un proceso de conflicto armado como el vasco que ha durado más de cincuenta años, cada colectivo (la *Izquierda Abertzale* o las víctimas de ETA) tiene que poder contar su historia de la manera que cada uno de ellos decida contarla. Un ejemplo es la carta que el líder histórico de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) Rodrigo Londoño (alias *Timochenko*) escribió al papa Francisco en su visita a Bogotá en enero de 2016. Si el proceso de justicia transicional colombiano es de los que ha despertado recientemente mayor atención en el mundo, esta carta sorprendió al público por su tono personal y las grandes expectativas que en ese momento tenía la comunidad internacional en que el proceso de paz se consagrara. El guerrillero, que se declara admirador del papa Francisco, le dice que

> nunca nos inspiró otro afán que no fuera el de alcanzar la esquiva justicia para los excluidos y perseguidos en nuestro país, que el de remediar en algo la inequidad y el despojo sufrido por los abandonados. Soñamos con que usted y su padre sabrán comprendernos[17].

Esta comprensión que busca ante el papa directamente, e indirectamente ante su padre (Dios), hay que interpretarla como un ajuste de cuentas que el propio *Timochenko* está haciendo con la historia. El conflicto colombiano, con miles de muertos y torturados, se parece al vasco en cómo, debido a un proceso de transición que se abre, los propios actores políticos buscan su propia rendición de cuentas. En otras palabras, el uso de la historia oral en la justicia

transicional permite a las partes de un conflicto empezar a rendir cuentas con ellos mismos, paso previo hacia un «perdón general» en cualquier proceso de reconciliación.

[1] S. P. Huntington es uno de los politólogos que más ha escrito sobre procesos de transición en la historia moderna. En este sentido, su obra más famosa en referencia a la justicia transicional es *The Third Wave: Democratization in the late Twentieth Century,* Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

[2] R. G. Teitel, «The Globalization of Modern Legal Thought, Production and Reception, 1850-2000», *European Law Research Centre Spring Conference,* Cambridge (Mass), Harvard Law School, 2002, p. 74.

[3] J. Marco, «Justicia Transicional en América Latina», en J. Valim Mansan, J. Yaffé y H. Gordim da Silveira (eds.), *Transiçoes á Democracia: Europa e America Latina no Século XX,* Porto Alegre, Edipucrs, 2017, p. 22.

[4] *Ibid.,* p. 10.

[5] Véase K. Asmal, «Truth, Reconciliation and Justice: The South African experience in perspective», *The Modern Law Review* 63, n.º 1 (2000), pp. 1-24. O A. Du Bois Pedant, *Transitional Amnesty in South Africa,*Cambridge, Cambridge University Press, 2007. Un ejemplo visual es la

idealización del proceso transicional en Sudáfrica de la película *Invictus* (2009) dirigida por Clint Eastwood.

[6] La entrevista completa a Kentridge, realizada por A. Zababeascoa y publicada el 1 de enero de 2018, puede encontrarse en *El País* [https://elpais.com/elpais/2017/12/26/eps/1514287197_612651.html].

[7] E. Pascual Rodriguez (ed.), *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA,* Madrid, Sal Terrae, 2013.

[8] Entrevista con Fernando Etxegarai (Bilbao, 17 de julio de 2014).

[9] Entrevista con Josu Amantes (Bilbao, 24 de junio de 2015).

[10] Para conocer más de la de la relación entre afecto y subjetividades, véase F. Callard y C. Papaulias, «Affect and Embodiment», en S. Radstone y B. Schwarz (eds.), *Histories, Theories, Debates,* Nueva York, Fordham University Press, 2010, pp. 235-246.

[11] Cit de F. Kurasawa, *The Ethnological Imagination. A Cross-Cultural Critique of Modernity,* Londres, University of Minnesota Press, 2004, p. 127.

[12] Información extraída del periódico digital *Naiz,* disponible en

[https://www.naiz.eus/es/actualidad/noticia/20180108/eppk-muestra-su-total-disponibilidad-para-ser-un-agente-a-activo-en-la-construccion-de-la-convivencia].

[13] Entrevista con Iñaki Gonzalo Casal *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).

[14] M. Gutiérrez Aragón, *Todos estamos invitados,* Madrid, Alta Films, 2008. Para analizar de una manera más exhaustiva la representación de ETA en las películas, I. Izurieta, «Performative Identities and the Representation of ETA in Basque Film and Novel», *Romance Studies* 26 (2008), pp. 87-98.

[15] Entrevista con Anitz Eskisabel (Lazcano, 3 de junio de 2015).

[16] J. W. Booth, «The Unforgotten: Memories of Justice», *The American Political Science Review* 95, n.º 4 (Dec. 2001), pp. 777-791, 788.

[17] Párrafo extraído del periódico colombiano *El Espectador,* del 16 de enero de 2016. Disponible en [https://www.elespectador.com/noticias/nacional/perdon-por-cualquier-lagrima-que-hayamos-ocasionado-rodrigo-londono-papa-francisco-articulo-712164].

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Entrevistas

Amantes Arnaíz, Josu (Bilbao, 24 de junio de 2015).
Eskisabel, Anitz (Lazcano, 3 de junio de 2015).
Etxegarai, Fernando (Bilbao, 17 de julio de 2014).
García Sertucha, Gorka (Bilbao, 16 de julio de 2015).
Gonzalo Casal, Iñaki *Kitxu* (Bilbao, 25 de julio de 2014).
Ibáñez Ortega, Pedro José *Peiro* (Lazcano, 8 de junio de 2015).
Píriz López, Juan Manuel (Bilbao, 24 de julio de 2014).

Archivos y bibliotecas vascas/españolas

Biblioteca y hemeroteca de la diputación de Vizcaya (Bilbao). Prensa vasca y fuentes secundarias.
Biblioteca y hemeroteca del convento de los benedictinos de Lazcano (Guipúzcoa). Documentos, publicaciones y periódicos de ETA y otras organizaciones vascas radicales.
Lokarri. Movimiento por la paz (Bilbao). Documentos internos acerca de diversas asociaciones de paz.
Sabino Arana Fundaziona. Archivo del nacionalismo vasco (Bilbao). Revistas sobre nacionalismo vasco.

Fuentes primarias publicadas

Buckley, H., *Life and Death of the Spanish Republic. A Witness to the Spanish Civil War,* Londres, I. B. Tauris, 2013.
Casanova, I. y Asensio, P., *Argala,* Nafarroa, Txalaparta, 1999.
Euskadi ta Askatasuna, *Documentos V,* 18 vols., San Sebastián, Hordago, 1979-1981.
Forest, E., *Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco,* Bilbao, Gra, 2013.

Gonzalo Casal, I. *(Kitxu), Carta a un fantasma,* Tafalla, Txalaparta, 1997.
Herri Batasuna, *El pueblo vasco por su libertad,* 1985.
Krutwig, F., *Vasconia,* 2.ª ed., Buenos Aires, Norbait, 1973.
Moretti, M., *Brigadas Rojas. Entrevista de Carla Mosca y Rossana Rossanda,* Madrid, Akal, 2008.
Onaindia, M., *El aventurero cuerdo: memorias (1977-1981),* Madrid, Espasa Calpe, 2004.

Pasquines y publicaciones

Ekintza Zuzen (publicación anarquista).
Hautsi (ETA/ETA-pm).
Hertzale (HASI).
Kemen (ETA-pm).
Torturaren Aurkako Taldea (TAT).
Zutabe (ETA-m).
Zutik (ETA VI-LCR/LKI).
Zuzen (ETA-m).

Periódicos

Egin (San Sebastián/Hernani).
El Confidencial (Madrid).
El Espectador (Bogotá).
El País (Madrid).
Naiz (Bilbao).
Público (Madrid).

Revistas

Elkarri: Revista del Movimiento Social por el Diálogo y Acuerdo (Bilbao).
Herria 2000 Eliza (Bilbao).
Punto y Hora de Euskal Herria (Pamplona).

Webs

Asociación Republicana de la memoria histórica (Republican Association of Historical Memory) [http://memoriahistorica.org.es/tag/republicanos-espanoles/].
Colectivo de Víctimas del terrorismo en el País Vasco (Collective of Basque Victims) [http://www.covite.org/].
Etxerat (To go Home) [http://www.etxerat.eus/index.php/es/].
Fundación Euskal Memoria (Memory Foundation of the Basque Country) [http://www.euskalmemoria.eus/].
Rebelión [www.rebelión.org]

PRINCIPALES FUENTES SECUNDARIAS

Adams, R., «Michel Foucault: Biopolitics and Power», *Critical Legal Thinking. Law and Political,* May 10, 2017, disponible en [http://criticallegalthinking.com/2017/05/10/michel-foucault-biopolitics-biopower] (última consulta el 6 de septiembre de 2018).
Aguilar, P., *Justicia, política y memoria. Los legados del franquismo en la transición española,* Madrid, Instituto Juan March, 2001.
—, *The Politics of Memory. Transitional Justice in Democratizing Societies,* Nueva York, Oxford University Press, 2001.
Ahmed, S., *The Cultural Politics of Emotion,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2004 [ed. cast.: *La política cultural de las emociones,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018].
Alcedo, M., *Militar en ETA: historias de vida y muerte,* San Sebastián, Haranburu, 1996.
Amedo, J., *Cal viva. Un relato estremecedor. La verdad definitiva desde las entrañas de los GAL,* Madrid, La esfera de los libros, 2013.
Amigo, Á., *Pertur: ETA 71-76,* San Sebastián, Hordago, 1978.
Anderson, B*., Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism,* ed. revisada, Londres, Verso, 2006.
Anderson, S. K. y Sloan, S., *Historical Dictionary of Terrorism,* Plymouth, The Scarecrow Press, 2009.

Andrade, J., *El PCE y el PSOE en (la) Transición: La evolución ideologica de la izquierda durante el proceso de cambio político,* 2.ª ed., Madrid, Siglo XXI de España, 2015.
Apalategui, J., *Los vascos. De la nación al estado,* Bayonne, Elkar, 1979.
Aramburu, F., *Patria,* Barcelona, Tusquets, 2016.
Arendt, H., *On Violence,* San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1970 [ed. cast.: *Sobre la violencia,* Madrid, Alianza, 2018].
—, *The Human Condition,* 2.ª ed. revisada, Londres, University of Chicago Press, 1998 [ed. cast.: *La condición humana,* Barcelona, Paidós, 2016].
—, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil,* Penguin Classics, Nueva York, 2006 [ed. cast.: *Eichmann en Jerusalén,* Barcelona, DeBolsillo, 2017].
—, *Hannah Arendt: The Last Interview and Other Conversations,* Londres, Melville House, 2013.
Aretxaga, B., *Los funerales en el nacionalismo radical vasco,* San Sebastián, Baroja, 1988.
—, *State of Terror,* Reno, University of Nevada Press, 2005.
—, «Playing terrorist: Ghastly plots and the ghostly state», *Journal of Spanish Cultural Studies* 1 (2010), pp. 43-58.
Arriola, J., *A los pies del caballo. Narcotráfico, heroina y contrainsurgencia en Euskal Herria,* Nafarroa, Txalaparta, 2016.
Balfour, S., *Dictatorship, Workers and the City Labour in Greater Barcelona since 1939,* Oxford, Clarendon Press, 1989.
—, *The End of the Spanish Empire, 1898-1923,* Oxford, Clarendon Press, 1997.
Balfour, S. y Quiroga, A., *The Reinvention of Spain. Nation and Identity since Democracy,* Nueva York, Oxford University Press, 2007.
Barandiarán, J. M., *El mundo en la mente popular vasca. Creencias, cuentos y leyendas,* Zarauz, Aunamendi, 1960.
Beltza (Emilio Lopez Adán), *El nacionalismo vasco (1876 a 1936),* Hendaye, Txertoa, 1976.

Ben-Ami, Sh., «Basque Nationalism between Archaism and Modernity», *Journal of Contemporary History* 26, n.os 3/4 (1991), pp. 493-521.

Benjamin, W., «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», en H. Arendt (ed.), *Illuminations. Essays and Reflections,* Nueva York, Schocken Books, 1969 [ed. cast.: *Iluminaciones,* Barcelona, Taurus, 2018].

Beorlegui-Zarranz, D., «Los nuevos movimientos sociales en Euskal Herria: los movimientos ecologistas, pacifistas y antimilitaristas desde la transición hasta el cambio de siglo», *Sancho el Sabio* 30 (2009), pp. 161-185.

—, *Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco, 1976-1986,* Madrid, Postmetrópolis, 2017.

Berlant, L., *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Berman, M*., All That Is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity,* Nueva York, Verso, 1983 [ed. cast.: *Aventuras marxistas,* Madrid, Siglo XXI de España, 2016].

Bew, J.; Frampton, M. y Gurruchaga, Í., *Talking to Terrorists. Making Peace in Northern Ireland and the Basque Country,* Londres, Columbia University Press, 2009.

Billig, M., *Nacionalismo Banal,* Madrid, Capitán Swing, 2007.

Birtek, F., «From affiliation to affinity: citizenship in the transition from empire to the nation-state», en S. Benhabib, I. Shapiro y D. Petranovich (eds.), *Identities, Affiliations and Allegiances,* Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

Bloxham, D., «Europe in the world: systems and cultures of violence», en D. Bloxham y R. Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe,* Nueva York, Cambridge University Press, 2011, pp. 11-39.

Booth, W. J., «The Unforgotten: Memories of Justice». *The American Political Science Review* 95, n.º 4, (Dec. 2001), pp. 777-791.

Boyd, C. P., *Historia Patria. Politics, History and National Identity in Spain, 1875-1975,* Princeton, Princeton University Press, 1997.

—, «The Politics of History and Memory in Democratic Spain», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 617 (2008), pp. 133-148.
Breuilly, J., *Nationalism and the State,* 2.ª ed., Mánchester, Manchester University Press, 1993.
Bruni, L., *ETA. Historia política de una lucha armada,* Tafalla, Txalaparta, 1993.
Buckley, H., «XX. Azaña has no answer», en *Life and Death of the Spanish Republic. A Witness to the Spanish Civil War,* Londres, Tauris, 2013, pp. 183-185.
Buckley, R., *Raíces tradicionales de la novela contemporánea en España,* Barcelona, Península, 1982.
Butler, J., *Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity,* Nueva York/Londres, Routledge, 1999 [ed. cast.: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad,* Barcelona, Paidós, 2007].
Callard, F. y Papaulias, C., «Affect and Embodiment», en S. Radstone y B. Schward (eds.), *Histories, Theories, Debates,* Nueva York, Fordham University Press, 2010, pp. 235-246.
Calleja, J. M.ª, *Arriba Euskadi. La vida diaria en el País Vasco,* Madrid, Espasa, 2001.
Carr, R. y Fusi, J. P., *Spain: Dictatorship to Democracy,* Londres, George Allen and Unwin, 1979.
Carrillo, S., *Memoria de la transición,* Madrid, Grijalbo, 1983.
Casanova, I., *ETA, 1958-2008. Medio siglo de historia,* Tafalla, Txalaparta, 2007.
Casanova, J., «Introducción: 40 años con Franco», en J. Casanova (ed.), *40 años con Franco,* Barcelona, Crítica, 2015, pp. 7-14.
—, «Disremembering Francoism: What is at Stake in Spain's Memory Wars?», en H. Graham (ed.), *Interrogating Francoism,* Londres, Bloomsbury, 2016, pp. 203-222.
Castells, L. y Cajal, A. (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008),* Madrid, Marcial Pons, 2009.

Clark, R. P., *The Basque Insurgents: ETA, 1952-1980,* Madison, University of Wisconsin Press, 1984.
—, *Negotiating with ETA: Obstacles to Peace in the Basque Country, 1975-1988,* Reno/Las Vegas, University of Nevada Press, 1990.
Clark, R. P. y Haltzel, M. H. (eds.), *Spain in the 1980s. The Democratic Transition and a New International Role,* Cambridge (Mass.), Ballinger Publishing Company, 1987.
Comisión Argentina por los Derechos Humanos, *Argentina: Proceso al Genocidio,* Madrid, Elías Querejeta Ediciones, 1977.
Confino, A., «Collective Memory and Cultural History: Problems of Method», *The American Historical Review*102, n.º 5 (1997), pp. 1386-403.
Conversi, D*., The Basques, the Catalans and Spain,* Londres, Hurts and Company, 1997.
—, «Homogenisation, Nationalism and War: should we still read Ernest Gellner?», *Nations and Nationalism* 13 (2007), pp. 371-394.
—, «Modernism and Nationalism», *Journal of Political Ideologies* 17 (2012), pp. 13-34.
Conway, M., «Revolution and counter-revolution», en D. Bloxham y R. Gerwarth (eds.), *Political Violence in the Twentieth Century Europe,* Cambridge: Cambridge University Press, 2011, pp. 140-75.
Christian, W. A., *Visionaries: The Spanish Republic and the Reign of Christ,* Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 1996.
De la Granja Sainz, J. L., *El nacionalismo vasco: un siglo de historia,* Madrid, Tecnos, 1995.
De Miguel, A., *Sociología del franquismo,* Madrid, Euros, 1975.
Del Valle, T., *Korrika. Basque Ritual for Ethnic Identity,* Reno, University of Nevada Press, 1993.
Delgado, E*., La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011),* Madrid, Siglo XXI de España, 2014.
Domínguez Iribarren, F., *De la negociación a la tregua. ¿El final de ETA?,* Madrid, Taurus, 1998.

—, *ETA. Estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998.
Douglass, W. A., *Death in Murélaga: Funeral Ritual in a Spanish Basque Village,* Washington, University of Washington Press, 1969.
Douglass, W. A. y Zulaika, J., «On the Interpretation of Terrorist Violence: ETA and the Basque Political Process», *Comparative Studies in History and Society* 32, 2 (1990), pp. 238-57.
Duhart, Ph. E., «Todo es ETA: The radical Basque separatist movement as a construct in Spanish Law», *Perspectives on Europe* 45:2 (2015), pp. 58-63.
Durkheim, É., *Sociology and Philosophy,* Nueva York, Routledge, 2010.
Edensor, T., *National Identity, Popular Culture and Everyday Life,* Oxford, Berg, 2002.
Egoitz Gago, A. *The Impact of Peace Movements on a Society Immersed in Conflict. An Analysis of the Framing Processes of the Basque Peace Movement,* Tesis doctoral, University of Bradford, 2011.
Eguiguren, J. y Rodríguez Aizpeloa, L., *ETA, las claves de la paz: confesiones del negociador,* Madrid, Aguilar, 2011.
Elkarri, *Movimiento social por el diálogo y el acuerdo en Euskal Herria*, San Sebastián, 1992.
Elorza, A.; Garmendia, J. M.ª; Jaúregui, G. y Domínguez, F., *La historia de ETA,* Madrid, Colección Historia, 2000.
Encarnación, O.-G., «Democracy and Dirty Wars in Spain», *Human Rights Quarterly* 29, n.º 4 (2007), pp. 950-72.
Faulkner, W., *Requiem for a Nun,* Londres, Vintage, 2015.
Fernández Soldevilla, G., «A mano armada. Los inicios de la extorsión y la violencia de ETA contra el sector empresarial (1958-1977)», *Sancho el sabio* 39 (2016), pp. 133-156.
Foucault, M., *Discipline and Punish: The Birth of the Prison,* Nueva York, Vintage Books, 1979 [ed. cast.: *Vigilar y castigar,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2009].

Foweraker, J. W., «The Role of Labor Organizations in the Transition to Democracy in Spain», en R. P. Clark y M. H. Haltzel (eds.), *Spain in the 1980s. The Democratic Transition and a New International Role,* Cambridge (Mass), Ballinger, 1987, pp. 97-122.
Francés, P. J., *Una solución al conflicto vasco,* Madrid, Ciudadano, 2000.
Franks, J., «Orthodox Accounts of Terrorism», en M. Breen-Smyth (ed.), *The Ashgate Research Companion to Political Violence,* Farnham, Ashgate, 2012, pp. 33-46.
Funes, J. M.ª, «Social Responses to Political Violence in the Basque Country: Peace Movements and Their Audience», *Journal of Conflict Resolution* 42, n.º 4 (1998), pp. 493-510.
Fusi, J. P., *El problema vasco en la II República,* Madrid, Turner, 1979.
—, *El País Vasco. Pluralismo y Nacionalidad,* Madrid, Alianza, 1984.
Gallego, F., *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-77),*Barcelona, Crítica, 2008.
Geetz, C., *Local Knowledge. Further Essays In Interpretative Anthropology,* Nueva York, Basic Books, 1983.
Gellner, E., *Nations and Nationalism,* Oxford, Oxford University Press, 1983.
Gilmour, D., *La transformación de España,* Barcelona, Plaza Janés, 1986.
Gómez Bravo, G., *Puig Antic: La transición inacabada,* Madrid, Taurus, 2014.
González Calleja, E., *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo,* Barcelona, Crítica, 2012.
Gormally, B.; McEvoy, K. y Wall, D., «Criminal Justice in a Divided Society: Northern Ireland Prisons», *Crime and Justice* 17 (1993), pp. 51-135.
Graham, H., «Introduction. Culture and Modernity. The Case of Spain», en H. Graham y J. Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies: An Introduction: The Struggle for Modernity,* Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 1-20.

—, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction,* Oxford, Oxford University Press, 2005.
—, *The War and its Shadow. Spanish Civil War in Europe's Long Twentieth Century,* Brighton, Sussex Academic Press, 2012.
—, *Interrogating Francoism,* Londres, Bloomsbury, 2016.
Green, A., «Individual Remembering and "Collective Memory": Theoretical Presuppositions and Contemporary Debates», *Oral History Society* 32, n.º 2 (2004), pp. 35-44.
Grimaldos, A., *La sombra de Franco en la transición,* Madrid, Obrerón, 2004.
Grupo Libertario de Pensamiento Crítico, *Dossier. Los muertos de la transición española, 1975-1981*, 2018.
Guibernau, M., *The Identity of Nations,* Cambridge, Polity Press, 2007.
Hamilton, C., *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism, 1959-1982,* Tesis doctoral, Royal Holloway, University of London, 1999.
—, «Re-membering the Basque Nationalist Family: Daughters, Fathers and the Reproduction of the Radical Nationalist Community», *Journal of Spanish Cultural Studies* 2 (2000), pp. 153-171.
—, «Political Violence and Body Language in Life Stories of Women ETA Activists», en *Signs. Journal of Women in Culture and Society* 32 (2007), pp. 911-932.
—, *Women and ETA: The Gender Politics of Radical Basque Nationalism,* Mánchester/Nueva York, Manchester University Press, 2007.
—, «On Being a Good Interviewer: Empathy, Ethics and the Politics of Oral History», *Oral History* 36, n.º 2 (2008), pp. 35-43.
—, «Activist Memories: The Politics of Trauma and the Pleasures of Politics», en R. Crownshaw, J. Kilby y A. Rowland (eds.), *The Future of Memory,* Nueva York/Oxford, Berghahn Books, 2010, pp. 265-278.
—, «Moving feelings: Nationalism, Feminism and the Emotions of Politics», *Oral History* 38, n.º 2 (2010), pp. 85-94.

Hart, P., *The IRA and its Enemies, Violence and Community in Cork 1916-1923,* Oxford, Clarendon Press, 1998.
Heiberg, M., *The Making of the Basque Nation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
Henninger, M., «The Postponed Revolution: Reading Italian Insurrectionary Leftism as Generational Conflict», *Italica* 83, n.º 3 (2006), pp. 629-648.
Herreros, R. y López, I., *El estado de las cosas de Kortatu. Lucha, fiesta y guerra sucia,* Madrid, Lengua de Trapo, 2013.
Hobsbawm, E., «Introduction: Inventing Traditions», en E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition,* Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 1-15 [ed. cast.: *La invención de la tradición,*Barcelona, Crítica, 2012].
—, *The Age of Extremes. 1914-1991. The Short Twentieth Century 1914-1991,* Londres, Abacus, 1995 [ed. cast.: *Historia del siglo XX: 1914-1991,* Barcelona, Crítica, 2011].
—, *How to change the world. Reflections on Marx and Marxism,* Londres, Yale University Press, 2011 [ed. cast.: *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840-2011,* Barcelona, Crítica, 2012].
—, *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality,* 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2012 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780,* Barcelona, Booket, 2013].
Hodgkin, K. y Radstonne, S., «Introduction. Contested Pasts», en K. Hodgkin y S. Radstone (eds.), *Contested Pasts. The politics of memory,* Londres, Routledge, 2003, pp. 1-23.
Huntington, S. P., *The Third Wave: Democratization in the late Twentieth Century,* Norman, University of Oklahoma Press, 1991.
Hytönen, K.-M., «Hardworking women: nostalgia and women's memories of paid work in Finland in the1940s», *Oral History* 41, n.º 2 (2013), pp. 87-99.
Ibarra Güell, P. (ed.). *La evolución estratégica de ETA: de la «Guerra revolucionaria» (1963) a la negociación (1987),* San Sebastián, Kriselu, 1987.

Ibarra Güell, P. e Irujo Amet, X. (eds.), *Basque Political Systems,* Reno, Center for Basque Studies, 2011.
Izurieta, I., «Performative Identities and the Representation of ETA in Basque Film and Novel», *Romance Studies* 26 (2008), pp. 87-98.
Jaúregui Bereciartu, G., *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968,*Madrid, Siglo XXI de España, 1981.
Juaristi, J., *El Bucle Melancólico. Historias de nacionalistas vascos,* Madrid: Espasa, 1997.
Judt, T., *Postwar. A History of Europe Since 1945,* Londres, Pimlico, 2007 [ed. cast.: *Postguerra: Una historia de Europa desde 1945,* Barcelona, Taurus, 2016].
Jung, C. G., *The collected works of C.G. Jung,* vol. 9, part 1*, Archetypes and the Collective Unconscious,* ed. de G. Adler y R. F. C. Hull, trad. de R. F. C. Hull, 2.ª ed., Princeton, Princeton University Press/Bollingen, 1990.
Kansteiner, W., «Finding Meaning in Memory: A Methodological Critique of Collective Memory Studies», *History and Theory* 41, n.º 2 (2002), pp. 179-197.
Kasmir, Sh., *The Myth of Mondragón. Cooperatives, Politics, and Working Class Life in a Basque Town,* Nueva York, University of New York Press, 1996.
Kurasawa, F., *The Ethnological Imagination. A Cross-Cultural Critique of Modernity,* Londres, University of Minnesota Press, 2004.
Lazarra Micheltorena, M.ª del M. y Capistegui Gorasurreta, F. J., «Los intelectuales vascos ante la violencia terrorista», en J. L. Ledesma Vera, J. Muñoz Soro y J. Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX,* Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 305-332.
Le Bon, G., *The Crowd. A Study of the Popular Mind,* Mineola, Dover Publications, 2002.
Letamendia Belunze, F., *Historia del nacionalismo vasco y de E.T.A. Volumen II. Historia de la transición (1976-2002),* San Sebastián, R&B, 1994.

—, «Chapter 12: ETA: Political Violence, Its Historical Evolution, and Conflict Resolution», en P. Ibarra Güell y X. Irujo Amet (eds.), *Basque Political Systems,* Reno, Center for Basque Studies, 2011.
López, I., «Consensonomics: la ideología económica en la CT», en G. Martínez (ed.), *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española,* Barcelona, Debolsillo, 2012.
López, I. y Rodríguez, E., *Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010),* Madrid, Traficantes de sueños, 2010.
Lukács, G., *History and Class Consciousness,* Cambridge (Mass.), The MIT Press, 1968 [ed. cast.: *Historia y conciencia de clase,* Barcelona, Grijalbo, 1975].
Marco, J., «Justicia Transicional en América Latina», en J. Valim Mansan, J. Yaffé y H. Gordim da Silveira (eds.), *Transições à Democracia: Europa e America Latina no Século XX,* Porto Alegre, Edipucrs, 2017.
Mata López, J. M., *El nacionalismo vasco radical: discurso, organización y expresiones,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993.
Mayer, A., *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions,* Princeton, Princeton University Press, 2000.
Mees, L*., Nationalism, Violence and Democracy. The Basque Clash of Identities,* Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003.
—, «Between votes and bullets. Conflicting ethnic identities in the Basque Country», *Ethnic and Racial Studies*24:5 (2010), pp. 798-827.
Miguelez-Caballeira, H., *Galicia, a Sentimental Nation. Gender, Culture and Politics,* Cardiff, University of Wales Press, 2013.
Morán Blanco, S., *PNV-ETA: Historia de una relación imposible,* Madrid, Tecnos, 2004.
Morán, G., *Los españoles que dejaron de serlo: Cómo y por qué Euskadi se ha convertido en la gran herida de España,* Barcelona, Planeta, 2003.
—, *El cura y los mandarines. Historia no oficial del bosque de los letrados,* Madrid, Akal, 2015.

Muro, D., *Ethnicity and Violence; The Case of Radical Basque Nationalism,* Nueva York, Routledge, 2008.
Nietzsche, F., *Beyond Good and Evil. Prelude to a Philosophy of the Future,* Cambridge, Cambridge University Press, 2002 [ed. cast.: *Más allá del bien y del mal: Preludio de una filosofía del futuro,* Madrid, Alianza, 2012].
Nuñez, L. C., *Clases sociales en Euskadi,* San Sebastián, Thertoa, 1977.
Onaindla, M., *La lucha de clases en Euskadi 1939-1980,* San Sebastián, Hórdago, 1980.
Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas,* La Guillotina, Ciudad de México, 2010.
Pascual Rodríguez, E. (ed.). *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA,*Madrid, Sal Terrae, 2013.
Passerini, L*., Fascism in Popular Memory,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
Payne, S. G., *Basque Nationalism,* Reno, University of Nevada Press, 1975 [ed. cast*.: El Nacionalismo Vasco. De sus Orígenes a ETA,* Madrid, Dopesa, 1974].
—, *Fascism in Spain,* Madison, University Press of Wisconsin, 1999.
—, *A History of Fascism. 1914-1945,* Madison, University of Wisconsin Press, 1995 [ed. cast.: *Historia del fascismo,* Madrid, Alianza, 2014].
Peacock, J. L. y Holland, D. C., «The Narrated Self: Life Stories in Process», *Ethos* 21, n.º 4 (1993), pp. 367-83.
Pérez-Agote, A., *La reproducción del nacionalismo. El caso vascom,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984.
Pérez-Pérez, J. A., «Foralidad y autonomía bajo el franquismo (1935-1975)», en L. Castells y A. Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008),* Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 317-285.
Pinilla, R., ¡Recuerda, Oh, Recuerda!, Madrid, Ediciones del Centro, 1975.

Polanyi, K., *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time,* Boston, Beacon Press, 2001 [ed. cast.: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico,* Barcelona, Virus, 2016].
Portell, J. M.ª, *Los hombres de ETA,* Barcelona, Dopesa, 1976.
Prego, V., *Así se hizo la transición,* Madrid, Plaza Janés, 1996.
Preston, P., *The Triumph of Democracy in Spain,* Londres, Routledge, 1993 [ed. cast.: *El triunfo de la democracia en España. De Franco a Felipe González pasando por Juan Carlos,* Barcelona, Debate, 2018].
—, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in 20th century Spain,* Londres, Routledge, 1995 [ed. cast.: *La política de la venganza,* Barcelona, Península, 2020].
—, *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo,* Madrid, Debate, 2013.
Quintana, F., *Asalto a la fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista 1960-1990,* Barcelona, Alikornio, 2002.
Quiroga, A., *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.
Radcliff, P., *Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and Popular Origins of the Transition, 1960-78,*Oxford, Clarendon Press, 1989.
Rahal, M., «Fused Together and Torn Apart. Stories and Violence in Contemporary Algeria», *History and Memory* 24, n.º 1 (2012), pp. 118-151.
Renan, E., «Qu'est-ce qu'une nation?», sesión impartida en la Sorbona, 11 de marzo de 1882.
Rhodes, L. A., «Toward an Anthropology of Prisons», pp. *Annual Review of Anthropology* 30 (2001), pp. 65-83.
Ricœur, P., *Oneself as Another,* Londres, University of Chicago Press, 1992 [ed. cast.: *Sí mismo como otro,*Madrid, Siglo XXI de España, 1998].
—, *Memory, History, Forgetting,* Chicago/Londres, University of Chicago Press, 2004 [ed. cast.: *La memoria, la historia, el olvido,* Madrid, Trotta, 2019].

Richards, M., *After the Civil War. Making Memory and Remaking Spain since 1936,* Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
Richardson, L., *What terrorists want. Understanding the Enemy. Containing the Threat,* Nueva York, Random House, 2007.
Rodríguez López, E*., Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78,* Madrid, Traficantes de sueños, 2015.
Roudinesco, E., *Philosophy in Dark Turbulent Times. Canguilem, Sartre, Foucault, Althusser, Deleuze, Derrida,*Nueva York, Columbia University Press, 2008.
Saz, I., «Was There Francoism in Spain? Impertinent Reflections on the Historic Place of the Dictatorship», en *Review (Fernand Braudel Center)* 28, n.º 3 (2005), pp. 218-298.
Seton-Watson, H., *Nations and States. An Enquiry into the Origin of Nations and the Politics of Nationalism,*Boulder, Westview Press, 1977.
Shubert, A., *A Social History of Modern Spain,* Londres, Unwin Hyman, 1990.
Silva, L.; Sánchez, M. y Araluce, G., *Sangre, sudor y paz,* Madrid, Península, 2017.
Sluka, J., *A Death Squad. The Anthropology of Terror,* Philadelphia, Pennsylvania Press, 2009.
Smith, A. D., *National Identity,* Londres, Penguin Books, 1991.
Solé-Tura, J., *Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías, federalismo y autodeterminación,*Madrid, Alianza, 1985.
Sordo Estella, L. M., *Promesas y mentiras. Las negociaciones entre ETA y los gobiernos de España (1976-2006),* Madrid, Tecnos, 2017.
Sorel, G., *Reflections on Violence,* Nueva York, Dover Publications, 2004.
Spierenburg, P., «Violence: Reflections About a Word», en S. Body-Gendrot y P. Spierenburg (eds.), *Violence in Europe. Historical and Contemporary Perspectives,* Berlín, Springer, 2008.

Stone, D., *Goodbye to all that? A History of Europe since 1945,* Nueva York, Oxford University Press, 2014.
Stradling, R. «Introduction: democracy, nationalism and varieties of patriotism», en R. Stradling, S. Newton, D. Bates y H. Hearder (eds.), *Conflict and Coexistence. Nationalism and Democracy in Modern Europe. Essays in Honour of Harry Hearder,* Cardiff, University of Wales Press, 1997.
Sullivan, J., *ETA and Basque Nationalism: The Fight for Euskadi 1890-1986,* Londres, Routledge, 1988.
Taussig, M., *The Magic of the State,* Nueva York, Routledge, 1997.
Teitel, R. G., «The Globalization of Modern Legal Thought, Production and Reception, 1850-2000», *European Law Research Centre Spring Conference,* Cambridge (Mass), Harvard Law School, 2002.
Thompson, A., «Marking the Most of Memories: The Empirical and Subjective Value of Oral History», *Transactions of the Royal Historical Society* 9 (1999), pp. 291-301.
Thompson, E. P., *Customs in Common Studies in Traditional Popular Culture,* Nueva York, The New Press, 1993 [ed. cast.: *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular,* Capitán Swing, 2019].
Thompson, P., *The Voice of the Past: Oral History,* Oxford, Oxford University Press, 1988.
Titon, J. T., «The Life Story», *The Journal of American Folklore* 93, n.º 369 (1980), pp. 276-292.
Tusell, J., *La transición española a la democracia,* Madrid, Alba, 2006.
Unamuno, M. de, *En torno al casticismo,* Madrid, Espasa Calpe, 1961.
Unzueta, P., *Los nietos de la ira. Nacionalismo y violencia en el País Vasco,* Madrid, El País, 1988.
Urbano, P., *La gran desmemoria. Lo que Suárez olvidó y el rey prefiere no contar,* Planeta, Madrid, 2014.
Vazquez, R., *The PNV: The Social and Cultural Life of the Basque Nationalist Party,* Tesis doctorial, Rutgers University, 1998.

Virdee, P., «Remembering Partition: Women, Oral Histories and the Partition of 1947», *Oral History Society* 41, n.º 2 (2013), pp. 49-62.
Watson, C., *Modern Basque History: Eighteen Century to the Present,* Reno, Centre for Basque Studies, 2003.
Whitehead, N. L., «Rethinking anthropology of violence», *Anthropology Today* 20, n.º 5 (2004).
Wolf, E. R.; Silverman, S. y Yengoyan, A. A., *Pathways of Power. Building and Anthropology of the Modern World,* Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 2001.
Wolin, R., *The Frankfurt School Revisited and Other Essays on Politics and Society,* Nueva York/Londres, Routledge, 2006.
Woodworth, P., *Dirty War, Clean Hands; ETA, the GAL and Spanish Democracy,* Yale, Nota Bene, 2002.
—, *The Basque Country, A cultural History,* Oxford, Signal Books, 2007.
Zirakzadeh, C. E., *Popular Politics in the Basque Region of Spain: A Study in Political Anthropology,* Tesis doctorial, Berkeley, University of California, 1985.
—, *A Rebellious People: Basques, Protests and Politics,* Reno/Las Vegas, University of Nevada Press, 1991.
Zulaika, J., *Basque Violence: Metaphor and Sacrament,* Reno, University of Nevada Press, 1988.

PELÍCULAS, DOCUMENTALES, GRUPOS DE MÚSICA Y PROGRAMAS DE TELEVISIÓN

Barricada, *No hay tregua,* Madrid, Estudios Eurosonic, RCA Records PL–35544, 1986.
Bartolomé, C. y Bartolomé, J. J., *Después de… Segunda parte: Atado y bien atado,* España, Producciones Cinematográficas Ales S. A., 1981.
De la Iglesia, E., *El Pico,* Barcelona, Ópalo Films, 1983.
Gutiérrez Aragón, M., *Todos estamos invitados,* Madrid, Alta Films, 2008.

Medem, J., *La pelota vasca. La piel contra la piedra,* Madrid, Alicia Produce S. L., 2003.
Olsson, G. H., *The Black Power. Mixtape 1967-1975,* Suecia/Estados Unidos, Story AB, Sveriges Television (SVT), Louverture Films (co-production), 2011.
Oppenheimer, J., *The Act of Killing,* Reino Unido/Dinamarca/Noruega, Final Cut for Real DK, 2012.
Otra vuelta de Tuerka, *Entrevista con Juan Andrade por Pablo Iglesias,* 21 de diciembre de 2014, Público TV, disponible en [https://www.youtube.com/watch?v=jYpGWGodpgA].
Plataforma de Madrid en Solidaridad con l@s afectad@s por el Sumario 18/98, *18/98 Auzia auzi, testimonies de dignidad frente a 16 meses de juicio,* 2007.
Salvados, *Entrevista con Arnaldo Otegi,* La Sexta, 13 de junio de 2016, disponible en [youtube.com/playlist?list=PLWDfGcANsZkoe39TXsv070egZy6RFEhmY].
Uribe, I., *El proceso de Burgos,* San Sebastián, Cobra films/Irriutzi Zinema, 1979.